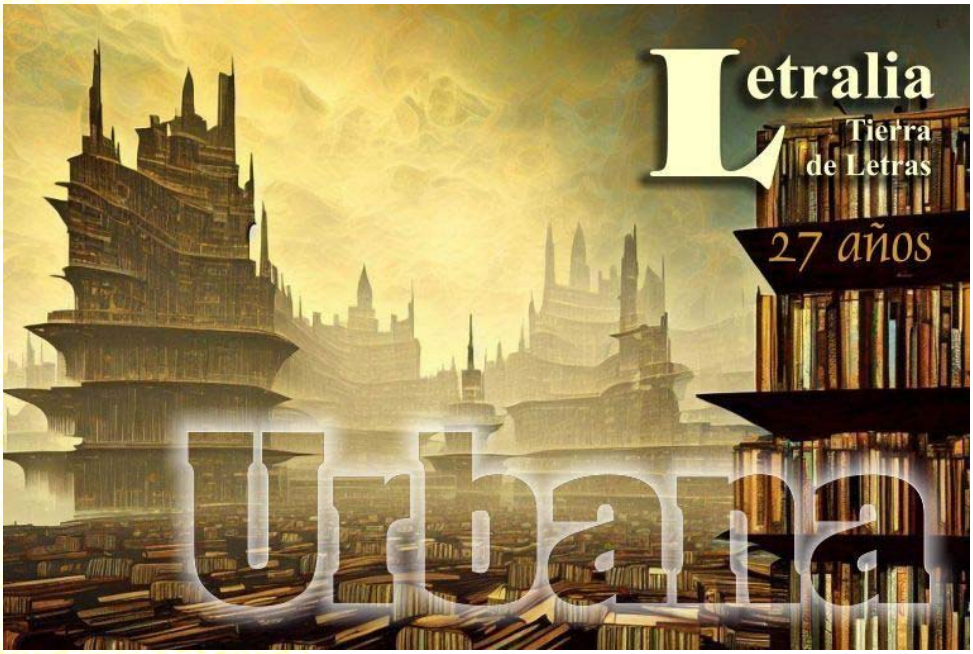


Varios autores

letralia.com/editorial/especiales/letralia27/

Editorial Letralia
letralia.com/editorial

Colección ***Especiales***
Internet, mayo de 2023

Editorial Letralia
letralia.com/editorial

Escribir es un arte pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia,** un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos.* Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

Toda obra literaria es, de alguna forma, una ciudad habitada por seres de palabras que transitan a diario sus calles de signos en busca de sustento, se ven con conocidos y se comentan las incidencias de algún párrafo, se conectan con otras ciudades cuando las referencias son suficientes para despertar la curiosidad. Todos tenemos nuestra particular nación literaria, construida con todo lo bueno y lo edificante que recogemos en estas ciudades, pero también con todo lo terrible y lo doloroso que puede ocultarse entre las páginas de cualquiera de ellas.

Sabido es que toda ciudad no es sólo una ciudad. Es también la idea que se hace de ella quien no la conoce o quien, habiéndola conocido, la recuerda para bien o para mal. Es un imaginario del que a veces abrevamos y que otras veces contribuimos a crear. Es también querencia, destino y miedo, dependiendo de la perspectiva que se tenga de ella. Toda ciudad es un libro y, como tal, tiene lectores que la aprecian y lectores que la desdeñan. Toda ciudad espera paciente la lectura correcta.

Con esta premisa, y como una manera de celebrar los veintisiete años transcurridos desde la primera edición de *Letralia*, que circuló en Internet el 20 de mayo de 1996, publicamos hoy *Urbana*, un tributo a la ciudad como escenario, inspiración y tema de la obra literaria. Más de ciento treinta autores participaron en nuestra convocatoria, y finalmente fueron seleccionados 55, procedentes de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, España, México, Panamá, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela.

En estas 521 páginas que hoy ponemos en manos de nuestros lectores hay poemas, cuentos, crónicas, ensayos, reseñas de otros libros e incluso muestras de fotografía. Conviven aquí la experiencia de vivir en la ciudad y la de emigrar a la ciudad, registros de lenguaje autóctonos de regiones, los escenarios urbanos de vivencias insospechadas, el recuerdo de lares propios o adoptados, muertes y vidas en calles o edificios, laberintos de concreto y de

palabras, ciudades ideales y ciudades reales, y también, por supuesto, los libros que cuentan todo aquello.

Hoy son casi cuatro mil trescientas las firmas reunidas en las páginas de *Letralia*, y para finales de 2023 serán cuatrocientas ediciones. Se cuentan por miles los lectores que vienen cada día a estas calles de palabras. Es a todos ellos, escritores y lectores, a quienes dedicamos *Urbana*, el libro conmemorativo de los veintisiete años de *Letralia*.

Jorge Gómez Jiménez
Editor

Urbana

27 años de Letralia

© 2023 Editorial Letralia
letralia.com/editorial

Índice

Presentación
Jorge Gómez Jiménez 3

La Cenicienta invisible
Ramón Ángel Acevedo Arce 13

El doble
Miguel Ángel Acquesta 31

La ciudad
Vicente Adelantado Soriano 39

De la urbana memoria
Ismael León Almeida 49

Un capítulo de la novela inédita *La vida realenga*
Mario Amengual 59

La piscina de mar
Diana Andrade 69

Rostros de una urbe
Carlos Arturo Arbeláez Cano 83

Tres poemas
Omar Ardila 93

Finalmente dopo tanto tempo
Denise Armitano Cárdenas 99

Ciudad del Cumbe
Guillermo Bazán Becerra 109

Dos poemas de *Escríbeme en los ojos*
Mariana Bernárdez 119

Leyendas urbanas
César Blanco 125

Celebración que soporta el vendaval y las derrotas (sobre *Lo que fue ciudad*, de Liyanis González Padrón)
Aníbal Fernando Bonilla 131

Ocio
Heberto José Borjas 137

Dos ciudades y dos vertientes narrativas (sobre *Historias de dos ciudades*, antología compilada por Enrique Jaramillo Levi y Jorge Ávalos)
Danae Brugiati Boussounis 145

Urbana limerencia
José Campione Piccardo 153

Ciudad de México
Marco Antonio Campos 161

París, crónica en tres tiempos
Homero Carvalho Oliva 165

CardioRazones urbanas (selección)
Pedro Javier Castañeda García 179

Ciudades con alma
Efi Cubero 195

Un hotel donde... descansar
Esther Domínguez Soto 207

Cada uno se enamora de lo que quiere
Luis Díaz Izquierdo 215

La ciudad somos nosotros
Rolando Gabrielli 221

un poeta en la ciudad (selección)
Gustavo Gac-Artigas 227

Algunos sucesos ocurridos en la noche del 13 al 14 de enero de 1995
Javier Garrido Boquete 237

Quiscalus panamensis
Nesfran Antonio González Suárez 251

Dos poemas a Montevideo
Washington Daniel Gorosito Pérez 257

El niche que fue a la rumba
William Guaregua 263

La ciudad donde habitan las certezas
Juan Guerrero 269

Cuatro poemas
Alirio Alberto Hernández Rojas 275

El centro de Lima, un relato de mil historias
Javier Arturo Huamán Quepui 281

En la casa donde se originó el realismo socialista
Edgardo Rafael Malaspina Guerra 291

Exposición temporal (selección)
Fulgencio Martínez 303

Urbanas
Alejandro Michelena 309

Ellos siempre deciden: dos relatos, dos tiempos, dos ciudades
Jeroh Juan Montilla 317

Cita en la ciudad
José Jesús Morales Maita 325

Francotiradores
Rolando Morelli 333

Las noches de Parque Aragua
María Angélica Moreno 345

El lugar ideal para una ciudad ideal
Miguel Ángel Moreno 351

De vuelta a la felicidad
Mario Morenza 359

Ciudad Zoológica
José Alejandro Muñoz Pacheco 377

Voces y sombras (sobre *Líneas que un pájaro dibujó en el aire*, de Manuel Cabesa)
José Ygnacio Ochoa 389

Caracas: la anticiudad, los espacios muertos y los ciudadanos
Xiomara Ortega 399

Dos textos
Isabel Pavón Vergara 409

La vieja librería de Ljubljiana
Luis Pérez Sanz 415

«El cómic» y otros poemas
José Pulido 419

Ciudades cyberpunk: Venezuela en clave de una metáfora orientacional
Maikel Ramírez 435

Veinticuatro horas
Rolando Revagliatti 443

Julia de Burgos y la ciudad de Nueva York
Juan Manuel Rivera 451

De reojo
Arnoldo Rosas 461

Caracas desde lo alto (imágenes y pensamientos)
Zacarías Santorini 471

Diez poemas
Abel Santos 485

A Buenos Aires
Diego Serebrennik 497

Tatuaje
Iris Tocuyo Llovera 507

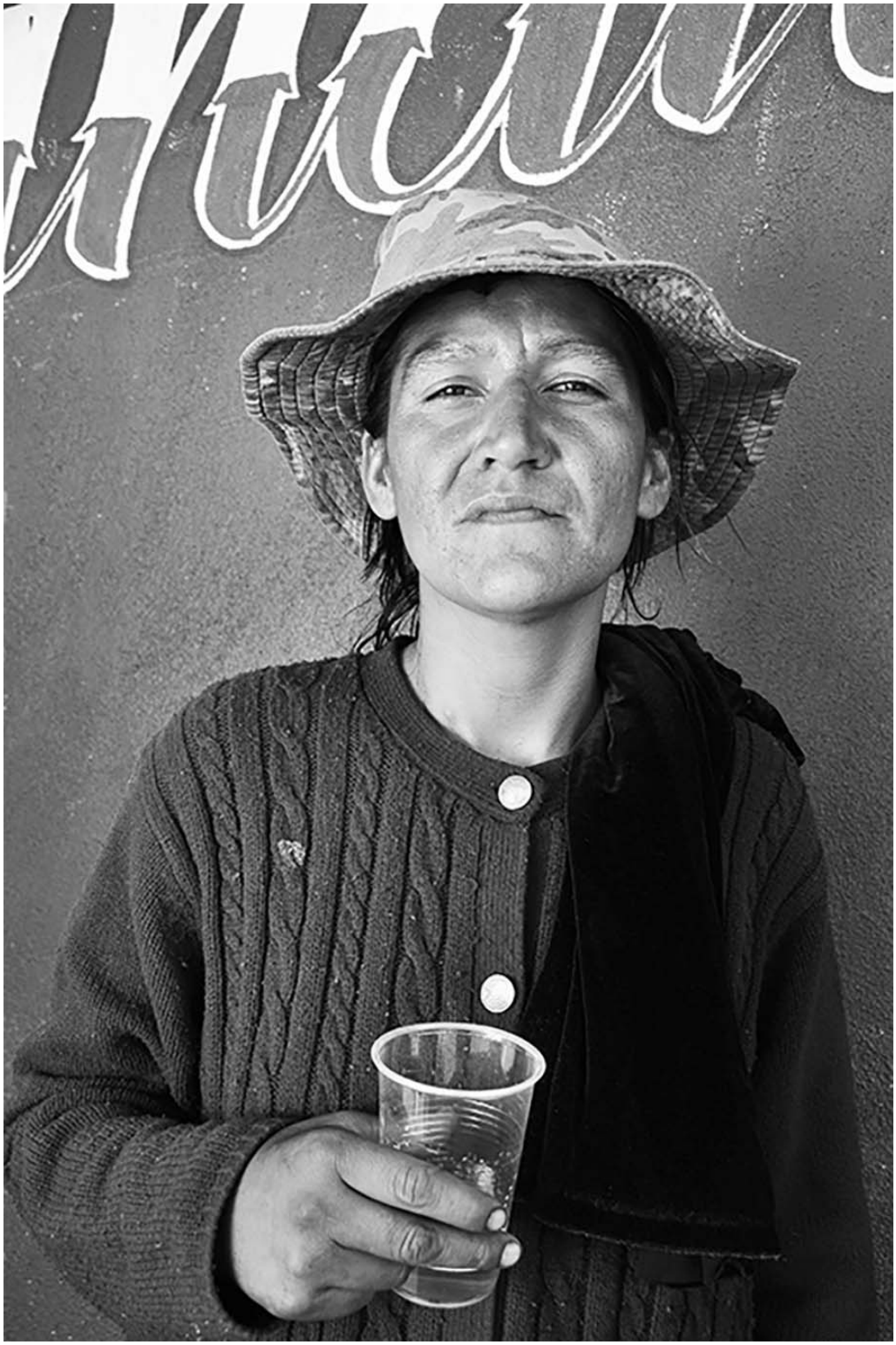
Semanario de mi ciudad
Tibisay Vargas Rojas 513

La Cenicienta invisible

Ramón Ángel Acevedo Arce

Fotógrafo documental, cronista y editor chileno (Quillota, 1958). Ha realizado documentales fotográficos en Chile y México mediante diferentes becas (Fundación Andes, Fondart, Ford Motor Company Award, Fonca, Amexcid, Museo Leonora Carrington). Ha publicado *El viaje de Rakar: travesía por 67 pueblos olvidados de la 5ª región de Chile* (2006), *La locura de Artaud-Van Gogh* (2010) y *Retratos (des)de la locura: hospitales mentales de Chile* (2017). Ha recibido diversos reconocimientos por sus crónicas e imágenes, que además han sido publicadas en medios como *Herederos del Kaos*, *Hispanic Culture Review*, *Revista Awen*, *Revista Mexicana de Comunicación* y *Flotante Mag*, entre otras. Ha expuesto en Chile, México, España, Holanda, Grecia y Portugal, así como en las galerías virtuales mexicanas Andrómeda 3.20 y Yila'Ob Centro Cultural Digital. Es corresponsal en Chile para *Palabra Revista Cultural* (Ensenada, Baja California, México).

Durante mi segunda estadía en la ciudad, y en uno de estos barrios, fotografié a una viejecita pobre y rugosa que contemplaba un paisaje miserable tras los sucios cristales de una ventanilla, como evocando un sueño juvenil incumplido. Mientras escribo estas líneas, observo su rostro, calculo sus años, y la imagino joven veinteañera con alguna «esperanza secreta».



Mujer bebiendo.

La Cenicienta invisible

Ramón Ángel Acevedo Arce

«El turismo se reduce fundamentalmente al entretenimiento de ir a ver lo que ha llegado a ser banal».

Guy Debord, *La sociedad del espectáculo.*

No pocos han sido los escritores extranjeros que, sintiéndose cautivados por México, publicaron sus impresiones sobre diferentes comunidades de este gran país: Artaud sobre la sierra tarahumara, Lowry y Calvino sobre Oaxaca, Lawrence, Kerouac y Burroughs sobre Ciudad de México, Huxley sobre Tecate, y otros tantos más.

Ensenada, ciudad litoral del estado de Baja California, quedó acerbamente descrita en la pluma del poeta *beat* Lawrence Ferlinghetti en *La noche mexicana*. En su crónica de viaje del 24, 25 y 27 de octubre de 1961, no la dejó bien puesta, ni a sus calles, ni a sus olores, ni a sus comidas: «... todo ese tufo a comida de mierda aún está aquí...». «Tres días aquí y ya no lo soporto. Me iré mañana. ¡Sucias calles de la Ciudad de Mierda! Es como morir; supongo que no hay escape, aunque la gente aquí se sonríe mutuamente de vez en vez y actúan como si tuviesen en alguna parte una esperanza secreta».

La Ensenada de hoy, bien diferente a la de callejuelas polvorientas y de hedores penetrantes que descubrió Ferlinghetti desde su habitación del hotel Plaza hace ya más de sesenta años, posee, sin duda, evidentes atractivos naturales y turísticos. Sin embargo, en esta pequeña ciudad de no más de 550.000 habitantes («un ranchito en donde todos se conocen», según un poeta y amigo ensenadense), se reproducen, lo mismo que en cualquier urbe, los barrios oficiales y los barrios prohibidos, los personajes «respetables» y los personajes proscritos, los sueños consagrados y los sueños interdictos.

En efecto, entre terminales camioneras, pequeños talleres de sastre, llanteras, santerías, puestos de venta de tacos de barbacoa, carnitas de puerco y elotes

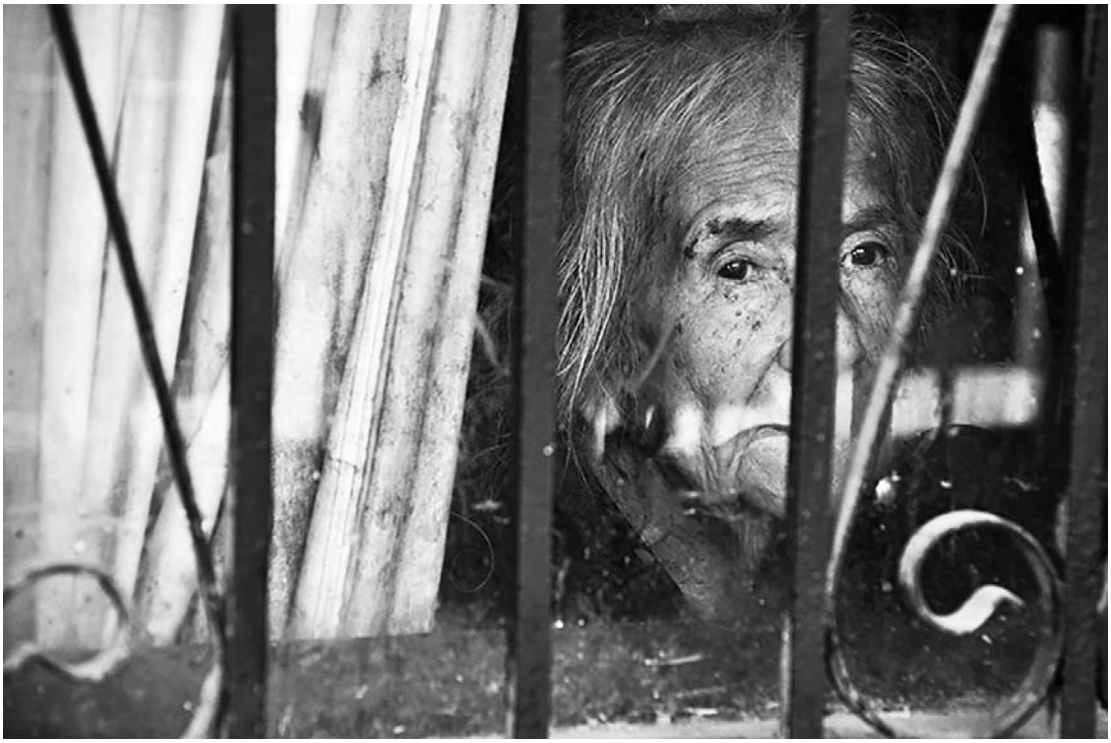
asados, bazares de ropavejeros y libros de segunda mano, en medio de perros vagos husmeando desperdicios, entre burdeles y canciones que brotan como efluvios melancólicos desde oscuras cantinas, transcurre la vida anónima de numerosos personajes *outsiders* que el oleaje aséptico de la modernidad barrió de lo permitido y lo visible.

El vagabundo, el bolero, la prostituta, el borracho, el vaquero, el orate, los músicos callejeros, el yonqui, la modista, la peluquera del barrio, los viejos que subsisten vendiendo en las calles (el fotógrafo de instantáneas, el vendedor de palas, de dulces o de nieves), el migrante oaxaqueño cuyo *American Dream* quedó varado en este puerto y sobrevive ofreciendo baratijas, todos ellos transitan por las zonas de la intemperancia de El Bajío, Miramar y otros andurriales que prefieren evitar los americanos bien vestidos. Son estos los sectores que el turismo y las buenas conciencias ensenadenses desterraron de su imaginario, por considerarlos el fregadero de esta ciudad llamada, no sin razón, «la bella Cenicienta del Pacífico».

Fue en estos suburbios sombríos en donde pude ver el espectáculo descarnado y la verdadera vida de este puerto herido. Durante varias semanas deambulé por sus callejuelas, hice fotografías, registré algunas notas y compartí con hombres y mujeres que muchos ciudadanos «probos» consideraran vagos o inservibles.

Durante mi segunda estadía en la ciudad, y en uno de estos barrios, fotografié a una viejecita pobre y rugosa que contemplaba un paisaje miserable tras los sucios cristales de una ventanilla, como evocando un sueño juvenil incumplido. Mientras escribo estas líneas, observo su rostro, calculo sus años, y la imagino joven veinteañera con alguna «esperanza secreta», quizás cruzándose en una calle con aquel poeta güero, cuarentón y espigado (como sería Ferlinghetti por ese entonces), quizás siguiéndolo con su mirada, esa misma mirada que, sesenta años después, languidece inexorablemente en su fotografía... Me pregunto: ¿ella mira hacia afuera o adentro de sí misma? ¿En qué horizonte gris se quedaron empantanados sus sueños?

Las últimas palabras del poeta en la crónica de marras fueron enfáticas y lapidarias: «Dejen que entre el océano y lo sepulte todo». Me pregunto: ¿qué pensaba encontrar este escritor al visitar esta ciudad que le resultó insoportable? Desconfío que haya querido encontrar, en la frontera norte del México de los 60, ciudades pulcras y anodinas, o que buscara simplemente una «zona de ocio para ir a ver lo que se ha convertido en banal», como fue definido el turismo de manera acertada por el francés Guy Debord. Desconfío, digo, porque esta actividad en aquellos años no era la gran industria que hoy conocemos y, ante



Anciana tras una ventana.

todo, porque sus palabras contradicen la concepción de los *beatniks*, quienes concibieron el viaje como un aprendizaje casi místico-espiritual, y no como un mero itinerario hedonista sustentado en el entretenimiento y el placer.

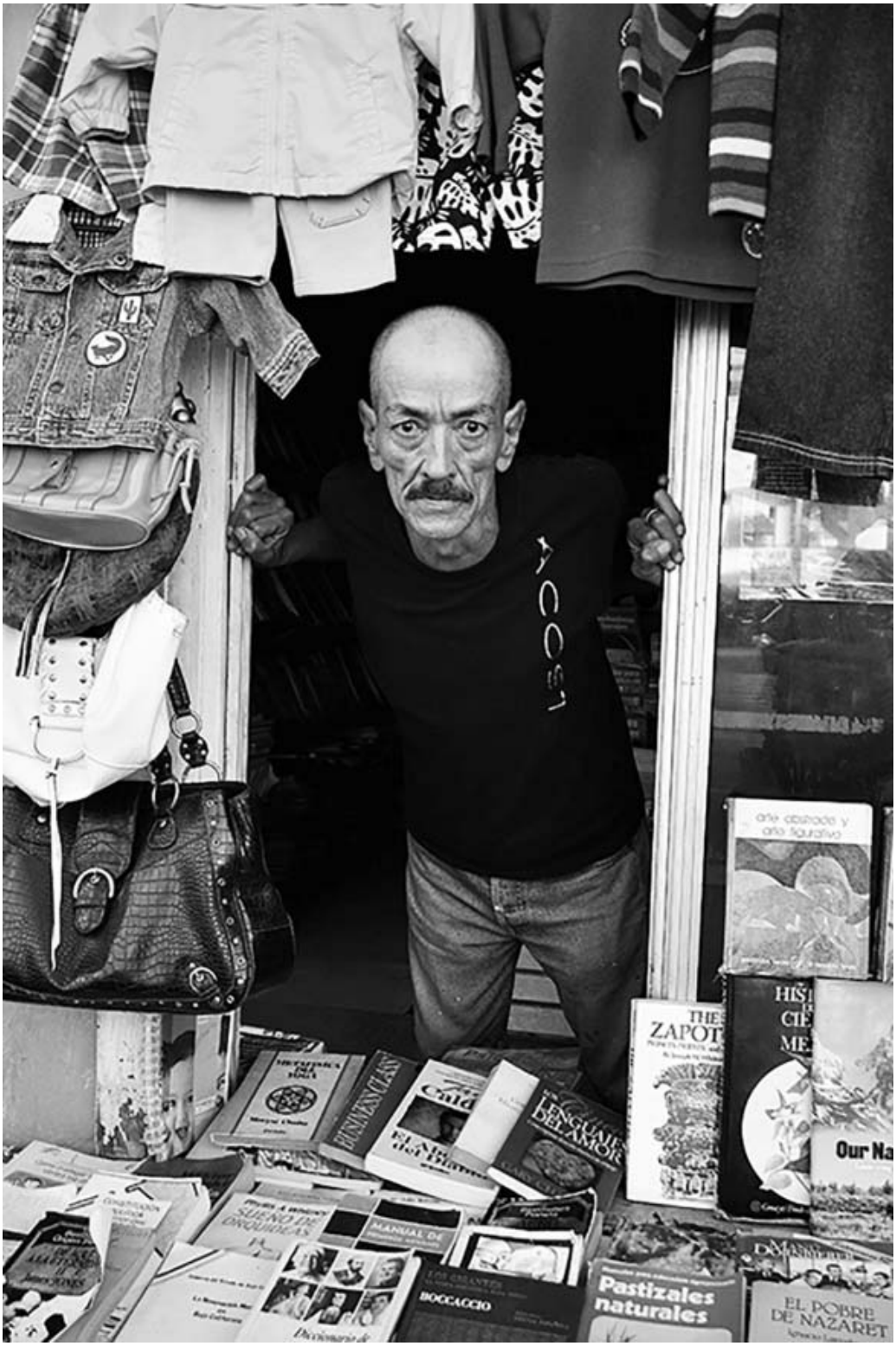
Aunque Baja California no quedó bien parada en la visión de Ferlinghetti (Tijuana y Mexicali tampoco se salvan de su crítica. De esta última dirá: «Otro pueblo polvoriento, simplemente peor»...), y aunque estemos tentados a desechar sus imprecaciones y jeremiadas como las de un típico turista burgués, su *Noche mexicana*, sin embargo, no es un libro insustancial. Prueba de ello son sus notas sobre Oaxaca y Mitla, en donde se involucra con estos parajes de manera sensible. Quizás su sentencia sobre Ensenada no debiera ser leída literalmente, sino como una suerte de hipérbole de su prosa poética escrita con un cierto espíritu de provocación y rebeldía, pues nadie efectivamente puede amar u odiar una ciudad en setenta y dos horas, que fue todo el tiempo que permaneció en ella. Su vacilación (que no alcanza a ser una palinodia), la deja entrever en estas palabras: «Atónito en la tierra del polvo. Si me quedara un rato quizá aprendería a amar esta tierra».

Como fotógrafo y cronista puedo dar fe de que para conocer un lugar debemos empaparnos profundamente de aquello que registramos, deteniendo nues-

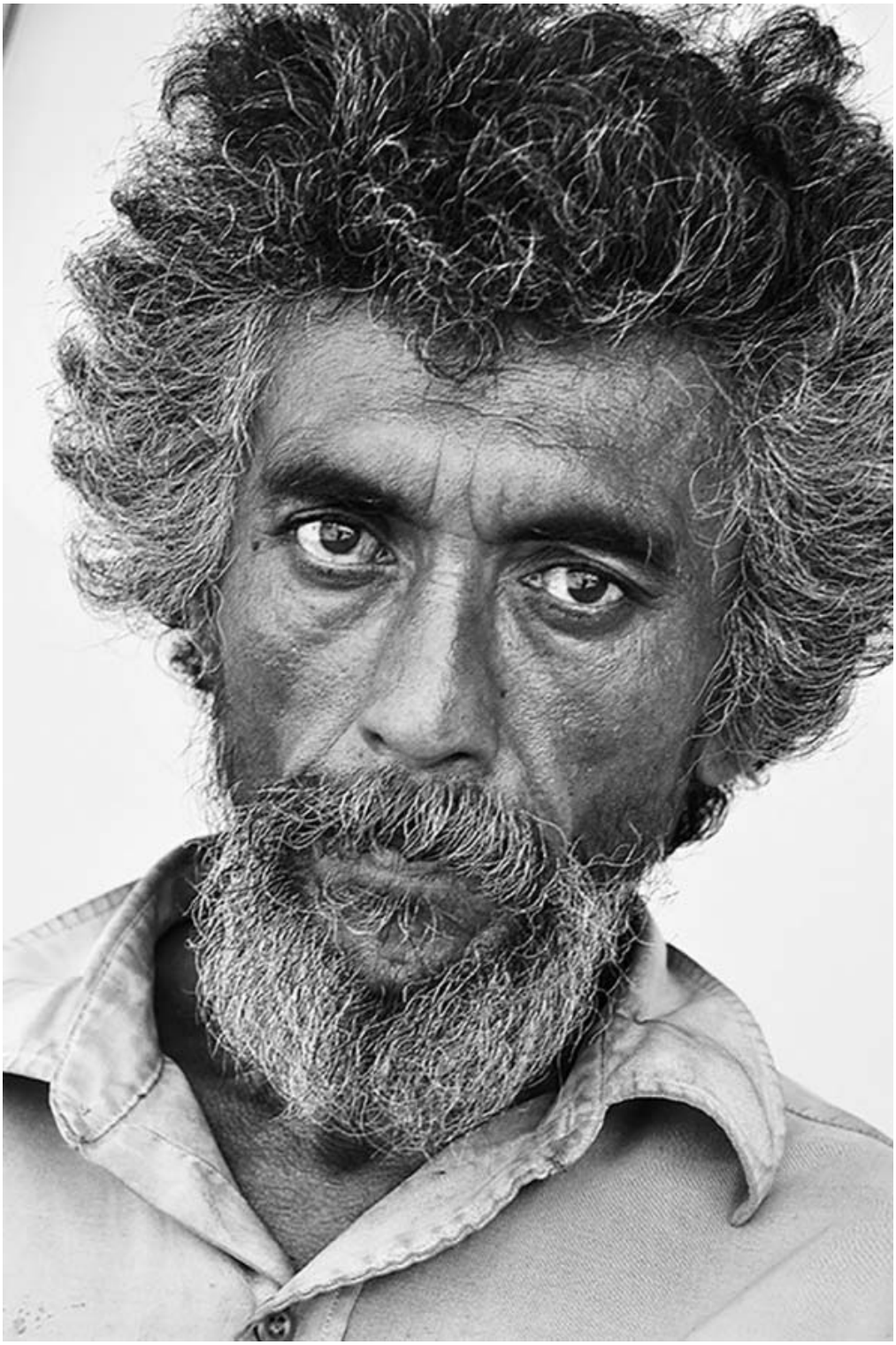
tra mirada en la entidad humilde de los seres y las cosas, pues, en rigor, sólo podemos amar aquello que conocemos y con lo que nos identificamos. Y aunque no es forzoso que tengamos que amar una ciudad aun conociéndola, no cabe duda que amamos nuestra condición de observadores-viajeros a todo trance, atentos y abiertos a nuevos horizontes, independientemente del polvo y los olores, de los kilómetros recorridos, del jergón donde reposemos nuestra osamenta, de las personas queribles o despreciables que nos crucemos, y de cuantas vicisitudes más nos depare el camino. Porque si hay algo que nos distingue de un turista, es el amor por lo que hacemos y la disposición a encontrar Belleza y Poesía en todo aquello que los demás consideran insignificante o deleznable, ensanchando así nuestros pulmones, expandiendo nuestra mirada hacia otras vidas posibles, enriqueciendo infinitamente con ellas nuestra manera de ver el mundo y de sentir.

Se comprenderá, entonces, que mis impresiones sobre Ensenada difieren con mucho de las escritas por Ferlinghetti (al que no por ello dejo de admirar). A esta ciudad que me acogió amistosamente, y en gratitud a todos aquellos hombres y mujeres desdeñados que me permitieron conocer el rostro oculto de esta Cenicienta herida, yo digo: «Dejen que entre la luz y que ilumine lo invisible», pues, como ya sabemos, del consumo de lo visible y de lo banal, el turismo, la publicidad y los *mass-media* se encargan demasiado, y con las intenciones que todos conocemos.

Mujer con bolso.

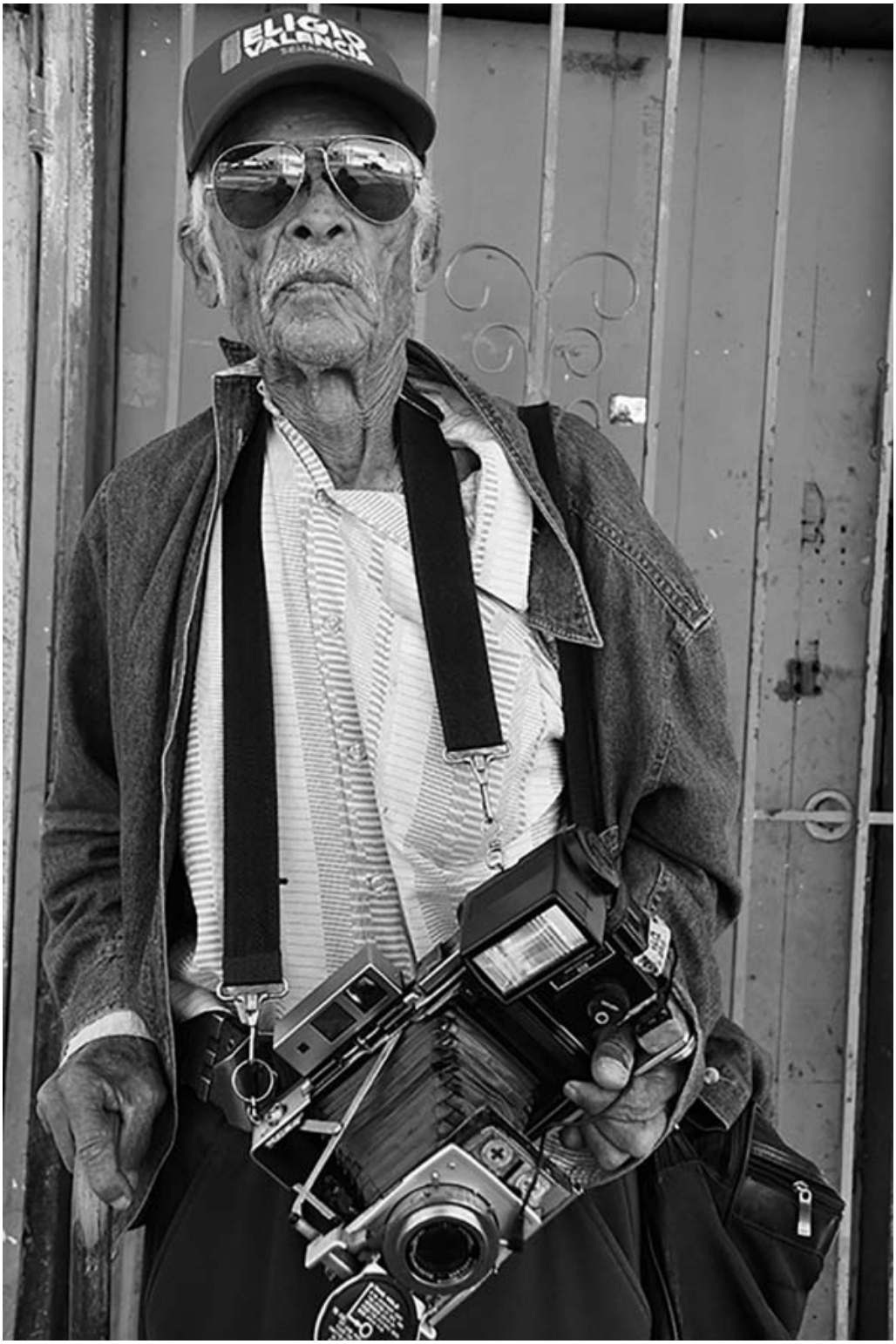


Vendedor de libros usados.



Vagabundo.

Vendedor de paletas.



Fotógrafo callejero.

Vendedor de palas.

Ranchero en una terminal camionera.

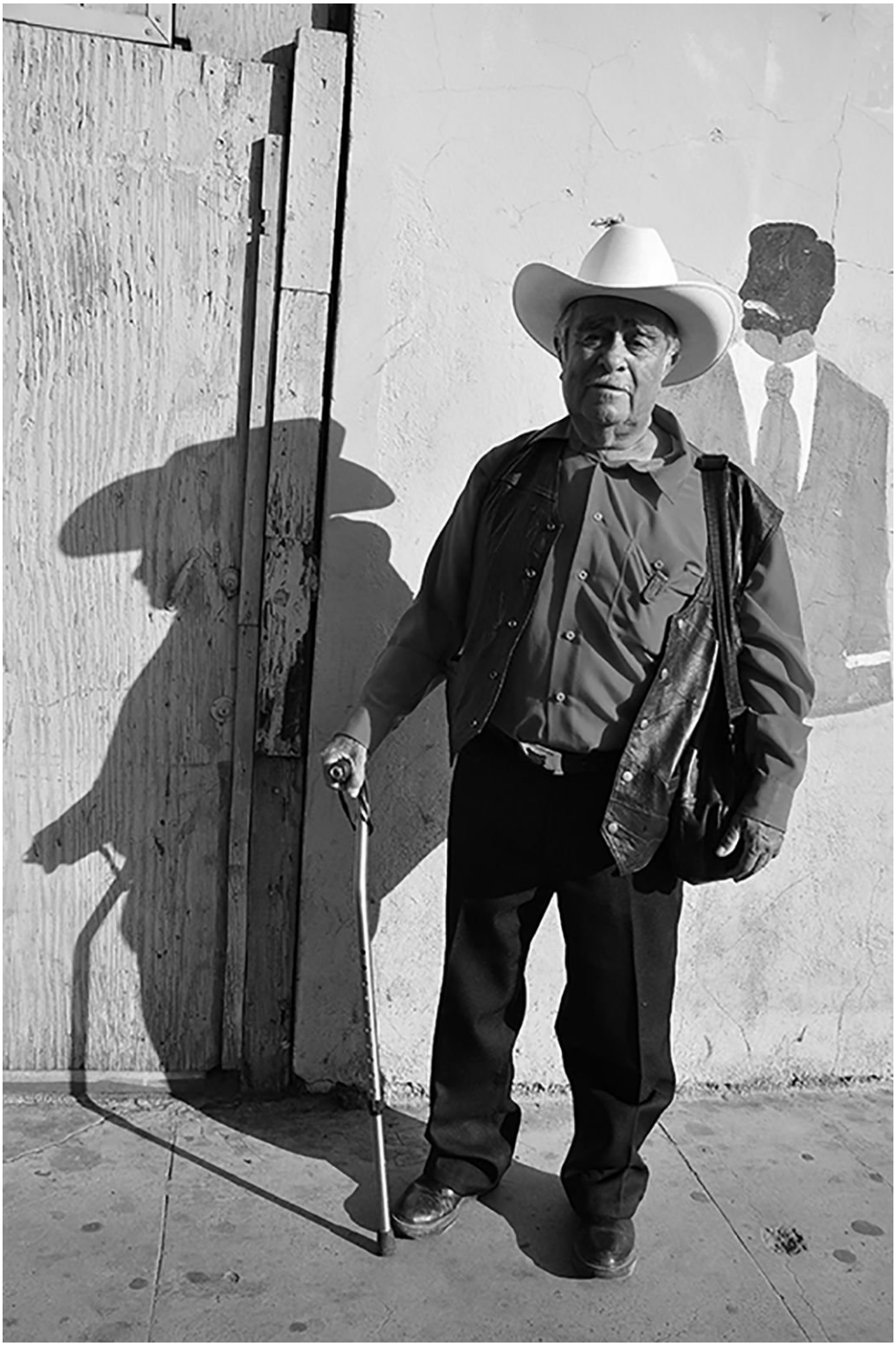
Operario de una llantera.

Vendedora de revistas.

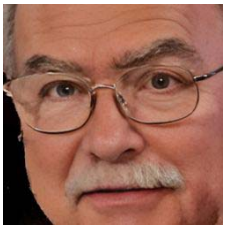
Santería.

Joven yonqui.

Love México.



Ranchero con sombra.



El doble

Miguel Ángel Acquesta

Escritor argentino (Núñez, Capital Federal, 1949). Es licenciado en Psicología. Desarrolló su carrera en los ámbitos judicial y universitario. Publicó numerosos artículos científicos y siete libros sobre psicología del desarrollo. Varios cuentos de su autoría han sido publicados por revistas literarias e incluidos en antologías, y ha obtenido diversos premios y menciones en concursos literarios. Fue becario del Fondo Nacional de las Artes en Letras en 2018. Autor de *Relatos urbanos* (Editorial Vanadis, 2021) e *Historias de asfalto* (Vanadis, 2022).

Te inventaste que vivías en mi casa acá en la esquina, que jugabas a la pelota con Marito Vales, Lorenzo y el resto de los pibes del barrio. Difundiste cosas que yo no quería que se supieran. Eso de que mi viejo me acompañó el primer día a la colimba porque yo tenía miedo.

El doble

Miguel Ángel Acquesta

«Necesariamente, los personajes se parecen a su autor».

François Truffaut

Núñez, Ciudad de Buenos Aires. Invierno de 2022

Los domingos suelen ser apacibles en la ciudad. Ausente el ajetreo de los días laborables toda ella gana en serenidad. Las veredas despobladas parecen sin embargo extrañar esas multitudes apuradas que circulan por ellas en cualquier dirección. Las calles en cambio disfrutan descansando del pesado tráfico de vehículos inquietos que las recorren sin pausa. En general en un momento impreciso de la tarde, un manto de tristeza y angustia se va adueñando del ambiente. Los que no encuentran una salida efímera en las escapadas de fin de semana, las idas a los *countries*, el fútbol o las series de Netflix, en algún momento comienzan a sentir la presión del encierro en sus departamentos y se aventuran a las calles abandonadas escapando de esa nube de angustia invisible que sobrevuela el espacio urbano.

Justamente esa tarde de domingo Manuel buscó una salida. Agarró su computadora portátil, guardó la billetera en el bolsillo del *jean* y se dispuso a salir para tomar un café mientras escribía. Antes aprovechaba a leer los diarios dominicales, más sustanciosos que los de la semana, en algún bar. Pero pasada la pandemia, al reabrir los negocios, volvieron los cafés, las facturas, las azucareras de vidrio y los edulcorantes artificiales, pero los diarios nunca más retornaron. Una de las tantas víctimas del encierro al amparo de la siempre loable tarea de bajar costos. Pese a ello continuó yendo a los bares para escribir con la excusa de tomar un café, pocos lugares hay más apropiados para hilvanar historias. Últimamente no iba a las confiterías cercanas a su casa, en el centro de Villa Urquiza. La zona se había puesto de moda. Palermizado, como solían decir. Los viejos bares adoptaron un aire demasiado posmoderno, plagado de cafés de especialidad, *iced cofee*, té en hebras, pastelería vegana, masa madre, *brunchs* con di-

versas composiciones y limonada o jugos naturales, consumidos por grupos humanos, en general mucho más jóvenes que él y a su gusto en extremo ruidosos. No se sentía cómodo en esos espacios vidriados, impersonales, sin paredes donde colgar una camiseta de fútbol encuadrada, la foto de un pesaje del caballo ganador o una vieja publicidad de Cinzano. Huyendo de esos reductos redescubrió un viejo barcito improvisado en la panadería a la que iba a comprar el pan cuando era niño. Estaba a unas cincuenta cuadras de su vivienda actual y era una excusa más para estar «siempre volviendo» a su viejo barrio de Núñez. Era esta una costumbre que no se destacaba por su comodidad, todo lo contrario. Tenía que armarse de paciencia para esperar el colectivo que lo dejaba cerca y que los fines de semana circulaban, como casi todo el transporte público, con un cronograma de servicios limitado. La idea del Ministerio de Transporte parece ser la de facilitarle a la gente la ida al trabajo; el tiempo libre ya no es asunto de interés público. Que en los feriados se muevan por la ciudad los dueños de vehículos.

Cerró con cuidado la puerta del departamento y salió a la calle, amada y odiada a la vez. Se topó con un poco más de gente de la que esperaba encontrar. Cruzó las dos avenidas y se puso a esperar el colectivo de la línea 133 en dirección a Puente Saavedra. Un cuarto de hora después apareció uno sin muchos pasajeros a bordo, de modo que pudo sentarse. Bajó en Manuela Pedraza y caminó en dirección al río, hacia la estación Núñez, tan remodelada que las personas mayores no pueden ir del Bajo al Alto como era común, ya que un nuevo túnel por debajo de las vías eliminó no solamente las barreras sino también el paso peatonal a nivel. La frontera barrial histórica sólo puede atravesarse por un pasadizo de escaleras que requiere buena salud para hacerlo y de noche un alto grado de valor. El anciano que quedó del lado de Cabildo ni sueñe con ir para la zona de Libertador a menos que un pariente con auto lo cruce. Una cuadra antes de llegar a la estación, en la cuadra de su casa natal estaba, como hacía casi cien años, La Unión, la panadería de su infancia. En todo ese tiempo tuvo altibajos pero sobrevivió a todos los avatares de la economía argentina, que fueron muchos sin dudas. En los últimos años un grupo familiar la había adquirido agregando un pequeño bar y restaurante, al igual que habían hecho con dos panaderías cercanas que se encontraban a punto de cerrar y a las que lograron revitalizar a fuerza de precios razonables y buena mercadería. Se ubicó en la última mesa doble sobre la vidriera para poder ver el tránsito en su calle Arcos. En la mesa pequeña pegada al mostrador, como todos los días estaba terminando su café una señora bastante mayor a la que solía ver cada vez que iba al lugar. Abrió la computadora y se preparó para retomar el segundo capítulo de la novela que había comenzado a escribir algunas semanas atrás. Lo interrumpió la moza de la tarde, distribuyendo sobre una de las dos mesas, «lo de siempre». El café con

leche, más leche que café, con tres facturas, una de ellas de hojaldre con dulce de leche, una medialuna de manteca y un librito. La joven comentó algo acerca de la linda tarde soleada que se estaba perdiendo por tener que trabajar y se retiró hacia el sector de panadería.

Manuel comió con rapidez, en parte por la ansiedad de comenzar a escribir, pero también porque tenía hambre. Desde la mañana que no probaba bocado. Al terminar se corrió a la silla de al lado, bien pegado a la vidriera, disponiéndose a retomar su escritura del día anterior. Había pensado algunas escenas de ese segundo capítulo y quería transformarlas en palabras. Fue armando un esquema, escribía, borraba y volvía a escribir. Estaba inmerso en esa historia que en parte sucedía en ese barrio. Un tiempo después, no supo bien si fueron minutos u horas, algo le hizo levantar la vista de la pantalla. En la mesa doble frente a la suya estaba sentado un hombre de edad similar a la de él. Debería haber entrado al lugar un buen rato antes ya que en su mesa descansaba un pocillo de café vacío. Manuel no había escuchado nada, no se dio cuenta del momento en que el desconocido entró al bar, pidió el café y lo tomó, al parecer siempre observándolo como lo hacía en ese momento. Este hombre sentado justo frente suyo lo estaba mirando abiertamente. Inmóvil, serio, con expresión de enojo en el rostro. Era muy parecido a alguien conocido pero no pudo precisar a quién. Intentó sostenerle la mirada, pero no pudo, tuvo que bajar los ojos. En ese momento el sujeto se paró, era tan alto como él. Se acercó a su mesa y sin pedir permiso se sentó en la silla del lado opuesto. Quedaron cara a cara. Manuel cerró la computadora. Estaba descolocado, no creía que este sujeto lo fuera a robar, pero su actitud agresiva le causó cierto temor. Miró a los costados, la viejita de la mesa individual se había marchado y la moza no estaba en el mostrador, seguramente atendía algún cliente en el sector de panadería, a la entrada del local. Estaban solos.

«Hace un tiempo que te estoy buscando», dijo el visitante.

«Yo no lo conozco a usted», contestó con voz titubeante Manuel.

«Justamente por eso. Vos no me conocés. Pero te la pasás escribiendo y publicando cosas sobre mí. Sin ninguna autorización mía. Nunca me viniste a buscar para preguntarme si yo quería que vos anduvieras por ahí contando mi vida», dijo en voz alta el visitante.

Sus frases eran cortantes y el tono de voz muy áspero. Mientras hablaba no dejaba de mirarlo a los ojos a Manuel, que había adoptado una actitud corporal defensiva. Estaba algo pálido y se preguntaba quién era este loco que lo increpaba así y que parecía capaz de cualquier cosa. Por un momento le pareció que esos

ojos verdes del desconocido eran los suyos.

«Te inventaste que vivías en mi casa acá en la esquina, que jugabas a la pelota con Marito Vales, Lorenzo y el resto de los pibes del barrio. Difundiste cosas que yo no quería que se supieran. Eso de que mi viejo me acompañó el primer día a la colimba porque yo tenía miedo o que con Morita arrugamos cuando íbamos a dar el golpe a los quinieleros de Martínez, por ejemplo. No le vaciamos la casa porque no somos ladrones. Yo no le tengo miedo a nada. ¡Me entendés! Inventaste que no me acuerdo de los nombres de los jockeys que jugaba o que se me confunden todos los líquidos cuando quiero lavar la ropa creyendo que es risueño. Y siempre poniendo mi nombre, Manuel esto, Manuel lo otro». Se detuvo un momento para beber de un trago la soda del vasito que le había traído la moza de la tarde con el café con leche y él no había tocado.

«Para colmo hace un tiempo venís a este boliche y le decís a la gente que eras del barrio, que naciste acá. ¿Y quién te va a contradecir si no queda nadie de esa época excepto yo? Ah, y Norma que por algo ni te contestó el pedido de amistad en Facebook. Encima ahora estás escribiendo una novela con el tema del caballo en la niebla, ese viaje a La Plata, el Rodrigazo y la lucha con los compañeros para rajar al Brujo. Vos no sabés un carajo de lo que pasó en esos días y me vas a dejar pegado en asuntos que mejor olvidar».

El hombre se levantó de la silla de golpe, apoyando sus dos manos abiertas sobre la mesa, que se movió levemente, y sin sacarle esos ojos tan conocidos de encima a Manuel continuó diciendo:

«Yo no estoy para darle consejos a nadie. Lo sabés bien. Pero te recomendaría que cambies de personaje. Inventate otra vida imaginaria y dejame a mí en paz. ¡Hay tantas cosas en este mundo sobre las que podés escribir!».

El hombre se movió hasta el pasillo que se formaba entre las mesas, sacó un billete de doscientos pesos y lo dejó sobre la que había estado tomando su café. Volvió a mirarlo a Manuel y le dijo, en tono apacible, sonriendo por primera vez:

«Vos que la sabés toda seguro te acordás de lo que le pasó al Nene en los monoblocks de Edison y Panamericana en esa época. Suelen pasar esos accidentes aún hoy. Hay cosas que no deben quedar por escrito».

Hizo un gesto pasando su mano derecha por sus labios. Le dio la espalda y salió de la panadería. El tipo tomó por Arcos en dirección a su casa en la esquina con Campos Salles, como esas lejanas mañanas en las que la Vieja lo mandaba a comprar medio kilo de pan a La Unión. Manuel notó que caminaba igual que él.

Se quedó unos minutos sentado frente a la computadora cerrada mirando por la vidriera la calle desierta. Inmóvil, pensando. Cuando recompuso el ritmo respiratorio, sacó un billete de quinientos pesos y lo dejó sobre la mesa. Agarró su computadora y salió apresurado del lugar, sin saludar, como era habitual en él.

A la moza de la tarde le llamó la atención esa conducta de Manuel. Pensó que tal vez había discutido con ese cliente al que veía pasar con frecuencia por la calle pero que casi nunca venía al bar.

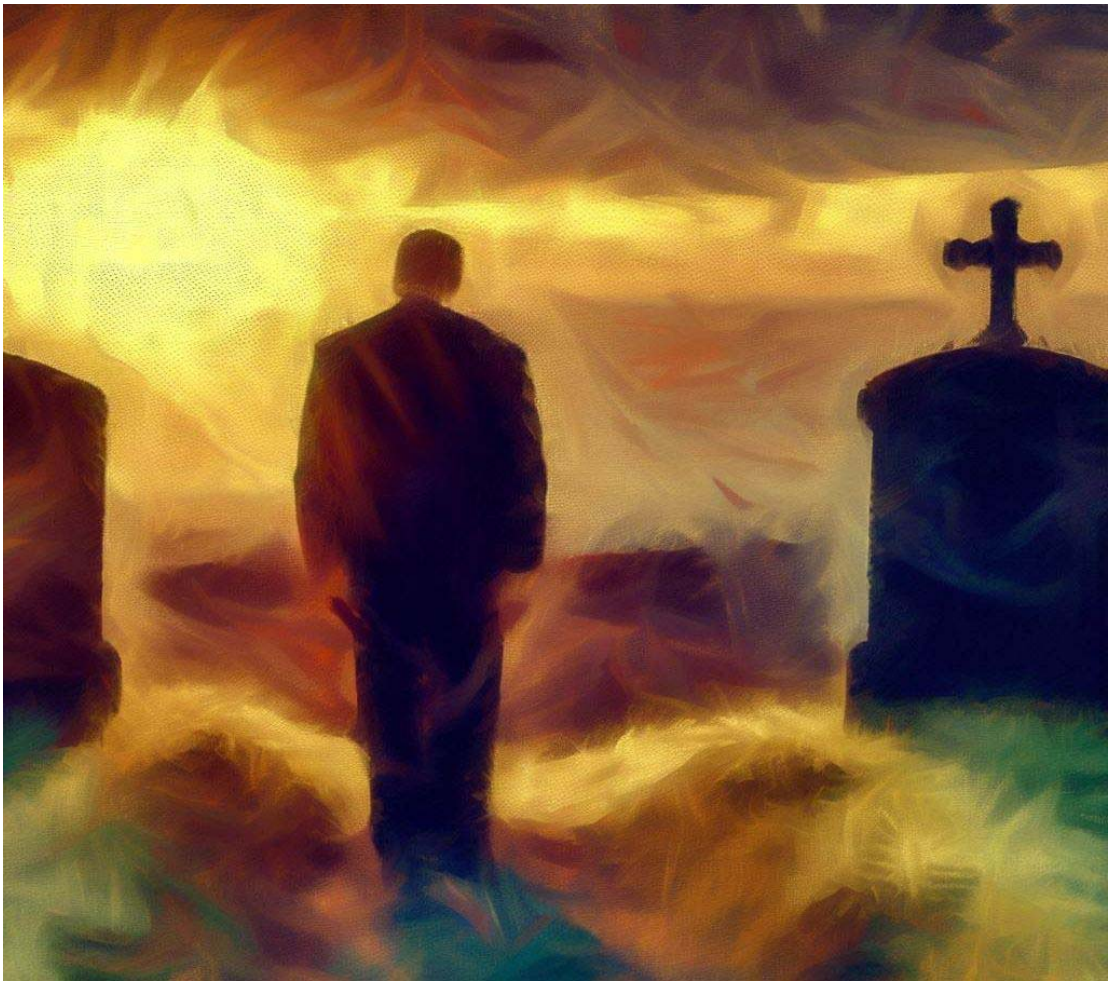
El capítulo segundo quedó reducido a ese esquema que al llegar a su casa tiró a la basura. La novela *Un caballo en la niebla* jamás se escribió. En Arcos y Campos Salles sigue funcionando la Parilla La Escondida; no vive nadie allí. Manuel dejó de concurrir a La Unión y de caminar por su viejo barrio. En ocasiones publica cuentos infantiles.

La ciudad

Vicente Adelantado Soriano

Investigador y docente español (Caudiel, Catsellón). Doctor en filología española. Es profesor de secundaria en Valencia. Textos suyos han sido publicados en *Liceus*, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, *Long Island al Día*, *Todas las Artes Argentina* e *Isidora*. También tiene escritas varias novelas y muchos cuentos. Ha publicado la novela *Los amores imposibles de Agustín Martínez (Niram Art, 2015)*. Intervino en la redacción del libro *Història de la literatura de Valencia*, escrito por el doctor Josep Lluís Sirera. Participó en el Simposium de Teatro Medieval de Elche (2004). Está dedicado a la enseñanza del latín y a la lectura de las obras clásicas.

Hice todo cuanto pude para salir de España y vivir en una de esas grandes ciudades. No sólo por las universidades y bibliotecas, sino más, mucho más, por los teatros, los cines, los museos y sus calles. Para ello, claro está, debía dominar las lenguas. Conseguí hacerlo.



La ciudad

Vicente Adelantado Soriano

Imaginamos que biven todos contentos y que solos nosotros somos los desdichados, y lo peor de todo es que creemos en lo que soñamos y no damos fe a lo que vemos.

Fray Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea.*

El hecho de salir del pueblo e irme a vivir a la ciudad fue un proceso largo y peliagudo. Tuve una infancia feliz en el pueblo. Iba a la escuela, aprendí a leer, las cuatro reglas y algo más. Pero pasaba la mayor parte del tiempo correteando por los montes, cazando lagartijas, comiendo fruta de los árboles que me apetecía, y bañándome en las charcas que formaba el poco caudaloso río. Sí, fue aquella una infancia feliz. Tenía, además, dos o tres buenos amigos y un maestro que se desvivía por mi formación. Tanto que, a partir de una cierta edad, muy tierna diría yo, comenzó a prestarme libros suyos a fin de despertar mi interés por la lectura. Lo consiguió.

Siempre, por otra parte, he recordado la conversación que sostuvo con mi padre. No se recataron ante mi presencia. Vino a decirle el maestro que yo gozaba de una buena inteligencia natural, y, en consecuencia, era una pena no enviarme a la ciudad a estudiar. Mi padre se quejó de las pocas posibilidades que tenía para llevar eso a cabo. El maestro enmudeció. No obstante, mi padre, casi analfabeto, consideraba que los estudios, un mito como otro cualquiera, podrían abrirme las puertas a las que él ni se había acercado. Vendió varios bancales, no se privó de nada porque nada había de lo que se pudiera privar, y me envió, en contra de las quejas y llantos de mi madre, a la lejana ciudad a estudiar.

En un principio no lo pasé nada bien: la ciudad no tenía montañas, caminos de herradura, pozas ni lagartijas. Pese a todo, no tardé en hacer nuevas amistades en el instituto. La ciudad estaba muy habitada. Mucho. Había dónde escoger. No tardé tampoco en descubrir otros encantos de los que carecía el pueblo. Jamás los tendría. Recuerdo que una tarde de domingo, paseando con unos ami-

gos, compañeros de clase, pasamos por la puerta de un teatro. En mi vida había visto más allá de dos montajes: la adoración de los Reyes, montada por el cura del pueblo en la iglesia, y el Lavatorio de los pies, igualmente. Y no sé por qué aquella lejana tarde me sentí tentado para entrar en el teatro. Miré los precios en la taquilla: no me alcanzaba el dinero que llevaba en el bolsillo. Le pedí prestado a mis nuevos amigos. Y entre todos reunimos el precio de una entrada para el gallinero. No me importó: en aquella lejana época veía y oía perfectamente. Y así fue como pude disfrutar de una magnífica representación de la obra de Valle-Inclán *Luces de bohemia*. No exagero si digo que tal representación cambió mi vida. Pero no sólo ella.

Poco después, un compañero del instituto, muy inquieto él, pidió permiso a la dirección para montar un cinefórum. Se lo concedieron, y asistí de mil amores, en un aula, a la proyección de una buena película. Me encantó. Era *El viaje fantástico*, de Richard Fleischer. En el coloquio que siguió me enteré de la existencia, en la ciudad, de la infinidad de cineclubs repartidos por ella. No estará de más decir que no dejé de visitarlos todos en varias y repetidas ocasiones. Y no me olvidé del teatro. Pero éste, por desgracia, no se prodigaba mucho: del montaje de una obra a otra podían pasar meses y meses, cuando no años.

Tampoco estará de más decir que con tanto cine, tanta charla en torno a él, y algo de teatro, descuidé un tanto los estudios. Me cayeron varios suspensos. No tuve ánimos para ocultárselos a mis padres. Ella, siempre preocupada por el dinero, puso el grito en el cielo. Él se lo tomó con calma. Y mi viejo maestro salió en mi defensa:

—Es natural —le dijo a mi padre mientras liaban sendos cigarrillos—: el muchacho se ha visto deslumbrado por la ciudad, y ha querido conocerla a fondo. Se le pasará. Es inteligente, y volverá a sus estudios. Y a sacar buenas notas, ¿verdad? —dijo mirándome a mí.

Bajé la cabeza avergonzado y no contesté nada. Se despidió de mi padre invitándome a dar un paseo con él. Lo acompañé hasta su casa. En la puerta, sonriendo bondadosamente, me dijo:

—Tus padres están haciendo un gran esfuerzo y un gran sacrificio por ti. No puedes defraudarlos. Estudia. Trabaja. La vida es larga, ya tendrás tiempo de divertirte y de ver mundo. O deberás volver al pueblo y seguir el oficio de tu padre. Y ya sabes lo que hay.

Esto último me aterrorizó. Pues había bastado un solo curso, muchas películas y varias obras de teatro, para que el pueblo se me quedara pequeño. Me di cuenta, al mismo tiempo, de las pocas cosas en común que tenía, ahora, con mis

amigos de la infancia. Apenas hablábamos. Ellos no leían, no veían películas ni, mucho menos, obras de teatro. Y yo notaba que ya no estaba ni aquí ni allá. Fue, en verdad, un verano horrible. Lo aproveché, en medio de mi tristeza, para estudiar cuanto no había estudiado a lo largo del año. Terminé con unas notas magníficas. Y seguí viviendo en la ciudad. Con sus amplias calles y múltiples cines y teatros. Y discutiendo sobre las virtudes de esta película o de la otra.

Un día, un compañero de clase, con el que apenas si tenía relación, me dijo si me interesaría trabajar de camarero. No pagaban mucho, pero lo suficiente para pequeños gastos. Tampoco el trabajo era muy exigente. Acepté con la idea de aliviar el peso de mis padres. Comencé a ahorrar, aunque el dichoso ahorro tuvo una contrapartida: no me quedaba mucho tiempo libre para ir al cine y al teatro. No obstante, mal que bien, seguí yendo. Me enamoré del cine japonés, y seguí con mucho interés el montaje de varias obras de Bertolt Brecht. Pero no descuidé los estudios. Aquel bienaventurado año no volvieron a repetirse los suspensos.

Terminó el lejano curso, seguí trabajando de camarero durante varios años, y terminé el primero de carrera, teniendo mucho dinero ahorrado. Pensé entregárselo a mis padres, pero mis planes se torcieron. No me apeteció nada, otro cambio en mi persona, volver al pueblo durante el verano: me pareció una pérdida de tiempo. Había perdido el encanto de caminar por los montes, o hablar con mi viejo maestro, atacado, por otra parte, por el cruel alzhéimer. Y fue entonces cuando un compañero de la facultad me propuso irnos los dos a París. Compartiendo gastos. Y con la ventaja de que unos familiares suyos nos dejaban su casa, situada nada menos que a espaldas de Notre Dame. Lo pude hacer gracias a mis ahorros. Me los gasté todos.

Así fue como conocí una gran ciudad, París, la luminosa París. Allí la oferta cinematográfica y teatral era inmensa. No obstante, los precios, algunos, estaban muy por encima de mis posibilidades. Vi cine, desde luego. Pero ninguna obra de teatro: ni tenía dinero para ello, ni mis conocimientos del francés llegaban para tanto. Paseé mucho, desde luego, y no me privé de comprar libros ni de ver museos, el Louvre sobre todo. Varios días, ante la impresionante Victoria de Samotracia, y paseando por las orillas del Sena, me acordé de mi pueblo, de mis padres, de mi maestro y de mis viejos amigos: no era justo, me dije, que ellos no pudieran disfrutar de estos museos, de estas amplias avenidas, y de estos cines.

—Nacer aquí o allá es un destino —concluí—. Puro azar. Aun así, y comparados con otros, en mi pueblo nos podemos considerar afortunados: nadie nos persigue, no padecemos hambre, ni nos matan o violan los desalmados hijos de su madre que hay por ahí.

—Me hubiera gustado mucho —le dije a mi amigo una tarde de melancolía a la salida de un cine— haber nacido aquí, en París, poder estudiar en su universidad, o en la de Alemania o Inglaterra...

—Bueno —me respondió él—, la nuestra tampoco está mal. No es para tirar cohetes, pero no está mal —repitió—. Lo que puedes hacer —añadió tras unos segundos de silencio— es, y con tus notas seguro que lo consigues, solicitar la plaza de lector aquí en París. Entonces tendrás oportunidad de estudiar y de conocerla.

La idea comenzó a roerme las entrañas. Máxime después de habernos ido un largo fin de semana a Ámsterdam. Allí se esfumaron los últimos ahorros. La ciudad me deslumbró. No me veía harto de pasear por ella y de visitar museos y monumentos. Y de callejear pese a la lluvia. Me invadió una fuerte melancolía recorriendo las orillas de los canales. Y viendo los cuadros de Van Gogh. Compré varios libros sobre él.

Había tenido el sentido común de dejarme en París el dinero para el billete de vuelta. Y para un café con leche.

Al regreso, sin un céntimo en los bolsillos, y tras un día de ayuno completo, hice todo cuanto pude para salir de España y vivir en una de esas grandes ciudades. No sólo por las universidades y bibliotecas, sino más, mucho más, por los teatros, los cines, los museos y sus calles. Para ello, claro está, debía dominar las lenguas. Conseguí hacerlo. Y conseguí, siguiendo el consejo de mi amigo, vivir y trabajar en París. Pero uno piensa el bayo, y otro lo ensilla: no es oro todo lo que reluce. No obstante, y pese a estar muy absorbido por el trabajo y las tareas burocráticas, pude ir al cine, pude ir al teatro, y pude leer mucho. Me convertí en un afortunado. Y en un solitario: no me encontraba a gusto con mis nuevos compañeros. Hasta que una mañana, paseando solo por los alrededores de Notre Dame, sentí una fuerte punzada de melancolía por el pueblo. Había perdido a mis viejos amigos. Tuve la impresión de haberlos traicionado, de vivir donde no me correspondía. Me pareció entonces absurdo ser un habitante de una gran capital. Aun así, apuré el cáliz hasta las heces.

El tiempo no pasa en vano. Y quieras que no, narcotizando la melancolía, visité muchos museos, vi mucho cine y algunas obras de teatro. Hasta el punto de que, en un determinado momento, me dio la impresión de que todo se repetía: siempre me estaban contando la misma historia con ropajes distintos, y distintos escenarios. Pero siempre era lo mismo. Me resultaba desesperante: apenas veía los primeros fotogramas de un film, ya sabía todo cuanto iba a suceder. O en cuanto veía a un actor, o actriz, desnudarse en el escenario, se me abría la

boca en un enorme bostezo. Las clases de algunos profesores, además, comenzaron a parecerme pura exhibición de cuatro saberes mal digeridos. Prefería, con mucho, las conversaciones con mi viejo maestro, o los libros de otros profesionales. Y para leerlos no me hacía falta estar en París o Berlín, ni lejos del pueblo. Y entonces, armado con unos potentes auriculares, di en oír música clásica. Un tardío descubrimiento. Llenaría por completo mis años de jubilado.

Así fue. Pues por si esto fuera poco, comenzó a atacarme una incipiente sordera. Fue a más. El teatro, por esta molestia o enfermedad, se convirtió en una esperanza frustrada. Y las películas las tenía que ver subtituladas.

Uno de los tantos paseos por el Sena me recordó mis infantiles chapuzones en las charcas del río del pueblo. Un nuevo ataque de melancolía. Pero no podía regresar: allí no tenía trabajo. Mis padres, además, se habían arruinado por darme una carrera. Habían vendido todas las tierras. Y habían muerto casi en la miseria. No lo hicieron gracias a que alguien me avisó, y pude ayudarles y devolverles parte de lo invertido en mi persona. El día de su entierro, fallecieron los dos con pocos días de separación, todo me pareció un espejismo. Me quedé ante sus tumbas largo rato.

—No ha sido un espejismo —me dije solapando la voz de mi padre—, tú no has trabajado en un bancal de sol a sol. Has disfrutado de las ciudades, de la vida y de las cosas que ésta ofrece. Ni tu madre ni yo hemos tenido un día de vacaciones o de descanso. Y no hemos gozado más que de los montes y de los ríos del pueblo.

Me acordé entonces de una frase suya. Le encantaba decírmela las pocas veces que me mostré preocupado por el gasto generado por mis estudios:

—Tierras no te dejaré —me dijo—, pero titulicos todos los que tú quieras sacarte.

Y lo hizo. Vendiendo cuanto pudo. Afortunadamente la casa se salvó de ventas e hipotecas. Y a mí me entró una melancolía enorme recorriéndola. Tanta que comencé a pensar en acondicionarla e irme a vivir al pueblo en cuanto me jubilara o pudiera hacerlo. La ciudad me parecía ya un espejismo, cada vez más despersonalizada, deshumanizada, y el cine y el teatro, dejando de lado mi sordera, ya no tenían nada que ofrecerme. Así lo creí. Emprendí un lento regreso.

Busqué a viejos conocidos, albañiles ellos, remodelé y acondicioné la casa, y comencé a pasar allí los fines de semana, los días de fiesta y los veranos. Luego, más tarde, ya jubilado, regresé al pueblo definitivamente. Y volví a dar largos paseos por las montañas que tantas veces recorriera en mi lejana infancia. Nun-

ca, como entonces, me sentí tan a gusto en medio de un paisaje doblemente silencioso. Además, allá por donde iba no dejaba de saludar a unos y a otros. Y le encontré un agradable placer a hablar del tiempo, de las cosechas y de las ocurrencias del alcalde del pueblo. Las ciudades, los cines y los teatros quedaron definitivamente atrás.

De la urbana memoria

Ismael León Almeida

Escritor cubano (San Nicolás de Bari, 1953). Ejerció el periodismo en radio, agencias y prensa. Fue uno de los fundadores de la revista *Bitácora* (1999-2002), especializada en náutica recreativa cubana. Editor del blog *Cubanos de pesca*. Ha publicado los libros *Polo, cantor de la montaña* (Vitral, Pinar del Río, 2003), *Pesca deportiva cubana: historia y tradición* (Editorial Científico Técnica, La Habana, 2009), *Técnicas y peces del aficionado cubano* (Editorial Científico Técnica, 2013) y *El torneo cubano de Ernest Hemingway* (Editorial Científico Técnica, 2018).

Una planicie con senderos de cemento / este parque y sus bancos de hormigón, / algunas lámparas que podrían iluminar / un puñado de noches.

De la urbana memoria

Ismael León Almeida

Crónica de extramuros

Quién habrá crecido en este barrio,
en esta calle que baja hasta los muelles
atestada de gentes que renuncian
al verbo estar en su noción exacta
y allegan las aceras a sus cuerpos
a los que falta ocupación o prisa.

¿Cuál es su verdadero hogar?,
¿el quicio de esta puerta
o la escalera
que sube hasta donde desviven?
En todo caso, desde su observatorio,
velan pasar las cosas de esta calle,
escogen el arroz
fuman y beben
sus alcoholes.
En este barrio,
¿quién habrá crecido,
en esta calle
que desestima el tráfico?

Ninguno empinó aquí,
su estatura de gente,
ni en la que corta
la opuesta esquina humeante
de trepidantes ómnibus
y pavimento estrecho,

con sus viejas memorias
de accidentes
contra el muro obstinado
de la añeja bodega.

Dos cuadras hacia abajo
a mitad de camino en dirección
a donde amarraban su bajel
                los españoles,
había un parque: dos árboles,
alguna estatua
de astillado mármol,
una iglesia que nadie visitaba
salvo esas viejas tan
                recalcitrantes,
y como fundida en los mismos
muros centenarios
estaba aquella escuela a la que iban
los que nunca crecieron en el barrio
a cumplir su condena.

Hubo sus días raros,
como aquella ocasión
en que una repitente de tercero
tomó la mano al aprendiz de hereje,
y lo condujo escaleras arriba
susurrando una canción
de los Fórmula Quinta.
Dijo que iban a tocar el cielo
y ciertamente su versión existía
al menos de aquel lado
del muro medianero de ladrillos.

Vaya modo de crecer,
se dijo el que volvía río abajo
de alguna de las páginas
del pícaro Mark Twain.

Hombre urbano

En la Calzada de Infanta,
hoy sábado al amanecer
vamos dejando atrás
fachadas despintadas
ventanas con barrotes, perros, gentes,
un ficus creciendo en la azotea
como un hermoso reto al arquitecto.

Unas cuadras después
los inmuebles idénticos al día triunfal
y un mono atado con brillante cadena
asciende por la reja de blancos angulares,
con flores su diseño, hojas, frutas
(tan sólo le faltó la lluvia al gran herrero).
El mono —se supone— es un simio feliz
fuera del alcance del tigre
de la pitón voraz
de un gorila iracundo.
Su metálica selva le acomoda,
mangos del agromercado y agua de acueducto;
se supone, ha dicho un verso, que con eso es feliz.

Por la Calzada de Infanta
recto hasta el mar
(probablemente viene de un tiempo de calesas y adoquines
saliendo al hato en procura de cueros, un día de sol,
algún ingenio azucarero y sus esclavos)
viaja en el ómnibus un hombre negro joven
con sus herramientas de albañil
y un pulóver limpio,
en busca de unos pesos
este día de asueto;
una anciana fuerte y modesta
dispuesta en su viudez
a levantar un día y luego el que le sigue,
y una muchacha
(¿qué mañana de sábado iba a estar sin muchachas?)
cruzando la calzada
marcha erecta

(no modelo de Dior ni becaria extranjera)
tenía los ojos garzos de una distante asiática
y ese porte de reina
(sabrá la biología su dinástica clave)
y unas manos aladas
y el culo recto (que es hermosa palabra, tratándose del caso).

Mirando la ciudad
constato al hombre urbano
que atañe a sus fachadas y derrumbes.

Nostalgia hermana

Mi viejo amigo a la ciudad
llegado
con una adolescente;
ella se escuda en un costado
del aire de semáforos y cruces
peatonales.
Echa cauta a la calle sus ojos
de muchacha, saluda
sin moverse un instante del
poblado donde sus pasos
sin mundo han revuelto
flores de romerillo y
malva agreste.

Ha venido el amigo a sus asuntos
y un abrazo le ha dado a su
amigo del tiempo
tomándose de huésped
en un hotel de nombre
y paseando el reflejo calobar
de sus andares
por calzadas de floresta contenida
y verde intenso.

Él llega acogedor a los saludos
recortando de la tierna memoria

un tiempo calmo.
Presenta a la muchacha (Es su amor)
de la bondad vestido,
y en un instante aparte
como quien dice ha
pasado una garza
por la copa del mangle,
recuerda a la mujer
que murió el otro año.

El parque

Estática milagrosa, solían decir,
como si las columnas, vigas, paredes de carga,
todo aquel entramado del existir,
fuera un encantamiento para
contener por un rato la intemperie
y tornara a su favor la gravedad
aquella tirante controversia,
con las vidas completas que comenzaban una noche
de televisores y arroz con huevos fritos.

Allí construyeron un parque
para dar un respiro a la calzada
en su agobio de ómnibus repletos y gentes con su estrés,
decididas a beberse de un golpe su derrota
como un trago de aguardiente destilado en la olla
del potaje.

Una planicie con senderos de cemento
este parque y sus bancos de hormigón,
algunas lámparas que podrían iluminar
un puñado de noches,
y un par de árboles en litigio
con los barrenderos que maldicen
su inestable follaje e inoportunas floraciones.

Sabia pintura azul ha delineado
la cuadrícula abierta a toda luz.

Si pasaran delante de su parque
los cuerpos recuperados en los escombros,
que esperaban tan sólo reposar la noche
y amanecer tornados a su esforzada vida,
aguardaría alguno a la muchacha
que vivía en el nivel del aire donde cruzan palomas,
los otros recordando tarde a tarde
el mismo juego de pelota de su final de serie
y aquellos dos dirimen la eterna partida de ajedrez.

Un parque puede ser el caminante,
el que refugia en la sombra su sofoco,
el lector de poesía a la luz de un farol,
la muchacha que ha llegado temprano hasta su banco,
el que dio jaquemate y el que acuesta su rey.

6 am

Un gallo canta por ahí
por algún patio.
Hay ventanas con luces,
una olla de presión
farfulla en su potaje.
Gentes hay que a su día
le hacen la ceremonia.
El custodio refresca
su rostro y se compone.
Ya viene el sol,
ya viene.
Algunos están prestos,
otros duermen.

Un capítulo de la novela inédita
La vida realenga

Mario **Amengual**

Escritor venezolano (Maracay, Aragua, 1958). Es licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV) y actualmente es profesor de los talleres de Literatura I y II en el núcleo de la UCV de Maracay, facultades de Agronomía y Ciencias Veterinarias. Ha sido articulista de opinión en los diarios *Últimas Noticias*, *2001* y *El Siglo*. Numerosos artículos, ensayos y poemas suyos han aparecido en las publicaciones digitales *El Meollo* y *Ala de Cuervo*, entre otras, así como en la *Revista Nacional de Cultura* e *Imagen*, y en los suplementos literarios de diferentes diarios nacionales y regionales. Ha publicado *La arboleda deslumbrante* (poemas; Alcaldía de Los Salias, San Antonio de los Altos, 1991), *El tiempo de las apariencias* (poemas; Departamento de Cultura de la UCV, Maracay, 2000), *El pozo de la historia/Los extranjeros* (novela y poema en prosa; edición limitada del autor, Caracas, 2001), *El pozo de la historia* (novela; bid & co editor, Caracas, 2007), *El cantante asesinado* (novela; bid & co, Caracas, 2009), *La fiesta de La Democracia* (novela; bid & co, Caracas, 2011), *El abismo de los cocuyos* (novela; bid & co, Caracas, 2013) y *A la sombra de los destellos* (poemas; Movimiento Poético de Maracaibo, Colección Puerto de Escala, Maracaibo, Zulia, 2015).

La cosa está fea y no se sabe por qué empezó el desmadre, pero dicen algunos que todo empezó porque unos dirigentes de los esmirriaos estaban protestando por el alto costo de los alimentos y de los servicios públicos, y unos rojos que andaban por allí se les enfrentaron con palos y piedras, y después se fue metiendo más gente en la pelea y aquello corrió como pólvora prendida.

Un capítulo de la novela inédita *La vida realenga*

Mario Amengual

La calle es una selva de cemento, la calle es lo que somos y lo que aparentamos, la calle exalta las codicias y exhibe sin pudor nuestros fracasos, la calle es el mejor retrato de la vida: no importa cuánto digan y desdigan los discursos de los gobernantes, porque la calle siempre tendrá la última palabra, y ante cualquier amago de moldear los pareceres y las conductas, en la calle siempre aflorarán las rebeldías. Las paredes de la vía pública resumen historias, muestran adhesiones pagadas, delatan las militancias convenientes, exponen los reclamos con buena o mala ortografía, desnudan los discursos presidenciales, demuestran cómo las arrecheras se convierten en metáforas memorables. En los vidrios de los carros que circulan por las calles se denuncian las ineficiencias, las arbitrariedades y las promesas incumplidas de los políticos; también en ellos se anuncian fiestas, los egos publican sus dudosos méritos, se conmemoran éxitos deportivos, se pide a Dios la lluvia por tanto tiempo ausente, se certifican los credos y las devociones: en la calle todo habla con todos los lenguajes de la humanidad, sobre todo cuando las mentiras y las falsificaciones vertebran los discursos oficiales y pretenden convertirse en único lenguaje de un pueblo.

En la calle por donde anda Lucho Rodríguez, en la calle de todos, encuentra respuestas, descubre dudas, reafirma o aplaca su desazón; respira con dificultad por la calina, lleva horas caminando sin saber a dónde quiere ir y sin saber si quiere ir a alguna parte; Lucho anda y desanda calles, andando y desandando su vida, lo que de ella le queda. Perdió la cuenta de las horas que lleva sin dormir, de los días que no se sienta a comer con calma y apetito; no sabe, ni tampoco quiere saberlo, si la esperanza es un territorio posible en sus pensamientos; dobla en una esquina, dobla en otra, va de una acera a otra, esquiva huecos en las aceras, las pocas aceras que no ocupan los buhoneros en el centro de la ciudad; y una frase escrita en letra de molde en una pared lo saca del ensimismamiento: «Ciudadanos, no terminamos de nacer hasta el día en que morimos». Lucho la

lee y la relee, se rasca la barbilla y se estremece: *A quién se le ocurrió semejante vaina, porque de ser así como dice andamos todos de fetos por este mundo y ya no vale ni ofende decirle a nadie malparío. En este mundo hay gente para todo, que de todo, aunque sea torcido y sin mucho tino, sacan una frase o una sentencia y van otros más atrás y la repiten y se la restriegan en los labios con aires de sabios doctores. Ahora sí es verdad que me cambiaron la seña, porque yo daba por bien muerto a mi hijo Roberto y según este sabio, que ni el nombre le ponen en esta pared, es el único de mi familia que ha nacido y quién sabe por dónde anda, por los años que lleva de muerto. De haberla leído antes y creer en ella como un evangélico en la Biblia no estaría yo ahora tan apolismado.*

Sigue caminando Lucho con la muerte aún más viva dentro de sí, con la vida más muerta en su corazón sin paz, burlándose del sabio anónimo o del estúpido anónimo; a veces, piensa Lucho, la estupidez y la inteligencia parecen la misma cosa, o tal vez son caras distintas de una misma enfermedad. Lleva Lucho su cuerpo a rastras por las calles de San José de Tucupío como si hubiese recogido el cadáver de un indigente, de esos que abundan alrededor del terminal de autobuses, que ya no tienen nombre, ni familia, ni ciudadanía: son sólo escombros parlantes, desechos de humanidad que comen lo que encuentran o lo que roban y beben aguardiente barato, sostenidos en la vida como la piedra que quiere seguir siendo piedra y el gusano que quiere seguir siendo gusano. Lleva Lucho el feto de Lucho a rastras, indiferente a la picardía de los verduleros y fruteros de los alrededores del Mercado Principal, con sus pesos amañados para vender menos por más dinero, aunque ofrecen lo contrario; tropieza con una mujer que discute por el precio de unos cambures y grita que la están robando, sin pistola ni cuchillo, «me están robando con un peso», y Lucho con el feto de Lucho entre las manos se queda parado junto a la mujer que sigue gritándole al buhonero, un negro muy alto y delgado, con pinta de estrella de la NBA, pero cuya velocidad y sagacidad la emplea en trajinar gente que confía en sus engañosas ofertas. Lucho se olvida del feto y de la frase del sabio o estúpido anónimo, y le grita al buhonero:

—Devuélvele los reales a la señora y métete tus cambures por el culo.

La señora voltea a mirar a Lucho con gesto de agradecimiento, y al mismo tiempo ve una lanza negra muy larga estrellarse contra el pecho de su improvisado defensor; luego ve junto a ella dos cuerpos confusos soltando patadas, golpes, escupitajos y mentadas de madre, gotas de sangre salpicando el pavimento, y un gentío ansioso de violencia la aparta, y ni tonta ni perezosa comienza a coger del tarantín del buhonero cuanto pueda (mandarinas, manzanas, peras, cambures) y lo va metiendo en su bolsa de mercado y se larga, se aleja del tumulto sin dejar

de mirar atrás por si alguien la sigue. Ahora toda la calle, todo su sentido, toda su razón es la pelea entre Lucho y el buhonero: ambos han cobrado lo suyo, ambos sangran en alguna parte de la cara; aprovechan los carteristas y los arrebatadores de prendas y celulares, y a los gritos para azuzar a los peleadores se suman los de «agarren a ese coño e madre»; media cuadra más abajo alguien le mete una zancadilla a un zagaletón que le había arrebatado el celular a una muchacha que aupaba al contrincante de Lucho y allí se forma otro tumulto de patadas y golpes al zagaletón que pide clemencia como un condenado a muerte; al mismo tiempo llueven, como empujadas por un huracán, toda clase de frutas y verduras, y a uno que iba pasando en una bicicleta le dieron un yucazo en la nuca y cayó con todo y bicicleta sobre el asfalto, donde dejó media cara y algo de cuero cabelludo; una anciana que quedó paralizada en una de las puertas laterales del Mercado Principal al ver semejante desbarajuste, un tomate raudo le quitó los lentes y le dejó la nariz y los ojos rodeados de pulpa rojiza y semillas; al lisiado en silla de ruedas que solía vender estampitas de santos con sus oraciones milagrosas en la puerta principal del mercado, un indigente hediondo y mañoso le arrebató de las manos la media botella de caña clara cuando estaba a punto de empinársela. Ya habían separado a Lucho y al buhonero, la flecha negra de la NBA, cuando llegó la policía repartiendo sin contemplaciones rolazos y bombas lacrimógenas; Lucho logró zafarse del tipo con cara de ladrón que lo sujetaba y se escabulló entre el gentío, asfixiados por las bombas unos y sobándose las costillas y las nalgas otros; iba con el pañuelo quitándose la sangre que le salía por la nariz y que le brotaba de la ceja derecha; ya distante del barullo, entró al baño de una arepera y se lavó la cara con el agua de un tobo, puesto allí para el que tuviera la decencia de bajar la poceta y no dejar a la vista de los demás sus mojones flotantes; se dio cuenta de que la franela parecía trapito de mecánico y se la quitó y se la puso al revés, con los pantalones no había nada que hacer y salió en busca de la barra de El Morichal.

Apenas le sirvió la cerveza, Rosi le preguntó:

—¿Y a quién le pusiste la cara para que te la adornara?

—Un tropezón —susurró Lucho, todavía apretando el pañuelo contra la ceja derecha que no dejaba de sangrar.

—Pero sería un tropezón con un karateca, porque tienes coñazos hasta en la cédula —dijo Rosi, burlándose.

La mirada rencorosa de Lucho bastó para alejarla y dejar en ascuas la curiosidad. Fue al baño y aun con la luz amarillenta y el espejo fragmentado Lucho pudo ver su rostro golpeado, más de lo que creía; ya no sangraba por la nariz, pero de la ceja seguía saliendo un hilo de sangre apurado: tenía cardenales en los

pómulos, en las mejillas, en las sienes, en la frente; la nariz y el labio superior estaban inflamados. Volvió a la barra, se disculpó con Rosi y le pidió polvo de café. Ella misma se lo puso en la herida de la ceja; al rato dejó de sangrar.

—Bueno, Lucho —mientras le servía otra cerveza—, cuéntame qué te pasó.

—Salí del trabajo y me eché a caminar. Estaba caminando, pero no quería caminar. No sabía a dónde ir, pero seguía caminando. No quería estar en ninguna parte, pero tenía que estar en alguna parte —Rosi lo miró con franca extrañeza, pero él no lo notó; a Rosi le pareció que deliraba: nunca lo había oído hablar así. ¿Serán los golpes en la cabeza?, pensó Rosi—. Llegué al centro, no quería venir para acá. No quería beber y seguí caminando. La gente me parecían muñecos de cartón. No quería caminar y de repente me encontré con unas palabras escritas en una pared. Sí, ocurrencias de algún loco escritas ahí. A lo mejor de un loco que las leyó en un libro y las escribió en la pared. Decían algo así que uno termina de nacer cuando muere —Lucho rio, mirando hacia ninguna parte—. ¡Qué bolas!, y que uno termina de nacer cuando se muere. Entonces, ¿qué coño hacemos aquí si no hemos nacido? ¿Somos fetos? —Rosi lo confirmó: a este lo volvieron loco a coñazos—. Seguí caminando, sin dejar de pensar en ese disparate que leí, sintiéndome un feto, y de repente estaba una señora peleando con uno de esos buhoneros que venden frutas y que todos sabemos que son unos tramposos de mierda que ofrecen más barato lo que venden, pero resulta que te dan menos e igualito te joden como en los grandes supermercados, con el cuento de la economía informal y con el cuento de que son pueblo. La señora decía que le estaban dando menos cambures de los que estaba pagando y a mí me arrechó la soberbia del tipo, un negro largo como una vara de puyar locos, y me metí a apoyarla y le mandé a meterse sus cambures por el culo y el negro se me vino encima y eso fue coñazo por aquí y por allá, y la verdad no sé qué le hice pero sé que le di porque cuando nos separaron me di cuenta de que tenía sangre en la cara y un ojo hinchado, y ahora sé que yo también llevé, pero me saqué el clavo cuando lo vi sangrando. Ahí se armó un alboroto de padre y señor nuestro, volaron frutas y verduras por todos lados, se repartieron golpes y patadas como caramelos en una fiesta de carajitos, hasta que llegó la policía lanzando bombas lacrimógenas y dando rolazos a diestra y siniestra. Y ya me ves aquí, Rosi, como guanábana de regalo.

—Ya te veo, Lucho. Pero me extraña que te hayas portado así. Yo no te conozco como hombre de andar en pleitos ni buscando camorra...

Rosi fue interrumpida por la entrada abrupta de un hombre sudoroso y jadeante, detrás de él quedaron las puertas batientes como abanicos agitados por manos nerviosas. Sin hacerse esperar, informó a gritos a la concurrencia:

—El centro está hecho un mierdero. Están saqueando tiendas y todo tipo de negocios. Tuvo que presentarse la Guardia Nacional y hay varios heridos y tal vez algunos muertos. La cosa está fea y no sé sabe por qué empezó el desmadre, pero dicen algunos que todo empezó porque unos dirigentes de los esmirriaos estaban protestando por el alto costo de los alimentos y de los servicios públicos, y unos rojos que andaban por allí se les enfrentaron con palos y piedras, y después se fue metiendo más gente en la pelea y aquello corrió como pólvora prendida. Todavía están los guardias disparando perdigones y bombas lacrimógenas, y dándole peinillazos a quienes se les atraviesen.

Rosi y Lucho se miraron sorprendidos y se sonrieron con picardía. El hombre, por todos allí conocido como el Profe, aún sudoroso y jadeante se les acercó; le pidió una cerveza a Rosi. Se tomó la mitad del tercio de un solo trago, a pico de botella; se secó los labios con el envés de la mano y dijo:

—Por mi madre que está tres metros bajo tierra que desde el sacudón del 89 yo no había visto nada igual. No les extrañe que el gobierno suspenda las garantías. Hasta se corren rumores de golpe de Estado, porque detrás de eso andan los esmirriaos, que nunca deja de conspirar.

Sin hablarlo, Rosi y Lucho acordaron dejar que el Profe le diera rienda suelta a sus conjeturas y no decirle la verdadera causa de aquellos desquiciados acontecimientos. Pero ahí no terminaba su secreta diversión: al rato llegó otro de los clientes asiduos de El Morichal, más alarmado y alterado que el Profe. Según él, la situación se le había escapado de las manos al gobierno regional y por eso fue necesario llamar a la Guardia Nacional; abundaban los heridos y los detenidos, y se hablaba de diez o más muertos; a esa hora seguían los saqueos de todo tipo de negocios y nadie sabía a ciencia cierta a qué se debía la revuelta, pero se sospechaba de algunos líderes regionales de los esmirriaos y de agitadores de oficio. Se temía que la revuelta se extendiera a los pueblos cercanos a San José de Tucupío y a otras ciudades; se rumoraba que el Presidente se dirigiría al país en cadena nacional y también se rumoraba que las brigadas populares del partido rojo se estaban armando y preparando para defender al gobierno revolucionario. Y a pesar de la cara y el cuerpo adoloridos, Lucho reía para sus adentros y pensaba: ¡Carajo, hasta dónde pueden llegar unos cambures! Miraba a Rosi, que se las arreglaba como podía para no explotar en carcajadas, y decidió interrumpir la relación del recién llegado, contando un chiste para liberar las carcajadas contenidas de Rosi; así pudo ella reír sin tapujos y, de no salir corriendo al baño, se hubiese orinado encima. Al Profe y al otro tipo les pareció que el chiste no era tan bueno como para reír tanto como lo hizo Rosi, y menos aún para orinarse. Lucho siguió contando chistes, como nunca antes lo había hecho en El Morichal; entonces

Rosi consideró definitivo que los golpes recibidos le habían cambiado el carácter a Lucho, al menos en aquellos momentos.

Quedaron en el aire el origen y la gravedad de los hechos; al día siguiente la prensa regional ofreció diversas versiones, pero todos los periódicos coincidían en que los disturbios no se extendieron más de una cuadra del centro, esa en la que en una de sus esquinas Lucho mandó a un vendedor de frutas a meterse unos cambures por el culo.

La piscina de mar

Diana Andrade

Escritora colombiana (Bogotá, 1987). Reside en Los Ángeles, California. Es doctora en Historia de la Universidad de Princeton. Ha trabajado como investigadora y profesora de secundaria. Sus cuentos han sido publicados en la antología *XXIV Concurso de Cuento Ramón de Zubiría* y en las revistas *Casapaís* y *Crisopeya*. En 2021 obtuvo el tercer lugar en el I Concurso Internacional de Cuento Due Passi de Logroño.

¿Qué clase de persona se rehúsa a decirle a su esposo que lo quiere aunque lo ama tanto como a sí misma? ¿Qué clase de excusa para estar tan amargada es llevar un año sin poder escribir?

La piscina de mar

Diana Andrade

El Woolworths era un local angosto, pero tenía todo lo que necesitábamos. Salomón tomó una canastilla verde de la torre junto a la puerta, se abrió paso por entre un grupo de universitarios borrachos que se carcajeaban frente a la hilera de pan tajado, y sacó una caja de leche descremada del refrigerador. Era viernes por la noche, cerca de las 10. Muchos pensarían que comprar una caja de leche descremada a esa hora era admitir una derrota, aceptar que el tiempo había pasado y nos había dejado, pero a mí esa noche me pareció que la leche descremada era una bendición. Ninguna fibra de mi ser quería volver a sentir la necesidad de aprobación de un universitario.

Pagamos lo del desayuno con mi tarjeta de crédito, la de viaje. Salomón me apretó la muñeca dos veces para darme las gracias, pero yo apenas le sonreí mientras me ocupaba de firmar el comprobante. ¿Qué significan las finanzas personales después de diez años de matrimonio? Salomón podría desocupar mis cuentas en un ataque de rabia porque tiene todas mis contraseñas; yo podría hacer lo mismo con las suyas. Salimos del Woolworths con una bolsa reutilizable cada uno, yo con la mía colgada del hombro y él llevando la suya de las manijas. Los universitarios borrachos se quedaron dentro del local, muertos de la risa, esta vez porque a uno de ellos se le habían regado los contenidos de su billetera mientras intentaba sacar su licencia de conducir para comprar cigarrillos.

Llegamos al Airbnb con la frente húmeda de sudor. El barrio en el que nos estábamos quedando se llamaba Surry Hills, una adaptación de un nombre inglés que sugería algo así como «colinas del carruaje». Le hacía honor a su nombre. Del supermercado al apartamento nos encontramos una calle tan empinada como las de San Francisco, las que producen ese dolor de pantorrilla que empieza por el talón.

Salomón dejó su bolsa reutilizable junto a la puerta y fue hasta el lavaplatos a servirse un vaso de agua. Mi esposo era tan alto que podía apoyar la mano en

el borde del mesón y mantener el brazo estirado mientras que con el otro se llevaba el vaso a la boca, esa pose confiada que sólo pueden adoptar los hombres altos mientras toman agua. Yo colgué mi bolsa del espaldar de una silla del comedor y bebí de la botella de acero inoxidable que había dejado sobre la mesa después de hacer el *check in*. Había algo infantil en mi necesidad de beber siempre de una botella, como si ser una mujer de baja estatura me pusiera en la misma situación de una niña que a todos lados debe ir preparada con su lonchera.

Después de cenar un filete de barramundi que Salomón doró con mantequilla y ajo, nos acostamos cada uno en una orilla de la cama enorme, *king size*, del apartamento de alquiler. Además del desfase horario, me costó dormirme porque la noche de Sydney se entraba por los resquicios de la ventana, mal aislada porque el clima templado de Australia lo permite. Pasé horas escuchando la música electrónica de los bares cercanos, las risas diáfanas de las jóvenes abandonando las fiestas, las conversaciones sin sentido de los desconocidos que se juran amistad eterna mientras esperan los buses escasos de la madrugada. Me debí haber dormido cuando ya el amanecer se aproximaba.

A las pocas horas, Salomón me despertó en pantaloneta de baño y con la maleta de playa ya empacada. Me enderecé en la cama, sentía los ojos calientes por el cansancio, pero en lugar de protestar y decir que necesitaba dormir, asentí y fui hasta la maleta a buscar mi vestido de baño. Ese era el trato. Habíamos venido a Sydney para sacarme a la fuerza del letargo, del resentimiento que me consumía y hacía que los días se me escaparan como arena entre los dedos. Salí del apartamento con las llaves prendidas de las medias como buena turista. Mientras Salomón iba guiándonos hacia el paradero, yo admiraba el paisaje de esa ciudad desconocida, las casas con arandelas victorianas, los *pubs* en cada cuadra.

El bus en el que nos subimos estaba casi vacío. Había una pareja besuqueándose en la banca de atrás y, en la parte delantera, una mujer de unos treinta años sentada frente a un coche que había asegurado en la zona especialmente designada para ello. De cuando en cuando le hacía cosquillas al bebé en la barriga, pero de resto tanto el niño como ella iban entretenidos mirando por la ventana, siguiendo los pocos carros que circulaban a esa hora por la autopista. El tráfico escaso, y sobre todo las calles lisas como mantequilla, hacían que Sydney pareciera una ciudad de juguete.

Salomón aprovechó el trayecto para hablar de su infancia. Cuando era un niño de pantaloneta gris y blazer cuadrado, tal como Angus Young inmortalizó el uniforme de los colegios privados australianos, el que ahora era mi esposo pasaba los fines de semana haciendo deporte. Jugaba críquet, rugby y surfeaba. Una vez se escapó con sus amigos, manejando ocho horas, para ver la final del Abier-

to de Australia en Melbourne. A estas alturas de nuestra vida compartida yo conocía todas esas historias, prácticamente podía recitarlas palabra por palabra, pero cobraban una cualidad especial escuchándolas en Australia. Era como si mi mente por fin pudiera dotarlas de textura, imaginármelas en tercera dimensión.

Nos bajamos del bus en la calle principal de Bondi Beach, frente a un restaurante de tacos y margaritas. Del otro lado de la avenida estaba el malecón, un camino asfaltado sin mucha pompa ni circunstancia, pero el esplendor azul del océano Pacífico expandía hasta el infinito mi campo visual. Nunca había visto un mar tan cristalino, de olas tan altas, mucho menos esa muralla de peñascos que lo rodeaba. Salomón y yo cruzamos la avenida tomados de la mano, caminando por la izquierda, porque aparentemente las reglas del flujo vehicular también afectan como los peatones se desplazan por el espacio.

La tienda de implementos para surfear que escogió Salomón era la materialización de lo que uno se imagina cuando piensa «Australia». Me atendió un muchacho incluso más alto que él, bronceado, rubio tanto de nacimiento como por el efecto del sol y el agua salada. Me preguntó si sabía qué talla de traje de buzo usaba o si prefería que él adivinara. Así dijo, «adivinar», *to guess*. A los veinte años me habría muerto de la vergüenza de saberme examinada por un hombre así, tan irremediablemente guapo, pero ese día lo único que se me ocurrió fue que todas las tiendas de ropa deberían ofrecer ese servicio. Me metí al vestier sin mirar qué talla de *wetsuit* me pasó el muchacho, me lo puse encima del vestido de baño porque me impresionó la posibilidad de contraer alguna infección vaginal, y cuando salí pensando que me veía como un *Avenger* playero con ese traje de manga corta y pantalón hasta la rodilla, Salomón ya se había cambiado y estaba gestionando el alquiler de las tablas. Él también se veía guapísimo con su trusa, más largo y delgado, como un astronauta del futuro.

Si bien es cierto que nunca me había preguntado por el peso de una tabla de surf, la tabla morada de principiante que me alquiló Salomón me pareció pesadísima. También se me hizo difícil de cargar, engorrosa. No creo tener ideas equivocadas sobre mi propio cuerpo, es una de las pocas cosas sobre las cuales me considero ecuánime, pero fue una verdadera sorpresa descubrir que mis brazos son demasiado cortos para rodear cómodamente una tabla de surf. El peso tampoco mejoró cuando por fin nos metimos al agua, pues si bien la tabla flotaba, halarla en contra de la marea hacía que me tirara del hombro. Por un instante fugaz pensé que debería hacer más ejercicio, pero pronto recordé que mi hábito de nadar seis días a la semana ha sido calificado por varios como «excesivo».

Empezamos a practicar cómo surfear en una zona panda donde el agua me daba sólo hasta el busto. Salomón adoptó una actitud tranquila, de profesor ex-

perimentado, para explicarme cómo acostarme boca abajo en la tabla. Debía concentrar mi peso en el centro y levantar el pecho en lugar de desplomarme de barriga. Lo intenté. La fuerza necesaria para subirme hizo que me dolieran los pectorales, esos músculos que parecen estar ubicados en las axilas, pero una vez logré acostarme me pareció que mi tabla era bastante estable. Las olas me rebullían menos que cuando estaba en el agua. Se habían convertido en un leve bamboleo, ya no eran ese empujón recurrente que me pegaba en las costillas.

El paso siguiente era aprender a bracear para tratar de igualar la velocidad de las olas. Según Salomón, el secreto del surf, además de tener criterio para identificar qué olas son buenas y cuáles no, es tenerse la confianza suficiente para creer que uno puede llegar a ser tan rápido como el mar. Dirigió su mirada hacia atrás, hacia el horizonte, y cuando identificó una «ola buena» empezó a bracear con rapidez. Alcanzó la cresta de la ola, o mejor dicho la cresta de la ola lo alcanzó a él, y desde esa ubicación se dejó llevar por el agua elevando los brazos hacia atrás como un pájaro, pues había dicho que, por ser mi primera lección, surfearíamos acostados. Nunca había visto a Salomón tan libre como en ese momento, planeando sobre las olas.

Cuando regresó a mi lado, me preguntó con una sonrisa satisfecha si estaba lista para intentarlo. Mi esposo tiene muchas cualidades peligrosas, pero su entusiasmo contagioso es quizás la más riesgosa de todas. Respondí que estaba lista para surfear. Él dijo que él escogería la ola, que todo lo que yo debía hacer era permanecer atenta a su indicación. Se alejó varias brazadas para que no fuéramos a estrellarnos, y para confirmar que podía escucharlo me gritó *I love you*. Tres palabras que llevaba diez años escuchando, uno sin pronunciar. Le respondí *I can hear you*, te alcanzo a oír.

Mientras esperaba las instrucciones de Salomón, con el torso subiendo y bajando al ritmo de la marea, me pareció que la situación en la que me encontraba era ridícula. ¿Qué clase de persona se rehúsa a decirle a su esposo que lo quiere aunque lo ama tanto como a sí misma? ¿Qué clase de excusa para estar tan amargada es llevar un año sin poder escribir? Los surfistas profesionales que veía como puntos negros en la distancia debían tener toda clase de problemas, hipotecas carnívoras o hijos maleducados, pero aun así eran capaces de poner todo en pausa para concentrarse en la ola que tenían enfrente. En uno de esos arranques propios de la vida moderna, con su aire *New Age* y de autoayuda, pensé que quizás mis bloqueos desaparecerían si yo también lograba surfear.

Tan pronto Salomón gritó *go* empecé a mover los brazos lo más rápido que pude, levantando el pecho, y por un instante pensé que había agarrado la ola porque logré disfrutar de la velocidad del mar. Era como manejar a doscien-

tos kilómetros hora, como gritar, como pegar un puño. Sin embargo, cuando la ola me alcanzó de verdad, me bajó de la tabla con la fuerza de un hombre violento. Me fui hacia adelante, hacia la playa, como si alguien me tirara de los cabellos. Intenté nadar hacia la superficie, pero el agua me mantenía espichada contra el fondo con tanta presión que la arena me raspó un muslo y el codo. Sabía que estaba en la parte panda, que no iba a ahogarme, que en el peor de los casos ya uno de los seis salvavidas que había visto en la playa debía estar corriendo hacia mí, pero el agua salada que me entraba a chorros por la nariz fue suficiente para dejarme aterrada. Cuando la ola por fin se retrajo y pude pararme, tenía la pierna brotando sangre, arena en la herida del codo, y la tráquea me dolía al inhalar.

Salomón llegó corriendo a los pocos segundos de que me quité el pelo de la cara. Él sí había agarrado la ola, había identificado el momento apropiado como los demás surfistas, pero se había lanzado al agua tan pronto me vio caer. Me preguntó alarmado si me había pegado en la cabeza. Yo quería decirle que no, que estaba segura de que no, pero las palabras se rehusaban a salir de mi boca convertida en sal. Todo lo que pude hacer fue ponerme una mano en el codo para bloquear el viento que hacía que la herida me ardiera más. Salomón me ayudó a desamarrarme la cuerda de la tabla del tobillo, se encargó de las dos tablas y caminó a mi lado mientras yo cojeaba hasta la playa.

Al final, la curación de mis heridas no requirió de más que el botiquín de primeros auxilios que tenían los salvavidas en su carpa amarilla. Una joven alta y musculosa me limpió el muslo y el codo con una sonrisa tranquilizadora, asegurándome que rasparse con la arena era algo que les pasaba a todos cuando empezaban a surfear, algo así como un ritual de paso. Dijo que lo que sí me recomendaba era un traje de pantalón y manga larga, pero que lo bueno era que esta vez no iba a tener que pagar por dañar el traje de alquiler. Intenté preguntarle si ella también había sentido miedo la primera vez que una ola se la había llevado, si también había sentido la total impotencia que representa un cuerpo humano frente al mar, pero me dio vergüenza. Hice el trayecto de regreso al apartamento sin pronunciar palabra, y después de bañarme para quitarme la arena, me tomé el analgésico que me recomendó. En cuestión de media hora, me dejó fundida.

Al día siguiente, Salomón nuevamente tenía todo listo cuando me desperté. Había preparado el desayuno para que ganáramos tiempo, ya se había bañado. Sugirió que ese día mejor nos dedicáramos a hacer turismo, que descansáramos de las actividades físicas. Tomamos el bus que iba hacia al centro, hacia la bahía donde queda la Casa de la Ópera, y desde el muelle tomamos un ferry para cruzar al otro lado. El agua sobre la que se desplazaba el ferry era de un azul que

yo habría creído imposible en medio de una ciudad, un tono cristalino que sólo es posible en un país tan desarrollado.

Una vez desembarcamos al otro lado de la bahía, seguimos a un grupo de turistas europeos para encontrar por dónde subir al *Sydney Harbour Bridge*. Salomón intentó contarme la historia de su construcción mientras subíamos las escaleras, pero desistió porque se dio cuenta de que no me interesaba. Yo no consideraba el puente como uno de los íconos de Sydney, para mí la ciudad se identificaba con la Casa de la Ópera como París con la Torre Eiffel, pero la vista de la bahía cuando terminamos de subir las escaleras me obligó a comprender que estaba equivocada. Desde las barandas del puente se podía ver el mar resplandeciente, bordeado por barrios costeros que parecían pueblos sicilianos, y las aletas de tiburón de la Casa de la Ópera la hacían parecer un titán benévolo que protegía a la ciudad a cambio de refugio. Salomón me pasó la mano sobre el hombro para que nos detuviéramos en la mitad del puente, debajo de la bandera nacional de Australia y de la de los pueblos aborígenes.

Lo único que le hacía falta a ese momento para ser perfecto era que yo pudiera hablar con mi esposo. Decirle que sabía que los silencios agresivos de ese año habían sido mi culpa, pero que tenía fe en que ese *annus horribilis* que estábamos viviendo llegaría a su fin tan pronto pudiera volver a escribir. *I love you too*. Esas cuatro palabras deberían ser las más fáciles, ¿pero a quién se culpa sino al más cercano cuando uno pierde su don? El bloqueo que me atormentaba era tal que ni la vista panorámica del puente de Sydney pudo arrancarme una palabra de amor.

La frustración de no poder expresarme ni en una situación auspiciosa me puso de un humor de perros. Empecé a caminar como un niño consentido, despacio y arrastrando los pies, así que después de bajar del puente detrás de otro grupo de turistas, llegamos con algunos minutos de retraso a la visita guiada que habíamos reservado por la Casa de la Ópera. Salomón logró convencer al joven de la taquilla de que nos dejara entrar al lobby donde todavía estaba el grupo, pero el guía neozelandés nos dejó muy claro que se había sentido irrespetado por nuestra tardanza.

—Algunas personas creen que pueden saltarse las recomendaciones de seguridad —dijo—, pero la responsabilidad de preservar el patrimonio artístico es de todos. Estoy obligado a repetirlas cuando alguien llega tarde.

Ofender a alguien es algo que hace sentir tremendamente mal a Salomón. Su teoría es que el miedo a romper las normas de cortesía es una de las muchas cosas que Australia heredó de Inglaterra. Se puso rojo como un tomate mientras

el guía repetía que por favor no comiéramos chicle, y fue el único de los participantes en la visita guiada que apagó el celular porque el guía dijo que las fotos sólo estaban permitidas en áreas donde no hubiera escenografías ya montadas. Se pasó el tour con la mirada gacha, apenas si la levantó para ver el esplendor de la sala de conciertos, y cuando en el auditorio principal tuvimos la oportunidad de ver el ensayo de un número de balé, Salomón fue el primero en pararse cuando el guía nos hizo una seña para que nos retiráramos. Como yo sí me tomé mi tiempo, pude ver la última pirueta de la bailarina principal, una voltereta triple.

Esta vez fue Salomón el que no pronunció palabra durante el trayecto de regreso al apartamento. Nos bajamos del bus en la parada de Woolworths, compramos lo de la cena haciéndonos apenas las preguntas necesarias para decidir el menú, y cuando llegamos Salomón se puso a cocinar con los audífonos puestos mientras yo me hice la que leía hasta que llegó la hora de cenar. Después del postre, Salomón se acostó a dormir mirando hacia la pared, tapándose hasta la coronilla con las cobijas.

La mañana siguiente fue la primera vez en mucho tiempo que me levanté primero que él. Le puse la mano en el hombro para preguntarle qué quería hacer ese día, y sentí cómo sus músculos se tensaban al contacto con mis dedos. Me dijo que tenía un mensaje de texto de Liam, uno de sus amigos del colegio, invitándolo a surfear.

—Supongo que no quieres ir, pero yo sí.

La frialdad de su tono me tomó por sorpresa. Después de un año de mis reacciones exageradas, de la madrugada en que me encontró rompiéndole la pantalla a mi computador para destruir la hoja en blanco, ¿a Salomón finalmente se le había agotado la paciencia porque un guía turístico que nunca volveríamos a ver le había llamado la atención? Me habría sentido traicionada si no lleváramos diez años de convivencia íntima, si no supiera que en los matrimonios casi siempre es un evento mundano el que derrama la copa. Le dije que me parecía muy bien que se fuera a surfear con Liam, que se apurara para no llegar ni con un segundo de retraso.

Después de que Salomón salió sin darme siquiera un beso en la mejilla, me quedé estirada en la cama decidiendo qué hacer ese día. Lo único que sabía de Sydney, además de que albergaba la Casa de la Ópera, era que en algunas partes de la ciudad había unas piscinas olímpicas, de cincuenta metros, que se llenaban con agua del océano. Una vez había visto una película que empezaba con la protagonista haciendo ejercicio, nadando, y luego la toma se abría hasta mostrar el mar golpeando contra las paredes de la piscina donde ella se movía como un

cuchillo afilado. Cuando vi esa escena pensé que nunca había experimentado un paisaje sonoro tan hermoso, con olas crepitando como una chimenea. También que para una nadadora de piscina de cloro como yo, una piscina a la orilla del mar era la oportunidad de disfrutar lo mejor de los dos mundos.

Tras una búsqueda rápida en Google, decidí que iría a la piscina de mar de un suburbio llamado Manly. Había una más famosa en un tal Coogee, pero esa estaba construida debajo del nivel de la marea alta. Eso significaba que quedaba a merced de la marea, es decir que la corriente podía llegar a ser fuerte, y además la convertía en una «piscina viviente». Las reseñas de Yelp hablaban de nadadores que se habían encontrado un pulpo o, peor, erizos.

Para llegar a Manly tuve que tomar nuevamente el bus hasta la bahía y luego otro ferry. Me sentí empoderada haciéndolo sola, descifrando el horario del bus pegado en el paradero y serpenteando por el muelle atestado para alcanzar a coger puesto en la zona descubierta del ferry. ¿Hace cuánto no me movía por una ciudad con tanta desenvoltura? Habían pasado más de un año desde aquello, de ese susto que sólo fue un susto pero es lo más aterrador que me ha pasado en la vida, y desde entonces había ido reduciendo mis salidas sola hasta que ya sólo salía con Salomón. La descripción explícita y repetitiva de un pene entrando a la fuerza en mi vagina, un vagón vacío del metro, la falta de un sistema de salud pública que atienda lo que probablemente era un episodio esquizofrénico de ese hombre de dos metros, ¿dónde empieza lo que la gente llama el nivel racional de miedo? Haciendo fila para comprar el tiquete del ferry en la bahía de Sydney fue la primera vez que caí en cuenta de que mis problemas con la escritura no habían coincidido con aquello, sino con el final de mis paseos solitarios por mi ciudad.

Al bajarme del ferry en el muelle de Manly, me sentí feliz de dejarme llevar por el tumulto que se derramaba sobre la avenida principal. Recordé que era domingo porque la mayoría de la gente que me rodeaba eran grupos de jóvenes con canastas de picnic y familias con niños en vestido de baño. Los jóvenes reían mientras se echaban protector solar en las mejillas y los niños corrían hacia el océano. Desde el muelle yo sólo alcanzaba a ver una franja de azul a lo lejos, y un malecón tan humilde como el de Bondi, pero la promesa de belleza parecía ser suficiente para que los niños desafiaran las amenazas que sus papás les lanzaban en inglés, español e hindi.

Para llegar a la piscina tuve que caminar cuarenta minutos en subida, alejándome de la avenida principal de Manly. Esta vez no me dolieron ni los talones ni las pantorrillas. A cada rato me encontraba gente trotando, mujeres con todos los músculos del abdomen marcados, hombres con el pecho desnudo y el celular

en una banda en el brazo. A medida que subía también iba creciendo la franja de mar que alcanzaba a ver. Lo primero que divisé fue la raya de bruma donde el océano se juntaba con el horizonte, luego unos surfistas, luego la playa angosta que, dependiendo de cómo le diera la luz, a veces era dorada, a veces blanca.

Cuando por fin llegué a la cuadra donde debía estar la piscina, lo que encontré fue un parque cualquiera. Las escaleras para bajar al mar estaban escondidas, no correspondían a la imagen majestuosa que tenía en la cabeza, pero tan pronto bajé los tres primeros escalones, la piscina se abrió ante mí. Era más larga de lo que me imaginaba, pues cincuenta metros siempre resultan más que lo que pienso, la bordeaban rocas en las que las olas del mar se rompían en una sinfonía de blanco y azul, y el agua arenosa de la piscina se movía al ritmo de la marea que la alimentaba. No tenía el mismo ímpetu, pero alcanzaba a derramarse sobre la franja de cemento que la rodeaba.

Me desvestí en las graderías que había al terminar las escaleras. A mi alrededor había tres grupos charlando, gente que había salido de la piscina y ahora estaba secándose al sol. El grupo que más me llamó la atención lo componían dos mujeres mayores, de sesenta o sesenta y cinco, quienes a pesar de que los antebrazos y las pantorrillas ya se les habían adelgazado, conservaban la espalda gruesa de las nadadoras. Me lanzaron una sonrisa rápida mientras yo sacaba el gorro y las gafas de mi morral, pero ya estaban metidas de nuevo en su conversación cuando llegué a la orilla de la piscina.

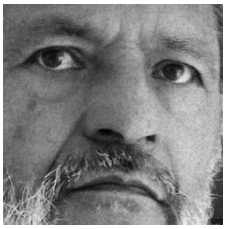
Lo único que alcancé a pensar al meterme al agua fue que estaba helada, tanto que con sólo nadar de perrito se me cortó la respiración. Llegué jadeando al carril número tres, el único que estaba vacío, y ahí empecé a nadar en estilo libre. La corriente que venía del mar me movía de un lado al otro, de izquierda a derecha, así que mantener mi cuerpo sobre la línea negra del carril me costó más que en una piscina de cloro. El esfuerzo era tal que después de dos vueltas ya no sentía frío, sólo la sangre hinchándome los músculos. Nadé sin parar y sin pensar durante una hora y media. Al salir de la piscina tenía las piernas gelatinosas, la nariz mocosa, pero me supe más viva que en todo ese año. Tampoco me ardían ya las raspaduras del muslo y el codo. El agua de mar me había curado.

Pasé el resto de la tarde paseando por la avenida principal de Manly. Almorcé una sopa nepalesa, me comí un *gelato* en la terraza de un hotel, y le compré a un hippie un carboncillo de la piscina. Cuando las sombras de los edificios empezaron a alargarse, trayendo el frío con ellas, emprendí el regreso al Airbnb. Ferry, bus, caminar desde el paradero. La ciudad tenía un ritmo y yo podía oírlo otra vez.

Cuando abrí la puerta del apartamento, encontré a Salomón frente a la estufa. Olía a salsa Worcestershire, debía estar preparando un pastel de carne. Puse las llaves sobre la mesa del comedor y se volteó a mirarme. Ambos supimos que la tormenta había pasado porque diez años compartiendo un inodoro son una vida.

—¿Qué hiciste hoy? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—Escribir.



Rostros de una urbe

Carlos Arturo Arbeláez Cano

Escritor colombiano (Manizales, 1953). Reside en Bogotá. Ha publicado cuento, poesía, periodismo cultural y ensayo en periódicos y revistas de su país. Es ingeniero y geógrafo y se ha desempeñado como profesor universitario y administrador público, así como en la empresa privada. Ha publicado *Aconteceres y nostalgias: poemas extraviados* (2017), *Resumen total de la melancolía: poemas en contravía* (2018), *Apuntes críticos sobre una Colombia desdibujada: ensayos callejeros* (2019), *Paisaje para funámbulos: poemas de la pandemia* (2020) y *Transiciones y transgresiones: poemas rutinarios* (2020). Ganador del segundo puesto en el Concurso Caldense de Cuento (Manizales, Caldas, 2021) y del Premio Nacional de Poesía «La poesía, viaje interior» de la Casa de Poesía Silva (Bogotá, 2022).

Las amplias avenidas, las moles de concreto, / las grandes superficies por donde fluyen / ejércitos de compulsivos compradores.

Rostros de una urbe

Carlos Arturo Arbeláez Cano

Hablan los muros

En México, en Lima o en Bogotá,
los muros no duermen: rumian.
Rumian el alma de una realidad
que habita en cada pasajero o transeúnte.

Rumian cada pasión y cada anhelo
que huye del imposible y del absurdo;
fervor de quienes padecieron y padecen
la persistencia del tiempo que inventaron
para proveerse, a sí mismos, de un verdugo.

Los muros los acoge entre sus vértices,
la verticalidad los hace infatigables,
la perspectiva va sumando un conjunto
de emociones que copan el silencio
como un límpido lienzo en su blancura.

La lisura es más que una áspera superficie,
su aspereza no es errática ni su mensaje abrupto.

El muro es una sucesión de planos imposibles,
de intersecciones y de líneas secantes
buscando sus tangencias azarosas
para fundir la estética de una calle
y las penas del hombre que la habita.

Los muros se alimentan del desasosiego,
de la rabia, del dolor, de la impudicia,
y de la frustración por las expectativas.

Los muros rumian y reposan por un tiempo
para así digerir explicaciones no pedidas
de quienes enfrentan en suspenso el día a día.

En los muros confluyen los colores
en una multitud de manifestaciones,
hermanadas, comunes, convidadas
respirando violencias, dolencias o reivindicaciones;
cómplices de la tragedia y las sospechas,
las expresiones y las grafías encriptadas
transitan por allí con manos que gesticulan
los mil interrogantes de historias congeladas.

Por los muros huyen también
las expresiones de la raza, de la piel, de la miseria,
de la alteridad de una realidad contrastante y contradicha.

En los muros se inscriben y se leen mensajes
de seres invisibles y anónimos,
artistas diletantes que devotos interpretan el caos
buscando remediar sus desvaríos.

En los muros anidan la guadaña y la paloma:
dualidad de una existencia artificiosa.

La ciudad: punto de encuentro y desencuentro

Mensajes inquietantes
llegan de las catedrales góticas.
De las grandes ciudades
acosadas por historias, leyendas
y formas lancinantes.

En ellas los iconoclastas de la modernidad
elaboran sus cantos de sirenas para atraer

y enfebrecer la mente de los hombres.

Las amplias avenidas, las moles de concreto,
las grandes superficies por donde fluyen
ejércitos de compulsivos compradores.

Los rascacielos que acosan como agujas
las celestes alturas son el vértigo
de la velocidad y de la ostentación.

En ellas se dan cita la multitud y la soledad
encuentros y desencuentros,
nada es más elocuente...
Encuentros y desencuentros
de seres fragmentados
en dimensiones paralelas
viviendo en una órbita surrealista.

Sumatoria de cosas, objetos e instrumentos,
mecanismos antropomorfos engranando,
consumiendo, insumiendo
la constante vital de esto
que se llama el hombre funcional.

Es un escenario construido...
No se sabe por quién
pero sometido a la rutina de un tornillo sinfín
que la mano invisible de la corporación
más que cadencia, le impulsa por la ruta
de la deshumanización.

En todo caso: sistemas,
carburados por fuerzas surgidas de la nada;
bautizados con ismos modernistas.
Dispuestos para la funcionalidad extrema.

Y eso dicen que es la economía:
ciencia de administrar la casa.
¿La casa de quién? De la globalidad,
que confronta y provoca la diáspora
de millones de errantes vagabundos
con su miseria a cuestas.

La ciudad sí duerme

La ciudad sí duerme.
Se levanta con su manto compasivo
y lo extiende maternal
sobre su propia desazón,
arrullando la confusión y el caos
y la complejidad y el hervor
de un crisol de emociones.

Aletargada aún y somnolienta,
buscándose a sí misma
en el desamparo de sus rincones,
se detiene en cada vuelta de esquina
a confirmar con cada uno de sus habitantes
que sí existe, y que es un órgano
respirando sus aires mortecinos
supurando sus aguas desahuciadas.

La ciudad aturdida de clamores
no es más que otro punto
de encuentro y desencuentros.

De seres reclamados al destino
para alcanzar la redención de sus tragedias,
para sobreponerse a tiempos del desamparo.

La ciudad: metamorfosis de lo mismo

A Gonzalo Rojas

La ciudad articula su rumia de protestas.
Que el silencio no deshonre su llanto.

Deja que ella disponga sus cadencias
al ritmo sideral de sus relatos.

Ella es sabia y conoce los senderos
para darle destino a su coraje.

La ciudad nuevamente, el escenario
de quienes hacen visible lo innegable,
las vidas que conviven, desahuciadas,
en callejas de enojos y desgracias.

La ciudad hecha de brillos y destellos,
corista o meretriz de las vitrinas,
caleidoscopio donde se hornea la ignominia,
lugar común de la «metamorfosis de lo mismo».

Callejeando por el laberinto

Los poetas, como los ciegos,
pueden ver en la oscuridad.

Jorge Luis Borges

La intermitencia de lo cotidiano
disuelve el minutero en el magma del tiempo.
Los segundos se quejan con su insaciable
murmullo de pulsaciones.

Cada instante se instala en la desmesura
de una mente obsedida.
Cada instante se instala en la memoria
empeñada en pasar y repasar
por el corazón como un recuerdo.

La intermitencia de lo cotidiano
permite que el reloj se diluya en el tiempo.
Que el segundero gima con su desapacible
rumor de anunciaciones,
hasta que los sucesos
dejen de estimular las emociones
y pasen ignorados e ignorantes
frente a la indiferencia callejera.

Danzantes que se mecen delirantes
al ritmo de unas músicas distónicas
ocultos tras el telón de fondo de la ira
con su rictus de angustia y frustraciones.

Laberínticas calles como sueños
van conduciendo el tedio de las tardes,
son ellas las que esperan forasteros
para extender sus trampas y atraparlos.

Son esos laberintos, calles de resonancias,
que duplican los pasos confundidos
con sus voces cruzadas por la pena
pasando y repasando la tragedia.

Es larga la jornada del tedioso
destello de los dígitos que marcan
la agonía de otra tarde lluviosa.

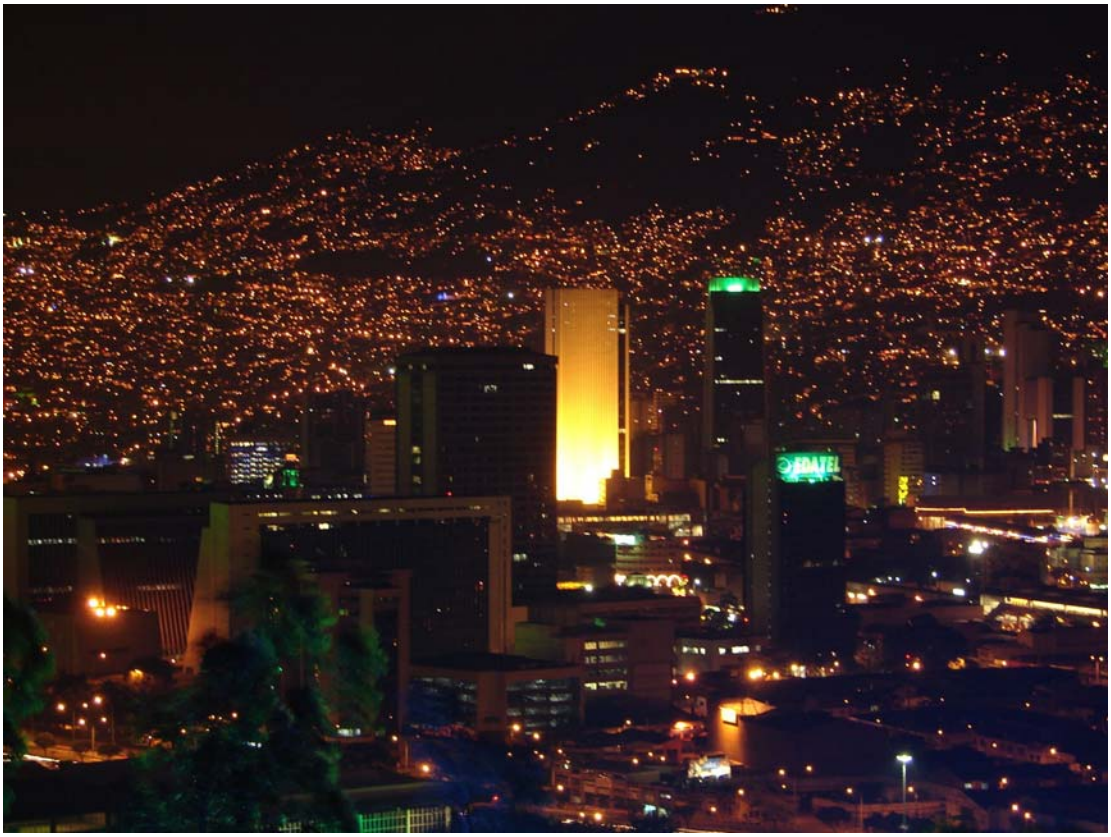
Taciturnas las rutas se oscurecen.
El regreso toma sus decisiones.
Regreso desde el siempre,
y es por rutas diversas mi destino.

Tres poemas

Omar Ardila

Escritor colombiano (Valle de Laboyos, 1975). Poeta, ensayista, analista cinematográfico e investigador en temas históricos y literarios. Ha publicado *Alas del viaje en un instante* (2005), *Palabras de cine* (2006), *Corazón de otoño* (2010), *Espejos de niebla* (2012), *Antología de poesía anarquista*, tomos I y II (2013), *Cartografías cinematográficas* (2013), *Esquizoanálisis y pensamiento libertario* (2015), *Devenires menores* (2015), *Luces sobre las piedras* (2016) y *Las cinco letras de Deseo: antología latinoamericana de poesía homoafectiva del siglo XX* (2016), *Pensar es no pensar lo mismo* (2017), *A la sombra del abismo* (2017), *El gesto exterminador de un anarquista: aforismos de Vargas Vila* (2018), *Tinta y celuloide* (2019) y *Al amparo del bosque: antología colombiana de poesía homoafectiva* (2020). Es creador de los blogs *Cine Sentido* y *Pensar, crear, resistir*.

Es, en la noche,
misterio de la montaña,
y en el alba,
la daga del silencio



Medellín.
Fotografía: Iván Erre Jota

Tres poemas

Omar Ardila

Popayán

En los ojos el lenguaje de la ebriedad,
en los pasos el antiguo misterio
y en la solapada ciudad, el mito y su congoja

Un sopor de muerte acaso
o la memoria que se sabe distinta,
ennegrecida y, sin duda,
con la palabra rota

aún en los días del retorno

Medellín

Esta ciudad envuelve y calma

Es esquiva y no nos pertenece,
es el cantar negro,
el quiebre de la tradición abigarrada,
el desencuentro con el otro también exhausto
el olvido de sí y la apuesta por el encanto

Esta ciudad asusta y emociona

Es, en la noche,
misterio de la montaña,
y en el alba,
la daga del silencio

Esta ciudad arropa y envenena

Pereira

Estas manos hoy frágiles
aunque pudieran destruirlo todo

Estas débiles pisadas en la tarde
aunque pudieran aplastar
tantas cabezas de tiranos

Este pensamiento ahora cansado
aunque pudo concebir líneas fulgurantes

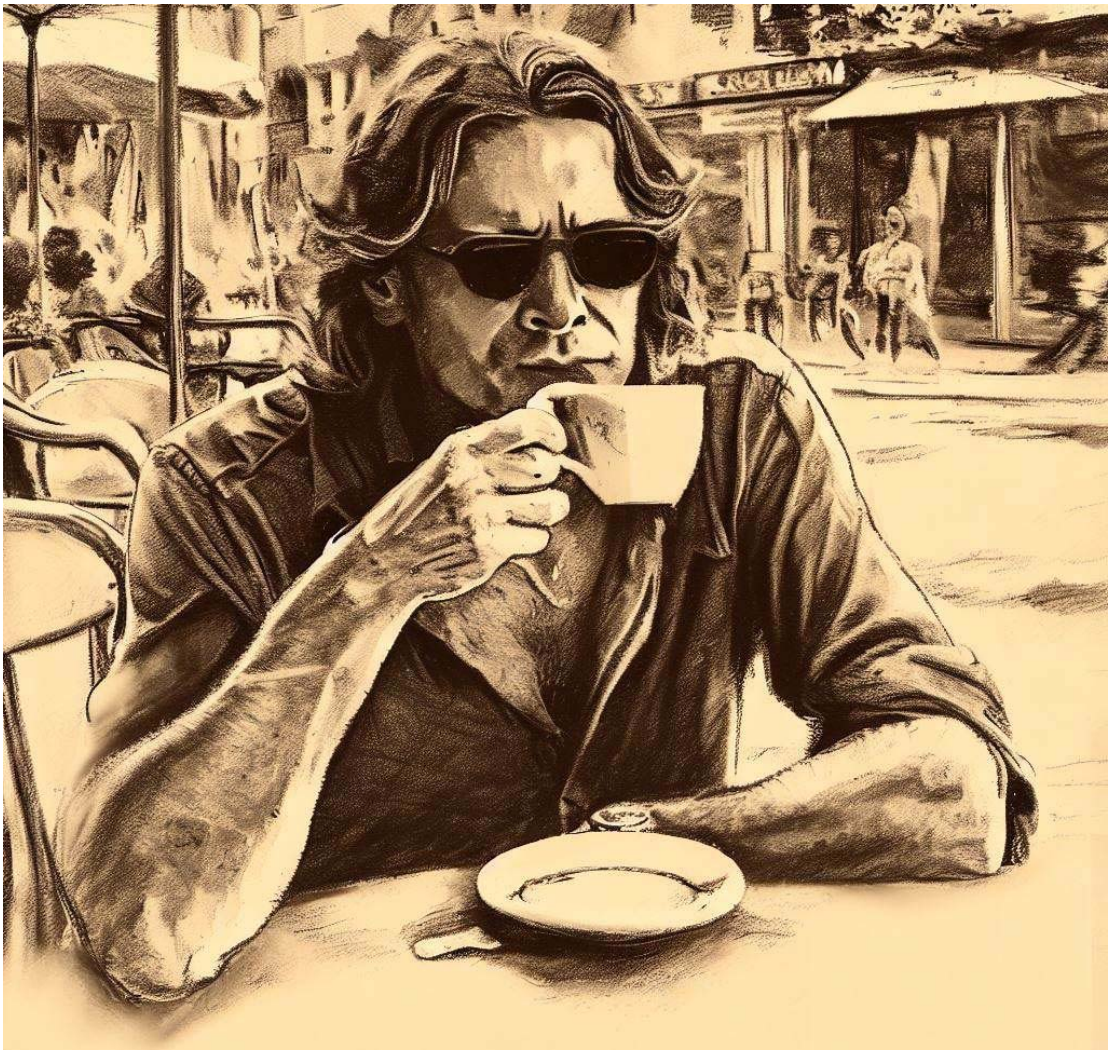
Esta tarde y la lluvia
Esta ciudad y el miedo a los ocasos.

Finalmente dopo tanto tempo

Denise Armitano Cárdenas

Escritora venezolana (Caracas, 1969). Es publicista y traductora del francés. Edita la revista *Contexturas.org* desde 2019. Textos suyos han sido incluidos en las antologías *8M-2022 Escritoras Latinoamericanas* (Editorial EOS Villa, 2022) y *Hacedoras: mil voces femeninas por la literatura venezolana* (Editorial Lector Cómplice, 2021), y publicados en medios como *La Voce d'Italia* (sección *Imago et scripta*) y el *Papel Literario* del diario *El Nacional*, además de en portales como El Estilete, FicciónBreve y El Cambur.

La imagen del personaje velado de las páginas grises de los periódicos de 1987 se torna más cercana, palpable... Ha ganado la espesura de una masa densa y pegajosa que se desborda y se riega indeteniblemente. Graciela lo imagina, ¿o acaso lo recuerda?, en la fuente de soda El Pappagallo vigilando un pequeño cubo de mantequilla Zarco a punto de derretirse.



Finalmente dopo tanto tempo

Denise Armitano Cárdenas

Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias,
deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque,
como explican todos los libros de historia de la economía,
pero estos trueques no lo son sólo de mercancías,
son también trueques de palabras,
de deseos, de recuerdos.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

En el blanco turbio

Caracas, diciembre de 1986, Centro Comercial Chacaíto. Alfredo Di Mauro posa los cubiertos sobre el borde grueso de un plato de cafetería. En el blanco turbio tirando a gris de la loza queda un resto de salsa napolitana que recoge, gesto preciso y limpio, con un trozo de pan. Consciente de su falta a las buenas maneras, Alfredo traga el bocado, satisfecho, seguro de que nadie se fija en él... Al menos eso aparenta creer.

Coronado de un halo dorado

Entre una clase de Castellano y literatura y otra de Formación doctrinal, Graciela Camacaro, de diecisiete años, escribe el borrador de una carta en italiano con ayuda de un diccionario bilingüe. La dirige a un joven al que conoció el 6 de junio de 1986, cuando la fragata militar Nave Euro atracó durante tres días en Lisboa.

Seis meses después, y con muchos kilómetros de distancia, la imagen de Stefano Cerretani, uniformado de blanco y coronado de un halo dorado, permanece incólume. Aunque sabe que las probabilidades de volver a verlo son esca-

sas, Graciela mantiene la ilusión de su olor impregnado en una tira de cuero que el joven alférez, desbordante de simpatía, le regaló antes de partir y que ahora adorna su muñeca.

Distinti saluti

Alfredo Di Mauro compra trece postales iguales de Caracas: una para cada mes del año que se avecina y otra para su álbum —suerte de colección—, en el que guarda tarjetas con vistas de todos los lugares a donde el combate lo ha llevado durante los últimos años, antes de encallar en Caracas, en 1984. Ha colectado tantas postales como años ha permanecido en cada destino: Madrid, Atenas, Santiago de Chile, Buenos Aires, La Paz... Luanda también. A pesar de su condición de errante, ha logrado conservarlas. Repite el mismo mensaje sobre cada postal, anodino en su contenido, pero notable en su forma, con caligrafía nítida, elegante y legible, de pluma fuente: *Distinti saluti*. Sólo varía el encabezado, *Caracas 1º gennaio 1987*, *1º febbraio 1987*, *marzo*, *aprile*... *settembre*, y así hasta noviembre. No teme que sus breves líneas se corrompan durante el viaje desde Caracas hasta un casillero de oficina de correos en un poblado olvidado al pie de los Apeninos. Allí reside su madre, destinataria del saludo mensual y puntual. Para ello, Alfredo ha previsto doce sobres blancos (y uno de repuesto) que protegerán sus tarjetas de posibles daños. Le gusta lo pulcro y lo metódico. Tal vez por ello, más que por apetito, se empeña en eliminar cualquier rastro de comida en sus platos.

Y es el ejercicio de la pulcritud, y del método, lo que debe haber contribuido a que, hasta ahora, no se le haya probado autoría intelectual alguna en atentados y operaciones atribuidos a Avanguardia Nazionale, el partido neofascista con «vocación de pasar a la acción» que fundó en 1960 cuando todavía usaba su verdadero nombre, aunque ya le decían *Il Caccola* debido a su baja estatura.

Sugestivas playas

A Graciela le gustaría acompañar la carta para Stefano con una postal de Caracas, aunque no es fácil conseguir alguna que le haga honor a la ciudad que ahora habita a regañadientes. La mayoría carece de originalidad y de calidad en la impresión. Pareciera que en Taranto ocurre algo similar. Desde esa ciudad portuaria, dueña de una extraordinaria obra de ingeniería como el *Ponte girevole* y una digna *Stazione torpediniere*, el marinero italiano le envió una tarjeta con vistas de algunas playas cercanas. La reproducción burda de una imagen foto-

gráfica sin encanto, los colores contrastados, y sobre todo la plétora de bañistas apilados en unas supuestamente *Suggestive spiagge* pesan sobre aquella postal. Graciela ignora deliberadamente la posibilidad de que su interlocutor epistolar esté reñido con la sensibilidad estética. Prefiere leer y releer —hasta aprenderla de memoria— la frase, escrita con letra vacilante y torcida, que encabeza el mensaje de la *cartolina illustrata* expedida desde Taranto: *Finalmente dopo tanto tempo, siamo arrivati in patria*.

«Se llevó trece en total, junto al diario de la tarde»

Las vistas impresas de Caracas se repiten: Torres del Silencio, Plaza Venezuela, Plaza Bolívar, Casa del Libertador, el Congreso, el hotel Humboldt, tomas aéreas del distribuidor La Araña o El Ciempiés, criaturas voraces de hierro y concreto que asfixian el tránsito pedestre... Son pocas las del Ávila en su majestad. Sin embargo, de vez en cuando aparece alguna que retrata la ciudad de noche y Graciela la acaba de encontrar en el Centro Comercial Chacaíto, en la papelería del señor Bartolomé. Pero sólo queda una, la de muestra, con los bordes gastados de tanto esperar en el exhibidor. Como si fuera el evento más importante del día, Bartolomé pregona que hace poco un cliente compró todas las que había de esa serie: «Se llevó trece en total, junto al diario de la tarde».

Una espesa gota de tinta

Alfredo Di Mauro ha escrito con esmero su salutación en el dorso de once postales de Caracas; pero al formar el bucle de la «d» de *dicembre*, una espesa gota de tinta forma una mácula sobre el cartón. No es la primera vez que algo así le sucede. Para eso está prevista la decimotercera postal. En ese caso, la que se ha dañado toma su lugar y es por ello que en el álbum cohabitan algunas intactas y otras con tachaduras, enmiendas o manchas. ¿Qué más da? A Alfredo lo que le importa son las vistas, recuerdos de la itinerancia de su «exilio», como él lo llama, o de su existencia «prófuga», como la califica Interpol.

Casi una señal infausta

Todo se complica cuando, nuevamente, la estilográfica derrama su tinta y daña la postal de repuesto. Alfredo se levanta disgustado. Irrumpe en la estrecha papelería mascullando entre dientes un «*buona tarde*» y aterriza en el mues-

trario para ver cómo se le escapa, en manos de Graciela, la última postal de Caracas nocturna. Sus dedos se rozan. Cruzan miradas. Graciela se apresura en pagar y salir. Alfredo le pide a Bartolomé que verifique si no queda otra tarjeta igual. Más que una solicitud, es una exigencia hecha con voz gruesa y opaca, acompañada de repetidos golpes, suaves pero impacientes, sobre el mostrador. Resignado y aún contrariado, sale con dos postales de la Plaza Venezuela y un bolígrafo Kilométrico de tinta negra no sin antes probarlo en una libreta dispuesta para ello, mediante garabatos circulares, afincados con saña. De regreso a la cafetería, Alfredo ordena un «guaioio». Reflexiona acerca de por qué la pluma fuente de plata y carey que le regalara con tanto afecto *Il principe nero*, a quien apoyó en su intento de golpe de Estado, vino a fallar en ese momento. Interpreta el reciente incidente como una advertencia, casi una señal infausta. Al escribir con un año de antelación Caracas 1º *dicembre* 1987, se pregunta: «*Almeno arriveremo?*». También le supone una interrogante que, de todas las postales de Caracas, esa jovencita se encaprichara, justamente, con una que estaba estropeada.

Errancia onírica

Lo mismo se pregunta Graciela, mientras apura el paso, apretando contra el pecho el cuaderno donde guardó la postal en su bolsa de papel. Revive, esta vez con cierta inquietud, el paseo por las enredadas calles medievales de Lisboa con las que suele soñar, unas veces que se pierde, otras que camina en círculos. En esa errancia onírica generalmente termina encontrando la vía correcta: «Sólo hay que bajar en dirección al río», repite para calmarse.

Entonces recuerda a su amigo uniformado, de figura estilizada y azul vibrante en la mirada, al narrar el terror que le embargó cuando el 15 de abril de 1986 la Nave Euro se estremeció en medio de un ataque libio dirigido a la base estadounidense de la isla de Lampedusa... Los misiles Scud siguieron de largo para estrellarse en aguas del Mediterráneo.

En las horas siguientes, Alfredo Di Mauro y Graciela Camacaro concluyen que, de haber podido diseñar e imprimir sus propias postales, se habrían ahorrado ciertas molestias... Aunque, si cada uno se encontrara donde realmente quería estar en aquel momento —él bajo la sombra de los cipreses de la casa materna, ella en su ciudad deseada a orillas del Tajo—, no necesitarían enviar postales.

Tinta de rotativa

Caracas, martes 24 de marzo de 1987. Antes de desplegar el vespertino, Alfredo saca una cantimplora de bolsillo de su chaqueta sahariana y le añade un dedo de *grappa* al café. Enciende un cigarrillo. Se prepara para su cita con la columna *Mundo Arkano*. Le entretienen las consideraciones de su autor que, a pesar de poseer amplia erudición, no parece tomarse muy en serio. Le gustaría conocerlo para empaparse de la soltura de su estilo, porque no todo es doctrina política y acción, aunque le haya consagrado su vida a ello. Luego recuerda que ya no le debe quedar mucho tiempo para socializar en Caracas. Las letras y las palabras de *Mundo Arkano* destiñen su tinta de rotativa sobre los dedos de Alfredo quien, al terminar una ávida primera lectura, bebe de golpe el *caffè corretto* dejando impresas sus huellas sobre la taza...

Un personaje inquietante

Caracas, 30 de marzo de 1987. En la página de sucesos del diario Graciela descubre la noticia del arresto, ocurrido el viernes 27 de marzo en Caracas, de un terrorista internacional buscado por Interpol: dirigente neofascista, golpista, con numerosas órdenes de captura y acusaciones, prófugo desde 1970, experto en el arte del camuflaje, capaz de adoptar múltiples apariencias como identidades falsas, Alfredo Di Mauro entre muchas.

Su verdadero nombre es Stefano Delle Chiaie. En cada uno de los retratos que publica el periódico luce como una persona distinta... Sin duda un personaje inquietante. A Graciela le intriga el individuo que había sido monitoreado por años en diferentes países de Suramérica hasta su aprehensión, en un restaurante del Centro Comercial Chacaíto, a cargo de funcionarios locales de contrainteligencia a quienes les dio las gracias. Sería deportado a Italia para ser juzgado por su participación en atentados, asesinatos y otros delitos.

Con incipiente consciencia narrativa, Graciela guarda cuidadosamente el artículo y empieza a colectar todo lo que aparece sobre el caso. Durante los meses siguientes llevará consigo un cuaderno con los recortes de prensa, algunos apuntes extraídos de ellos, y la postal de Caracas nocturna que comienza con un *Caro Stefano* pero que aún no termina de escribir.

Arrasado en sus formas y detalles

El 2 de octubre de 2019, la valerosa Nave Euro es dada de baja con veintiuna salvas de cañón. Ese acto solemne, ocurrido en un muelle de Taranto, pone fin a los 35 años de servicio de la fragata cuyo estandarte a partir de ahora reposa en el Altar de la Patria en Roma. De Stefano Cerretani no hay rastro ni en buscadores ni en redes sociales. En el ejercicio de rememorar a quien parece haberse diluido por completo, quizá por el efecto de su propia saturación, Graciela escribe:

> Stefano es un paisaje de costa y mar que la luz golpea y percute en nuestra retina, arrasado en sus formas y detalles, difuso en su contorno... Incapaces de verlo, sabemos que el oleaje relame la costa sólo porque ocupa un espacio, ahora minúsculo, en nuestra memoria.

Graciela, de 49 años, tiene exactamente la edad de Stefano Delle Chiaie —alias Alfredo Di Mauro— cuando fue detenido en Caracas. En un cuaderno envejecido acaba de encontrar la postal de Caracas que, tras haber pasado más de tres décadas en el olvido, aún produce en ella una sensación cercana al sosiego. Como si ese pequeño instrumento de comunicación hubiera servido para que lograra dedicarle a su ciudad natal una mirada menos arisca y más sonreída. No en vano la vieja postal de Caracas, enjoyada y escarchada bajo el manto nocturno, será la imagen de uno de sus escritos sobre la urbe.

Espesura de una masa densa

Aunque sólo estuvo preso unos meses, Stefano Delle Chiaie llegó a temer ser envenenado en la cárcel florentina de Sollicciano. En 1989 fue absuelto de todos los crímenes que se le imputaban por falta de pruebas. Dos décadas después publicó *El águila y el cóndor: memorias de un militante político* (2012), reeditadas en 2019, poco antes de morir el 9 de septiembre de ese año, apenas cuatro días antes de cumplir 83 años.

Por las noches, Graciela revisa libros, artículos y materiales audiovisuales. En una grabación realizada durante una interpelación judicial de finales de los ochenta, descubre —o redescubre— la voz contundente del acusado de terrorismo y de conexiones con una «internacional fascista» de las sombras. Mira detenidamente la entrevista que le hiciera el prestigioso periodista Enzo Biagi en un bosque tropical (ahora se sabe que fue cerca de Cúcuta, en Colombia), cuando Stefano Delle Chiaie, entonces de 46 años, vivía en la clandestinidad. Ve también los videos de las muchas presentaciones de las memorias de un ya mayor Delle Chiaie, siempre cigarrillo en mano y rodeado de seguidores fieles en su lucha contra el comunismo mundial.

Así, la imagen del personaje velado de las páginas grises de los periódicos de 1987 se torna más cercana, palpable... Ha ganado la espesura de una masa densa y pegajosa que se desborda y se riega indeteniblemente. Graciela lo imagina, ¿o acaso lo recuerda?, en la fuente de soda El Pappagallo vigilando un pequeño cubo de mantequilla Zarco a punto de derretirse: con la punta de los dedos abre el envoltorio de papel plateado y, con el cuchillo, barre el lácteo amarillo pálido para untarlo sobre el cuerpo esponjado, revestido de costra crujiente, de un trozo de pan en el que hinca sus gastados, pero aún afilados, dientes de zorro apetente. Algo le dice que para 1986 o 1987, al igual que ella, Delle Chiaie —cuando era Alfredo Di Mauro— no estaba del todo a gusto en Caracas. Tal vez cansado de ocultarse, o de no tener el estatus del que había gozado en el Madrid franquista de los setenta, pudo incluso haberle facilitado las cosas a quienes lo estaban cazando: quién sabe si deliberadamente dejó sus huellas dactilares en los cubiertos, en la taza, en algún vaso también. Había establecido además conexiones con su entorno a través de hábitos como la compra diaria del vespertino *El Mundo* en la papelería de Bartolomé, donde se cruzaron en la fugacidad de un instante casi olvidado.

Tras oponer fingida resistencia, aún dejándose atrapar, Stefano Delle Chiaie logró regresar a Italia. Allí vivió en libertad, empedernido fumador y fascista hasta el último de sus días, sin el oprobio de haberse entregado. Apenas pisó suelo italiano, fuertemente custodiado por agentes policiales, debe haber pensado en silencioso alivio:

Finalmente dopo tanto tempo, sono arrivato in patria.

Ciudad del Cumbe

Guillermo Bazán Becerra

Escritor peruano (Cajamarca, 1939). Profesor de Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Trujillo (UNT), con otros estudios de posgrado en Trujillo y Lima. Fue docente en Secundaria y catedrático en la UNT. Ha publicado varias obras de narrativa y poesía y ha obtenido diversos reconocimientos dentro y fuera de su país. Ha sido fundador de varias instituciones culturales y de arte. Compilador de antologías internacionales que se distribuyen gratuitamente en formato PDF a varios países. Fundador y presidente de la Asociación Cajamarca, Identidad y Cultura.

¿Tu entraña, Cajamarca, aceptaría guardar mi materia perecible? Mi alma ha de buscar a alguien, quizá a Carmen, si Dios me lo permite, o esperará a R, a quien amo en pleno final de mi camino...

Cajamarca en 1945.

Ciudad del Cumbe

Guillermo Bazán Becerra

Una extraordinaria obra hidráulica aportó la cultura wakaloma (anterior a la cultura caxamalca) con el canal Kumpy Mayu («río angosto»; castellanizado «Cumbe Mayo»), de unas características admirables y que fuera construido, probablemente entre los años 3000 y 1000 antes de Cristo, en la puna o jalca cercana a la ciudad de Cajamarca. Por ello se la reconoce como *Ciudad del Cumbe*.

Cuando aún eras pequeña, ciudad con añeja historia, mi vida comenzó en una de tus casas, donde el amor de mis padres con cinco hermanas y cuatro varones me esperaba. Conmigo completamos la decena y, aunque parezca mentira, logré sobrevivir gracias a la inagotable ternura de mi madre. Nací a las 10 de la noche y varios de los que se enteraron pronosticaron que no llegaría vivo a las 6 de la mañana por mi notoria debilidad, y por precaución se apuraron en confeccionar mi mortaja...

Algunas de tus calles —querida Cajamarca— eran empedradas, con una acequia como columna vertebral entre sus veredas, varios centímetros más elevadas, para dejar la calzada con planos inclinados hacia el transitorio desagüe de las aguas de lluvia... y otras. ¡Eran tiempos en que el área campestre empezaba a menos de mil metros del centro urbano!

La belleza de tu valle y tu historia eran imán suficiente para que fueras elegida como lugar ideal para vivir, a pesar de que mucho se sostenía que, habiendo sido escenario donde le dieron injusta muerte al Inca Ataw Wallpa (lengua pukina, no kechwa: *Ataw* = elegido, *Wallpa* = diligente), castellanizado como Atahualpa, podría ser una maldición que tendríamos que cargar los nacidos y vivientes de este lugar. Yo creo que tal maldición no existe porque bastaría ver cómo no influenció en mí, minúsculo ser casi desechable al nacer... y hasta ahora no tan inútil.

Por algo el conductor del Tawantinsuyu lo prefirió como morada, y cuando los europeos llegaron convirtieron a ese poblado incaico, con plaza triangular, en lugar donde la ambición foránea por la riqueza dio lugar al punto de quiebre entre la etapa autóctona y la colonial en lo que sería el Perú y gran parte de Suramérica. Entonces, ¿por qué no me sentiría orgulloso de haber nacido en este lugar? Sería imposible.

Así, pues, ya que he tenido el honor de ser invitado a proponer algo para la edición especial de *Letralia, Tierra de Letras*, por sus veintisiete años de vida, pongo humildemente a consideración estos párrafos y fotos pertinentes, con mi felicitación por ese aniversario y mi gratitud por lo que recibo continuamente de ese núcleo cultural para seguir dando a los demás en cada una de mis producciones como autor o compilador.

Desde niños era fácil, y en pocos minutos, salir de la población y cumplir tareas en el campo, comprando papas, maíz, leche, verduras, frutos nativos y variados alimentos o hierbas medicinales, cuando no eran los campesinos quienes los traían a vender en el pueblo, al mismo tiempo que traían leña, tejas para los techos, madera de diferente tipo para las casas de adobe, animales menores, etc.

Todos los campesinos eran fácilmente identificables porque se vestían exclusivamente con llanques, pantalón o fondo (pollera) de telas que confeccionaban a *kallua*, camisa o blusas de tela sencilla y sombrero de paja, siguiendo de alguna manera la costumbre que desde el coloniaje se iba imponiendo por no disponer de los materiales que en el incario tenían a la mano.

La inexorable transculturación devino en mestizajes lingüísticos, religiosos, éticos, psicológicos y hasta de instituciones autóctonas con las impuestas desde el Viejo Mundo. Nosotros nacimos en el sector «blanco» y entonces podía parecer que éramos diferentes de los nativos, pero el tiempo nos fue demostrando que no, porque desde nuestra niñera, recibiendo su cariño, ternura, compañía fiel, hasta su complicidad para librarnos de alguna merecida sanción si cometíamos alguna travesura, comprobamos muy fácil que éramos iguales, aunque escuchábamos referencias a que en algunos hogares o propiedades no regían las relaciones solidarias sino el frío contacto tipo empresa o de vulgar ganancia de riqueza, explotación e injusticia. Por eso es explicable la añoranza, el cariño y la gratitud por mi niñera Juana Ríos Vera, que me atendió, cuidó y defendió hasta casi terminar mis estudios de primaria.

Tú, Cajamarca, pusiste tu sello en nuestra familia, de allí que, al terminar nuestro ciclo de ejercicio profesional, alejados por décadas, retornamos a tu seno

y es nuestra intención volver al polvo donde logramos el primer sorbo de aire: será como el postrer homenaje a la madre y al padre que nos formaron y a la fe en Dios con que nos educaron.

Terminadas la primaria y secundaria, aunque por coincidencia fue ese año en que comenzó a funcionar la universidad local, a la familia le pareció mejor que estudiara mi profesión docente en un centro superior enriquecido por su antigüedad —y a mí también, aunque más atraído por la novedad y por conocer una ciudad mucho más grande—, concretándose mi primera larga separación del terruño: fui a Trujillo.

Pero en Cajamarca, dentro de la actual provincia de San Miguel —distrito San Silvestre de Cochán—, fue donde esa cupida avispa clavó su aguijón en mi corazón, convirtiendo a Carmen Ghimy en el inmortal primer amor, aquel que debió ser el definitivo, pero que no completó su ciclo porque la vida se empecina en hacer que probemos el amargo brebaje de su contracáliz, puesto que este mundo no puede ni siquiera pretender ser remedo de cielo... y son necesarios esos terribles golpes para que vayamos madurando en lo efímero de muchos sueños. Hoy lo veo claro, cuando sé que más trascendente que ese primer amor resulta ser el último, cuando amamos sin la apurada desesperación del inicio sino con los pausados pasos de la etapa postrera, porque es mejor amar el mundo interior de la mujer que su ardiente cuerpo y la vorágine de su loca fiebre...

Varios lugares, de adolescente belleza, inmortal, fueron testigos de esos inocentes besos y caricias, de las nubes en que fuimos construyendo nuestros juramentos, de las postergaciones de caricias que no debían ser hasta después de casados, de las extensas cartas, decoradas con pinturas o dibujos a cual más significativos, que adornaron los días y semanas... hasta que la ausencia por nuestros estudios superiores nos llevó al tobogán del silencio y su consiguiente infelicidad. Después, Carmen murió, a los pocos meses que recomenzamos nuestra vida cadena, a pesar de que juramos que —ya fracasados en el respectivo hogar formado— esta vez no tendría fin... Es que, a veces, el cáncer —como inesperado eslabón— es sorpresivo, letalmente traidor, callado y con total disimulo, tanto que ante lo que pareció su primer paso hacia el jardín ansiado era en verdad el del túnel a la luz...

¿Dónde quedó esa mutua decisión de ser enterrados en la misma tumba? Su cadáver quedó en la capital, el mío lo ha de hacer acá o no sé dónde. ¿Tu entraña, Cajamarca, aceptaría guardar mi materia perecible? Mi alma ha de buscar a alguien, quizá a Carmen, si Dios me lo permite, o esperará a R, a quien amo en pleno final de mi camino...

Foto de los años 60 en las calles cajamarquinas.

Una de las calles del centro histórico de Cajamarca, en la actualidad.
Fotografía: Jorge Gobbi

Hoy, convertida en ciudad con intenso movimiento, justamente por la abundancia del oro y otros minerales o riqueza en su producción agrícola, ganadera y muchas áreas más, entretejida en el amplio abanico que se proyecta y atrae, confieso —y perfectamente lo sabes, tierra querida— que ya no sé todos los nombres de tus calles; a otras, las antiguas, ya no las reconozco como eran porque su cara es diferente, su ambiente no tiene los brazos abiertos para acogernos pues creen que somos extraños, aunque hayamos nacido acá, debido a que los foráneos que hoy son dueños provienen de ene lugares trayendo ambiciones propias y no disponen de tiempo ni sensibilidad para amarte como sede de amor sino únicamente como negocio para volverse ricos en el menor tiempo posible... y eso —dicen— no se logra en una casona antigua con portones, zaguanes y tejados, sino con monótonos edificios modernos de varios pisos, sin jardines, sin salas de calidez familiar ni amplias cocinas con horno de ladrillo abovedado, ni comedores con mesas de docena que reunía a familias numerosas, ni balcones corridos para que los niños jueguen seguros o manejen sus triciclos, ni corredores amplios con ladrillo artesanal a los que llegue el sol desde que sale hasta su ocaso, ni amplias gradas rectas o en caracol con pasamano ancho por el que nos gustaba bajar —con ansia y regocijo— a velocidad de rampa propia, ni el terrado sobre el segundo piso y acunado por el techo de tejas para guardar allí los tesoros de los abuelos y otras herencias o aquello que no se usaba —los cachivaches—, que para los niños y adolescentes eran siempre cosas de lujo totalmente servibles y colmadas de encantos y secretos...

¡Los nuevos propietarios qué iban a saber o imaginar el valor que todo aquello tenía para los que nacimos hasta el siglo XX! Hubiéramos preferido seguir «pobres», pero guardando todo eso y no afectar la antigua casa, su patio empedrado, sus corredores de ladrillo o de piedra azul en diseño de rombo con pequeños cantos rodados, sus ventanales amplios con rejas de fierro forjado, sus balcones señoriales con ventanas decorativas tras cuyas lunas de colores o sin color colgaban finos visillos para esconder a la enamorada que aceptaba las serenatas de medianoche o madrugada y hacía notar su presencia solamente moviendo el visillo de rato en rato... y eso era un premio para el corazón, las voces, las guitarras y el mensaje romántico que les ofrendaban con sincera ternura.

¿Todo desapareció, como en tantas otras partes? ¿Será necesario buscar ciudades antiguas que respeten ese sello «pasado de moda» y así revivir de alguna manera nuestra etapa feliz? Yo estoy convencido de que ha desaparecido solamente para mis ojos: me basta ocultarlos tras los párpados y sé que allí, en la casa de la esquina, a la espalda de la iglesia, era la casa de Carmen y allí la besé por primera vez y muchísimas otras; sé que allá, en la calle de subida, en la misma cuadra, eran las casonas de mis primeras profesoras de primaria, Delia

Sáenz Cacho Souza y Edelmira Madalengoitia, cuyas enseñanzas las conservo en mi memoria; en esa casa de los tres balcones marrón oscuro era donde podía hallar siempre música y arte, donde me enseñaron a cantar y declamar. En fin, de párpados adentro vuelvo a verlas, aunque hoy sean escondidas con feas máscaras de impersonales edificios de varios pisos y ninguna historia agradable o significativa en lo sentimental, porque ahora la gente corre a saltos —como gatos sobre brasas— pensando en los bolsillos o en superficialidades.

En cambio, las casonas de antes sí denotaban la personalidad propia en sus ambientes, desde el portón de entrada principal o desde la puerta secundaria al patio interior o a la cocina, o la puerta a la infaltable huerta, que también era entrada para los caballos con rumbo directo al corral.

¿Todas estas referencias tendrán algo de asidero para la hoy llamada *generación de cristal*? Si pudieran ingresar por el túnel del tiempo... ¿apurarían a sus celulares a grabar imágenes y escenas de aquellos días, sea de sus ancestros o de desconocidos? Acaso sólo rían sin sentido o con gestos desorientados... sin imaginar que nosotros —pocos ya— daríamos lo que fuera para volver a estar con quienes estuvieron dándonos esa dicha y plenitud que después no pudimos hallar y únicamente, pensando en ello, nuestros ojos se humedecen como capa del lógico silencio y el alma parece que se encogiera para fugar por la pequeña ventana del recuerdo o tener el convencimiento que el corazón convierte su latido en toc-toc sobre la puerta de salida, apurando su adiós que parece ya tardar mucho...

Cajamarca, terruño amado de nuestra familia: lo que aquí no aparece pormenorizado complétalo, por favor, con lo que está entre líneas y en las venas que nos unen... Ábreme tus brazos, yo pongo el corazón entre mis manos como la justa ofrenda cuyo cordón umbilical será cortado con el beso de mi postrer aliento...

Dos poemas de *Escríbeme en los ojos*

Mariana **Bernárdez**

Poeta y ensayista mexicana (México, DF, 1964). Realizó estudios de posgrado en Letras Modernas y en Filosofía. Entre sus libros de ensayo se encuentran *Todo está en la línea: conversaciones con Raúl Renán y 15 poemas inéditos* (2008); *Ramón Xirau: hacia el sentido de la presencia* (2010); *Dolores Castro: crecer entre ruinas* (2015). En poesía ha publicado, entre otros, *Escríbeme en los ojos* (2013; traducido al portugués por el poeta Nuno Júdice, 2015), *En el pozo de mis ojos* (2015), *Aliento* (2017) y *Memorial del fulgor* (2022).

Hay algo de irreal al pensarte en París
por eso te escribo para constatar
que estamos el uno en el otro.

Escríbeme en los ojos
Mariana Bernárdez
ediciones del lirio

Dos poemas de *Escríbeme en los ojos*

Mariana Bernárdez

Escríbeme en los ojos
Mariana Bernárdez
Poesía
Ediciones Del Lirio
Iztapalapa (México), 2013
ISBN: 978-607-7796-52-7
40 páginas

El calor invade los días
anubla los ojos
y entran en un letargo incierto
La ciudad se acompasa en caldero
los pájaros se refugian entre el ramaje sediento
y a media tarde las personas salen a la calle
caminan el parque
    rondan las tiendas
Ante su trinar
me dices que para el trabajador de José Matos
tal descompás advierte la hora de dormir
como los pájaros hay que afianzarse en el día a día
el que vuela suelto está sujeto a perder el rumbo...
Me indicas de mil formas
la diversidad de ritmos para vivir
puntualizas la hora
organizas calendarios
diagramas flujos de trabajo
Tú que te ufanas de ir a tu aire
me apremias con la puntualidad

con los 15 minutos reglamentarios de tardanza
y cuando caes en cuenta lo que atesoro mi errancia
el romper el minutero
perdonas mi impuntualidad natural
Yo nunca habré de llegar a tiempo
yo nací y he vivido a destiempo...

Tras el contorno de tu espalda
la luz anaranjada se filtra por las cortinas
el canto de la madrugada
¿cómo desprendo mi cuerpo del tuyo?
¿qué hacer con tanto aire entre los dos?
Queda tu rumor alrededor
la fluidez del viento alejándose
tu cuerpo recortado en el elevador
la pregunta insensata de lo que significa despedirse

Mi casa soy yo
el espacio que se constituye me habita
Hay algo de irreal al pensarte en París
por eso te escribo para constatar
que estamos el uno en el otro
más allá de la rutina de cenar
leer
ir al cine
de recorrer caminos hacia el mar
o de sentir el desapego que impones
cuando la cercanía es un demasiado
«el aire no se comprime cuando los cuerpos se abrazan»

Estás en París
¿caminarás la orilla del río entre libros viejos?
¿irás al museo impresionista?
¿siguen oliendo a tabaco negro las calles?

Reportas la temperatura
trazas las cartas de navegación
y desgranas mi pasado
Camino los Campos Elíseos

de la mano de mi Padre cojo
dolido cuenta sus primeros días
en esa ciudad que lo alejó del infierno
sé que te conté que aprendió a leer en francés con *Los miserables*

Despierto con la luz de la mañana
con ganas de quedar entre las sábanas
con los ojos cerrados
acurrucada
trayendo a mí esas imágenes en la casa de Sierra Fría
cuando el jardín despertaba conmigo
y vibraba con una cierta luz
la lluvia de la noche exhalaba olor a tierra mojada
el rocío sobre las hojas
Desperté
ahí reposa mi mente
aquí no hay árboles aunque la luz sea transparente
En las palabras
ése es el espacio donde ahora nos somos
lo demás es lo demás
los umbrales alivian la hondura
¿me quemaste?

Miras otra geografía nunca vista por mí
aunque leída
leer como forma de viajar
leerte entre líneas
con la emoción confundida
y ojos azorados
con esa duda inevitable que lleva a preguntar
cuántas veces más veremos esos paisajes
o cuál es el que conforma nuestra pertenencia
¿o todos nos llevan a echar infinitas raíces?
¿por donde pasamos
semillamos algo de nosotros?
Escucho tu voz dispuesta a dar el parte preciso
¿en qué ulular de la ventisca te distrajiste?
Te quiero contar del día y la lluvia
del relámpago cuando siento el roce de tus manos
de la luna que ilumina los árboles encharcados
de la raya sutil de tus labios que se diluye al ahondar en los míos
que te quiero decir tantas cosas ahora en presencia...

Leyendas urbanas

César **Blanco**

Artista plástico y poeta venezolano (Maracay, Aragua, 1963). Es diseñador gráfico, ilustrador, caricaturista, compositor y docente. Egresado del Instituto de Diseño de Valencia (1999), cursó estudios de pintura en la Escuela de Artes Visuales Rafael Monasterios. Ha sido docente en el Instituto Universitario de Tecnología Antonio José de Sucre y en el Instituto de Diseño Centro Gráfico de Tecnología, ambos en Maracay. En las artes plásticas ha participado en salones regionales, individuales, nacionales e internacionales, obteniendo diversos premios y menciones. Integrante del Taller Literario Permanente Los Moradores y de la fundación literaria Pie de Página. Ha publicado los libros de poesía *Monólogos* (2010), *Desde el cuarto piso* (2014) y *De testigo la noche* (2019). Además, textos suyos han sido incluidos en las antologías *Los Moradores* (2012), *La casa en la poesía aragüeña* (2015) y *Nueva poesía erótica venezolana* (2015).

A extramuros moran a esta hora las leyendas / personajes adscritos a crear / borrar los futuros inciertos.

Leyendas urbanas

César Blanco

I

Aún quedan sobrantes ilusos / que se arrodillan
rindiendo pleitesía al retrato mortuorio
de un maníaco.
En una esquina de tantas / perros rabiosos rompen
un bozal / rociado con el virus caliente
del hambre.
Estómagos de transeúntes sin rumbo
hacen ruido al pasar / confundiéndose con
el tráfico automotor
que desde las costillas claman por pan
cuando telarañas de acero invaden
sus entrañas.

En esta ciudad desconocida
de flores artificiales
que no conoció a su fundador
dividida en dos estratos
hace mucho tiempo no entra la luz
salvos serán los refugiados en los libros.

En otra esquina entrego la mirada a la memoria
a la casa grande de las artes / ahora distante y envenenada.
Alguien cuerdo escribirá / la auténtica la verdadera historia.
Mientras «yo» doy saltos sobre la rayuela incompleta de Cortázar
creada / dibujada y pintada por Dalí

y en un traspié me enredo cayendo sobre la oreja ensangrentada de Van Gogh
en el fondo siento que soy el personaje oculto en el entarimado
del cuento «El corazón revelador» de Poe.

II

En cubículos abandonados
a extramuros moran a esta hora las leyendas
personajes adscritos a crear / borrar los futuros inciertos
y que jugaban a hacer / una realidad los sueños
romper las páginas del libro sagrado / donde hace mención
de un apocalipsis.

En las paredes extraños murales... ¿enseñan o manipulan?
no son obras de arte / las verdaderas están en una sala de espera.

A grandes ilustres consagrados se les han robado
los méritos / un tercer ojo nos observa fijamente
la práctica no es una hipnosis
es factible leer para descifrar las metáforas.

En medio de una calle sin nombre
esperaré la llegada de las lluvias
florecerán margaritas y girasoles
así me advirtió la sutileza de una voz
que viaja sin ser vista en los cabellos
del viento.

III

A Erasmo Fernández

Tengo tiempo sin ver al poeta / ni cruzar palabras con él
no preciso la fecha exacta de nuestro último encuentro
ver la figura profunda de la poesía haciendo huellas
al rondar por las calles aledañas / a la casa grande de una cultura
que urge recuperar / olvidada a su suerte

Sobre la mesa un testimonio de su vida urbana
apuntes decretando que la poesía en sus manos
jamás estará huérfana.

En algún recodo de la ciudad
/ debe estar sentado con Charles Bukowski
o con los poetas malditos
haciendo planes / brindando con el elixir de la tierra
de los vientos.
Posiblemente en la cueva del humo o en los predios
de la carnicería de toros
tal vez acostado en un jardín
que se niega a convertirse en vulgar concreto
escribiendo retazos de vida

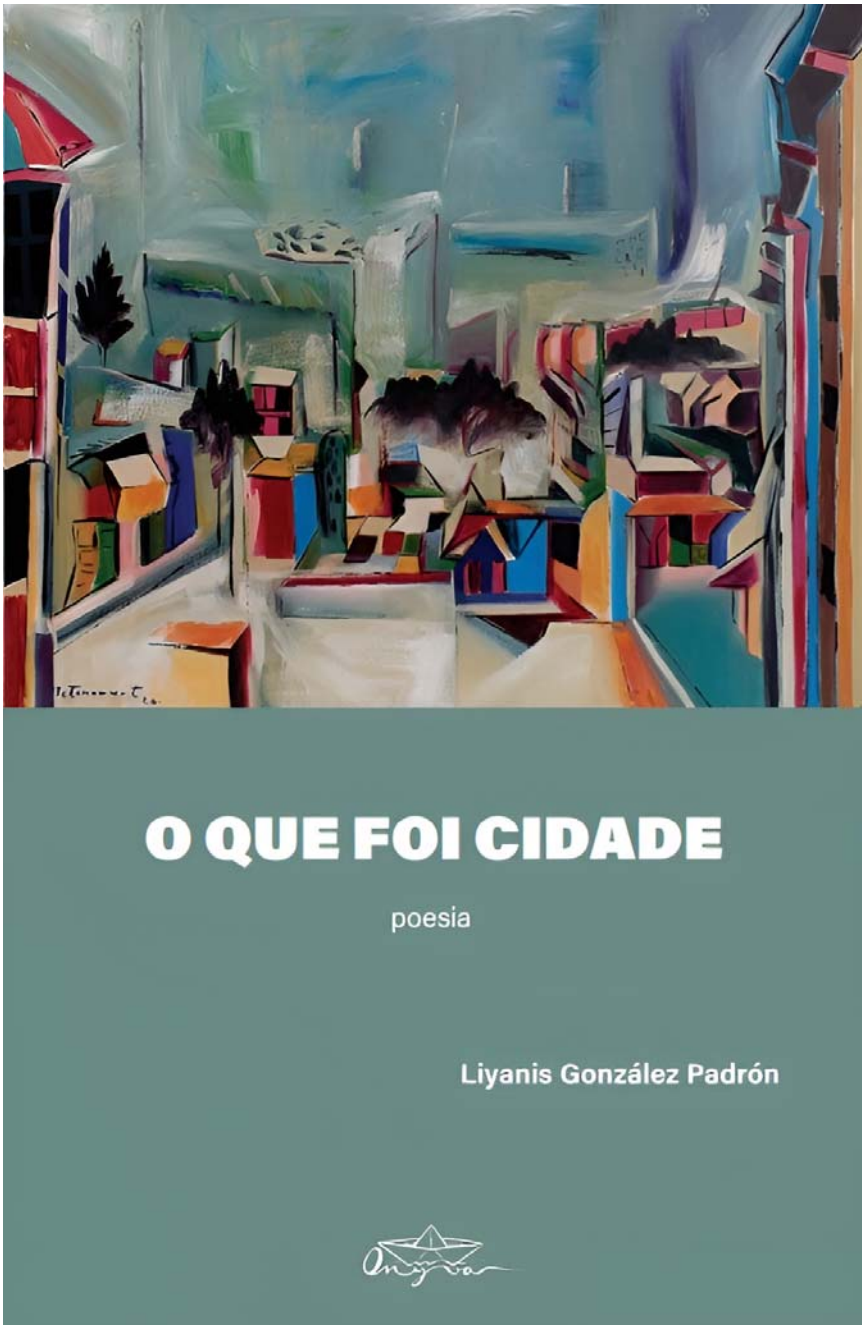
El poeta Erasmo no descansa / de puño y letra
a la sombra del árbol de mamón o sobre el quicio de fuente seca
escribe / describe la verdad de la noche / de los días / haciéndola poesía
sobre esa ciudad de papel lo que ve / lo que oye / lo que siente.

Celebración que soporta el vendaval y las derrotas
(sobre *Lo que fue ciudad,* de Liyanis González Padrón)

Aníbal Fernando Bonilla

Poeta y periodista ecuatoriano (Otavalo, 1976). Es licenciado en comunicación social. Ha publicado los poemarios *Selvadentro* (1998), *Canto nocturno* (2000), *Quimeras de papel en el umbral de la soledad* (2007), *Liturgia del ensueño* (2009), *Evocación de la tierra habitada* (2011, 2014), *Oda en plenilunio y balada del ángel* (2012), *Gozo de madrugada* (2014), *Tránsito y fulgor del barro* (finalista del Premio Nacional de Poesía Paralelo Cero 2018) e *Íntimos fragmentos* (2019), así como la recopilación de artículos de opinión *ConTextos* (2009). Textos suyos han sido incluidos en diversas antologías y publicaciones dentro y fuera de su país. Ha laborado en radio, televisión y prensa escrita. Columnista del diario *El Telégrafo* entre 2010 y 2016. Promotor cultural. Ex docente del nivel medio. Ha participado en eventos de carácter literario, cultural y político en España, Nicaragua, Argentina, Uruguay, Cuba, Bolivia y Colombia, como el XV Encuentro de Poetas Iberoamericanos en Salamanca (2012) o el III Encuentro Internacional de Poesía en la Ciudad de los Anillos en Santa Cruz de la Sierra (2016). En 2014 recibió la distinción Idea Vilariño en reconocimiento a su trayectoria literaria, durante el XIII Encuentro Internacional «Poetas y Narradores De las Dos Orillas», en Punta del Este (Uruguay).

Liyanis González apunta en* Lo que fue ciudad *los posibles deseos que engendra la urbe vista «en su asfalto» desde la remembranza (aunque ella lo niegue en «Esta ciudad no tiene recuerdos»), yuxtapuesta de cometas, jardines, senderos, edificios, portones, murallas, muelles, plazas, estatuas, cúpulas, bibliotecas, mercancías y mercaderes.


O QUE FOI CIDADE
poesia
Liyanis González Padrón

Celebración que soporta el vendaval y las derrotas
(sobre *Lo que fue ciudad*, de Liyanis González Padrón)

Aníbal Fernando Bonilla

O que foi cidade / Lo que fue ciudad
Liyanis González Padrón
Poesía
Bilingüe portugués/español
Traductor: António Manuel Venda
Editora On y Va
Lisboa (Portugal), 2022
ISBN: 978-989-53826-2-0
84 páginas

El desafío de la poesía está en desentrañar lo inefable, en decir con grafías y sonoridad aquellas emociones intrínsecas, en apelar a la expresión profunda que devenga en estremecimiento y asombro para el latido receptor. El sortilegio versal es disruptivo con la frivolidad. Lo suyo es el experimento, la metamorfosis y hasta la confrontación con el lenguaje. Más allá de la mera estampa prosaica. Hurgando en los recovecos del misterio que acontece en el poema.

Precisamente, con la disposición genuina que permite el quehacer literario, Liyanis González Padrón (Pinar del Río, 1971) publica *Lo que fue ciudad* (Editora On y Va, 2022), brevísima antología bilingüe (portugués-español) con 32 poemas de encomiable precisión sintáctica y acierto estilístico.

En este poemario hay un desprendimiento de la envoltura cotidiana. De cierta manera, se cumple con el afán inherente al oficio creativo: sostener la capacidad de observación y detenerse en lo insospechado para elevar su palabra sensible al esplendor estético. Algo que la poeta consigue con creces. No sólo que remueve —con su bien pulida pluma— en los meandros, sino en el centro medular de las preocupaciones humanas, a través de la producción del verso, que sobreviene

en estrofa, y, consecuentemente, alcanza una estructura poemática trabajada con pulcritud, limpieza y transparencia textual «para condensar el tiempo / y seguir alimentando a las palomas». De la mano de aprendizajes, lecciones y lecturas, y del abrazo de José Lezama Lima, Blanca Varela, Claudio Rodríguez, Emily Dickinson y tantos otros vates renombrados.

Hay una traslación de recuerdos cuya fuente es la infancia: «Allí / perennemente yo / insomne niña / (...) / con la desnudez / que invade / los surcos de mi trenza». Y, también de la raíz patria, del núcleo familiar: «Mi madre deja atrás la casa / y trata de salvarme». Ternuras en «el canto de los mirlos» y «bajo el tibio doblez de mi vestido». Desplazamiento a territorios disímiles. Interrelación de las otredades. Ilustración del sentido de procedencia. Y el eje sustancial del planteamiento lírico: ciudades de farolas, de blues, de ilusión, de esplendor, de decadencia, de miseria, de mar, de sol, de montaña; ciudades peculiares y ajenas, ambulantes y sedentarias, habitadas entre utopías y heredades, entre idas y regresos. Por eso la voz poética idealiza sus entornos, estaciones y vestigios, y desde el aposento mira por la ventana la boca «(...) de la noche que quema» y el despojo del día: «Sueñas / que despiertas en otra ciudad». Esa enunciación que se vuelve milagro, y también puede tornarse en desvelo: «hay ciudades que encienden la añoranza», en donde galopan minotauros en medio del diluvio y de la fascinación de la muchedumbre.

Por eso no es aleatorio el epígrafe de Italo Calvino, extraído de *Las ciudades invisibles* (como se extraen los objetos del equipaje al arribar a las ciudades concretas), ya que Liyanis apunta los posibles deseos que engendra la urbe vista «en su asfalto» desde la remembranza (aunque ella lo niegue en «Esta ciudad no tiene recuerdos»), yuxtapuesta de cometas, jardines, senderos, edificios, portones, murallas, muelles, plazas, estatuas, cúpulas, bibliotecas, mercancías y mercaderes, intercambio de miradas y gestos, placeres, columpios, artificios, estridencias, solsticios, equinoccios. Rasgos y formas de otros lares. Representaciones y fisonomías de la morada propia. Se podría atribuir el tránsito conducente a la ciudad entrañada, a la ciudad imaginada —en caminos fatigosos no exento del extravío— que reemplace al suelo de residencia real. Ciudades posibles y vibrantes referidas desde sus adentros, y sobre sus secretos y sus ojos y sus pieles, sin descuidar la vigilia, más allá de la bruma. Ciudades que aparecen y reaparecen tras la exploración modélica, en sus antípodas de cielo y precipicio. Ciudades azules cuyas nostalgias reverdecen haciéndole un guiño a la penumbra. Ciudades alegres y apesadumbradas que respiran con las extremidades de cada ciclo.

Se escucha a Calvino: «La ciudad es redundante: se repite para que algo llegue a fijarse en la mente (...). La memoria es redundante: repite los signos para que la ciudad empiece a existir».

La poeta (radicada en Quito, Ecuador) exclama a su Cuba natal, no obstante la distancia: «Un país huye de mis manos». Pese al desarraigo, no deja de concebir la circunstancia histórica de «(...) llevar a cuestas una isla». Algo semejante a lo dicho por Wendy Guerra: «esta cubana despeinada / intenta meter su isla en el mundo el viaje roto / interminable en la maleta sin fondo». O a lo inscrito por Yamicela Torres Santana: «Si uno pudiera mudarse de ciudad / y arrastrar el agobio de las calles, / recoger los amigos / para que el sitio abandonado no quede / con las pequeñas tibiezas brindadas. / Si uno pudiera llevarse / las hojas de los árboles, / la luna sobre el campanario de la iglesia, / la noche en que alguien nos quiso bajo el frío. / (...) / Si uno pudiera mudarse de ciudad, / salvarse». O a la musicalidad mayor de Virgilio Piñera: «El baile y la isla rodeada de agua por todas partes: / plumas de flamencos, espinas de pargo, ramos de albahaca, semillas de aguacate. / La nueva solemnidad de esta isla. / ¡País mío, tan joven, no sabes definir!».

Hay una sutil cadencia que invoca intimidades. Ajena a cualquier pretensión ambigua. Sí preocupada de la retórica ideal que configure una singular vitalidad. Como este retruécano: «la huella más honda de otra carne / la carne más honda de otra huella». O este símil: «La oscuridad permanecerá / como vientre afilado». O este oxímoron: «en este frío sol que me padece». O esta hipérbole: «Ala que sale del pecho / hinchada del viento, de la luz / del océano a la página».

Liyanis González Padrón remienda soledades y alude su compromiso con la poesía: «Escribiré entonces mis papeles / para que el verso no sea sombra / en su coartada». Hallazgo en el verbo como bálsamo que acomete en la inquietud lectora «a un viaje con rumbo hacia la nada».

Enhorabuena a la autora por *Lo que fue ciudad*, y por su designio escritural.

Ocio

Heberto José Borjas

Escritor venezolano (Maracaibo, Zulia, 1981). Reside en Bogotá desde 2010. Es abogado, docente, traductor y actor. Ha ganado el VII Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores Latinoamericana en su mención Narrativa (Venezuela, 2009) con el libro de relatos *Duendes en mi casa*, publicado en 2010; fue finalista del IV Concurso Internacional de Cuento «Ángel Ganivet» auspiciado por la Asociación de Países Amigos (Finlandia, 2009); ganó mención honorífica en el III Concurso Nacional de Cuento Contemporáneo de Colombia, organizado por la revista y centro cultural *Cuatrotablas* (2012) y participó en la antología de cuentos de ese certamen (2013). Ha publicado la novela *Los hermanos mayores* (Negro Sobre Blanco Grupo Editorial, 2014) y el libro de relatos *Desde la nada* (FBLibros, 2017).

Te tomáis una pausa para contemplarla y saboreas la delicia del momento. ¡La afrodita de Facebook es de carne y hueso! Pensáis alardear los cuatro vientos de este triunfo de tus novatas artes de seducción.

Ocio

Heberto José Borjas

A Eleazar Burgos

Sois un lobo solitario, de esos que evitan las interacciones obligadas por la necesidad del momento. Encontráis cómodo compartir un espacio con alguien sin intercambiar palabras. Tu refugio natural es el silencio, ese reino sin matices donde reina la seguridad de que nada cambia. En una ciudad como Maracaibo este ostracismo no es común. El maracaibero grita de puro instinto, su lenguaje corporal es una constante exageración, cambia el humor de un segundo a otro. Te consideráis una excepción de tu gentilicio, un bicho raro a los ojos de tus paisanos. Jamás cambiarías la fijeza de tus costumbres ni por el oro del Vaticano. Te hace sentir bien que todo acaece según un cálculo previo. El azar se te antoja ese conjunto de manifestaciones dentro de un orden que presenta apenas uno que otro fenómeno imponderable que no modifica el plan general. No te coméis el cuento del libre albedrío: sabéis que se elige con base en condiciones elegidas por otros. Pero siempre habéis anhelado encontrar a ese alguien con quien estar a gusto sin tener que engolar la voz ni adoptar posturas corporales forzadas ni mucho menos disertaciones o concesiones que contravengan tu esquema de pensamiento. Aborrecéis el cigarrillo. Sería el colmo de los colmos tener que hacerlo sólo por agradarle a un tercero. Que se jodan los fumadores con sus cánceres y enfisemas pulmonares. No estáis dispuesto a negociar tu esencia por la mera aceptación.

Llegáis a mediados de diciembre. Comienza tu período de vacaciones. Estáis jovencito, tenéis un buen cargo en una petrolera que todavía paga bien, seguís soltero. Aunque podéis hacer lo que queráis con tu ocio y tu bono de utilidades, te da por abrir una cuenta en Facebook y pasar horas pegado a la laptop. Ni para ir al baño la soltáis. Cambian tus rutinas. Dejáis a un lado tus ocasionales lecturas. El fácil acceso a desconocidos te estimula a la vez que te desencanta. Hay algo indigno en esculcar vidas ajenas: ahora parecen mercancías fungibles que pierden su condición de seres que merecen tu empatía y ahora ganan un estatus

de pasatiempo. Siempre te ha asqueado que usen así a la gente. Pero ya no podéis parar de hacerlo. Se ha vuelto adictivo. Escarbar en los demás a través de sus fotos es tu nuevo deporte favorito.

Conocéis a Tania, la chica atrevida de quien habéis recibido un mensaje privado. Te ha obnubilado con su exuberancia y buena labia. Esta interacción es, como todas, un juego de charadas, un tira y afloja para desplegar escaramuzas de ocultamiento de vergüenzas y maximización de virtudes. Facebook sólo alcanza para eso. No le pidáis tanto. Ya tenéis suficiente con los sofisticados filtros para publicar imágenes. Mensajes van y mensajes vienen. Con un día de por medio, luego cada noche, ahora en cualquier momento del día. Saludos que evolucionan en piropos. No se hacen esperar las confesiones sin aviso. La etapa del enamoramiento ha iniciado. Te divierte, como nada, cada línea que le escribís y que leéis de ella en la pantalla. En un par de semanas la confianza sube de nivel y han llegado a la modalidad del *sexting*, incluidas las fotos sin ropa. En la intimidad de tu apartamento de soltero cualquier lugar es idóneo para enviarle un primerísimo primer plano de tu ingle. Ya para entonces te masturbáis pensando en ella. La riada de semen es profusa, te quema la mano, es una lava que con su temperatura te recuerda el patetismo de tu situación. Dilatáis el flirteo para esquivar el tema de cuándo van a lograr conocerse cara a cara. Ella te insiste, vos no le seguís la corriente.

Caéis engatusado. Le decís que sí, que no habéis dejado de soñar con sus carnes en contacto directo con las tuyas, que despertáis con una bestia enhiesta en el bajo vientre que, cual potro sin brida, te cuesta domar. Tania (dizque) se excita fácil, te muestra ante la cámara sus dedos húmedos: sabéis dónde los ha metido.

La cita queda pactada para pasado mañana, veintisiete de diciembre, en la plaza La República. El sitio te encanta. En tus años universitarios fuiste incontables veces a ver grupos de gaitas en vivo, espectáculos presentados por el locutor León Magno Montiel. Su concha acústica es elegante, de una blancura que le suma elegancia. Por fin vais a recibir tu regalo de Navidad. A esas horas de la tarde la temperatura derretirá el latón de los carros, te hará sudar a mares; que el desodorante y la colonia hagan bien su trabajo. En Maracaibo, a la sombra y sin moverse, se puede perder en cuestión de minutos el trabajo de un largo baño.

Podrías llevarla a la heladería La Argentina y complacerla con el sabor que ella prefiera. Mostrarle la fachada del Cunibe, donde estudiaste dos semestres de Informática antes de cambiar de carrera. Tomarla de la mano. Presumirla ante los transeúntes. Invitarla a cenar en Mi Vaquita, por qué no. Quizás pasear con ella en el centro comercial Salto Ángel. Complacerla si se antoja de una car-

tera, un par de zapatos, una blusa. Y en medio de tanta conjetura, de repente la ves en carne y hueso. Flota en lugar de caminar. La envuelve un halo de candela que te hace humedecer la entrepierna. La pugna está reñida entre el caballero y el semental que te habitan. Acusáis el impulso de hacer una pose seductora, tomar su mano y hacer una reverencia. Al mismo tiempo, ardéis por rodear su cintura con tu brazo, atraerla a tu pecho y empapar sus labios con los tuyos. Que tu lengua hurgue su paladar, ah, ese placer que tanto habéis figurado en noches recientes.

Tan pronto se reconocen el uno al otro, corren a abrazarse. Ella no toma la iniciativa de besarte. Nada te parece raro en este detalle. Así son algunas mujeres, te decís en silencio. En añales de evolución humana la mayoría mantiene el convencionalismo que obliga al hombre a dar el primer paso en el flirteo. Se sientan en un rincón de la plaza. El mutismo reina de momento. Los piropos de rigor rompen el hielo. Te tomáis una pausa para contemplarla y saboreas la delicia del momento. ¡La afrodita de Facebook es de carne y hueso! Pensáis alardear los cuatro vientos de este triunfo de tus novatas artes de seducción. Cuando pensáis qué decir a continuación, Tania espeta que no hagáis ningún movimiento raro ni te pongáis a gritar, que El Chino está a tus espaldas y te apunta con una pistola bajo su chaqueta. Movete despacio y no echéis a correr, te dice él, por detrás. Se van los tres juntos, como si de siameses trillizos se tratase. Obedecéis. Tan pendejo no sois como para arriesgar el pellejo por dártelas de intrépido. Te meten en el asiento trasero de un Corsa blanco, donde hay un tercer secuestrador esperando. No llaman la atención de nadie. Qué es esta verga, pensáis, sin reponerte aún de la sorpresa. Tania va al volante; el Chino se sienta a tu izquierda con el cañón bruñido del arma en tu dirección; el otro tipo está a tu derecha con su mano en tu muslo, cerca de tu ingle, por si acaso, presta para darte un apretón que te neutralice.

Toman la avenida Doctor Portillo. Ahora estáis amordazado, las manos atadas, el orgullo malherido. Tu infortunio se yergue y pavonea su victoria. Pasan frente a la panadería Ciudad de Milán; cuántas veces compraste pan fresco allí. Toda tu musculatura está rígida. Aunque el aire acondicionado del carro hace bien su trabajo, sudáis a mares. Van en sentido del sector Indio Mara. Te llevan al BOD frente al centro comercial Taicupa. Hace tiempo habéis descartado que sea una broma por el venidero Día de los Santos Inocentes. Nadie se juega así con los demás. Si se mide en un torneo el nivel de susto de las bromas pesadas, este llega a la final.

Ahora estáis frente a un cajero automático y tenéis que sacar todo el efectivo que podáis. El Chino a tu derecha, como si fuese un pana que te acompaña en una diligencia de rutina. Mientras metéis la tarjeta en la ranura te da por ver alrede-

dor, quizás un transeúnte detecta algo raro en la situación y te auxilie. Nada. Ya el mundo no prodiga milagros como antes; eso queda para los enfermos pobres de los hospitales, pensáis. El Chino te da un totazo en la mollera. Concentrate en el cajero, te dice. De repente se oyen disparos cerca. No sabéis si es del lado de la avenida donde estáis o enfrente. Los tres malhechores se esconden, te dejan a tu suerte por unos segundos. El *mardito* no vino solo, grita Tania. El carro arranca de inmediato y se va haciendo chillar los cauchos contra el pavimento. Los captores te creen policía en una misión encubierta. El Chino echa unos tiros al aire y sale corriendo en dirección a la avenida Delicias. Te ha tenido en ángulo abierto para dispararte, pero su prioridad es siempre protegerse.

Quién te diría que saldrías ileso del susto de tu vida por coincidir en tiempo y espacio con el asesinato a Antonio Meleán. Se lo contáis a alguien y no te cree. El cajero automático está ubicado en diagonal a la barbería Doménico, en el centro comercial Taicupa. Allí se dispone a entrar el afamado mafioso, cuando desde un vehículo rojo le dedican una ráfaga de treinta y seis balazos justo después de que el Chino te golpea en la cabeza para que tu mirada vuelva a la pantalla del cajero automático. El buen tino de los sicarios se lleva el alma de Meleán a otros confines. Y vos, ahora echado boca abajo en el suelo, en posición prenatal, petrificado y con la cabeza protegida por tus brazos. Cuando por fin entendéis qué pasa, te vais caminando sin rumbo por la avenida 5 de Julio, sin conciencia de tus movimientos.

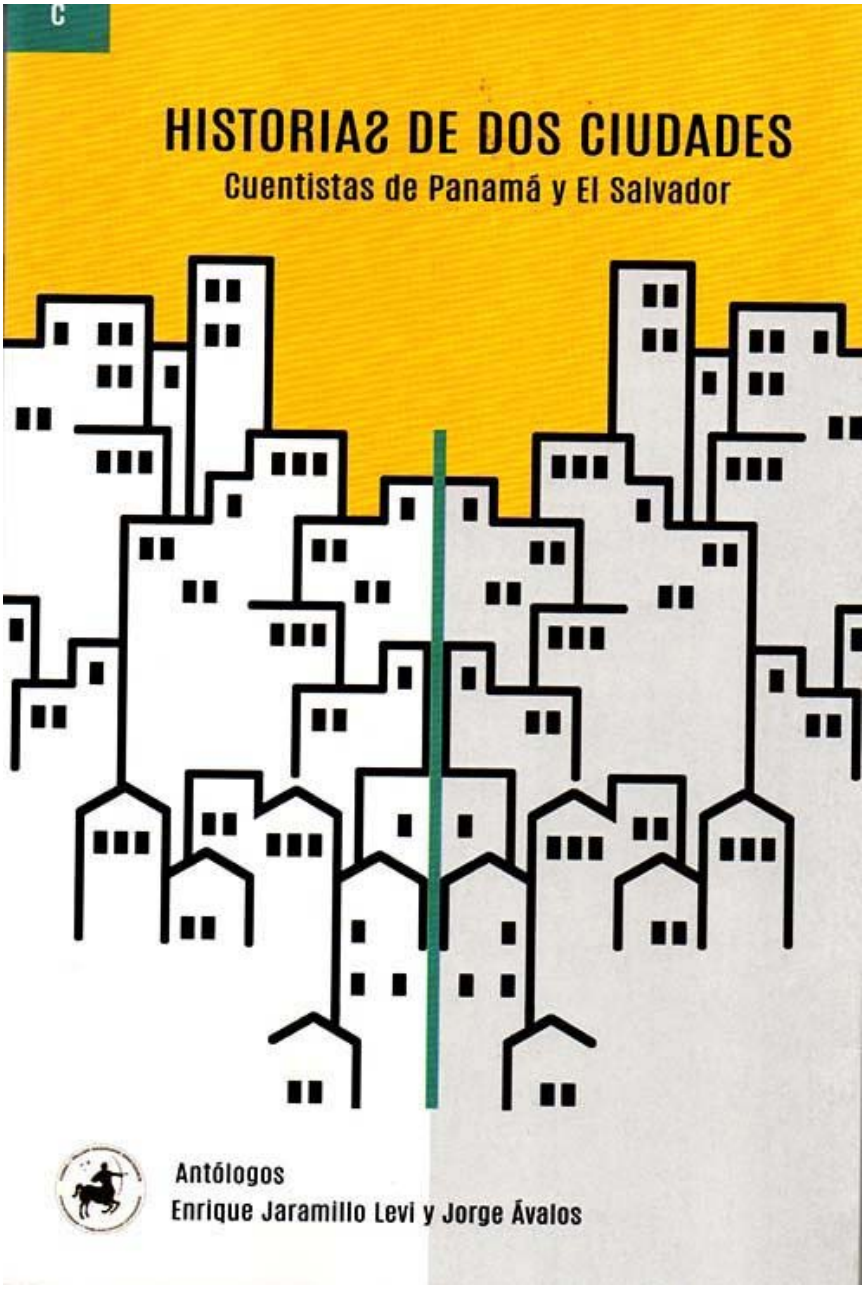
Te montáis en un taxi. El joven al volante te ve por el retrovisor y se le enciende una alarma de alerta: la descarga de sustancias en la panza, súbita, irrefrenable. Le da mala espina tu sudor frío, tu mirada imprecisa, tu resuello. Está a punto de pedirte que te bajéis. Tu aire no es de atracador novato. Él se lanza a preguntar el motivo de tu evidente tribulación. Es mejor que respondáis o vais a lucir más sospechoso. Comenzáis tu relato. El chofer no se muestra impresionado. Ha escuchado todo tipo de anécdotas que hacen de la tuya una minucia. Dice, por condescender: *Tenéis suerte de no terminar secuestrado o con un balazo en la cabeza*. Te deja gratis la carrerita. *Cuidate, que estáis vivo pa' contarla*. A pesar del consejo, no dejáis de acusar el prurito de la hombría malograda y el susto entre pecho y espalda. Miráis hacia atrás porque te mortifica un sobresalto de persecución. Le imploráis a Dios, de quien últimamente te habéis olvidado, que te guarde hasta que lleguéis de vuelta a casa. Empezáis a admitir que todo esto te ha pasado por pendejo. Vais bien. Esta lección, como todas, llega por las malas. Ahora pensáis que Dios, ese guardián que ahora invocáis con aprensión, te ha salvado. Ha intervenido con su pesado sentido del humor, el lenguaje con el que mejor sabe manifestarse.

Dos ciudades y dos vertientes narrativas
(sobre *Historias de dos ciudades,* antología compilada por Enrique Jaramillo Levi y Jorge Ávalos)

Danae Brugiati Boussounis

Escritora, docente y traductora panameña (David, Chiriquí, 1944). Tiene una amplia formación humanística en Europa, Estados Unidos y Panamá. Estudió semiología de la traducción con Umberto Eco. Ha publicado cuentos y artículos en *Panorama de las Américas* (revista de Copa Airlines; Panamá) y en Grupo Editorial Benma (México), así como en las antologías *Escenarios y provocaciones* (Dirección de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México, Unam; México, 2015), *Minificcionario* (Foro/Taller Sagitario Ediciones; Panamá, 2019) y *Tierra breve* (El Salvador, 2019). Autora de los libros de cuentos *Pretextos para contarte* (Sagitario, 2014 y 2016), *En las riberas de lo posible* (El Duende Gramático, 2016) y *La noche de los cocuyos* (Taller Cultura Publicaciones, 2019), así como el libro de ensayos *Textos luminosos* (Mitosis, 2016). Ha traducido textos de Magdalena Camargo Lemieszek, Javier Alvarado y otros autores. Ganadora del Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró 2019, en la categoría ensayo, por *Mestizaje, mujeres y mitos*.

La literatura y, en este caso, los cuentos de esta antología, reafirman el concepto de un conglomerado de soledades y lo toman como el espacio del cruce de las miradas, en el que los cuerpos de los personajes no siempre tienen el control de su rol social y de sus relaciones.


HISTORIAS DE DOS CIUDADES
Cuentistas de Panamá y El Salvador
Antólogos
Enrique Jaramillo Levi y Jorge Ávalos

Dos ciudades y dos vertientes narrativas
(sobre *Historias de dos ciudades*, antología compilada por Enrique Jaramillo Levi y Jorge Ávalos)

Danae Brugiati Boussounis

Historias de dos ciudades
Enrique Jaramillo Levi y Jorge Ávalos (compiladores)
Cuentos
Sagitario Ediciones
Ciudad de Panamá, 2017
ISBN: 9789962557760
198 páginas

Esta cuidada y representativa antología de la producción cuentística de El Salvador y Panamá lleva por título *Historias de dos ciudades* (Sagitario Ediciones, 2017) que, como dice Enrique Jaramillo Levi, parafrasea la famosa obra de Charles Dickens, pero hasta allí llega la similitud con la obra homónima. Se asemejan en que consideran la producción interior inmersa en el escenario citadino que, tanto en la obra de Dickens como en nuestra antología desde el punto de vista semiótico, toman a la urbe como realidad expresiva que se renueva continuamente como espacio, se define como discurso, es una práctica significante que, sin embargo, en cada momento proyecta a sus espaldas un texto conflictivo. A diferencia de otros territorios, la ciudad se caracteriza por la presencia simultánea —en el tiempo y en el espacio— de identidades y poderes en conflicto y de las señales de los mismos.

En la obra de Dickens es un único evento histórico el que le sirve de base a la trama, la Revolución francesa, mientras que, en esta, los cuentos parten de mundos e historias singulares cada uno. El libro, cual una medusa de dieciséis cabezas pletóricas de ideas y formas de exponerlas, es una construcción literaria encaminada a retratar una sociedad y sus problemas a través de la ficción.

El concepto de ciudad

Analicemos un tanto el concepto de ciudad como el espacio que permite la vida colectiva como producto cultural. La ciudad, como lo analiza Jordi Borja, es un espacio político, donde es posible la expresión de voluntades colectivas, es el entorno para la solidaridad, pero también para el conflicto. El derecho a la ciudad es la posibilidad de construirla para que se pueda vivir dignamente, reconocerse como parte de ella, y donde se posibilite la distribución equitativa de diferentes tipos de recursos: trabajo, salud, educación, vivienda, recursos simbólicos, participación, acceso a la información, etc. Y es también el derecho de toda persona a crear ciudades que respondan a las necesidades humanas. Todo el mundo debería tener los mismos derechos para construir los diferentes tipos de ciudades que queremos. Por otro lado, como lo afirma David Harvey, no es simplemente el derecho a lo que ya está en la ciudad, sino el derecho a transformarla en algo radicalmente distinto.

La literatura y, en este caso, los cuentos de esta antología, reafirman el concepto de un conglomerado de soledades y lo toman como el espacio del cruce de las miradas, en el que los cuerpos de los personajes no siempre tienen el control de su rol social y de sus relaciones. Los detalles en las descripciones y creaciones psicológicas son prótesis estéticas y comunicativas, que constituyen la piel y el alma de la identidad y las diferencias. Les vemos con la dualidad del extraño y con la propiedad del que está incluido en ellas, y estos elementos se nos presentan en algunos cuentos desde la modalidad externa, de la superficie significante que nos permite entrar al mundo de los personajes hasta sus cuerpos, mentes y deseos bajo el medido control de la comprensión de los mismos con la creadora fuerza prevista por sus autores, que ejercen el control y lo generan en sus historias, arquitectos de sus estrategias de manipulación intelectual, como los artífices de las ciudades.

La antología

Tenemos entre manos una antología de cuento que refleja aventuras en la forma de escribir y estrategias originales en el manejo del idioma, mediante los cuales representan momentos e imágenes humildes y aparentemente insignificantes, a menudo más allá del torrente de situaciones que ponen de relieve el ingenio, la ironía, la inconformidad ante lo fugaz, lo efímero, lo injusto, lo despiadado, lo horroroso como la ruptura que da forma a las letras de un escritor. Y en otra ocasión, es la historia de los creadores dentro de la literatura.

En los relatos los autores se adueñan de la ciudad, más en la muestra de

cuentos panameños pues, en la selección salvadoreña, en algunos casos, el personaje y su circunstancia no llegan a la ciudad física propiamente dicha, sino que se quedan atrapados en los vericuetos de su ciudad interior. Los autores de ambas ciudades hurgan y dejan caer su inquisidora mirada para sacar y exponer en sus creaciones los individuos que pululan en el claroscuro del subsuelo urbano frente a los efectos causados por el neoliberalismo, como la privatización, el uso mercantil de la ciudad, la predominancia de industrias y espacios comerciales, desnudando la vida de aquellos que ni siquiera parecieran tener derecho a la ciudad tomada por los intereses del capital, una ciudad que deja de pertenecer a la gente y es aquí en la literatura que se toman las experiencias de los personajes para reivindicar la posibilidad de que la gente vuelva a ser dueña de ella. Pero la mayoría de los cuentos advierten de las fatales consecuencias de un cierto modelo vigente hacia el que la sociedad parece encaminarse, aunque sus relatos no proponen soluciones, sólo son testimonios, son una distopía, en la que los males necesarios son propios de nuestra condición y que encuentran curso también en la ficción (la muerte, la enfermedad, la vejez, el desamor, la guerra, la traición...), «daños sociales provocados por una institución aciaga: la propiedad privada y su vehículo principal, el dinero, como medida de todo lo valioso» (Savater, 1999). Por otro lado, las vivencias de diversos individuos de la trama social les ayudan a penetrar la colectividad urbana y logran adentrarse, participan en ella activamente, pero a veces el que no lo logra, el que se queda al margen de la colectividad, es el que se convierte en el hecho literario, es el que va a contracorriente y enciende el conflicto. Es aquel que se torna invisible en la marginalidad, la ignorancia, el dolor. Ya no pertenece más al tinglado humano que trabaja en la felicidad colectiva, se queda en el conglomerado de soledades. El espacio urbano es naturalmente el sitio del trabajo común y del comercio; pero desde siempre es también el lugar del cruce de las miradas, en el que los seres humanos asumen la representación de su papel social y de sus relaciones y la proyectan al exterior, con todos sus símbolos de identidad y diferencia, tales como costumbres, maneras y vestidos, y como ellos, las ciudades se construyen con arreglo a proyectos estratégicos de manipulación. Es una realidad expresiva que se renueva y se redefine continuamente como un tejido complejo estratificado en el tiempo y variable en el espacio, inconcluso y conflictivo porque sobre el rostro de la ciudad son reconocibles los diversos intereses que se miden, se combaten, se alían. De este trazado urbano semiótico los cuentistas extraen parte de la madeja con la que urden sus relatos: las ventanas, los parques, las calles, los callejones, las tiendas, oficinas, letreros, etc. Y por supuesto, sus personajes.

De este carácter «proteico», como lo califica Jorge Ávalos, antólogo de la parte de El Salvador, y «desde diversos matices de lo social hasta las complejidades de lo metafísico, y de lo existencial como cruda vivencia cotidiana, hasta la expe-

riencia sorpresiva de lo fantástico», como señala Enrique Jaramillo Levi, quien selecciona los cuentos panameños, surgen los entes, las tramas, los conflictos, la miseria y los claroscuros de las vidas de los personajes de estos cuentos de dos ciudades contrastantes, de distinto carácter pero en el fondo con elementos comunes donde los cuentistas retratan a sus personajes y el acontecer apenas como fondo descriptivo de sus identidades y formas distintas de humanidad.

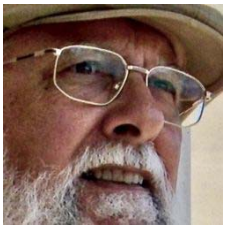
Los cuentistas de Panamá

Los cuentistas, quienes sondean el alma del habitante de la urbe, nos ofrecen un panorama de personajes cuyas humildes vidas se ven trastornadas por el sofoco desnaturalizado de horarios y vestimenta obligada; los creadores de los relatos les arrancan las costras de las heridas y las hacen sangrar nuevamente; te hacen escuchar el crujir de sus dientes, ver sus ojos ardientes y rojos desde el fondo de un basurero en la noche nauseabunda; los hacen transitar sumisos, tristes e ignorantes en el abandono inhumano de un «Servicio social», con toda su ineptitud e inutilidad, denunciado por Consuelo Tomás Fitzgerald. Otros escapan hacia la locura, tal cual en el relato «En un intersticio de la sinrazón», de Félix Armando Quirós Tejeira, porque en el entorno urbano, donde no pocos seres humanos devienen ente público, son el rostro indiferente del engranaje estatal. Las urbes, donde las estrictas reglas de comportamiento constriñen a los seres humanos en su cotidiano lidiar con los repetitivos deberes en las oficinas públicas, y el hueco indiferente de la maquinaria implacable de la construcción de los edificios, cuyas panzas oscuras devoran a los hombres de anónima vida y más anónima muerte aún, magistralmente expuesto por Olga de Obaldía en «El reino del hombre invisible», cuyo personaje desaparece en una fisura indiferente de la ciudad y del trabajo que tanto ama. Mariluz, personaje del cuento de Eduardo Soto, en «Window shopping», es acometida por esta enfermedad urbana, y otros se hallan en el absurdo jardín de frutos y muertos de Eduardo Jaspe Lescure en «Un huerto en lo alto» (y en estos dos cuentos los números de apartamento nos ubican adecuadamente en el centro característico de la escena urbana); las paradojas y la denuncia contra la brecha económica que separa al obrero de los dueños de los apartamentos en «Con vista al mar», de Luigi Lescure; la tragedia de la seguridad social de Cheri Lewis («Cosas que suceden en la fila del Seguro Social»); la extraordinaria pieza de Julio Moreira Cabrera, «La apología de Armando», circular acontecer tan verdadero y tan surreal de la tragedia de los anónimos de la urbe, irónica y ambigua vida de muchos sueños y pocos salarios.

Los cuentistas de El Salvador

Los de El Salvador inician su andar con Jorge Ávalos con el relato «La casa de las mujeres benditas», en el cual desposa La Dama, quien organiza y dirige el rosario de señoras que cumplen con los sueños sexuales de los hombres, en las casas que siempre existieron en toda agrupación humana que se pudiera llamar ciudad. «Evacuación general», de Salvador Canjura, quien al mejor estilo del «*Big Brother*» confirma que éste te observa, lee tus mensajes electrónicos, escucha tus llamadas, traza tus redes personales y dirige tu vida. Un cuento muy bien logrado y conmovedor es el que se revela desde su título escueto, «La madre», de Elena Salamanca, el cual pudiera muy bien ser un poema. Una voz que se pierde en el dolor cotidiano y en la crueldad de su destino anodino es vuelta literatura delicada y existencial por Rebeca Henríquez en su relato «Adela». La cuidada prosa de Georgina Vanegas nos lleva por un tiempo roto como la vida de su protagonista en «Los queridos muertos», como en el culto tradicional, donde la nostalgia y la tristeza acompañan la pérdida en el luto permanente de su personaje. El dolor de crecer o lo que crees dolor en ese proceso permanente desde que nacemos, envueltos en el absurdo y el sarcasmo, invade la historia contada por Ligia María Orellana en «Una nueva vida», madero, resurrección, sed, sangre, inconformidad, elementos trágicos en la corta vida de Jesús, su personaje. Y termina la selección de El Salvador con la indiferente vergüenza urbana de los niños callejeros de «La Avenida de la Revolución», en el cuento de Alejandro Córdoba, abierto como una interrogante, un *mea culpa*, un levantarse de hombros ante una realidad insalvable.

Todos los cuentos, desde diversas aproximaciones, poseen magia exquisita que, con verdadero arrobo, hacen reflexionar y disfrutar al lector con su pericia y creatividad.



Urbana limerencia

José Campione Piccardo

Médico, docente y escritor uruguayo-canadiense (Montevideo, 1945). Se doctora en medicina y especializa en Microbiología Médica en la Universidad de la República (Uruguay), donde ejerce varios cargos de investigación y docencia. Desde 1975 reside en Canadá, donde se doctora en Ciencias Médicas (Ph.D, Medical Sciences, McMaster University, Ontario, Canadá). Autor de múltiples publicaciones científicas, ejerce cargos de investigación, docentes y de dirección en varias instituciones académicas y gubernamentales canadienses (University of Ottawa, Institut A. Frappier, Health Canada, Public Health Agency of Canada) y agencias internacionales (Organización Panamericana de la Salud). Desde su retiro profesional en 2010 explora la narrativa de ficción. Fluido en inglés, francés y castellano, prefiere escribir en este último. Publica un artículo académico con una novel interpretación de las últimas palabras del médico charrúa Senaqué (*Revista Brasileira de Lingüística Antropológica*, v. 10, Nº 2, pp. 281-285, 2018). Dos de sus relatos («¿Cuándo fue?» y «Preguntas al azar») figuran en la antología de autores castellano-canadienses *Relatos entrecruzados* (Editorial Mapalé, Ottawa, 2020). Su relato «Raíz en flor: Rhizantella» encabeza la antología trilingüe *¡Oh Canadá!* (Editorial Artística, Gatineau, Québec, 2020). Veintiséis de sus relatos ficcionales componen el libro *De estrellas y cometas / y otros relatos* (Editorial Artística, 2021).

La idea de irse se transformó en obsesión. Fue cuando comenzaron sus ataques de pánico: trastornos del síndrome general de adaptación de Selye, posiblemente debido a hipertiroidismo, pensaron los médicos. A muchos de sus compañeros y compañeras les fue mucho peor. Muchos desaparecieron.

Urbana limerencia

José Campione Piccardo

Su casa había sido un hogar de privilegios, pero sabía de gentes que vivían menos felices y con mayor dificultad porque a veces se allegaban a su puerta en busca de ayuda, comida o trabajo. La ciudad no era con todos igualmente ecuánime —»Algunos son más iguales que otros», habrían concluido los animales de Orwell. Su padre había sido ingeniero y trabajado en una compañía que hacía prospecciones mineras, sobre todo con relación a algunas formas de gas natural, el que al parecer yacía en las profundidades, y necesitaba de cierta persuasión para emerger a la superficie, atrapado como se hallaba entre las rocas dolomíticas en el subsuelo de la ciudad.

La primera vez que tuvo el deseo de cruzar el río había sido de niña viendo las mariposas. En grandes números, llegaban las *Anarthias* escarlata, desde los terrenos allende la montaña, donde habían nacido en plena campaña, luego de haber pasado todas las etapas iniciales de su metamorfosis en las hojas frescas de los acantos silvestres. Se posaban en la arena, en la playa de la orilla, bebían agua estirando los espirales de sus largas probóscides, escanciando la sed causada por el esfuerzo de haber sobrevolado la ciudad, y luego se lanzaban revoloteando a conquistar el aire sobre el río. Ella las seguía con su mirada, escalaban un buen trecho en el viento hasta que se desvanecían en un punto, fundiéndose con las nubes y las ondas. ¿Por qué podían ellas, y ella no? La primera vez que se había hecho esa pregunta un rumor sordo había parecido emerger desde el subsuelo. Con sus cinco añitos, en la pared del fondo de su casa, con algo punzante, había escrito en letras irregulares y muy grandes y a distintos niveles: «mar posas mar posas ojas». Por la noche se había comentado que un sismo profundo había debido de tener lugar en las profundidades bajo la ciudad.

La segunda vez fue a comienzos del otoño, al comienzo escolar; desde la ventana del salón, veía el cielo surcado por grandes bandadas de pájaros, los que, previendo el invierno, emigraban juntos hacia zonas más templadas. En la es-

cuela había conocido compañeros de familias menos privilegiadas que la suya, con quienes solía compartir su merienda, pero a los que ambos padres acompañaban cada mañana hasta la puerta de la clase, hablaban con los maestros, y nunca faltaban en irlos a buscar a la salida de clase. A ella la acompañaba siempre su gobernanta. El sicomoro frente al balcón de su clase comenzaba a perder las hojas y un gran cardumen —ella los veía como peces— de ruidosos estorninos acababa de poblar sus ramas. No bien tuvo el deseo imposible de volar con esos pájaros, dos de ellos estrepitosamente se estrellaron contra los cristales del ventanal. De un salto, se levantó del asiento y corrió hacia la ventana, pero la detuvo la voz autoritaria, cavernosa, telúrica, de su maestra ordenándole retornar a su lugar. Un temblor extraño se apoderó luego de toda la ventana, el que pareció luego propagarse a las paredes del edificio: tal vez un pesado camión penosamente entrando en la bocacalle, seguramente del servicio de recolección del municipio de la ciudad. La maestra les propuso «Mi ciudad» como tema para un deber. Ella escribió: «Las mariposas viven en una ciudad sin casas, sin calles, sin autos. Las mariposas viven entre las plantas y las flores. Las plantas y las flores son la ciudad de las mariposas. Yo soy mariposa». La maestra no quedó muy impresionada con esa ciudad.

La tercera fue cuando, ya en el liceo, su mejor amiga faltó a clase varios días seguidos, hasta que se enteró de que ya no volvería al colegio. Luego supo que había partido, de improviso, con sus padres, por motivo de clandestinidad, según se dijo. Su padre, médico, al parecer había participado en un hospital montado por un grupo de guerrilla ciudadana. Nunca supo cómo habían partido, ni si realmente habían logrado hacerlo, sólo que ya nunca más la vería. Deseó haber partido con ella. Las campanas de la catedral ese día sonaron a rebato, pero tampoco supo la causa. Ella escribió un poema. Comenzaba así: «Los lirios se quejan como campanas / Cuando mariposas vuelan lejanas». Una gran explosión que sacudió los edificios en buena parte del perímetro urbano le fue adjudicada a un meteoro que habría explotado al ingresar en la atmósfera sobre la ciudad.

La cuarta fue ya en la facultad. Estaba en clase. Las puertas del sorbónico edificio se cerraban anunciándose su ocupación por parte de un gran grupo de estudiantes militantes. Varios compañeros suyos cayeron ese día frente a las cariátides del pórtico, presas de balaceras desde las azoteas del palacio de las leyes. Un compañero en quien ella no había reparado antes la vino a buscar al anfiteatro donde se hallaba, y tomándola del talle —nunca le había ocurrido antes— la condujo hasta una de las puertas traseras del edificio. Debieron romper la cerradura, pero lograron salir hasta un bar próximo. Luego él la acompañó hasta su casa, pero él volvió junto a sus camaradas y fue quizás una de las víctí-

mas cuando al otro día las fuerzas gubernamentales entraron a la facultad y desalojaron el edificio por la fuerza. Cuando pensó en irse definitivamente, sintió en su casa otra vez aquella vibración profunda que había sentido en su infancia. Salió a la calle, donde una cuadrilla barrenaba la calzada. Obreros sanitarios, pensó. Esa noche, volviendo de una clase en su flamante motoneta, soñando con viajar lejos, olvidó el zanjón sin cubrir dejado sin luces por la cuadrilla obrera, y terminó dándose de cabeza y hombro contra un árbol del otro lado de la calle. La salvó el casco que portaba. Durante los días en coma que debió pasar en el hospital pensó muchos poemas y argumentos, pero el único pensamiento que luego lograría recordar fue una voz que repetía: «en el aire suspendida... en el aire suspendida» y que había pensado que ese había sido un intento, por suerte al parecer fallido, de tragarla entera, por parte de la ciudad.

La quinta fue cuando la «operación rastrillo». La policía de la ciudad —a pesar de haber sido adoctrinada en torturas por un especialista extranjero, enviado al país como parte de una alianza para el progreso— no había logrado colmatar la insurgencia ciudadana. Luego del secuestro, juicio y ejecución del citado oscuro especialista extranjero por parte de sus secuestradores, las fuerzas armadas pronto se vieron forzadas a reemplazar el frágil gobierno constitucional de turno. Ya en pleno régimen marcial, las nuevas autoridades *de facto*, en lugar de meticulosamente seguir pistas de inteligencia policial, apresaban grandes números de ciudadanos y los hacinaban en cuarteles y estadios a la espera de los interrogatorios de rigor con las técnicas aprendidas y otras de su propio peculio. Así, a tientas y a ciegas, a expensas de un gran sufrimiento de carne ciudadana, en su mayor parte totalmente ajena e inocente, trataban de encontrar puntas de madeja para atrapar a los culpables, lo que resultó en que más de un quinto de la población fuera sometido a tan riguroso régimen. Soldados y policías, todos uniformados a guerra, metralleta en ristre, desplegados de forma conjunta: rodeaban y aislaban una manzana y metódicamente procedían a asolarla entrando en cada casa, a la fuerza si necesario, a revisarlos a todos y a todo lo que ellos pudieran interpretar como material sospechoso de sedicioso, antigubernamental y —muy curiosamente, por cierto— antidemocrático. No siendo personas de elevada sofisticación cultural, los defensores de ese nuevo orden cometían muchos excesos, a menudo rayanos en la violación y el saqueo, pero como todo se hacía por el bien de la patria, y ese tipo de tratamiento nunca había sido totalmente ajeno a los ambientes castrenses, todo ello les era impunemente permitido, y hasta ordenado por mandato superior, por lo que, ante la menor sospecha, esposaban a sus ocupantes y se los llevaban con destino desconocido. Muchos no volvían ya más a sus casas. Influenciada por Foucault, a quien había leído a hurtadillas, escribió el profético cuento «La ciudad prisión: el panóptico ciudadano». A menudo se oían misteriosas explosiones en distintos lugares de la ciudad.

A duras penas ella logró sobrevivir todo eso. La idea de irse se transformó en obsesión. Fue cuando comenzaron sus ataques de pánico: trastornos del síndrome general de adaptación de Selye, posiblemente debido a hipertiroidismo, pensaron los médicos. A muchos de sus compañeros y compañeras les fue mucho peor. Muchos desaparecieron. Amigas suyas tuvieron hijos ya en las cárceles, los que una vez desaparecidas ellas, sus abuelas —cada vez en menor número, pero no por ello menos determinadas— aún están tratando de ubicar. Temerosa, sin siquiera intentar asomarse fuera de su casa, escribió cartas y terminó por ser aceptada en una universidad en el exterior. A pesar de contar con dicho documento, sacar pasaporte y luego los correspondientes visados, fue como correr un guantelete: a cada paso, caminando por las veredas veía a la ciudad toda como un gran pulpo, un *kraken*, el *hafgufa* de los nórdicos, emergiendo de las profundidades, en cada alcantarilla, en cada boca de tormenta, alargando sus tentáculos hacia ella, viniendo a buscarla, a reclamarla suya. Enfermó varias veces, curiosamente coincidiendo con cada entrevista, y cuando por fin el mítico librillo le fue entregado, un rayo cayó en el jardín de su casa, sobre el enorme *Abies pinsapo*, una conífera tan estirada y elegante como foránea. Pensó en un título, pero no lo escribió, sólo la oración que luego sería la última de su nuevo cuento: «Como garras de águila pescadora, raíces ferales se hunden en la fracturada tierra indígena de la ciudad».

Cuando fue al aeropuerto lo encontró más poblado de militares que de pasajeros. Temió que algo, quizás hasta un estornudo, la tornase sospechosa y no se le permitiera viajar. Ya en fila de embarque, vio un avión despegar: pensó que era el suyo y casi se desmaya. Al final logró embarcar, pero tambaleante en la pasarela debió ser ayudada por una de las azafatas, a quien, al verla uniformada, primero rechazó horrorizada. Ya en el avión, desde la ventanilla, entre lágrimas, veía el frente de pista del edificio del aeropuerto como una cara formidable, su enorme boca, que antes había sido terraza de observación, mascullando grotesca bajo un desproporcionadamente pequeño, ridículo quepí militar semejando una torre de control. Toda aquella fisionomía la veía moverse, hacer gestos, muecas, ora de burla, ora de reprobación, pero ya nada podía detenerla. La nave maniobró hasta el extremo de la pista buscando posición de partida. Allí aceleró sus motores y avanzó. Tras el zumbido de los Pratt-Whitney y el rumor del carreteo cada vez más acelerado del tren de aterrizaje, oía la voz ronca del grotesco aeropuerto repetir a ritmo y entre dientes: «creíste que te dejaría, creíste que te dejaría». Por la mitad de la pista, aún en tierra, pero ya sin posibilidad de detenerse, sintiéndose ya remontar en el viento, en el aire suspendida como las mariposas sobre el río, vio el gran boquete que se abría bajo el avión. Luego se hablaría de una dolina de colapso en un terreno de yeso karstificado, un *sinkhole*, un nuevo cenote, raro en esa ciudad. Alcanzó a verlo extenderse como una gran

gota de tinta negra, agrandarse y comenzar a englobarlo todo, transformando el paisaje en un vacío y hundido valle de mogotes. Quizás ese todo había nacido con ella y existido sólo para ella, para que ella pasase allí su vida soñando con infinitos, como las mariposas de los acantos, inmortalizados en los capiteles corintios, pensando en abandonarlos de una vez, como ella a aquella ciudad.

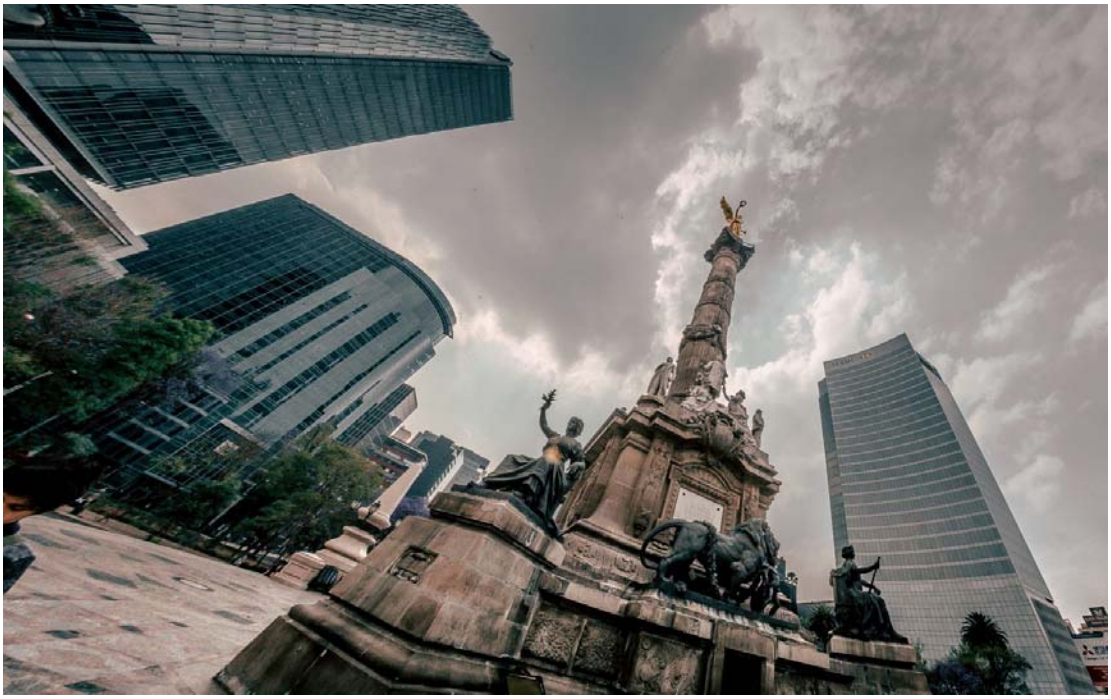
La antología que se publicó a continuación incluía varios cuentos. El primero, una suerte de alegoría transliteraria, se titulaba «Tras la Ley»; luego otro más: «La ciudad lingote»; seguido de «El laberinto vivo», que terminaba diciendo: «El laberinto, protoplasma vivo, se multiplica y crece irrestricto, y el hijo de Asterión se clona en cemento y se multiplica con él»; otro titulado «*Lapsus urbis*: la caída de la ciudad»; y su preferido: «La ciudad de las mariposas»; terminaba con «La ciudad panóptico», perfecto para tiempos de pandemia, pero escrito ya hacía algún tiempo y que terminaba así: «Un *sinkhole*, al igual que un terremoto, puede ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento, sobre todo en terrenos calizos donde se practica la fractura hidráulica —mejor que averigües si ello se practica en los terrenos aledaños a tu metrópoli—, pero ten cuidado, porque aunque no sea así, todas, absolutamente todas las ciudades sufren de limerencia: un trastorno obsesivo-compulsivo de amor posesivo hacia sus ciudadanos a quienes seducen, si necesario recluyen, y a los que en su delirio, igual que el Saturno de Goya, llegan hasta a devorar; algo, por otra parte, totalmente comprensible, ya que ellos sin ellas vivirían cual mariposas; pero ellas sin ellos, nunca lograrían sobrevivir, por lo menos ya no más como ciudad».

Ciudad de México

Marco Antonio Campos

Escritor mexicano (Ciudad de México, 1949). Cronista, ensayista, narrador, poeta y traductor. Ha sido profesor de Literatura en la Universidad Iberoamericana (1976-1983); lector huésped de las universidades de Salzburgo y Viena (1988-1991); profesor invitado de Brigham Young University (1991) en las universidades de Buenos Aires y La Plata (1992) y la Universidad de Jerusalén (2003); jefe de redacción de la publicación *Punto de Partida*; director de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam); director en dos épocas de *Periódico de Poesía*, investigador del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas (IIFL) de la Unam y coordinador del Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades de la Unam. Colaborador en distintas épocas de *Confabulario*, suplemento literario del diario *El Universal*; *La Jornada Semanal*, suplemento literario del diario *La Jornada*; *La Semana de Bellas Artes*, *Periódico de Poesía*, *Proceso*, *Punto de Partida*, *Revista de la Universidad de México*, *Sábado* (suplemento literario de *Unomásuno*) y *Vuelta*. Ganador del premio Diana Moreno Toscano 1972 a la promesa literaria; premio Xavier Villaurrutia 1992 por *Antología personal*; Medalla Presidencial Pablo Neruda, otorgada por el gobierno de Chile (2004); premio Casa de América 2005 por *Viernes de Jerusalén*; Premio del Tren Antonio Machado 2008 por su poemario *Aquellas cartas*; XXXI Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla 2009, por su obra *Dime dónde, en qué país*, y Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde 2010 por el conjunto de su obra poética. Ha traducido la obra de Baudelaire, Rimbaud, Gide y Munier, entre otros.

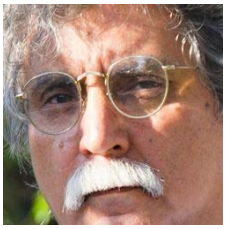
pese a su horror, miseria y caos,
a su humo y su trajín sin alma,
amé su sol, su enorme y dulce otoño.



Ciudad de México

Marco Antonio Campos

...yo nací aquí, escribí aquí,
perseguido, no por demonios,
sino por trasgos y fieras, crecí
en una ciudad ilímite,
y pese a su horror, miseria y caos,
a su humo y su trajín sin alma,
amé su sol, su enorme y dulce otoño,
sus plazas como firmamentos,
las tibias tardes en leve marzo,
el perfil montañoso al sur,
la máscara y cuchillo de su gente,
su ayer feroz, su hoy incierto,
y la amé, la amé siempre, la amé,
la amé como ama un hijo duro.

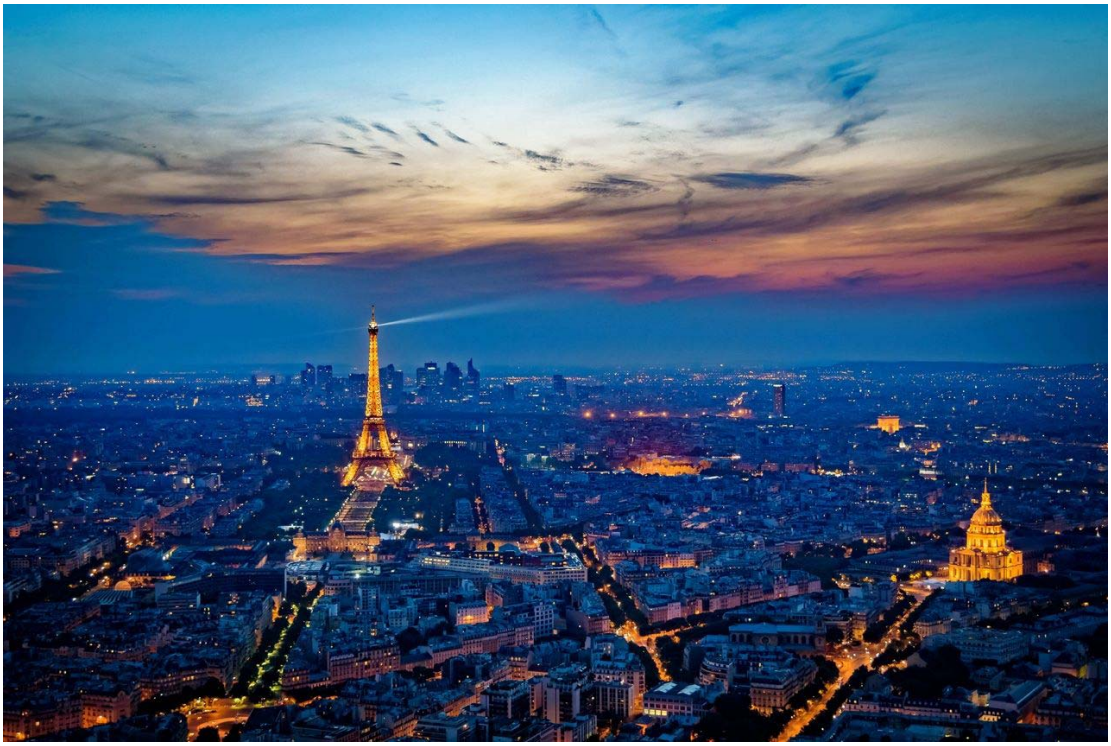


París, crónica en tres tiempos

Homero Carvalho Oliva

Escritor boliviano (Santa Ana del Yacuma, Beni, 1957). Ha publicado, entre otros títulos, los poemarios *Los reinos dorados* (2007), *El cazador de sueños* (2010), *Inventario nocturno* (2013), *¿De qué día es esta noche?* (2017) y *Reconstrucción del vuelo* (2020), y las novelas *Memoria de los espejos* (1996) y *La maquinaria de los secretos* (2009). Además ha compilado *Antología de la poesía amazónica* (2013), y *Bolivia, tu voz habla en el viento* (2014). Su obra literaria ha sido publicada en varios países y traducida a varios idiomas, y figura en más de treinta antologías nacionales e internacionales. Ha ganado el Premio Latinoamericano de Cuento (México, 1981), el Latin American Writer's (Nueva York, Estados Unidos, 1998) y el Premio Nacional de Novela de Santa Cruz (1995 y 1998), entre otros reconocimientos.

Nos fuimos a Notre Dame y a caminar por las orillas del mítico río Sena; en un costado encontramos la librería Shakespeare & Co. y en otra orilla a los vendedores de libros antiguos; paseamos por la* Île de la Cité, *descubrimos cafés encantadores y evidenciamos que, por fin, estábamos en París.



París, crónica en tres tiempos

Homero Carvalho Oliva

«No es el hombre que camina la ciudad,
es la ciudad la que, entre la multitud de sus dioses,
ha inventado una imagen, un semidiós de la marcha».

Edgardo Scott

Pasado

Noche de celebración. Año del Señor de 1980, meses antes del sangriento golpe de Estado de Luis García Meza, de la desaparición de algunos amigos y del exilio. En una cantina, fría, oscura y maloliente, de un barrio conocido como zona roja de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz de Ayacucho, un grupo de jóvenes, que soñaban convertirse en los escritores que cambiarían la literatura nacional, celebraba la aparición de una revista literaria, impresa en rudimentario mimeógrafo, pretexto para festejar antes y después del lanzamiento. El té con té (sultana con alcohol), especialidad del tugurio, les quemaba las gargantas y les calentaba el cuerpo, la conversación se deslizaba fluida como el aguardiente barato.

Esa noche, alguien puso sobre la sucia mesa del bar la novela *Rayuela*, mítica obra de Julio Cortázar, y sentenció que todo aspirante a escritor debía leerla; luego contó de París, la ciudad cuyas calles y cafés recorre Horacio Oliveira en busca de la Maga, inolvidables personajes de una novela que marcó a un par de generaciones. El comentario desató los recuerdos acerca de escritores y artistas que eligieron la Ciudad Luz para vivir. Cada quien aportó los nombres de pintores, escritores y poetas que vivieron o viven allá, un destino que, desde el siglo XIX, fue el preferido de muchos inconformes que llegaron por su cuenta o exiliados de sus países. Algunos de los parroquianos contaban anécdotas parisinas de los poetas Rubén Darío y César Vallejo, otro recordó la incendiaria pluma de José María Vargas Vila, por ahí saltó el nombre de Leopoldo Lugones hasta llegar a la famosa generación del *Boom* latinoamericano con los nombres/estrellas de Ale-

jo Carpentier, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y, por supuesto, Mario Vargas Llosa, el único sobreviviente de esa gran pléyade de narradores y poetas. Años después leí que el poeta Darío había escrito: «Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño. E iba a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi vida».

Recuerdo que, también, mencionamos a nuestro Augusto Céspedes, el autor de ese gran libro de cuentos *Sangre de mestizos*, que, por esos años, aún vivía en algún barrio de la capital francesa.

Vargas Llosa relató en una entrevista: «En 1959 llegué a Francia. Creía haber llegado a un país de ensueño, y no me decepcionó. La cultura era omnipresente (¡hasta en la televisión!), y allí vivían Albert Camus, Jean-Paul Sartre y Jean Vilar, se representaba a Ionesco, se leía a Beckett... El debate político era muy intenso, pero era un debate de altura. Me sentí como un bárbaro entre civilizados (...). Francia me hizo reconocerme como escritor latinoamericano y me permitió descubrir a Cortázar, Carpentier, García Márquez...», recordó el escritor en la Sorbona. «París fue, durante unas décadas, la capital de la literatura latinoamericana, tal y como la describió Octavio Paz, y fue gracias a este país, que descubrió a Borges, que otros países fueron sumándose a ese reconocimiento».[1] Vargas Llosa, al igual que otros escritores, descubrió la literatura latinoamericana en los años que le tocó vivir en la ciudad de Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Antoine de Saint-Exupéry, Julio Verne y muchos otros escritores y poetas.

Por supuesto que, esa noche de mi arrinconada juventud, alguien recordó de memoria la primera estrofa de un popular poema de Vallejo: «Me moriré en París con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo. / Me moriré en París —y no me corro— / tal vez un jueves, como es hoy de otoño», y esos versos se convirtieron en un conjuro para confesar nuestros deseos de irnos a vivir o, por lo menos, estar unos meses en una buhardilla de Montmartre, barrio preferido de Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Céline, François Villon y otros poetas. París, al igual que otros aprendices de las letras impresas, era nuestra Meca, la ciudad literaria preferida por todos. En la madrugada, ebrios de alcohol y de palabras, prometí que yo iría a París cuando mi obra ameritara

1. Peces, Juan. «Un (escritor) bárbaro en París». En: *El País*, 30 de mayo de 2013.

que me invitaran a algún encuentro literario, que no quería ir como turista, y he aquí que, cuatro décadas después, Calíope (musa de la poesía) se transformó en una gestora cultural de nombre primaveral: Flor María Muñoz Bañales, y me hizo llegar una invitación al VI Encuentro de Literatura Hispanoamericana en París, celebrado con el apoyo del Instituto Cervantes de la capital francesa el 28 y 29 de septiembre de 2022.

Cuando recibí la invitación la leí varias veces hasta estar seguro de que era verdad, y fue entonces, sólo entonces, que París vino hacia mí desde el olvido; lo comenté con mi esposa y mis hijos y empecé a soñar con la ciudad cuyos barrios, calles, plazas, museos, monumentos, librerías, bibliotecas, cafés, en fin..., la ciudad misma, ya me era conocida por novelas, cuentos y poemas, por películas y documentales, por fotografías y por pinturas, además de los apasionados testimonios de los amigos que la visitaron en algunas o varias ocasiones. Incluso mi esposa, Carmen Sandoval, la Amada, había pasado el año nuevo de 1988 en la urbe de todos los tiempos, ocasión en que yo no pude acompañarla, y por eso ahora decidimos viajar juntos para que yo cumpliera la promesa de estar con ella en *Ville Lumière*.

El viaje antes del viaje

En las semanas que antecedieron al viaje recordé, entre otras lecturas, los cuentos de Guy de Maupassant, las novelas de Víctor Hugo, Dumas y Balzac y los poemas de Baudelaire, y vino a mi mente esa «noche boca arriba» extraviada en un bar paceño cuando, al final del fuego, comentamos la novela más simbólica de Cortázar; sin embargo, yo no iría a París a buscar a la Maga, porque ella viajaba conmigo con el nombre de Carmen, yo iría a encontrarme a mí mismo, al joven que soñó ser escritor y que ahora participaría en un encuentro en el que su país era el invitado de honor y él sería el escritor homenajeado. Los meses que faltaban para llegar a la cita no me alcanzaron para recordar los recuerdos que tengo de la urbe literaria por antonomasia y, evoqué, ¡cómo no!, que el viaje se inicia cuando dices que vas a partir.

La fascinación por París se inició en la *belle époque*: «El mito del París moderno alcanzó su cenit en la llamada belle époque (más o menos entre 1900 y 1914), pero su prestigio se había gestado en el siglo anterior».[2] Aunque París no siempre fue una fiesta para todos los escritores, porque algunas la pasaron mal,

2. Alberca, Manuel. «La atracción de París y los escritores españoles». En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 15 de diciembre de 2020.

con hambre, frío y soledad, el fracaso y la desesperación también son parte de la historia de las ciudades y de los seres humanos, porque los unos son semejanza de las otras y viceversa. Guiño al libro *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway, que consolidó en América la fama del París ilusorio, hermoso, disoluto, fascinante, mágico, en el que el escritor americano fue «muy pobre pero muy feliz».

A propósito de este tema, el periodista Nicolás Pernett, en un artículo titulado «Gabriel García Márquez en París: la miseria dorada»,[3] afirma: «Allí también se dio cuenta de las realidades del otro lado del mundo, cuando sufrió en carne propia la discriminación, pero no por ser latinoamericano sino por parecer árabe en una Francia que, igual que hoy, veía con sospecha el crecimiento de la población musulmana en su territorio (especialmente en momentos en que Argelia luchaba una guerra para liberarse del dominio colonial francés). Más de una vez fue perseguido y acosado por la policía y una noche terminó preso con otros argelinos en una comisaría de París. Se puede decir que García Márquez sufrió entonces casi todas las exclusiones posibles: ser latinoamericano, ser árabe, ser pobre y ser poeta».

Presente

Llegamos al aeropuerto Charles de Gaulle el 26 de septiembre, después de viajar casi doce horas ininterrumpidas desde São Paulo, Brasil. La mañana estaba lluviosa; nos recogió Pedro Justiniano, un amigo boliviano que tenía el encargo, de un grupo denominado «Mamás Bolivianas en Francia», de llevarnos a Radio Francia Internacional para la entrevista previamente pactada con el periodista Jordi Batallé, en su programa *El Invitado*, «un magazine donde Batallé recibe de lunes a viernes en los estudios de Radio Francia Internacional a un personaje destacado del mundo del arte, la ciencia o la política»; Jordi, como buen periodista, sabía de mi vida y de mi obra y sus preguntas me permitieron hablar de los temas que me apasionan; durante la conversación sentí que, aunque aún no conocía la ciudad, la larga espera de décadas había valido la pena porque la ciudad de mis sueños me recibía como escritor. Con Jordi recordamos *París no se acaba nunca*, novela autobiográfica de un joven Enrique Vila-Matas.

Después de la entrevista llegó a RFI Ingrid Zabala, quien se convertiría en nuestro ángel de la guarda y nuestra guía; gracias a ella pudimos acceder a nuestro hospedaje después de cumplir una serie de pasos y descifrar claves y códigos.

3. Pernett, Nicolás. «Gabriel García Márquez en París: la miseria dorada». En: *Razón Pública*, 1 de mayo de 2017.

El día martes 27 salimos con Carmen a recorrer las calles, como si fuéramos *flâneurs* irredentos experimentando la ciudad. Vinieron a mi mente los grafitis del Mayo francés de 1968 y decidimos iniciar nuestro recorrido por los lugares clásicos: la torre Eiffel, el museo Rodin, donde encontré algunas de las esculturas que me impresionaron desde que las vi en fotografías, entre ellas *El pensador*, *El beso* y *La puerta del infierno,* cuyas representaciones escultóricas nos remiten a *La divina comedia* de Dante o a los poemas de Baudelaire. En el Museo de Cera pude imaginar que conversaba con personalidades del mundo del arte, la ciencia, del cine y la política. De allí nos fuimos a Notre Dame y a caminar por las orillas del mítico río Sena; en un costado encontramos la librería Shakespeare & Co. y en otra orilla a los vendedores de libros antiguos; paseamos por la *Île de la Cité*, descubrimos cafés encantadores y evidenciamos que, por fin, estábamos en París.

Cerramos el día en la galería de la Unesco guiados por Yoselín Rodríguez, una joven y extraordinaria profesional boliviana cuyo talento y esfuerzo la está haciendo triunfar en una ciudad difícil para cualquiera.

El país y el ladrillo

El día miércoles 28 fue la inauguración del VI Encuentro de Literatura Hispanoamericana en París, en el Instituto Cervantes de esa ciudad. Se trata de una cita literaria anual fundada por Flor María Muñoz Bañales, una hermosa e inteligente mujer que, orgullosa de sus raíces latinoamericanas, decidió promover y difundir nuestra literatura en la capital de las artes; la programación fue impecable. La experiencia y simpatía de Claudia Moriamé, maestra de ceremonias, contribuyó al éxito. Los escritores invitados se lucieron en sus exposiciones. Me deleité escuchando a la dominicana Ibeth Guzmán leer sus microficciones; reflexioné escuchando a Armando Valdés-Zamora contarnos de la aventura de ser un cubano en París —coincido con él en que, en la actualidad, París sigue siendo la meca para los poetas y escritores—; me sorprendí con los poemas digitales del salvadoreño Wills Méndez; el argentino Mariano Rolando Andrade nos hizo participar del hallazgo dichoso de la poeta Luisa Futoransky, todo un portento su obra, pude hablar con ella acerca de varios escritores bolivianos. La mesa redonda acerca de gestión cultural evidenció la poca importancia que le dan nuestros países a la cultura.

Llegó el turno del país homenajeado, Bolivia, que comenzó con la conferencia del escritor nacional Carlos Antonio Carrasco titulada «Literatura infantil en Bolivia», en la que repasó los nombres de los más importantes escri-

tores de este género. En mi caso Flor María me había dado la posibilidad de elegir el tema y, como siempre lo hago, decidí hablar de la literatura boliviana en general, porque al igual que el poema de Bertolt Brecht, «me parezco al hombre que llevaba consigo un ladrillo para mostrar cómo era su casa». Empecé hablando de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela y terminé destacando a los escritores de Bolivia que en los últimos años ganaron importantes premios. Los últimos minutos leí mi poema «Los abuelos» y el público se emocionó hasta las lágrimas.

Pese a que Bolivia era el país invitado de honor, la Embajada de Bolivia, para variar, brilló por su ausencia; el vino de honor lo brindó, solidariamente, la Embajada de Panamá, y los bocadillos la asociación cultural de mamás bolivianas residentes en París (había hasta cuñapés). Mi agradecimiento eterno a todas ellas en los nombres de Ingrid Zabala, Nathaly Vázquez, Yandira Bissonnier Peñarrieta, Sonia Leaños, Marysol Jáuregui, Carmiña Ayoroa, Norma Molina, Gladys, Divina Oña, Ceci Díaz, Ericka Miranda, Diego Limaco, Silvia Soruco, Beatriz Villca, Patricia Chabanne, Andrea, Verónica Vargas, Zoraida Terceros, Matilde, Cristina, Yoselín y muchos anónimos bolivianos que en Francia trabajan en pro de la cultura boliviana; gracias, muchas gracias.

Después de mi conferencia y de ver la emoción de la gente, recordé unos versos de José Martí: «Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche. ¿O son una las dos?», y lo parafraseé: «Dos patrias tengo yo: Bolivia y la literatura», y para confirmarlo esa noche, me disculpé de ir a una cena y me di tiempo para participar virtualmente de una conferencia sobre la microficción con la escritora Ibeth Guzmán.

«Leer la ciudad con los pies»

El día jueves 29, Ingrid nos llevó a la Iglesia del Sagrado Corazón, *Basilique du Sacré-Cœur de Montmartre*, y de allí, de su mano y sus palabras de experta, recorrimos las simpáticas calles de este emblemático barrio parisino que no se parece a ninguno en cualquier otra ciudad, Montmartre, es París y París es Montmartre, sus cafés, los artistas, las artesanías...

De allí nos fuimos al Museo del Louvre, caminamos, miramos, nos extasiamos frente a algunas de las pinturas y esculturas más hermosas de todos los tiempos. Por la tarde nos fue imposible llegar al Instituto Cervantes a escuchar a los otros escritores, nos confundimos de trenes, un taxista se cansó de las trancaderas provocadas por manifestaciones y nos dejó muy lejos de nuestro destino, nos perdimos, caminamos como veinte cuadras y, al

final, decidimos disfrutar de la caminata porque lo mejor que le puede suceder a un viajero es perderse en una ciudad y porque ya se había hecho tarde para llegar al destino fijado.

Breve historia de una ilusión

Así como mi sueño era ir a París como escritor, el de Carmen era visitar Lourdes, y la divinidad quiso que los cumpliéramos. El viernes 30 nos fuimos a Lourdes, un precioso pueblo en las faldas de los Pirineos; arribamos y nos fuimos directo a la gruta de Massabielle, también conocida «la gruta de las apariciones», lugar en el que, en 1858, la Virgen María se le apareció a Bernadette Soubirous. Uno de los sitios sagrados más icónicos de los católicos. Allá, frente a la gruta, Carmen se conmovió y lloró recordando a todos sus ancestros, bebimos del agua de los milagros, nos lavamos la cara y llenamos un bidón de dos litros para llevar hasta Bolivia el agua prodigiosa que Carmen distribuiría entre sus amistades en pequeñas botellitas.

A propósito de este tema, debo reconocer que me gusta visitar iglesias, lo hago en cada ciudad que visito porque en el interior siento cierta energía que me revitaliza y disfruto de la arquitectura, las naves, los retablos, los púlpitos, las imágenes, las efigies, los cuadros, los altares, las bóvedas, los coros, órganos y cúpulas, y por supuesto que siempre rezo sentado en algún banco de madera. En París visitamos siete templos, algunos de las más simbólicos y hermosos que nunca hayamos visto, y en todos ellos busqué las misteriosas gárgolas, que allá supe sirven para recoger el agua de lluvia que cae sobre el techo y evacuarla lejos de las paredes para protegerlas, aunque en el imaginario popular sirvan para alejar de esos edificios sacros a los demonios.

«Leer la ciudad con los pies»

El sábado, Divina Oña y su cariñosa familia nos invitaron a almorzar en el restaurante Chartier. Hicimos cola durante media hora, pero el menú valió la espera. En la tarde, con Patricia Urquieta y Varinia Taboada, fuimos al famoso Café de Flore en el Boulevard Saint-Germain. En este café se reunían algunos de los más connotados intelectuales y artistas del siglo pasado; me llamó la atención que era el lugar preferido del poeta Jacques Prévert y sus amigos del Grupo Octubre porque, con mi agrupación política del mismo nombre, Grupo Revolucionario Octubre, nos reuníamos en un café de la ciudad de La Paz. Luego ingresamos a un templo en cuyo interior habían instalado juegos de luces y

performances por la famosa «Noche blanca», *Nuit Blanche*, que se celebra cada primero de octubre desde hace veinte años, ocasión en que el arte contemporáneo toma las calles y monumentos de París. Esa misma tarde/noche Varinia, arquitecta, nos llevó a conocer edificios emblemáticos y el hotel donde se hospedaban Oscar Wilde y Jorge Luis Borges. No está de más aclarar que nos dimos tiempo para visitar los lugares preferidos de artistas y escritores. Y mientras caminábamos recordé a Alejandra Pizarnik: «Voy por la calle mirando el sol recién nacido y las pequeñas nubes sobre el reloj de Saint-Germain-de-Prés y doblo, el cuerpo dobla una esquina (nada más simple) y de pronto lo que en ti siempre estuvo a la espera, lo que siempre fue en ti espera, se justifica».

En fin, el poeta uruguayo Quintín Cabrera afirma: «Las ciudades son libros / que se leen con los pies» y tiene razón. París fue un libro abierto para nosotros y comprobábamos los *déjà vu* frecuentes y previsibles; en realidad todo París es un *déjà vu*. El poema «Pies que dejé en París», de Enrique Lihn: «Pies que dejé en París a fuerza de vagar / religiosamente por esas calles sombrías. / La ciudad me decía no eres nada / a cada vuelta de sus diez mil esquinas, / y yo: eres bella»: París es la ciudad de los cafés, la gente vive en las calles, la camina, la disfruta en las aceras donde se puede cruzar con personas de todo el mundo.

En París recordé que Julio Ramón Ribeyro, uno de mis escritores favoritos, también había vivido allá cerca de cuatro décadas, y que el Instituto Cervantes, en el que brindé una charla sobre literatura boliviana y mi propia obra, había trazado una ruta para visitar doce lugares que el peruano amaba, uno de ellos el cementerio Père-Lachaise. Una vez más confirmé que todo viaje al exterior es también un viaje hacia uno mismo.

Recurro nuevamente al archicitado César Vallejo: «Hay, madre, un sitio en el mundo que se llama París. / Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande». Algún día escribiré un poema a los cafés de París. Las ciudades como París se van creando en nuestra imaginación, se instalan en nuestra memoria como si ya fueran nuestras. «Caminar en París es caminar hacia mí mismo», confesó Julio Cortázar y creo que así es.

Acerca de su carácter revolucionario, Henri Lefebvre afirma: «En nuestra modesta opinión, la insurrección parisiense de 1871 fue la gran y suprema tentativa de que la ciudad se erigiera en la norma de la realidad humana».

Y en una alegoría al mito de la caverna de Platón, el escritor Albert Camus: «París es una caverna admirable, y sus hombres viendo agitarse sus propias sombras sobre la pared del fondo las toman por la única realidad. He ahí la extraña y fugitiva reputación de que esta ciudad dispensa, pero lejos de París he-

mos venido a aprender que hay luz a nuestras espaldas, que es menester que nos volvamos, liberándonos de los lazos que nos atan, para mirarla de frente, ya que nuestro cometido antes de morir consiste en intentar, a través de todas las palabras, nombrarla».

Por supuesto que en París los poetas le cantan al amor; así lo hace el poeta Jean-Michel Maulpoix en su poema titulado: «Conocemos por susurros la existencia del amor: sentados sobre una piedra o bajo una sombrilla roja, tendidos en el prado de insectos que zumban, con las dos manos sobre la nuca, arrodillados en la frescura y la oscuridad de una iglesia, o arrellanados en una silla de mimbre entre cuatro paredes, con la cabeza baja, con los ojos fijos en un rectángulo de papel blanco, soñamos con estuarios, tumultos, oleajes, bonanzas y mareas. Escuchamos crecer en nosotros el inagotable canto de la mar, que fluye en nuestras cabezas y luego se retira, al igual que regresa y se retira el deseo curioso que tenemos del cielo, del amor y de todo lo que nunca podrán tocar nuestras manos».

Después de leer *París no se acaba nunca*, novela autobiográfica de un joven Enrique Vila-Matas, que cuenta la época en la que vivió en París, en una buhardilla que le alquiló la gran Marguerite Duras (que tuvo la compasión de anotarle en un papel algunos consejos sobre cómo encarar el proceso creativo), imaginé qué hubiera sido de mí si hubiera vivido en esta hermosa ciudad, recordé las historias de escritores que sí lo hicieron y llegué a la conclusión de que, sin necesidad de París, había tenido mi época de bohemia desenfrenada, mis mayos franceses bolivianos, borracheras escandalosas y otras cosas innombrables, quizá sin el glamour de la Ciudad Luz, pero mi obra no hubiera sido la misma, no sé si mejor o peor, pero es lo que tengo y estoy satisfecho con lo que escribí, no fui a la ciudad de Albertine Sarrazin *à la recherche du temps perdu*, en busca del tiempo perdido, porque intento que el libro que ahora escribo sea mejor que los anteriores y así sucesivamente...

Futuro

Luis Martí asegura que «en definitiva, París no se acaba nunca porque cada uno de nosotros tiene su propio París, aunque no hayamos estado allí jamás», y así es porque a esta ciudad nunca se viene por primera vez, siempre se vuelve, yo seguiré regresando a ella en cada conversación, libro o película que la nombren. Cortázar tenía razón cuando dijo que «en el fondo, París es una enorme metáfora», o al decir de Roger Callois: «París encarna el mito de la urbe moderna».

Al igual que a Carmen, la mujer que amo, a París la amaba antes de conocerla personalmente, y a semejanza de Vila-Matas que, en la novela mencionada, escribe sobre muchos escritores, entre ellos Kafka, Borges, Rilke, Rimbaud, Hemingway, Duras, Unamuno, y juega con la intertextualidad de citas y anécdotas literarias, yo intentaré seguir escribiendo fiel a mi pasado: «André Gide decía que un artista no debía contar su vida tal y como la había vivido, sino vivirla tal y como la iba a contar».

Al retornar de París comprobé, una vez más, que la literatura y los viajes (escribir, leer y caminar) son lo mismo; allí se juntan nuestra imaginación con nuestros sueños y pesadillas. Mientras escribo este párrafo final sé que tengo que alistar maletas para viajar a Ciudad de México, esa megápolis en la que hace cuarenta años decidí ser escritor. En el vuelo de retorno a nuestro hogar, recordé los nombres de cada una de las personas que hicieron posible este viaje inolvidable. Gracias, muchas gracias.

CardioRazones urbanas
(selección)

Pedro Javier Castañeda García

Escritor español (El Paso, La Palma, Islas Canarias, 1960). Es profesor en la Universidad de La Laguna (Tenerife, Canarias). Ha publicado los poemarios *Las orillas del verbo* (Baile del Sol, 2001), *En cardinal* (Huerga & Fierro, 2005), *CardioRazones urbanas* (La Página, 2013), *Suturas en alba fénix* (La Página, 2016), *Zaguán con cielo: antología poética* (Vitruvio, 2018) y *Ebria luz insepulta* (Círculo Rojo, 2019), así como una selección de sus colaboraciones periodísticas titulada *Ínsulas de papel, ínsulas digitales. Artículos de prensa reunidos (1983-2020)* (Ediciones Idea, 2020). Entre 2004 y 2007 participó con varios poemas en la revista portuguesa de las islas Azores *NEO Magazine*.

El misterio de anclar el mundo
a dos pies deslumbrados
por claros tramos de la vida / ancha.

CardioRazones urbanas
(selección)

Pedro Javier Castañeda García

CardioRazones urbanas
Pedro Javier Castañeda García
Poesía
La Página Ediciones
Santa Cruz de Tenerife, Canarias (España), 2013
ISBN: 9788415607106
100 páginas

El Tormes
Salamanca

DE LA MANO, hasta-abajo,
unidos en la rivera doble
multiplicada, abierta herida
que se va y se hospeda.
Piedra testigo
viernes en sábado.
Alivio de un vientre
tan unido, tan contigo,
hasta dónde no sabíamos...
Un ejemplo, una marca
de piedra y aguas mil,
una luz extensa, celada
a cualquier hora presentimiento.
Un adiós hasta otro río herido.
Otro barco. Otro olvido más... a mar del nuestro.

Tiempo desnudo
Roma

ASOMA y asombra
siempre
como escala quejumbrosa
a tres,
alzándonos distraídos del
paseo, recién prestado:

1. En la mirada callada
que cumple alturas
de su desnivelado
embarazo horizontal.
En el beso calmo
de la rosa guarnecida
[sin el frío (ni la piel virgen)
del eterno verbo mármol]

2. Sobre la curva de olvidada espera
cuando ser órgano calma
la prosapia del corcel más íntimo.
Sobre el pinar agrupado
cuando vuela sus raíces más descubiertas
y la paloma invisible levanta
su suelo compartido.

3. Donde siete cabelleras
miden su mano trenza
en racimos de azúcar
secuestrado, y
una piel de cal ciega
duele la desmemoria prisa
en venda joven,
con la víscera atrapada, algún mediodía en trance luz.

Adentro
Córdoba

EL CUENTO sigue adentro.

No confundas limonero ni jazmín.
Las alianzas bostezan pronto.

La vida honda respira aquí
su cómplice esquina.
El vértice oloroso deriva su senda
líquida oscura. La claridad calla
y alza su buen crucero.

Ni río ni estrellas
cantarán el profundo anhelo
estremecido en su copa desguantada.
Tantas calles en galería de un eco pulcro
que se expande calmo,
como perla resucitada de sonrisa
sobre cualquier chanza nueva.

Una acequia, fiel todavía
ungida y limpia de cien agüeros,
la gruta del devenir
indoloro que suspira
siempre en círculo, el retrato
lectura en su escondite
siempre fresco, maduro anhelo,
del uno al otro..., y siempre cautivo.

Vida día al día
La Habana

TODOS esperando
el mismo paso
en luz,
cual carretera de la sangre hervida.
Un compartir las cocinas tapizadas
de vida al día,
más un lamento fresco y los perfumes
de caza garantizada.

Vida devuelta a sus órganos
más antiguos
Mirada esqueleto rescatada
de su infancia sin temblor.

Basta una vuelta en piel para vencer
el miedo a toda la vida con orillas.

La tempestad te queda, ahora, lejos,
y ya no dices, dónde sueles reinar
con pensión completa.

Central Park
Nueva York

O LLEGAS o te quedas...
La espalda siempre alta
al frente.
¡Si Picasso te pudiese
medir!
Pero a veces, sólo
quieres ver
la rosa blanca estima,
un milagro de lluvia
humilde, de mano

armisticio; lenta como
el ojo mueca de Keaton.

La tarde más dos mañanas
apuntando el mismo nenúfar
tranquilo.
Tu horario sueña solito
sin tímpanos ni ojeras fieles.

No hay brisa esta tarde
en tus pesares y los remos
en-amores ya no tiemblan,
como el agua enfrente,
que brillea tu merienda
de amnesia periférica.

Esa blanca luz
que bordea tu espiral
        liberada y golosa.

Calles Reales
San Cristóbal de La Laguna

NO ES la prisa
      ni sorpresa
es la horizontal plenitud
que encadena sus colorados
muros miras a tus pasos medidos
por esquinas parentales,
por ese andar enjaulado
                que cansa menos.

El misterio de anclar el mundo
a dos pies deslumbrados
por claros tramos de la vida
ancha; de la cima allá instante,
del aire honesto y recto
que acompaña el mismo paso latir.

Cuántas calles de trascendido final
te habrán calzado
¡Cuéntanos tu rearme aprendido
a tanto cruce prescindido!

Ese plano *corpo*,
esa rosa al viento
que enhebró, dicen, el capitán Lugo,
en metonimia celestial.

Manhattan South
Nueva York

PENSAMOS la esquina
otra vez...
el recostado sur
de nuestro empacho.

Un alivio claro de luz
encofrada que ya no
alzará falsos puentes.

Qué hará sentirnos
baranda manca,
oleaje vil,
en esta bahía grande sin azor
ni ombligo bizco que inventariar

Insularidad urbana
Londres

SIEMPRE temes
subirte al fondo.

Tu sitio en la ciudad
no sale de su sombra.

La arboleda humana
no se fía.
Batallas siembra
sin fundar familia
ni repetir tu nombre
en la claridad de una sincera
compostura.
Vuelves y no queda
la marca azul monógama
que representaste en su espejo
más dolido, más documentado.

Tiene que ser la insularidad urbana,
la mancha insalubre que no se ve, abierta
en sus orillas bodega.
La inocencia del carril desbocado
sumando ex patrias a cualquier
esquina acomodo.

La resignación del mundo
a sus estampidas,
a sus salivas hirvientes
que no puedes endulzar,
y quieres devolver
arañando su muralla,
        necesaria, al fin.
Un atado traspiés acordado: UislaK.

A mismo sol
Budapest

BUDA-PEST todavía,
vuelvo a repartirme
en tu humilde cadera,
                a elevar
mi cama curiosidad
    a tu carne desclavada.

Buda-Pest
sólo falta una canción
para extrañarte, para
traspasar tu vista herida, en huelga.
Para hacerte *lux* en la plaza
consentida.
        Para sentar las dos tardes
que orientan tu libro-día.

¡*Pest*!, de palabras
sembrando la tierra,
  ¡*Buda*!, desclavando su umbría
pompa en sombra,

estirando las sonrisas parientes
de rubios y morenas
bajo el puente espina, dolor afín,

frente al puerto-puente-cadena,
    de eslabón larvado
de gesto inoxidable, suelto a ver

Centro
Singapore

CÓMO NO enrejarse al centro.
A la suma del armisticio costero.

Esa ancla de las manos,
órbita de un salmo respetuoso
por ser todo cuerpo ínsula,
el espíritu plegado, ganado
por las llamas del tapiz completo,
triunfo del gozo *centrum*,
el mar en tierra;
el trazo sin gemir las partes,
la isla,
entero mundo ciego, de su confín.

La Banlieue
París

Arrastramos
   nuestro arrimo
al erial sin cielo aún
Al alba más curva
   donde ver el diente
    del perro sin dueño.
El sitial ahorrado
de compasión, de giro
urgente acorazado
de la prisa en los bolsillos
                sin puerta aún
A la marca del ánimo ahorcado
por el vientre ciudad,
diagnosticada aquí
   puente *del-asco-transitado*.

Luz perforada
Gante

Se va llenando primero
de estela inocente
Un eco, enhebra luego,
los pasos ciertos del mirar devuelto.

Las marcas fuera
del júbilo dentro.
El gemido albañil encaramado
al creciente muro
de un teatro que nos resume más,
de esa catedral, que nos reúne mansos

en luz vertical, perforada aún.

Girar podríamos, pero enfrente:
la certeza humana, la tijera urbana,
los radios del corazón reventado.
Tus partes perdidas asomando en la corriente
de una plaza, argolla provisional,
arcángel puente, del pacto personal.

Una calle en vena, aguardando
desciframientos de tanto huérfano
en la vía perdida de un tal Van Eyck, huido a islas.

Eixample Catalán
Barcelona

NOS RESTAMOS de cuadrícula en
cuatrícula
como aquellas barcas
que suspiran la misma onda bonanza,
y no tropiezan sus mancas manos
en temporal.

Jugamos y juntamos
asimetría ajedrezada,
gemelas en dulzor y ayuno;
colmena de espejo erguido
embeleso del propio andar,
y... del ladrar
reflotado
y, como muralla invisible,

olvida aquella vega abierta
por *Cerdá*, multiplicadora
de las citas itinerantes,
—alivio en cada noche tintineada a dos
m e d i t e r r á n e o s—

Rutas de la vida grabada
en papel alumbrado o en silencio
de tierra fornicada.

Tantos paseos en cuaderno medido
con esquina sobresalto
y adiós recto i limpio,
hacia dentro,
sin más que t o d o
e s e c a n s a n c i o g e o m é t r i c o.

San Polo/Dorsoduro
Venecia

QUÉ ABSURDO paseo
hasta *La Salute*.
Solos, a manos firmes
y juntas
ante aquella frente espejeante
y yerma, ya sin méritos
flotantes ni esperanza desoriental.

Solos y el teatro deshabitado,
sin función plausible.
Sin pasarela al verbo, y
Nostra salvacione, aún, sin ponerse
a salto.

Some Garden
Kyoto

ENTRE DOS pensados,
tú y el árbol verde
amarillante.
La visitación distraída
entre carne urbana.

El abrazo cuadrado
a su ley gravedad
que el jardín evita/edita
en tomo brillante
y gesto triunfal.

Tú y sus ramas
sedadas por luz
salvada... Ese rectángulo
olfato del tiempo,
desprecio de tejados,
de paredes, de sombreros

del ser sin máscara ya;
sin suelo provisional que ejercer...

Ese camino lente del jardín anciano
pasea en derredor
y no ve —en milenario parpadeo—
la ciudadtraspiés.

Transcarnal I
Ponta delgada

DEL cráter
al asiento.
Sólo a piedra
    salvamos extravíos
        de este mirar-nos fuera.

Pensar nos, allá lejos,
en la esquina sostenida,
en la estoica parada muerta.
        El marco pétreo
que balancea
nuestro pie que danza
        o degüella su partir armado.

Ciudades con alma

Efi Cubero

Escritora española (Granja de Torrehermosa, Badajoz). Ha realizado estudios de historia del arte y de lengua y literatura en Barcelona. Es desde hace años corresponsal de *Revistart (Revista de las Artes)* y autora de los libros *Fragmentos de exilio*, *Altano*, *Borrando márgenes*, *La mirada en el limo*, *Estados sucesivos* (México, 2008); *Condición del extraño* (La Isla de Siltolá, 2013); *Punto de apoyo* (Luna de Poniente, 2014); *Esencia* (La Isla de Siltolá, 2019), y *Solo inclasificable* (La Isla de Siltolá, 2021), y también, junto al pintor Paco Mora Peral, de los libros de artista *Ultramar y Desajustes* (Colección de Poesía 3X3 dirigida por Antonio Gómez) y *Mesa para tres, homenaje a Miguel Hernández* (2021). Ha colaborado en libros de ensayo; en cinco de los tomos de *Arquitectura y humanidades*, México, 2015, o en *José María Valverde, Imatges i Paraulas* (Universidad de Barcelona); *La narración corta en Extremadura. Siglos XIX y XX* (Badajoz, Departamento de Publicaciones, colección «Narrativa», PDB, 2000; tres tomos); *Meditations*, libro publicado en inglés (Birmingham, 2006); *Ficciones. La narración corta en Extremadura a finales de siglo*; *Paisatges Extranyats* (*Paisajes extrañados*; Departamento de Publicaciones de la Universidad de Barcelona); *Escarcha y fuego. La vigencia de Miguel Hernández en Extremadura*, y *Peut ce vent*, serie de poemas para la exposición multidisciplinar «Lo nunca visto» (traducidos al francés por Alain R. Vadillo; DVD Ediciones), entre otros. Y en revistas literarias como *Mitologías*, *Alga*, *Cuaderno Ático*, *Norbania*, *Estación Poesía*, *Isla de Siltolá*, *El Ático de los Gatos* y *Papel Salmón*, entre otras publicaciones culturales y libros de España y América. También ha participado en congresos nacionales e internacionales. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, francés y portugués.

Basta sentir la atmósfera de Londres para abrigarte de las intemperies dejando que los pasos me conduzcan, a través de la niebla, atravesándolo.

Ciudades con alma

Efi Cubero

Compás de tres por cuatro
Viena

Como las aguas bajan a posarse en las manos
los recuerdos nocturnos de luna pensativa nos desvelan.
Otras veces con su lumbre de siglos o de horas
nos dictan el secreto de las revelaciones.
Bajo distinta luz de agua despierta,
bebes así la irrealidad del mundo,
y eres tú y no eres tú.
¿Cómo explicarlo?
Son los días centrales de una calma aparente,
estamos a merced de lo improbable
tras el albur de un drama inesperado,
en esta tarde vuelvo de la ausencia
olivo verdiplata, crecimiento en bancales,
sobre un silencio que azulea en los muros
conformándose a solas las capas de la voz.
El mundo se inaugura en lo profundo,
la sed de la mirada abarca por sí misma un universo,
hay un patio interior en cada vida, una calle vacía
que llenamos con el acero de la desmemoria.
Somos supervivientes escuchando un crujir de recuerdos
tras los pasos inciertos como advertencia de lo ya perdido.
Volvemos al origen, somos viento, algo de brasa y de melancolía,
rastros que hemos dejado entre las hojas o las simas profundas,
de tiempo y soledad.

Te dije: la mañana es de oro como un beso de Klimt,
tan alegre como una partitura...
—De Mozart, desde luego —respondiste.
Allí estábamos ambos, hombre y mujer a solas, vulnerables,
prendidos del vacío centrados en un mundo sólo nuestro,
expuestos en el vértigo cóncavo del vivir, de alguna forma ajenos,
emanando la fuerza poderosa de lo que emerge siempre
más allá de la piel de los prejuicios o las imposiciones.
Cada vez más ligeros, tan altos de horizontes,
ascendimos al sol igual de vivo que la vieja noria,
suspendidos allí fuimos felices, la tarde no mentía.
Sobre el desasosiego de sus vetas profundas,
el mundo zozobraba en lo inestable bajo la tensa calma
de todo lo precario de las líneas en la fragilidad del balanceo,
pendular movimiento de interiores entre interrogaciones
de un tiempo concentrado sobre el instante mismo
en la fragilidad de las certezas
frente a la noche armada de lámpara encendida.
Llega esta incertidumbre de perdernos
mas no quiero pensar en la tristeza
al descender de pronto hasta la cripta
que encogió nuestros cuerpos.
Tan sólo partitura, la mirada en la nieve se deshizo,
rotunda y blanca, como el epitafio de recordarme
que es razón inútil el rescatarte mediante palabras
o a través de los órficos sonidos, de donde ya no vuelves.
Transformamos en aire los recuerdos
y el recuerdo nos niega.
Es lo confesional que inclina a la pureza
de un algo inextinguible que elige sus principios
esta noche de lluvia donde convoco al sol.
Abrir la puerta, cerrarla tras de mí con noche dentro,
la noche que tirita sin consuelo
sabiendo que aunque vuelva ya no vuelves
que bajo nuestros pies no existen rosas
en la ciudad que danza entre cristales.
Carente de señales identificatorias
regresas hacia el borde de aquel tiempo escindido,
por la imantada noria que vuelve sobre el sueño
de una tela de araña —sin araña ni presa—
tejiendo en la memoria la alegría que fue lo indisoluble.

Vaho
Florencia

Cuando en la nada, nada, se abandona
envuelta en agua a solas y entre espuma
cierra los ojos ortodoxamente.
Tiempo azul de Florencia.
Una húmeda sonrisa bajo el puente
tejiendo redes sobre los vitrales.
Hay un silencio de impasible luz.
Cuando alza a Botticelli, el cielo la sostiene.
Porque aún es primavera,
se iluminan las rosas sobre la galería.
Frente al alicatado cierra el grifo.
Hay una blanca luz de claraboya
en el impersonal cuarto de hotel.
Se inclina hacia otro tiempo cuando escribe,
a veces la palabra llena de un fulgor frío
la noche errante de las convicciones.
El vaho es un *sfumato* que proyecta al espejo
su vaga y fantasmal fisonomía.

Mordiente
Nápoles

Un sincrónico tiempo de ventanas en la ciudad,
tras la alzada tibieza de sábanas al aire,
con el desequilibrio en sintonía
mis pasos transitivos persiguiendo
la huella del mordiente.
El fuego del volcán dibujaba en las olas
la intensidad del verbo.
El claro centro, tumba de Virgilio,
con delfines de Creta y almiares en la luz,
moldes que silenciosos sucumbieron
al yeso de los siglos.
Ojos tan ciegos para ver futuro
mientras la lava borra los imperios.
La tarde suntuosa iba levándose
como un beso de sol turbio y dorado.

Aterrizaje
Lisboa

Y sentir lo insondable de la niebla desde tan corto vuelo
cuando el aterrizaje es una incógnita y todo es irreal
lo mismo que la vida, tan incierta.
Viajar hacia el lugar que ya conoces es siempre
prematuro pues una travesía es constatar
lo que engaña nuestra propia memoria
enfrentándote a un tiempo que es ya irrecuperable
sabiendo que has perdido la alegría.
Sin nostalgias. No deseas la nostalgia.
Clausuraría este ritmo
para asirte a un pasado que
—por mucho que quieras— ya no regresará.
Te basta a veces reencontrar el delicado nervio
que sube y baja entre las catenarias
por las cuestas amenas o las plazas armónicas.
Por los bares antiguos signados por la voz,
ebria de verbos, que los habita aún, eternamente.
Le escribías a él por la ciudad.
De ella le hablabas, curvándote en la herida
sobre aquel promontorio
que el sol te devolvía incandescente. Tan vivo,
espejeando sobre los azulejos y el silencio.
El cielo como un faro, como un fado, tu fatum,
tu destino —que viene a ser lo mismo— para ti o para mí
para cualquiera que sea semilla sobre los cuadernos
y prosiga su marcha en la intemperie
bajo el dolor abstracto del lenguaje.
El filo de esta daga nos penetra —también nos interpela—
lo mismo que la nieve, ese póstumo frío que atraviesa
en noches de resaca, borrachos en la luz del verbo huidizo,
cuando vas más allá, palabra, y es imposible
el prisma helado, senderos, desventura, cristal y sombra
y duro desconcierto. Aire que respiramos
estos emancipados náufragos del asfalto de caminos
y agua, desde el tajo profundo e incruento que hiere sin motivo
con sus fintas de escama, donde la piel de un verso
nos
desploma.

Desenfocado
Londres

(Para Eduardo Moga)

Basta sentir la atmósfera de Londres para abrigarte de las intemperies dejando que los pasos me conduzcan, a través de la niebla, atravesándolo.

Avanzar por sus calles como si me internara por un bosque de rótulos; árboles centenarios que soñaron a Dickens y miraron de frente los ojos de Virginia, los de Turner tal vez, agitando las ramas a su paso como si fueran olas de metálicas crestas abismáticas.

La ciudad, recelosa, nos muestra el laberinto mientras aguarda inevitables desmoronamientos.

Esta imagen palpable, y tan contradictoria, entre líneas sutiles habla a los ojos.

Su doble condición sólo se alcanza en una suspensión del movimiento sobre el propio vacío.

No hay aquí autoindulgencia, sabe que buscas siempre algo que funde y funda. Apariencia y verdad: lo que puede rozarse y lo ilusorio.

Caminar por el borde de su acerado río es toda una experiencia.

Aguas turbias de un Támesis donde duerme sin paz el sueño del suicida.

O este frío luminoso de un lenguaje que nos hace temblar y arde a la vez, el cristal que traspasa soplado por el fuego que se templa detrás de los conceptos. La simultaneidad de una escala esencial de superficies que modula el silencio, y allá, al fondo del fondo, revelada en su fuerza, frágil y primitiva, la palabra quemada junto a Shelley navegando tan limpia sobre el agua de Keats en desnudos exilios. Tan libre junto a Byron en las costas de Grecia al expirar con él y su destino.

Los vectores pintados nos indican distintas direcciones a seguir.

Pero debo tomar la línea de autobuses 11 en Kings Road.

Desde la ventanilla, la abadía de Westminster donde duermen los nombres no olvidados, paso muy cerca de Downing Street donde el poder se ordena, y siguiendo la Whitehall, alzo los ojos hacia el yerto bronce de Trafalgar Square, y luego me detengo, duplicada e inmóvil, en acecho y alerta, impenetrable como la mirada o el objetivo que captó secuencias frente a las imposturas de lo que observamos.

Son los paralelepípedos de tantos laberintos como Londres contiene. Gestos en la saturación de un espacio marcado donde dejar la huella que nos ata. Escritura y sonido de los pasos, la construcción sonora donde auscultar los rastros de senderos borrados como una imaginada geografía que articula la propia realidad, hecha de vivo tránsito, o de esta incertidumbre que impide razonar frente a la mueca de nuestra calavera.

La experiencia se empapa de algún sueño. Detrás de la ventana alguien mira y también es observado. Un mundo abstracto de dolor y magia donde entender la misma complejidad del mundo, ser partícipe de la propia extrañeza, crear una metáfora del fragmento de un plano que se extiende y se dobla al infinito.

Aquí, en esta ciudad, se hallan las marcas de los encuentros y de los desencuentros, del azar y la vida que es inmortalizada en el instante mismo en el que los ojos creen descubrirla, o atraparla, como una realidad que es abstracción y que nunca podrá desvanecerse.

Es silencio y quietud; desasosiego que te permite ver los cambios más sutiles mientras la vida fluye inexorable. Un reflejo que fluye en la mirada, en ella se demora, y así llega al final...

(Tal vez fuera el cansancio o la debilidad del andar mucho, pero sentí que un vértigo de olvido me empujaba a la luz desde su torre.)

Ciudad
Sevilla

Desde siempre me fascinó Sevilla, la ciudad tensa y clara, y para mí enigmática, con poso y peso de Historia y de Cultura de siglos y milenios. Sabia y antigua, y a la vez tan nueva, con esa ligereza leve como las alas de los pájaros que la pueblan. He jugado en este poema, de largo alcance, con las esferas, ya sean las canicas irisadas del recuerdo de la infancia, o las naranjas amargas que embellecen la ciudad pero que no pueden saborearse. Círculos o esferas de eternidad que, como la Poesía, lo contienen todo. El río que divide Triana y Sevilla y parte en dos los sentimientos, los matices, como la propia vida, la sensación de fugacidad entre huir y quedarse. Obra donde prevalecen los conceptos que un buen poema ha de poseer: la inmediatez de lo observado en el instante mismo de la contemplación y la eternidad expresiva que cruza los tiempos todos y logra hacerse universal.

Sevilla

Para Pilar Fuertes Aguilar, tan sevillana.

Te deslumbra este cielo
decidido en matices,
disperso de colores,
cambiantes como el río
que resbala en tus ojos
igual que las canicas
de cristal de tu hermano,
en la lejana infancia...

El agua parte en dos
los sentimientos.
El agua, como el cielo,
presente de la tarde
que baila en la mirada
expresando el porqué
de la alegría.
Una ciudad de pájaros,

—tan antigua, tan nueva—
te acompaña.
Un sabor a naranjas
escoltando las calles.
La fruta resplandece,
no la puedes probar
y tú lo sabes:
La mirada lo sabe.
La mirada lo sabe.

La pulpa va cayendo
para dar paso al sueño de azahar,
ese dormido aroma que siempre
se despierta en primavera.

Y aunque la luz se oculte
en el abrigo que cobija del frío
y la noche te llene —quizás—
de incertidumbre;
te queda en el bolsillo, esa esfera
irisada de ilusión fugitiva...

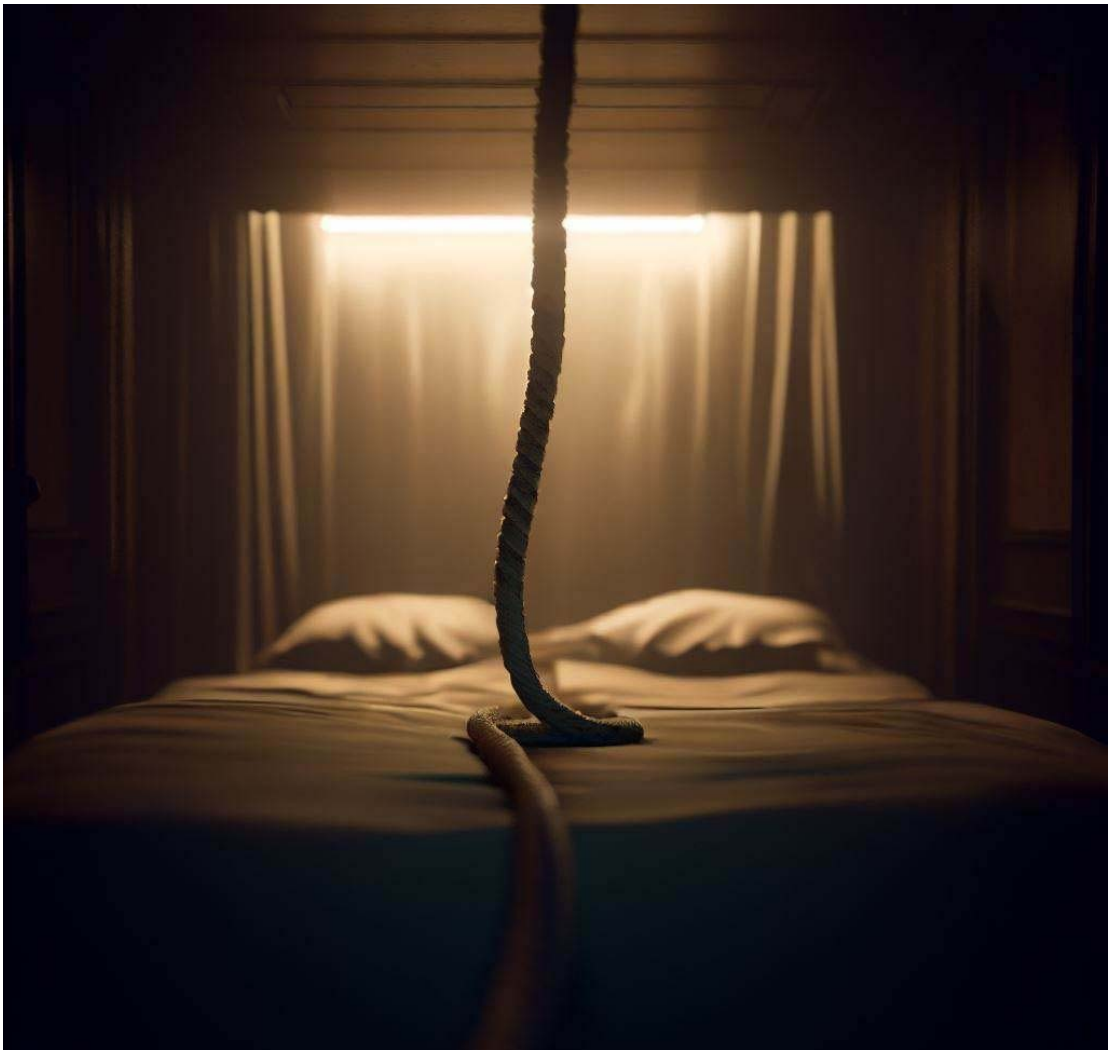
Una ciudad de pájaros,
—tan antigua, tan nueva—
te acompaña.

Un hotel donde... descansar

Esther Domínguez Soto

Escritora española (Santiago de Compostela, Galicia, 1953). Trabajó como profesora de inglés en un instituto de Pontevedra. Ha publicado dos novelas. Además, textos suyos han aparecido en medios de España, Estados Unidos y México. Ha sido reconocida en diversos certámenes.

En una gran ciudad, todos somos anónimos e importamos poco. Una sensación que ahonda la herida que empuja a buscar el olvido en la muerte. Otra ventaja de vivir en las ciudades, aunque, reconozcámoslo, sea un poco tétrica



Un hotel donde... descansar

Esther Domínguez Soto

¿Cuál es la razón por la que se produce ese éxodo constante e imparable que hace que las ciudades sean cada vez más grandes al tiempo que los pueblos se van convirtiendo en cascarones casi vacíos, excepción hecha de los vecinos más mayores que se niegan a abandonar los lugares donde están sus raíces y las tumbas de los que los precedieron? La respuesta parece sencilla. Porque los pueblos ofrecen tranquilidad, contacto con la naturaleza, un ritmo de vida más sosegado, tiempo para pensar, conocer a tus vecinos, charlar con ellos... Todo muy bonito, muy bucólico, de acuerdo, pero para pasar unos pocos días al año. Visita a la abuela y a los pocos parientes que aún viven allí y de vuelta a la ciudad, que criticamos por lo incómoda y ruidosa, pero es que, para vivir, lo que se dice, vivir, las ciudades brindan todo lo que una persona pueda desear. Espectáculos, lugares donde practicar todo tipo de deportes, parques, infinidad de lugares de ocio, mayores oportunidades de trabajo y gente que, sin ser consciente de ello, es atentamente observada por escritores, grafiteros, músicos o creadores de todo tipo. Las vidas de montones de desconocidos como fuente de inspiración.

En la vida real, los años pasan para todos y las enfermedades no respetan a nadie, artistas o no. Porque en las ciudades, como en los pueblos, también se enferma, se muere y se acaba en un cementerio o columbario. La muerte no siempre viene de la mano de un mal incurable, un virus que, agazapado en nuestro organismo, espera su oportunidad para fastidiarnos la vida o una edad muy avanzada. Para nada. En muchos casos, la mano que nos lleva hacia la muerte es la nuestra. El suicidio, ese tema recurrente en la literatura, desde que Sansón muere matando filisteos hace ya unos cuantos siglos, es tal vez una de las escasas decisiones que los humanos podemos tomar libremente a lo largo de nuestra vida. Parafraseando a Henley, podemos «ser el dueño de nuestro destino y el capitán de nuestra alma». No nacemos; nos nacen. Donde y —a veces— cuando nuestros padres eligen. A cambio, nosotros sí podemos elegir dónde y cómo morir. Y ese «nosotros» nos incluye a todos. No sólo a la gente anónima que vive sin

saber que sus idas y venidas se reflejan en tal o cual escena de una película o en la letra de un rapero. Ante la gran igualadora, no hay arte que valga. Y, a juzgar por el abrumador número de escritores que han pasado de inventar un suicidio para uno de sus personajes, a protagonizar su propia muerte, casi podemos afirmar que —en comparación con otras formas de creación artística— este es un oficio de riesgo.

La naturaleza brinda muchos lugares donde despedirse de la vida. Para los suicidas que eligen el ahogamiento está el mar: la poetisa argentina Alfonsina Storni eligió la playa La Perla, en Mar del Plata (1958); Ángel Ganivet —precursor de la Generación del 98— eligió el Mar del Norte, junto al puerto de Riga, para poner fin a su vida —al segundo intento— en 1898, o Arthur Cravan que en 1918 desapareció en el Golfo de México tratando de reunirse con su compañera Mina Loy. Otros prefieren los ríos, como el poeta rumano Paul Celan, que se arrojó al Sena en 1970; Virginia Woolf, quien en 1941 puso fin a la locura, que cada vez la atacaba con más saña, ahogándose en el río Ouse, o el poeta japonés Misao Fukimura, quien en 1903, a los diecisiete años, se arrojó a las cascadas del Parque Nacional de Nikko. Otros prefieren saltar desde alturas que garanticen su muerte: Tony Scott, el conocido director de cine, se lanzó a las aguas del Pacífico desde un puente en Los Ángeles (2012), o Peg Entwistle, la jovencísima actriz británica quien, a los veinticuatro años, protagonizó uno de los suicidios más impactantes que se conocen, subiendo a la parte superior de la hache del emblemático cartel de Hollywood, en el monte Lee, y lanzándose al vacío desde allí. Otros eligen formas más «discretas»: ingesta de barbitúricos, venenos, monóxido de carbono o un certero —y doloroso— corte en una arteria. Y, por supuesto, lugares menos llamativos.

Pero hay un grupo —muy nutrido, la verdad— de personas que eligen morir no en plena naturaleza o en la intimidad sus hogares. Para irse de este mundo, prefieren un lugar típicamente urbano, donde, normalmente, se va a descansar, a mantener una cita amorosa, a esconderse de la policía o de alguien que te busca con malas intenciones, hacer negocios o buscar el silencio para poder trabajar en tu última novela, o dar unos retoques a los arreglos de las canciones de un nuevo disco. En una palabra, que desnaturalizando la función para la que fueron creados, estas personas eligen, paradójicamente, entrar en los dominios de la muerte desde un hotel, una miniciudad dentro de otra mucho mayor, rodeados de edificios, autobuses de turistas, ruidos, luces, contaminación y miles —cuando no millones— de personas alrededor que, posiblemente, les sirvieron de inspiración en algún momento. Ciudades donde la actividad es febril, negocios que se crean, relaciones que se van al garete, de gente que se afana en sus quehaceres. En una palabra, la muerte deseada frente a la vida con mayúsculas.

Los que —afortunadamente— no tenemos tendencias suicidas podemos entender la desesperación de una señora que esperaba la llegada del Titanic al puerto de Nueva York. En ese barco viajaba su marido. Cuando se supo que el trasatlántico nunca llegaría a puerto y se publicaron las listas de fallecidos, la viuda se ahorcó en su habitación de la planta ocho del hotel Chelsea. El shock de una noticia tan luctuosa, la pena, la desesperación de una pérdida tan repentina y el horizonte de soledad que se abrió ante ella, empujaron a esa pobre mujer a tomar una decisión tan trágica en un lugar tan frío e impersonal como es un hotel. Y, como el suicidio no está reservado a los famosos, sabemos de una joven norteamericana de veintisiete años que, en el año 1962 —y tras una trifulca matrimonial— decidió acabar con todo tirándose por la ventana del baño de un hotel. Lo malo fue que cayó desde una altura considerable sobre un transeúnte que pasaba por allí en ese momento. Ambos, mujer desesperada e inocente peatón, murieron en el acto. Peligros que acechan en las ciudades, podríamos añadir. No todo va a ser bueno, respondería otro.

Pero la cuestión es que la mayoría de los suicidas que se encerraron en una habitación de un hotel para acabar con sus vidas no lo hicieron en un arrebato de locura o desesperación. Lo hicieron premeditadamente. Incluso lo dejaron caer en poemas, conversaciones, novelas y canciones. Y esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué tiene una habitación de cualquier hotel en cualquier ciudad que no tenga un bosque, un río, un desierto o el propio hogar? Ante todo, que son impersonales. Y, una vez realmente decididos a suicidarnos, necesitamos huir de cualquier objeto, sonido o aroma que nos recuerde algo, que nos ancle a esa vida que queremos dejar atrás y nos obligue a repensar nuestros planes y darnos otra oportunidad. Y los hoteles son, ante todo, fríos —por muy lujosos que sean y muy obsequioso que se muestre el servicio. Lugares donde el cartelito «No molestar» nos garantiza que nadie va a llegar a tiempo para salvarnos. Cuando hay muchos huéspedes que atender, las señales que cualquier recepcionista de hotel —ausencia de equipaje, instrucciones de no molestar, nerviosismo— identifica como alertas de que esa persona puede tener intención de acabar con su vida, quedan en un segundo plano. Algo lógico ante la necesidad de vigilar equipajes, encargar taxis, las prisas de muchos, las reclamaciones de algunos, las innumerables llamadas telefónicas o las protestas de esos clientes eternamente insatisfechos. Cosas de las ciudades.

Otra posibilidad es que, querámoslo o no, somos seres sociales, y hasta para irnos de este mundo necesitamos estar rodeados de congéneres, aunque no de familiares o amigos que intenten evitar lo que para un suicida es innegociable. Al contrario, lo que refuerza sus propósitos es la gente que llena las ciudades: una masa desconocida, sin tiempo que perder, indiferente a nuestros sufrimientos.

En una gran ciudad, todos somos anónimos e importamos poco. Una sensación que ahonda la herida que empuja a buscar el olvido en la muerte. Otra ventaja de vivir en las ciudades, aunque, reconozcámoslo, sea un poco tétrica. Y otro posible motivo es el ansia de exhibir sus penas, de ser compadecido. Algo que nos hace dudar de la sinceridad de sus deseos de morir. La notoriedad que algunos suicidas parecen buscar hace buena la expresión «antes muerto que sencillo». Y es que hay gente que no respeta ni lo más serio de este mundo.

Las razones para tomar una decisión tan drástica como es el suicidio son innumerables, casi tantas como hoteles. Cesare Pavese, incapaz de soportar la soledad en la que vivía, se quitó la vida en un hotel de Turín en 1950. Algo muy parecido a lo que en 1972 hizo el actor británico George Sanders, solo tras cuatro matrimonios fallidos. La fama condujo al famoso DJ sueco Avicii al alcohol, las drogas y un ritmo de vida hasta que —en palabras de su familia— «no pudo más. Necesitaba encontrar paz» y, en un lujoso hotel de Omán, rompió una botella y, con uno de los trozos de cristal, se abrió las venas. Y los gravísimos problemas económicos del conocido chef Anthony Bourdain, que, en momentos más felices de su vida, había afirmado que el cuerpo «es un parque de diversiones», lo empujaron a ahorcarse en la habitación de un hotel de Estrasburgo en 2018.

Y seguimos encontrando motivos de lo más variopintos para despedirse de la vida a las bravas. La desesperación de no poder huir de la Francia ocupada por los nazis hizo que el filósofo berlinés Walter Benjamin —como tantos otros— se suicidara con una sobredosis de morfina en una fonda de Portbou (España) en 1940. Lo que animó a Lisa Lynn Masters —la actriz de *Betty la fea*— a ahorcarse en 2016 con una falda en un hotel de Perú fueron los desencuentros con su marido. Y la empleada del Ritz Carlton Double Bay de Sydney que encontró en 1977 el cadáver de Michael Hutchence colgado en su suite, no podía imaginar que el cantante fue incapaz de seguir luchando por la custodia de su hija que estaba teniendo lugar en los juzgados al otro lado del mundo.

Y, como los tiempos cambian a pasos agigantados, el suicidio no iba a ser menos y, para no quedarse obsoleto, al deseo irrefrenable de morir se unió esa ansia de viajar constantemente que parece haberse apoderado de buena parte del mundo. Así, desde hace unos años, gente de países tan distantes entre sí como Rusia, Turquía, Italia, Dinamarca, Francia o Australia —y añadan los nombres que quieran a la lista— llega a México en busca de un anestésico veterinario que garantiza una muerte indolora en menos de una hora y ¿cómo no?, un hotel donde morir. El medicamento puede adquirirse a través de Internet, pero hacer un último viaje en busca de la muerte tiene su punto morboso que cada vez más gente no puede resistir. No sé a ustedes, pero a mí me impresiona más leer que determinado poeta romántico se disparó un tiro en el pecho junto a la tumba de

su amada y un ramito de violetas depositado sobre la losa de la difunta, que, tras interminables horas de viaje, ofertas de comida, bebida y almohadas por parte de las azafatas y después de colocar el cartelito «No molestar» en la puerta de la habitación de un hotel —¿dónde si no?— de una ciudad mexicana, tomarse una dosis de anestésico. Echo de menos un poco de privacidad. Llámenme clásica.

Cada uno se enamora de lo que quiere

Luis Díaz Izquierdo

Médico español (Madrid, 1964). Trabaja en la Unidad de Urgencias del Hospital Universitario Severo Ochoa, en Leganés (Madrid).

Mi gran amor entonces fue una librería al aire libre. Me enamoré de la Cuesta de Moyano, con sus casetas de madera llenas de libros, junto a la verja del Jardín Botánico y coronada por la estatua de don Pío Baroja.

Cuesta de Moyano, en Madrid (1999)
Fotografía: Joe Mabel

Cada uno se enamora de lo que quiere

Luis Díaz Izquierdo

No recuerdo dónde leí que existen dos tipos de personas: las que terminan haciendo lo que realmente les gusta y las que no. Pero a mí, que nunca me ha interesado pertenecer a ningún grupo, ni me he sentido identificado con ninguna asociación, club o cofradía, me parece que es una definición en la que quedo excluido. De todas maneras sólo he tenido en mi vida un carnet: el de la biblioteca de mi pueblo. Lo único por lo que estuve dispuesto a perder mi independencia, o quizás mi soledad, algo que, al menos en lo que a mí se refiere, suelen convivir entre sí sin ningún problema. De hecho, son tan compatibles que a menudo me cuesta separar la una de la otra.

En todo caso, de pertenecer a algo, yo creo que formaría parte de una nueva categoría, inventada por mí, por supuesto, porque yo sería alguien que tuvo que renunciar a lo que creí que me gustaba para terminar haciendo lo que creía que no que, a su vez, con el tiempo se convirtió en la primera, lo que me deja en lo que me pareció, al menos al principio, en tierra de nadie.

Si por mí hubiera sido me habría quedado en mi pueblo, con mi campo, rodeado de huertas y animales. Y mis libros. Pero mi padre no me dio opción. Y me tuve que venir a Madrid a estudiar. Por mi bien, claro. Por mi futuro, por supuesto. Me recordaba ese libro maravilloso titulado *El camino*, de Miguel Delibes, aquella novela de mi adolescencia que he releído incontables veces, en donde el padre de Daniel El Mochuelo insistía en que marchara a la capital a prosperar.

Ahora que han pasado tantos años, que todo ha cambiado hasta el punto de que ya no me queda apenas pelo, y el poco que aún conservo es de color gris, tengo que reconocer que, sin apenas darme cuenta, fui tolerando, al principio, y aceptando plenamente después, una nueva versión del mundo al que me incorporé de manera progresiva, paso tras paso, tan sólo dejándome llevar por esta nueva vida que había empezado como una pequeña revolución y que terminé asumiendo con toda naturalidad, sin preguntas ni miradas hacia el pasado.

Llegué a Madrid con veinte años. A los dieciocho había tenido que realizar el Servicio Militar y pasar, obligatoriamente, por la fiesta de los quintos en mi pueblo, y acabar borracho, obligatoriamente, para después despedirme de la familia y marcharme a vestirme de militar a un pueblo de Girona, que entonces se llamaba aún Gerona. La patria era lo primero. Y lo segundo, consecuencia de lo anterior, hacerse un hombre. O al menos es lo que te decían, que una cosa iba unida a la otra. Cómo ha cambiado la vida para los jóvenes de ahora. No tener que preocuparse por aparcar tus estudios o tus proyectos personales durante un año por la mili.

Ningún veinteañero podía tratar de ignorar, o quedarse indiferente, ante ese Madrid al que llegué en los años 80, empezando por aquello que nos marcó a tantos que se denominó *movida madrileña*, esa explosión de creatividad y de novedades, y continuando por una ciudad de descubrimientos de miles de sitios a los que visitar y cientos de personas a las que conocer. Para alguien recién llegado de un pueblo como el mío, en el que el médico pasaba consulta en una dependencia del ayuntamiento, cuyo edificio hacía también las veces de escuela, con alumnos de todas las edades mezclados, o con una casa como la mía, sin televisión y con un baño sin ducha —me lavaba en un gran barreño metálico en el que ibas echando el agua que se calentaba en un cubo situado sobre el fuego de la cocina—, Madrid fue como encontrar mi verdadero sitio en el mundo, aquello que sólo podías concebir con la imaginación en las novelas de Baroja, de Galdós, de Quevedo o de Cela.

Me fascinaron su vida nocturna, los cines, las discotecas, el metro, que hay que reconocer que impone para alguien acostumbrado a la vida en la naturaleza; las cañas en las terrazas; los bares de copas; los sonidos de los cortacésped; los motores de las camiones de recogida de basuras; ese equipo de fútbol, que algunos dicen que es el mejor de la historia, y el olor del asfalto tras la lluvia, que no sé a qué huele pero que es completamente distinto al del campo de mi pueblo.

Aunque tengo que confesar que mi gran amor entonces fue una librería al aire libre. Me enamoré de la Cuesta de Moyano, con sus casetas de madera llenas de libros, junto a la verja del Jardín Botánico y coronada por la estatua de don Pío Baroja que, para mí, siempre fue y será don Pío. No soy capaz de contar el número de horas que habré pasado allí, paseando sin prisa, perdido entre libros, comprando algunos y deseando llevármelos todos.

Madrid fue el descubrimiento de los artistas callejeros en el parque de El Retiro y los de las pintadas en las paredes, como el muelle, de los conciertos gratuitos en recintos habilitados para tales en la casa de campo, de las noches de alcohol y buen rollo y de las mañanas de resaca, con esos remedios caseros para

la misma, como beber un café con sal, que nunca pude comprobar si servía para algo que no fuera dejarte mal el estómago y peor el cuerpo, y de los museos y los paseos por decenas de parques y jardines. Y de cómo unos amigos, a los que meses antes no conocías de nada, se podían convertir en tu nueva familia.

Es cierto que el paso de los años, y de los daños, como dijo alguien con bastante fortuna, que ojalá se me hubiera ocurrido esa frase a mí, uno sólo tiende a atesorar buenos recuerdos, porque siempre se idealizan los tiempos pasados, especialmente cuando eres joven, pero lo cierto es que cada vez me costaba más regresar a mi pueblo. Dejó de entrar en mis planes volver con la familia o mis amigos de siempre fin de semana tras fin de semana. Nunca me pude imaginar, cuando caminaba por el campo o le echaba de comer a los animales, que iba a terminar integrándome en la vida de Madrid como si hubiera vivido aquí desde siempre. Y cómo fui echando raíces. No quise irme nunca más. Ni la contaminación que impide ver un cielo con estrellas, ni el ruido de los coches en los atascos, ni las prisas para llegar a algún sitio o regresar de otro, iban a conseguir moverme de este lugar, que desde el primer momento sentí que era de todos, mío también, y en donde entre el «De Madrid al cielo» o el «Madrid me mata» sólo hay una leve línea de amor-odio que únicamente quienes vivimos aquí seamos, probablemente, capaces de entender.

No cambiaría esta ciudad por nada del mundo. Aquel viejo sueño de mi padre de que me fuera a la capital, con el tiempo se ha ido transformando también en el mío. Cada uno se enamora de lo quiere. Y yo elegí quedarme en mi Madrid.

La ciudad somos nosotros

Rolando Gabrielli

Periodista y escritor chileno residenciado en Panamá. Poeta, narrador y ensayista. Ha obtenido diversos premios y menciones literarias en Chile, México y Panamá. Ex funcionario internacional, corresponsal extranjero en Colombia y Panamá. Ha dirigido y editado diversas publicaciones y artículos suyos han sido publicados en América Latina y Europa.

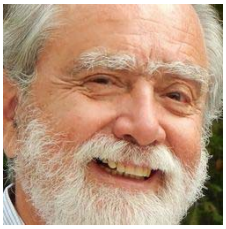
La ciudad no sólo son sus clavos
y el cemento que la sostiene,
ni sus autos que la viajan y contaminan,
el óxido húmedo de la estación lluviosa,
el hongo que crece solitario o el nido
que incuba sus polluelos
bajo alas nuevas.

La ciudad somos nosotros

Rolando Gabrielli

La ciudad
permanece anclada, vibrante,
la definen sus laberintos,
de calles sin nombre:
Sal si puedes.
Y desprevenidos transeúntes
la caminan al ritmo de un sol quemante
bajo las distraídas sombrillas
que se pierden en el paisaje,
de un cielo de aves peregrinas.
Nada es más verde que sus selvas,
ni comparable a las lluvias
que inundan sus calles.
Es la memoria de los conquistadores,
de quienes han llegado a sus playas,
impulsados por el viento de la historia.
Allí la naturaleza se llena de esperanza,
el tiempo respira a sus anchas,
crece el bienestar del árbol y del hombre.
La ciudad no sólo son sus clavos
y el cemento que la sostiene,
ni sus autos que la viajan y contaminan,
el óxido húmedo de la estación lluviosa,
el hongo que crece solitario o el nido
que incuba sus polluelos bajo alas nuevas.
La ciudad somos nosotros,
la frontera posible de nuestros sueños,
el eco agónico, tartamudo,

las palabras que me devuelven tu voz,
tu risa inconfundible que la ciudad reclama,
lo que el sol desnuda a la luz de tus ojos,
el paisaje que la memoria convierte
en un solo camino: aquí y ahora.



un poeta en la ciudad
(selección)

Gustavo Gac-Artigas

Escritor chileno (Santiago, 1944). Reside en Estados Unidos desde finales de los 80, luego de doce años de exilio en París después del golpe militar y un fallido intento de regreso a su país en 1985. Es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (Anle) y regularmente escribe columnas de opinión para la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, así como para *Impacto Latino*, *ViceVersa Magazine* y *TodoLiteratura*, entre otros medios. Su poesía ha sido publicada en revistas literarias y en antologías como la editada por The Americas Poetry Festival of NY (2019, 2021) y la de la Feria Internacional del Libro de Nueva York (2021). Ha recibido, entre otros premios, el Poetry Park (1989), Róterdam, por «Dr. Zamenhofstraat», prosa lírica; el International Latino Book Award 2018, categoría «mejor libro de ficción en traducción español a inglés» por *Y todos éramos actores, un siglo de luz y sombra* (traducción de Andrea Labinger). Autor del poemario trilingüe *deseos longings j'aimerais tant* (2020), entre otros títulos.

enmarañada tela de calles
red infinita que te aprisiona
te hace caminar en círculos
te inmoviliza
te devora

un poeta en la ciudad
(selección)

Gustavo Gac-Artigas

la ciudad

I

la ciudad cobra vida en la mente
si se es capaz de cruzar la calle
de cambiar de barrio
de escuchar su murmullo
su grito de angustia
un grito de placer contenido
por lo que nunca se sabe lo que la ciudad puede pensar

nido de amores prohibidos
jaula de amores permitidos

la ciudad puede ser una hidra maleficente
o un arcángel de mil cabezas
ser abrazo
o ser puñal
ser aroma
o hediondez
ser refugio
ser tormenta
ser orgasmo
o acto de amor no satisfecho

la ciudad es parte mía
y yo soy parte de la ciudad

es poderosa
cada día me abre o cierra sus brazos
me saca de la ignorancia
me enseña el mundo
ese mundo contenido en mi ciudad

la ciudad es un libro abierto
el que hay que aprender a leer

la ciudad es una página en blanco
sobre la que hay que aprender a escribir

II

es necesario transformar la ciudad personal
en ciudad universal
si se quiere romper las barreras
la autosatisfacción
el gueto
y evitar su desaparición

la ciudad encerrada en sí misma
es canibalística
devora
y escupe los restos en sus alcantarillas

la ciudad no es una
es un conglomerado de ciudades
que caminan rumbo al trabajo cada día
que desafían la muerte cada noche
que buscan un abrazo
que reciben una puñalada en la espalda

la ciudad es traicionera
es amante despechada
es amante nunca poseída

es semillero de poetas
es tumba de poetas
es fuente de creación
es maleza en la creación

la ciudad es una canción
y un grito de auxilio
la ciudad es simplemente
un efímero paso por el mundo

nuestra vida

III

cuando uno se cree poseedor
cuando uno se cree parte de
cuando se tiene la arrogancia del conquistador
cuando se cree que puede ser contada
la ciudad cierra tu pluma

IV

enmarañada tela de calles
red infinita que te aprisiona
te hace caminar en círculos
te inmoviliza
te devora

V

tuve la insolencia de hollar tus calles
mis pies juveniles te recorrieron
el deseo subió por mis piernas
caminaste en mis sueños
alimentaste mis pesadillas
me hiciste conocer el amor

el amor naciente en cada nueva ciudad
único
repetido
calles por otros pisoteadas
huellas venidas de otros puertos

amores desembarcando en sus muelles
amores abandonando amores en sus muelles
y en una cama de adoquines
la ciudad
triunfante
sonríe de amor y de placer

VI

perdido en este mundo
llegué a ti sin desearlo
sin buscarte
eras una más, me dije

como a las otras te temí
necesitaba renacer en tus cimientos
aprender de tus dolores
reír con tus alegrías

eres capital
y al mismo tiempo aldea
eres la tierra herida
y tierra fértil germinando

eres sustento de raíces
y eres tronco remontado al espacio
eres casas albergando sueños
y eres sueños desparramados en tus calles

eres límite
y eres universo
eres cada día una nueva ciudad
inexplorada
suma de almas
que
como yo
perdidos
te buscan para encontrarse

VII

la ciudad me interpela

¿quién te crees para contar mis dolores?
—*por lo que soy parte de tus dolores*
y tu dolor es la suma de los nuestros

¿quién te crees para intentar retratarme?
escritor de cámara sin rollo
—por lo que reflejo el alma y no la naturaleza muerta
mi cámara vacía busca en ti un nuevo rollo

pintor de pinceles secos
arrogante retratista cansado de humillaciones
—por lo que tus lágrimas dan nueva vida a mis pinceles

¿quién te crees para intentar poseerme,
clavar con tu pluma mi alma en una página?
—por lo que me poseíste te devuelvo a la palabra
tu palabra cual enredadera poseyendo la mía

VIII

la ciudad es trans
es imposible definirla si ella no se define
juega a ser travesti en cada esquina

se ofrece sin complejos
eterna aprendiz
cambia su ritual de amor en cada recién llegado

duerme sobre un cartón
su cuerpo acurrucado para evitar que la ultrajen

la ciudad se entrega
no la poseen

es rebelde y cura
es una caricia y vulnera

la ciudad confiere nobleza a unos
o estigma al plebeyo

es vida bullendo en los escenarios
es muerte en los proyectos

es verso solitario
es poema multitudinario

son puentes iluminados invitando a visitarla
son oscuros puentes invitando a que la abandonen

la ciudad es eterna
alguien muere
alguien lo reemplaza

es fascinación permanente
es la llama alrededor de la cual revoloteas

es un lazo entre la vida y la muerte
y por ello en ella puedes confiar

IX

la moral atravesó los muros que cercaban la ciudad
buscó entre los sitiados un hombre justo
removió las ruinas
desenterró los muertos

se subió al escenario
se puso en escena
se hizo público de una obra sin actores

le preguntó al sordo
le pidió direcciones al ciego

ensordeció por el ruido de los estómagos vacíos
compró un momento de placer

miró en los subterráneos y perdió la vista
el olor de los basureros le hizo perder el olfato

al final de la jornada la moral se sentó decepcionada
al parecer el hombre justo no existía

extenuada se miró en un espejo roto y comprendió

se había equivocado de ciudad

Algunos sucesos ocurridos en la noche del 13 al 14 de enero de 1995

Javier Garrido Boquete

Escritor venezolano (Caracas, 1964). Es médico egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Pediatra e intensivista pediatra. Ha publicado los libros de relatos *Viernes* (Porlamar, Nueva Esparta, Venezuela, 1992), *La muñeca descalza* (Porlamar, 1993) y *Abbadón y otros cuentos siniestros* (2018). Ganador del Primer Premio del II Concurso de Narrativa «Miguel de Unamuno» del ICIV (1989), II Premio del VIII y del IX Concurso de Cuentos «Lola de Fuenmayor» (1989, 1990), II Premio del IX Concurso de Cuentos «Lola de Fuenmayor» (1990), primer premio mención narrativa en el Primer Concurso Literario «Simón Bolívar» (Juan Griego, 1990), primer premio mención narrativa en el Concurso Literario de Fondene (Nueva Esparta, 1991), mención narrativa del Concurso Municipal de Literatura de la Alcaldía de Porlamar (1992), mención en el II Concurso de Cuentos «Salvador Garmendia» (2017) y finalista en la II Convocatoria de los Relatos de *Culturamas* (2018).

En una plazoleta sombría, a la vera de la estatua mancillada por las palomas de un héroe tremebundo, duerme un grupo de indigentes, tres hombres y dos mujeres, arracimados como un informe montón de harapos y sacos mugrientos.

Algunos sucesos ocurridos en la noche del 13 al 14 de enero de 1995

Javier Garrido Boquete

Hacia las 11:32 pm

No demora mucho en notarlo: hay, en el andén desierto, algo de anómalo, de afantasmado, de irreal. Ausencia de pasos, música que discurre ciega desde altavoces invisibles, la gravitación hueca de cuerpos que están ya en otra parte.

Acaso los párpados un poco pesados, ese entumecimiento que desdobla hasta el movimiento más simple, anticipación del verdadero sueño.

Es una suerte que el tren no tarde en llegar, como un fogonazo amarillo desde el fondo del túnel; es una fortuna que el viaje no sea tan largo (sólo ocho estaciones; ¿o quizás siete? Nunca está seguro del todo); es una fortuna que al final de ese viaje tenga que caminar apenas dos cuadras, y enseguida la llave girando en la cerradura de la reja y la cabina del ascensor y el espejo inexplicable que lo duplica como todas las noches. Demasiada fortuna, demasiada suerte, quizás, para un hombre cansado, demasiadas cosas saliendo bien.

Recordé en ese momento aquella abominable pintura del olvidado con justicia Richard Upton Pickman, Accidente en el metro, *en la que un tropel de seres repulsivos surge de alguna ignorada catacumba a través de una grieta abierta en el suelo de la estación y se lanzan sobre la multitud que aguarda en el andén.*

El tren se detiene, las puertas del vagón se abren con un gemido neumático y bajan dos o tres pasajeros. Entonces, apenas por un instante, le asalta la sensación definida e irrecusable, como una vibración o un hálito congelado, de que algo está por ocurrir, un algo inevitable y quizás atroz; contiene la respiración unos segundos, pero como en todas las demás noches, como en cada noche invariable, nada ocurre, y aborda sin ningún contratiempo.

El vagón va casi vacío, lo que le da cierto aire de cosa desmantelada y provisoria. Distingue apenas a tres o cuatro viajeros a destiempo, desperdigados aquí y allá, los rostros borrosos y desgastados por el sueño, uniformes como piedras. Se deja caer en el primer asiento que encuentra, y enseguida, para no dormirse, para eludir la tentación de cerrar los ojos, distrae esos instantes iniciales en la contemplación de los otros pasajeros.

Ve primero a una pareja que charla y ríe en voz baja, con los rostros muy juntos, una joven morena de piel ajada y pechos inmensos y un hombre bajo y achinado, con algo de animal de rapiña en su sonrisa y en su mirada ávida; ve a un muchacho alto y desgarbado, con la cara cubierta de barros, que lee con aplicada concentración en un grueso tomo descabalado; ve, un poco más allá, a una matrona gruesa y encanecida, vestida de negro, que entrecierra los ojos y dormita mientras acuna en su regazo a una forma oscura y palpitante, una cosa que gimotea y que de manera remota evoca a un ser vivo. Demoró algo más en descubrir a la mujer, a pesar de que se hallaba sentada muy cerca, justo al otro lado del pasillo.

Era una mujer de veintitantos años, de facciones llenas y acaso imperfectas. Un mechón rebelde de cabello castaño le caía sobre la frente, y sus labios estaban teñidos de rojo violento, pero algo de ajeno y de apacible había en su mirada, concentrada con desusada intensidad en las manos enlazadas sobre la rodilla izquierda.

Miró sus facciones imperfectas; miró, por entre el escote profundo, el surco inquietante de carne rosada en medio de los pechos cenitales, miró sus brazos y el dibujo preciso, nítido hasta la exasperación, de los muslos entrecruzados, de la piel desnuda y tensa bajo el bordillo de la falda. Miró los dedos sin rastros de anillos, miró otra vez sus ojos, que seguían fijos en las manos con una atención tan excesiva como fútil. Entonces, como desde un sueño vívido y puntual, lo fue ganando la imagen de su cuerpo desnudo, cálido y blanco. Lo anegó una bocanada de olor tibio, dulce y acre, mezcla de perfume de violetas y de fluidos corporales. Y de pronto, sin transición, lo golpeó la certidumbre desoladora de que era la primera vez en su vida que veía a esa mujer, y también la última. Esto lo llenó de ansiedad: la perspectiva de permanecer ajeno a su vida para siempre le pareció espantosa. Consideró que en algunos minutos su presencia cesaría: para serenarse se esforzó en razonar que esos minutos eran divisibles hasta el infinito, que cada segundo podía ser eterno. Por supuesto, la fácil falacia de este argumento no lo tranquilizó: también serían infinitamente divisibles, eternos, esos minutos y segundos insoportables (pero multiplicados en horas, en años) que acontecerían una vez que su presencia hubiera cesado para siempre.

Comprendió que deseaba con desesperación a esa mujer desconocida.

Sintió otra vez la asechanza de la catástrofe inmensurable, desproporcionada.

La voz chirriante del conductor anuncia otra estación, y apenas por un instante la mujer levanta la vista de las manos.

Pronto se descubrió contando las paradas que faltaban antes de su destino: eran seis. De forma tan minuciosa como inútil consideró las posibilidades: quizás la mujer se bajaría antes, dentro de una o dos estaciones, ¿qué hacer en ese caso? ¿Seguirla? Pero no se imaginaba pasando al andén tras sus pasos, siguiéndola por la escalera mecánica, deteniéndola con algún pretexto absurdo. Acaso siguiera más allá de *su* estación (sin entender por qué, le pareció lo más probable): ¿la dejaría ir, perderse para siempre en ese hormiguero en el que se agitan millones de rostros indiferentes, sin esperanza de volver a hallarla?

Lo abrumó la consciencia de su cobardía, de su ineptitud gigantesca, de su irresolución, y no llegó (no se atrevió) a contestarse.

Pasaron los andenes desolados de dos estaciones. Demasiado pronto, pensó, mientras reconocía en esa violenta soledad el sabor amargo y obsceno de las cosas ya consumadas, de la inutilidad de todos los esfuerzos.

Alguien sube al vagón y pasa frente a él: un hombre alto, de rasgos acusados y como tallados a hachazos, en parte ocultos tras los anteojos oscuros. Va a sentarse al final del pasillo, en donde no logra verlo, pero por alguna razón sigue sintiendo su presencia gravitando desde un punto preciso del espacio. También la mirada de la mujer lo ha seguido unos instantes.

Pasan los minutos y su cerebro trabaja cada vez con mayor furia y confusión, casi con pánico. Hablarle en ese preciso momento, ya, sin más dilación, abordarla con naturalidad antes de que sea demasiado tarde, preguntarle por la hora, por una dirección, hablarle del tiempo o de cualquier otra cosa, llamar su atención de cualquier manera para que ella se vea obligada a mirarlo, para que haya pie para esa primera frase, la más ardua. En segundos, en centésimas de segundo, baraja docenas o miles de variantes de diálogos posibles, insatisfactorios, cuya ejecución va difiriendo hacia ese último instante terrible.

La voz omnipresente y absurda anuncia otra parada, de golpe entiende que es la suya, demasiado pronto o demasiado tarde, mucho antes de lo esperado. Ella mira por la ventanilla, sus manos se han desgajado como dos seres de pronto autónomos y sujetan el bolso amarillo que hasta entonces ha descansado dócil en el asiento de al lado. Cierta tensión se le dibuja en los muslos, y en la espalda y en

las rodillas, y por esta tensión, por este esfuerzo embrionado, se da cuenta de que va a ponerse de pie, de que ya lo ha hecho, de que está buscando la salida justo delante de él, su espalda está a menos de dos pasos, con sólo extender el brazo podría tocarla.

Se ve siguiéndola, alucinado.

Sale del vagón, y el andén, que le pareció desproporcionadamente grande, está desierto.

Entre las 3:08 y las 3:15 am

Se despierta y mira el reloj y piensa que aún falta mucho para que amanezca. Como no suele sufrir de insomnio, no se siente alarmado. Unos pasos en el piso de arriba, y muy a lo lejos, el llanto de un niño. En fin, nada fuera de lo común.

Ya está retomando el sueño cuando de pronto suena el teléfono. Intenta resistir, pero el hábito y el gemido del timbre son demasiado imperativos. Descuelga el auricular, pero primero sólo oye silencio y luego una carcajada, la risa de una mujer.

En otro lugar, a las 3:17 am

Ocurre la escena sin la presencia de testigos humanos, en un callejón orillado de altos paredones ciegos.

Hay gruñidos y relampagueo de colmillos carniceros. Tras un rato de rebuscar tranquilos entre la basura, la jauría famélica se ha inflamado de furor. Los más débiles y los que han sido malheridos en el primer encuentro huyen entre las sombras (no falta alguno que permanezca al acecho, a la espera de un improbable cambio de la fortuna). Al final sólo quedan en la liza el mastín de ojos amarillos y un perro lobo muy viejo, cubierto de sarna y cicatrices antiguas. Luchan sin tregua, buscándose las gargantas, chocando diente contra diente.

Se disputan el más preciado de los bocados: el despojo sangriento de la mano de un hombre.

Esa misma noche, poco antes de la 1:30 am

Walter Almeida (aún era ese su nombre) empujó la puerta acristalada y salió a la calle, ya en el límite del vértigo, sintiendo en el fondo de la boca el regusto metálico de esa última copa del todo innecesaria, que jamás hubiera bastado para sacudirle la certidumbre de encontrarse solo bajo la noche, justo en la noche en que más que nunca estaba seguro de que algo desmedido estaba por ocurrir. Miró la calle vacía (tan vacía que le resultó irreal) y recordó una llamada telefónica que no había hecho aún. Quizás era ya tarde, pero le daba igual: sin duda lo correcto hubiera sido telefonear temprano, a una hora decente, pero sólo en ese momento comprendía (o creía comprender) que dejarlo para después carecía de objeto (como por lo demás, tampoco tenía objeto hacerlo en ese preciso instante), y de golpe decidió encontrar un teléfono como fuera, con una urgencia tan imperativa como desproporcionada, a pesar de la hora, a pesar del vértigo en la boca del estómago, a pesar de la ebriedad, a pesar de su cansancio.

Por supuesto, en el bar tenía por fuerza que haber un teléfono; ¿Para qué buscar más? Pero el olvido, no menos que la memoria, se rige por leyes complejas e implacables.

Desde una esquina, la visión de un rectángulo de sombra en el lugar donde antes había estado un rectángulo de luz le avisó que la estación del metro ya había cerrado; aun cuando era de esperarse, no pudo evitar cierto desconcierto. Pasó de largo frente a la reja que cerraba la boca amenazante y siguió hacia una avenida muy iluminada, en la que de vez en cuando acontecía el fogonazo efímero de un automóvil. Allí vio (por fin) algunas personas: vio un mendigo ciego acurrucado en un umbral, vio a una mujer muy joven (o muy vieja) pintarrajeada, recostada contra una camioneta roja, vio a un vendedor de cigarrillos, vio a un hombre bajo y achinado que orinaba contra una pared, vio la anhelada cabina telefónica.

Rebuscó en los bolsillos hasta dar con la única moneda que le quedaba (su tacto, trastornado, la percibió como inusualmente grande), que brilló por unos segundos bajo la luz turbia del alumbrado. Luego, se demoró aún otro poco en barajar un cigarrillo de la cajetilla arrugada y en encenderlo contra el viento que se había levantado de improviso.

La miré: nada tenía de particular, salvo unas rayaduras.

Sin demorarse en descifrar la compleja maraña de obscenidades garrapateadas junto al aparato dejó caer la moneda en la ranura y marcó el número.

Casi de inmediato se dio cuenta de que se había equivocado (había marcado un ocho en lugar del siete), pero una laxitud desacostumbrada le impidió cortar

para llamar de nuevo. Oyó los timbrazos al otro lado de la línea, al tiempo que reflexionaba sobre que ya no tenía otra moneda para llamar al número correcto en caso de que alguien le contestara.

«Diez, once, doce», contó.

Antes de llegar a catorce, alguien levantó el auricular: apenas una voz somnolienta, alarmada o irritada, una voz desconocida de hombre, abstracta y viscosa, que de modo irrazonable (así se lo pareció) repetía una y otra vez una interrogación imperativa.

Walter Almeida permaneció con el auricular pegado al oído, paralizado como un idiota, incapaz de colgar o responder. Pero, ¿tenía objeto cualquiera de esos actos? Porque ya en ese momento había percibido esa otra *presencia* en la calle, esa gravitación desde un punto indefinido a sus espaldas, un *algo* opresivo y brutal que de ninguna manera podía ignorar. Presintió que el momento de los hechos desmesurados se acercaba, el instante preciso sin después. Pero esa voz ahora tan real le seguía llegando desde el otro lado de la línea, puntual, firme (la voz que había ido subiendo de tono, arropada de indignación, la voz que le exigía a gritos que contestara, desatándose en un torrente de palabras soeces).

La fosforescencia ceniza fue cercándolo, un chapoteo gelatinoso de pies que no podían ser humanos, una respiración grotesca, hueca, ultraterrena, espectral. Sabemos que no llegó a sentir miedo (miedo implica la esperanza de un después, de que las cosas pueden, al fin y al cabo, ocurrir de otra forma), pero bien pudo pensar con cierta lástima en ese pobre tipo que con absoluta monotonía seguía insultándolo desde el otro lado de la línea, sacado del sueño en mitad de la noche para ser testigo de un acontecimiento más allá de su comprensión. Lo acometió de nuevo el vértigo, esta vez el último, vio apagarse una a una las pocas estrellas que fulguraban en el cielo sucio, en vano buscó a la roja Betelgeuse. Su mano (aún era *su* mano) sostenía todavía el auricular inútil, del que seguían brotando obscenidades imperturbables. Entonces, con una voz que quizás ya no era la suya, gritó:

—¡Loco, Warren ya está MUERTO!

Alrededor de las 4:59 am

El muchacho de rasgos femeniles gimotea y se queja, agazapado contra el umbral de una casa grande, de paredes carcomidas. Dos o tres hombres silenciosos se han acercado a mirarlo, y alguno, perdido su mutismo, ha llegado a escupirle un sarcasmo o una carcajada.

Llora sin lágrimas, porque el más habitual de sus amantes le ha devorado los ojos.

En algún momento, después de las 2:06 am

El infierno y el insomnio carecen de grados intermedios.

Fingir dormir, fingir la respiración simétrica del sueño (como sin duda fingen esperanza los condenados al fuego eterno), pero esta táctica pueril termina por fallar, como de costumbre: se acaba siempre echando las mantas a un lado y encendiendo la luz. A esa hora ya Gabriel Pereira había agotado las posibles combinaciones de actos que el desvelo le sugiere al hombre solo: prender un cigarrillo, borronear una página, encender el televisor, apagar el televisor, abrir ese libro desde siempre postergado, caminar por el cuarto, volver a encender el televisor, beber un vaso de agua, ir hasta la ventana, no ir hasta la ventana, sentarse y escuchar los ruidos de la noche (un niño que llora, el taconeo en el piso de arriba, el ladrido de un perro en la calle, el paso de un camión, el tumulto del agua precipitándose en las tuberías, el teléfono que repica en algún lugar), encender otro cigarrillo (que no será el último), mirar el reloj que parece haberse paralizado, contar el número de baldosas que hay entre el closet y la puerta del baño, entre la puerta del baño y el escritorio, entre el escritorio y el closet, ir hasta el lavamanos y meter la cabeza bajo el grifo abierto, contar y recontar los cigarrillos que quedan en la cajetilla (seis, siete) y contrastar su cifra contra las horas que faltan para el amanecer, seguir el vuelo infinitesimal de algún insecto alrededor de la bombilla incandescente, echarse en la cama a dar vueltas ya sin esperanza de conciliar el sueño y sin siquiera apagar la luz, incorporarse bruscamente como si hubiera recordado algo importante (pero no ha recordado nada), pasarse los dedos por los cabellos húmedos, respirar profundo, desear que llueva o que no llueva, contemplar en el espejo ese rostro al que ya apenas reconoce, abanicarse (porque hace demasiado calor) con una revista que muestra en su tapa a una rubia desnuda, de pechos rotundos coronados por pezones demasiado enhiestos y rosados, golpearse la cabeza contra las paredes (no, eso aún no), asquearse de que todo el resto del universo pueda dormir, de que ya

esté durmiendo, millones de cuerpos sudorosos y flácidos conmovidos por una respiración unánime, cuerpos repulsivos como moluscos, viscosos y ponzoñosos como hongos.

Con rencorosa lucidez razonó que el durmiente ya en algo ha dejado de ser humano, ha descendido en la escala zoológica, se ha equiparado a esos gusanos gelatinosos y alucinados que reptan indiferentes en el limo pútrido de las simas oceánicas.

Apagó la luz por enésima vez y se dejó caer en la cama, dispuesto a ensayar un esfuerzo final por conciliar el sueño. De más está decir que este esfuerzo, siendo producto de la pura desesperación, no podía menos que resultar inútil, y a los pocos minutos (¿cinco, diez?) ya se había levantado de nuevo. Comenzó otra vez a recorrer el cuarto, sintiendo la garganta y los labios requemados por el humo acre y por el acíbar de ese infierno personal, de esas horas vacías y caóticas como un desierto invertido, en cuyo centro inconcebible gruñe y babea Azathoth, el sultán de los demonios, ciego e idiota.

El no dormir harto crucifica a los melancólicos.

Le basta una mirada para sorprender aquella sonrisa oblicua en el fondo del espejo.

A las 5:00 am (o quizás algo después)

En una plazoleta sombría, a la vera de la estatua mancillada por las palomas de un héroe tremebundo, duerme un grupo de indigentes, tres hombres y dos mujeres, arracimados como un informe montón de harapos y sacos mugrientos. El amparo de su calor es buscado por un gozque esquelético, carcomido de sarna y lamparones.

Uno de los hombres se despierta, acaso conmovido por el paso ruidoso de un camión. Abre los ojos aguanosos mientras maldice entre dientes, y entonces ve llegar esa figura alta, poco más que una sombra, que se detiene a orinar contra uno de los postes del alumbrado.

En algún momento la figura se vuelve hacia él. Ve entonces que su cara no es más que un mero pedazo de carne, sin ojos ni boca; una hendidura vertical usurpa el lugar donde debiera estar la nariz. Esta visión no dura demasiado (unos segundos, a lo más), pues casi enseguida el desconocido le da la espalda y sigue su camino.

El vagabundo lo sigue con la vista hasta que cruza la calle y entra en uno de los edificios vecinos. Mira entonces hacia el cielo para confirmar que sigue despejado y piensa que es una suerte que esa noche no haya llovido y decide que puede dormir un rato más, pues aún falta para que amanezca. Se acomoda lo mejor que puede contra los pechos fofos e inmensos (pero a pesar de todo tibios) de su compañera ocasional, que entre sueños se queja y masculla algo incomprensible.

Alrededor de las 4:59 am

Me levanto y enciendo la luz. Estoy empapado de sudor y es entonces cuando recuerdo y no recuerdo ese sueño que he tenido en algún momento de la madrugada: recupero apenas la convicción de una catástrofe inconmensurable, desmedida, infinita, y también el perfil preciso de una mujer que me inquieta, pero a la que no sé reconocer. Aún entonces, ya en la vigilia, sigue inquietándome.

En esto me distraen los aletazos que una cosa oscura y grotesca da contra los cristales de la ventana.

Alrededor de las 4:59 am

Abres la ventana para ver hacia la calle. En el edificio de enfrente hay una sola luz: acodada en la ventana de su cuarto, distingues a una joven muy bella, morena y pensativa, que mira hacia un punto indeterminado situado en algún lugar entre la copa de los árboles y la esquina más lejana de la cuadra. Tiene ese aire, a la vez imperativo y ausente, de quien espera.

A las 5:25 am

Levantar los párpados es —piensa— casi un sacrificio, un esfuerzo doloroso y absurdo. Desde algún lugar le sigue llegando el tac tac tac impenitente del reloj, y también esa respiración ajena y regular, tan próxima que es como si estuviera en su propia cara. Son los segundos, los instantes previos a la verdadera vigilia, y bien puede suponer que aún sigue soñando, como poco antes, cuando soñó con esas bandadas de pájaros negros que se multiplicaban hasta cubrir cielo y tierra como una costra revoloteante de cuerpos emplumados. Pero en esta suposición hay algo que falla, y de eso puede darse cuenta sin tener que abrir los ojos, una

pieza que no se resigna a calzar con las otras. Está primero ese olor, entre agrio y dulzón, quizás no del todo desagradable, como a sudor mezclado con perfume y humo de cigarrillo, podredumbre y también algo más (desde luego, en sus sueños *jamás* hay olores). Después, esa presión nítida, indudable, de una cosa blanda y viscosa contra su hombro y su costado y su muslo derecho; una presión mutable y viva, pues cada vez que su cuerpo se mueve ésta responde con un ligerísimo cambio de posición, con un breve estremecimiento.

A pesar de todo, tiene que abrir los ojos. Levanta los párpados, que le resultan pesadísimos (¿no será esto también parte de un sueño?) y encuentra que la oscuridad es profunda, le cuesta incluso distinguir el muy tenue cuadrado opaco de la ventana. Piensa que debe ser mucho más temprano de lo que creía, ni amanece aún. Pero ahí siguen la respiración y el olor y esa presión blanda. ¿Es que todavía no acaba de despertarse? Quiere hacer memoria, pero ésta es como un fango bullente en cuya superficie estallan grandes burbujas inconexas.

Oye el ladrido de un perro y también la sirena ululante de una patrulla, perdiéndose hacia el oeste (o el sur, o el norte, le da lo mismo).

Para terminar de espantar los resabios del sueño va a encender la luz. Cosa fácil, por lo demás, pues le basta con sacar de debajo de la sábana el brazo izquierdo (por fortuna, es el izquierdo, el otro sigue oprimido contra su costado por la presión de la cosa blanda) y extenderlo hacia la lámpara de la mesa de noche. Pero nada parece estar en su lugar, y por el camino su mano va tropezando con un reloj despertador, con un cenicero, con un trapo en que se halla envuelto un objeto circular e inidentificable, con un vaso, con un frasco de píldoras, con una cajetilla de cigarrillos (¿de dónde han salido tantas cosas?). Tanteando al azar, da por fin con el interruptor, casi junto a la cabecera de la cama. La luz blanca, inusitadamente intensa, lo inunda de golpe; por unos instantes tiene que volver a cerrar los ojos.

Unos segundos para que el dolor se vaya y deje de estar ciego. Al recuperarse, lo primero que ve es el papel amarillento de las paredes, carcomido de lamparones, y el montón de ropa en el piso, como si fuera la piel de un animal muerto. Con cierta alarma comienza a comprender que no reconoce el lugar, que ignora dónde se encuentra (¿o aún sigue soñando?). Luego, se vuelve hacia el lugar donde persiste aquella respiración.

El rostro de la mujer está tan cerca del suyo que casi lo roza. Es un rostro ajado, surcado por infinidad de pequeñas arrugas que se encarnizan alrededor de los párpados en los que aún quedan restos de pintura azul, de mejillas flácidas y hundidas. Los labios, borroneados de escarlata, están entreabiertos y no ocultan la dentadura cariada, en la que faltan algunas piezas. Más abajo, el cuello es

un amasijo de pieles flojas con manchas violáceas, y más abajo todavía, oprimiéndole su brazo derecho, descansando sobre él, un pecho inmenso, grotesco, fofo, laxo, gelatinoso, de piel amarillenta y apergaminada recorrida por multitud de venas azules, con una areola monstruosa y un pezón erguido como un insecto negruzco y desproporcionado.

Casi sin pensarlo, su puño da el primer golpe, justo en esa boca plagada de dientes podridos, y mucho después lo alcanza un grito. Sigue golpeando con facilidad en esa masa de carne esponjada hasta después de que los gemidos cesan, hasta que lo contiene el cansancio y siente todo su cuerpo cubierto de sudor pegajoso.

A las 6:17 am

El viaje en autobús es parte de la rutina de cada día, pero eso es poco consuelo para quien ha pasado una mala noche. Así lo siente Gabriel Pereira, acaso resentido aún por el desvarío de tantas horas desiertas, por la acumulación de tantos minutos vacíos, tan inútiles como simétricos.

No en vano alguien ha escrito que el no dormir harto crucifica a los melancólicos.

La mañana apenas despunta, pero ya hay mucha gente en la calle; en unos minutos más, el autobús irá repleto.

Dos asientos más adelante viajan un ciego alto, trajeado de negro riguroso, con un bastón blanco entre las manos; más allá, una señora de cierta edad, pero maquillada con tanto primor que parece una jovencita; luego, dos escolares de franela azul; más acá, una muchacha de cabello castaño y mirada apacible (por un instante cree reconocerla); también va un hombre muy alto y obeso, de anteojos con montura dorada (pero éste se baja apenas dos paradas después).

Todo dentro de la más estricta y mediocre normalidad, piensa, no sin amargura, no sin cierto hastío, sintiendo todo el peso de ese día absurdo que comienza tras una noche que de algún modo no ha concluido, y al cabo de ese día, otra noche igual, y luego otro día y otra noche y otro día y otra noche, y así hasta el infinito o la náusea.

Llega muy pronto a su parada. Enciende un cigarrillo, compra el diario en un kiosco y se dispone a darle una ojeada a las noticias del día, como si no fueran siempre las mismas. Desde un umbral, aquel pordiosero le impetró, con voz agriada, alguna limosna.

Quiscalus panamensis

Nesfran Antonio González Suárez

Escritor venezolano (San Antonio del Táchira, 1980). Reside en Ciudad de Panamá. Ha publicado los poemarios *Entre huellas y grietas* (2004), *Profecías para Urbano* (2008), *Los inquilinos, poesía reunida 1997-2010* (2011), y *Aquí todo es silencio* (2013); los libros de narrativa *Blanca Amada y otros relatos* (2010), *El lado oscuro de tu almohada* (2011) y *El hallazgo de Teseo* (2015), así como la antología de ciencia ficción venezolana *Kafka en la luna* (2014). Artículos suyos han aparecido en el suplemento cultural *Contenido* del diario *El Periodiquito* (Maracay, Aragua). Ganador del primer lugar, mención poesía joven, en la Bienal Ciudad de la Juventud (La Victoria, Aragua, 2001); el segundo lugar en el I Concurso Internacional de Nanoliteratura (Proyecto Expresiones, 2010), el segundo lugar en el II Concurso «Por una Venezuela literaria», mención poesía (NSB Grupo Editorial, 2012), y mención honorífica en el I Concurso de Poesía Joven dedicado a Rafael Cadenas.

Sus acordes también son mensajes cifrados / sobre sus planes de tomar la ciudad. / Esperan pacientes / el gran momento.

Quiscalus panamensis

Nesfran Antonio González Suárez

I

La madrugada es repasada por carros furtivos y gatos cazadores.
Las aves esperan el despertar del día
para hacer un inventario
de prioridades antes que termine el verano.
Sólo los talingos,
inconformes con su morada,
se adueñan del istmo.
Omnipotentes.
Omniscientes.
Omnipresentes.

Omnívoros.

II

Desde el balcón de un piso setenta
es imposible apreciar el cortejo de un talingo,
quien se enseñorea sobre su dama
con galantería y determinación.
El que vive allá arriba disfruta ver pasar los barcos
que van y vienen del canal
y sigue aquellos que se pierden en el horizonte.
Es tal la población de estas aves

que la ciudad desde esa altura
se ve cubierta
en un tono negro iridiscente.

III

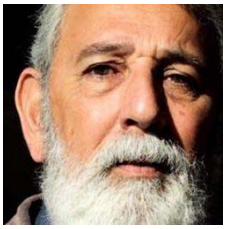
Sus acordes también son mensajes cifrados
sobre sus planes de tomar la ciudad.
Esperan pacientes
el gran momento.
El parque Omar será su cuartel general.

IV

Si evitas un picotazo de un talingo
es posible que te dejen cagados los hombros
cuando pases debajo de uno de sus árboles predilectos
en Altos de Panamá, Chanis o Brisas del Golf.
Ellos, al igual que nosotros,
tienen esta ciudad
por jaula.

V

Una hembra, con su traje marrón,
usa el balcón de mi casa
como tarima para sus conciertos.
Un canto melódico
que simula una plegaria de amor
y que pasa a ser una sinfonía
tras escuchar a sus hermanas
en cada rincón de la ciudad.

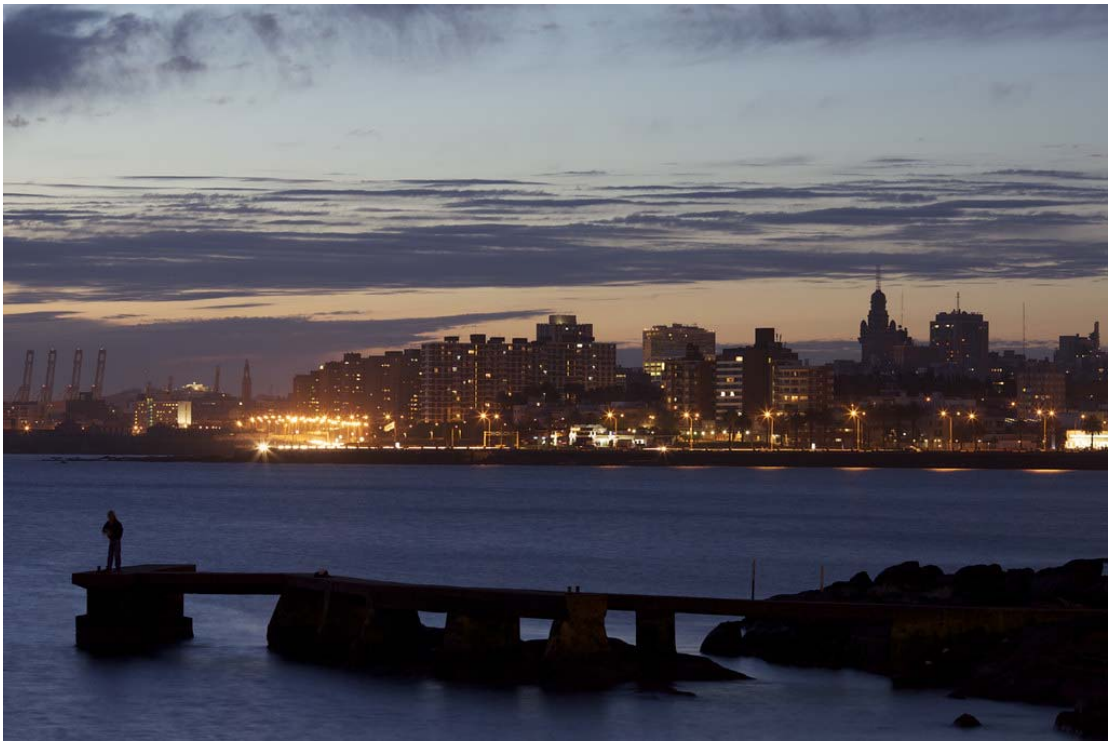


Dos poemas a Montevideo

Washington Daniel Gorosito Pérez

Escritor uruguayo (Montevideo, 1961). Radica desde 1991 en Irapuato, Guanajuato (México). En 1999 obtiene la nacionalidad mexicana. Licenciado en periodismo y licenciado en sociología. Posgrado en enseñanza universitaria, diplomado en desarrollo humano y liderazgo educativo. Catedrático universitario, investigador, escritor, conferencista. Tiene premios de cuento, poesía, ensayo, periodismo e investigación en Uruguay, México, Argentina, España, Estados Unidos, Brasil, Alemania y Francia.

Mientras las olas de viento
rompen en la escollera
flotan las palabras
y el poema avanza,
nada lo detendrá.



Dos poemas a Montevideo

Washington Daniel Gorosito Pérez

Montevideo y el poema

Una llovizna piadosa
anuncia el diluvio de las letras
en la apacible noche del sur
albergadora de sueños.
Hoy la luna faltó a la cita
sobre el Plata,
el poeta la espera.
El viento arremolinado
descarga palabras peregrinas
quizás al amanecer
germine poesía en la Ciudad Vieja,
de un poeta insomne.
Colores suaves trae el día
un cielo celeste límpido
tatuado por trocitos de nubes blancas.
Ciudad adentro un poema avanza
un poema que abre puertas y corazones
con su estilo duro y seco
con rimas de cristal
pinceladas vivas de luz
del astro refulgente.
Poesía susurro, grito, agita,
transforma,
diluye el espacio-tiempo
para construir artesanalmente

la palabra idealizada
con un puñado de letras.
Se tejen metáforas bien hilvanadas
percibiendo los latidos de la urbe
con más poetas del sur.
El poema avanza
como el barco inmenso y gris
que abre el agua y deja el surco espumoso.
Mientras las olas de viento
rompen en la escollera
flotan las palabras
y el poema avanza,
nada lo detendrá.

Poema fósil montevideano

La neblina espesa baja lentamente
del cerro de Montevideo,
una ráfaga gélida invade el ambiente.

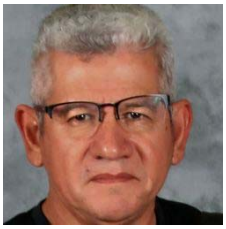
Un racimo de barcos viejos abandonados
apoyados entre ellos
como viejos amigos ebrios
se mecen suavemente
casi naufragios, de cascos oxidados.

Se desprende un aroma salobre
por las grietas del tiempo
y se escabullen
los fantasmas de la memoria.

Arriba, en vuelo triangular,
las gaviotas tiritan
mientras picotean el cielo herido
que pronto sellará
con sus lágrimas la jornada
entre sombras gris plomo que avanzan
y que seguramente serán el último refugio

de un poema fósil,
de palabras desdibujadas
que no se vence
ante los azotes
de la sudestada
bien rioplatense.

Una vez más, las olas incansables
se suicidan enérgicamente
contra las rocas graníticas
de la Escollera Sarandí
engendrando sus últimos
estruendos colosales
que recuerdan los cañonazos
de la defensa de la ciudad
ante las invasiones inglesas.



El niche que fue a la rumba

William Guaregua

Escritor venezolano (Barcelona, Anzoátegui, 1962). Reside en Houston, Texas (Estados Unidos). Ingeniero egresado de la Universidad de Oriente (UDO), donde fundó el suplemento literario estudiantil *El Mástil Roto* (1986-1988). Dirigió por dos años (1997-1999) el suplemento cultural *Fragua,* del diario *El Oriental*, de Maturín (Monagas). Ha publicado los libros de poesía *Sólo piel intensa* (Editorial La Espada Rota, 1990), *Cotidianas* (Departamento de Tecnología Educativa de la UDO-Anzoátegui, 1992), *De tanto andar en solitario* (Fumcultura, 1999), *Pentagrama* (Litolila, 2003) y *Convergencias y divergencias* (Palibrio, 2011), y el libro de cuentos *La Billo's no, compadre, y otros relatos* (Trafford Publishing, 2009). Ha colaborado con diversas publicaciones periódicas, incluyendo la *Revista Nacional de Cultura,* y ha escrito para diversas exposiciones de artistas plásticos de Venezuela. Se certificó como fotógrafo en el Houston Center for Photography (Estados Unidos).

Todo eso fue en una temporada en que viví en Artigas, con un tío, su mujer y los hijos de su mujer. Una temporada de fin de año en la que no hubo clases por peos políticos. Pero no por eso paraba la diversión.

EL GUARATARO
HOSP. MILITAR
ARTIGAS

El niche que fue a la rumba

William Guaregua

Yo también quise ser el niche que fue a la rumba y patacum, patacum, viva changó. Pero no lo llevaba en la sangre como mi pana el Guataco. Ese sí era el propio niche de piel un poco clara pero de una tumusa bestial. En este país, en el que también, el que no tiene de congo tiene de carabalí, a él le tocó de cafeconleche y a mí me tocó piel de zambo, indio con blanco, o una vaina así. Y para enroscarme el pelo me lavaba tolosdías con jabón las llaves y me daba vuelta con la ñema de los dedos y el resultado era que parecía un títere de plaza sésamo, el más moreno. Pero bueno, uno siempre no es lo que quiere ser sino el resultado matemático del tiempo. El Guataco sí era la propia rumba. Trabajábamos en una fábrica de popeyes, aunque esa vaina la llamaban en mi pueblo chupichupi, porque había que jalar duro con la boca para tragarse el edulcorado y cítrico jugo congelado y colorido de envoltura plastificada. Parecíamos unos bachacos cargando unos sacos de azúcar por unas escaleras angostas hasta el tope de los tanques para vaciar esa vaina. E igual los líquidos colorantes y el ácido cítrico, una vaina que da miedo imaginársela en las tripas. De lo flaco que era subía lento y de ahí me bautizó el Guataco: Rayo Veloz. Y esa mierda no me la pude quitar todo el tiempo que trabajé allí. Pero imagínate que con ese miserable trabajo al estilo victorhugueano me compré un lión padrino, aquel bolsúo pantalón rayado de dos pinzas a cada lado con el que uno parecía de la mafia italiana, me mandé a hacer a mano, en la avenida Urdaneta, un par de zapatos blanco y negro al estilo cubano, más duros que suecos de palo, pero esa mierda no importaba, lo importante era tirar la pinta. Ah, y una chaqueta tipo safari de color kaki, la guinda del coctel, ni más ni menos. El propio patiquín. Pero ni por eso levantaba una carajita, ni la más fea. Tal vez se espantaban de mis huesos. Pero el Guataco cambiaba la novia casi cada semana. La que más le duró tuvo dos meses y después le pregunté qué le pasó a la Yesenia. No joda Rayo Veloz, me gustaba que jode, pero dos meses y no veía a linda, así que una noche de latazos me volvió a decir que no y me hizo arrechar y le dije, no hombre jeva métase esa cuca por ese culo y yo me puse después a pensar, Rayo Veloz, cómo iba a hacer ella para meter un

hueco dentro de otro hueco. Y nos cagamos de la risa como por media hora. Todo eso fue en una temporada en que viví en Artigas, con un tío, su mujer y los hijos de su mujer. Una temporada de fin de año en la que no hubo clases por peos políticos. Pero no por eso paraba la diversión, diciembre, patines de cuatro ruedas, esperar que los autobuses dieran la vuelta en la esquina, colgarnos de los parachoques traseros y subir la empinada cuesta hasta Barrio Unión, para luego lanzarnos como esquiadores de los Alpes, rodando y rodando hasta casi llegar hasta la avenida San Martín. Hasta que un día el negro Tapipa, vestido de overall de jean y sweter rayado, que hasta se parecía al Chuki, se encontró unas luces de navidad e intentaba desenredarlas y cuando llegó el autobús todos volvimos a colgarnos del parachoques, el negro no soltaba las luces porque quería llevárselas a su rancho y cuando íbamos a mitad de la cuesta, el Tapipa soltó los cables y allí rodamos unos cuantos, por supuesto que el más huesudo, que era yo, terminó en la emergencia de un nosocomio que más bien parecía un manicomio donde a cada momento entraban apuñaleados, heridos de balas o de accidentes de tránsito. Pero no hay mal que por bien no venga, así que patinando lentamente por los pasillos, entre la caja de resonancia de los bloques escuché por primera vez Periódico de ayer, de algún tresenuno, de cualquier apartamento comenzó a sonar aquella vaina que me hizo sentar de culo. La combinación de las trompetas, los violines, el eco en el estudio y la Voz, la propia voz con ese lamento melancólico, era algo que nunca antes había existido. Y para completar el sarao comunal cambió el longplay y puso Mi desengaño de Roena, con la primera batucada de samba mezclada con salsa que había escuchado en mi vida y el olor a hierba quemada se mezclaba con las notas del Caribe creando una atmósfera surreal. Y los realitos de los popeyes hasta alcanzaron para poner parte de una vaquita que me llevó a mi primastro y sus compinches hasta Los Caracas, en autobús. Como cuatro horas rodando, pero el encanto del azul del Caribe y el paisaje del litoral amansa cualquier desespero. Los hijitos e hijitas de papá se iban a surfear, con las tablas encima de los machitos. Mar, río y piscina, nada más. Bueno, jevitas en traje de baño, música en el club de la dimensión, del sexteto y hasta el barbarazo de Wilfrido sonaba por unas cornetas gigantescas, mota para los que les fascinaba la vaina, luego las risitas tontas, los ojos rojos y el olor a mapurite, curda para los que no. El ambiente olía a cuento de Pancho Massiani y yo con algo de cara de corcho. Al segundo día por poco se nos va el Julín. Estábamos vacilando en la playa y comenzó a subir la marea rápidamente. Ninguno de nosotros nadaba una mierda y a Julín se lo fue llevando el agua y las olas y lo único que sabía era flotar como un mojón y flotó y flotó como por diez angustiantes minutos en los que por poco se sale a mar abierto entre los dos espigones hasta que uno de los hijitos de papá se fue remando con los dos brazos sobre la tabla de surf y lo alcanzó. Qué alivio. Casi se nos queda en la conciencia para siempre, pero tuvimos que regresarnos a la urbe, porque el Julín desde que lo sacaron del agua

andaba como zombi. Uno le hablaba y él andaba nebuloso, como en otro mundo. Necesitaba un locólogo o algo parecido. Así acabó el paseo, las vacaciones escolares y la urbe se me desvaneció por un buen tiempo. Con los años volví, ya en etapas de universitario a revisar la publicación de mi primer libro de poesía. Todo un intelectual pero todavía tan flaco como manguera de casa de pobre. Esperé a Chuchuíto en el gran café con el Nacional abierto de par en par, un cigarrillo encendido, café con leche humeante y dos libros que había comprado en un remate, uno de Roland Barthes, como para que veas la vaina. Llegó el Chuchín y le invité un café, qué café de mierda, ya vámonos a la tasca, una, dos, tres curdas cada uno para irnos a la imprenta de la universidad. En uno de los espacios de la facultad de economía un grupo de chamos y chamas escuchaban Queen y cantaban We Will Rock You, era lo único que se les entendía pero todos golpeaban los pies contra el piso al unísono. Por fin vi el libro, tan flaco como yo, pero a mí me parecía como si fuesen los poemas humanos de Vallejo. Con la emoción de ver los minúsculos poemas ya publicados volvimos a Sabana Grande, al callejón de la puñalada, más curdas, más cuentos y anécdotas, compré una rosa roja a un chamito que las vendía ambulantemente, se la regalé a una poeta ya entradita en edad y Chuchuíto se reía a carcajadas. Llegó otro pana y se unió a la mesa por unos minutos hasta que una discusión intelectual terminó en trompadas entre ellos dos. Yo tomé mis libros y me fui al hotel, porque ya bien tarde las cosas se ponían allí color de hormiga. Y vinieron muchas más y más historias y cuentos de cada vez que visitaba la urbe y a sus personajes. Ya autoexiliado las recuerdo con más aprecio. Un día, mirando noticias, veo un video de un simulacro antiimperialista, de algunos viejos, como yo, vestidos de kaki y bandana roja en el cuello, saltando torpemente sobre cauchos y con fusiles de palo pintados de negro. Me corto una bola si no era el Guataco uno de los que vi. Pero me lo imagino sentado por algún lugar cerca de la plaza Capuchinos, por donde vivía antes, esperando a que caiga el bono, para reclamarlo en el banco con el carné del partido, comprar una botella de cocuy y seguir dando vivas a la dolarizada revolución.

La ciudad donde habitan las certezas

Juan Guerrero

Ensayista, poeta y docente venezolano. Es licenciado en letras, magíster scientiarium en educación, mención enseñanza del castellano, y candidato a doctor en filología hispánica por la Universidad de Oviedo (España). Es docente-investigador de la Universidad Nacional Experimental de Guayana. Ha publicado el poemario *Elegía a la sombra / Elegia all'ombra* (1981) y ha recibido en dos ocasiones mención de honor en el premio José del Valle Laveaux (Ciudad Bolívar, 1989 y 1992).

Vamos construyendo en la cotidianidad de los años, muchas veces sin darnos cuenta, imperceptiblemente, la ciudad soñada. Por años la vamos buscando, nos convertimos en su amante.

La ciudad donde habitan las certezas

Juan Guerrero

Las ciudades son pueblos grandes enraizados en la memoria de los ciudadanos. Su esencia se mantiene y crece y existe y se palpa en la cotidiana tradición que heredamos y es la marca que llevamos de nuestra ciudad personal.

De todas las ciudades que he conocido, siempre regreso a mi esencia. Esta que llevo en mi alma como un talismán encendido. Vamos construyendo en la cotidianidad de los años, muchas veces sin darnos cuenta, imperceptiblemente, la ciudad soñada. Por años la vamos buscando, nos convertimos en su amante. Arribamos anhelantes a las laderas de altas montañas, y, a más de dos mil metros, nos topamos con la aldea de Los Nevados, en los Andes venezolanos. El camino es empedrado, laberíntico y lleno de farallones y riesgosos acantilados. En llegando se ve, entre las abras de las montañas, el sinuoso río de Nuestra Señora de los Desamparados, donde antiguos castellanos instalaron sus trillas para elaborar el pan de horno. Hoy las viejas trillas se siguen moviendo al paso de tranquilas mulas y encallecidas manos de ancianos labriegos. De ese apartado y frío pueblo he guardado sus alturas y silencios para construir mi ciudad del alma. También un cuadro donde una virgen es Señora que preside la procesión de quienes la llevan, al atardecer, por los caminos montañosos, como divina presencia que protege y cuida, almas.

Un día desperté y, al abrir la ventana, estaba de vuelta en el sitio donde toda emoción tiene el sabor del agua dulce de sus ríos. Puerto Ordaz, la ciudad de entre ríos, es una lengua arenosa que se levanta entre el Caroní y el Orinoco. Uno nace en el cerro de la Neblina, sierra de Parima, en plena selva del Amazonas venezolano. El otro baja de las nubes llamándose Kukenán, y cambia de nombre para verter sus aguas en el Yuruarí, y forman la catarata del Salto Ángel. Luego sigue su curso por entre la selva hasta llamarse Caroní. Puerto Ordaz es la ciudad de la intensa luz, de un sol esplendoroso que hierve las aguas y cubre los humedecidos cuerpos de quienes la pueblan. Me quedan la luz del atardecer y la

suave humedad de sus dulces aguas entre mis labios. El habla amorosa de quienes la habitan y la furtiva mirada de hermosas y gráciles mujeres, que despliegan sus azabaches cabelleras en medio de su erótico andar.

Vamos por la vida llenándonos de abrazos, de miradas y voces, de plazas, cementerios y mercados. De olores, sabores y saberes compartidos, y espacios que hemos encontrado en nuestro paso por la vida. También por aquellos lugares que nunca hemos conocido, y también de aquellas ciudades inventadas, soñadas y fantaseadas por poetas y pintores. He sido afortunado al saber que existió Ur, la milenaria ciudad en la legendaria Mesopotamia. También Van y Ubartu, donde los gatos con ojos de doble color duermen largas siestas. He sabido que en Bizancio hay un templo donde los gatos rondan por sus espacios y se confunden con los turistas. He soñado con la gata Gli, que sigue siendo, aun después de partir, la guardiana espiritual de la basílica, mezquita y museo de Santa Sofía.

Mi ciudad tiene el cielo azul rizo del rey, tan semejante a los azulejos que existen en los zocos de Fez, donde los sabores del carnero se degustan cuando salen de los pozos ardientes que rompen los viejos cocineros, de entre las vasijas de barro crudo. También he degustado el queso de cabra con paprika mientras grababa en mi memoria los solitarios caminos bordeando las laderas del monte Olimpo. De esos caminos he sumado a mi ciudad el intenso olor a los pinos de los bosques griegos y el sabor del vino artesanal, y la traslúcida y dulcísima uva de Corinto, donde el Auriga sigue contemplando la eternidad con su misteriosa belleza. En Corinto, donde vivía la pitonisa, en silencio he preguntado por mi descendencia, y sólo pude sentir el estremecimiento cuando se contempla al Ave Fénix en su quietud. Tanto encantamiento y plenitud en un lugar donde Apolo tenía su templo y los amantes, viajeros, príncipes y reyes coincidían mientras la pitonisa a todos atendía.

Menciono también a Meteora, en el valle de mis hermanas brujas de Tesalia, donde los monjes construyeron en los altos morros sus monasterios. Hasta ahí fui para encontrar las sombras que cubren el día y la tarde del ángelus en la ciudad de mi alma. Los monjes continúan su laborioso trabajo de crear retablos con icónicos rostros dorados. Siguen los olivares en las orillas del mar Egeo moviendo sus ramas en mi ciudad. Las límpidas aguas de ese mar puro y celeste dejan su imperceptible sal en el gusto por el pan campesino que existe en este mi lugar sagrado, mi espacio sin tiempo y pleno de memoria, donde agrego la soledad de Belgrado, la ciudad blanca, mientras veía el Sava y el Danubio abrazarse en una sola corriente de agua larga y tan lejana como un deseo extraviado.

En mi ciudad duerme una calle y muros de casas que vi y toqué en las ruinas de la Villa de Santiago de Cubagua, sepultada en el mar Caribe, que tuvo escudo

y pendón, y después la llamaron Nueva Cádiz de Cubagua. De esa ciudad del salitre guardo las perlas extraviadas entre lágrimas de viejos pescadores que vieron cómo el soldado-poeta, Jorge de Herrera, grabó en la pared de su casa, al decir de Juan de Castellanos, el primer poema de tema venezolano: «Aquí fue pueblo plantado, / cuyo próspero partido / voló por lo más subido; / mas apenas levantado / cuando del todo caído. / Quien examinar procura / varios casos de ventura / puestos en humana casta, / esto sólo le basta / si tiene seso y cordura». En las cuevas de los conejos salvajes que todavía la pueblan queda el rumor de esos antiguos versos, como una ardentía que en las noches surge y es destello entre las aguas de esta mi telúrica ciudad.

La ciudad que habita en mí es silenciosa. Todas las noches paso debajo del Arco etrusco, donde termina la vía Ulisse Rocchi en la inmortal Perugia. Amo su silencio mientras el tiempo del invierno cubre con su niebla mis pasos. Perugia está poblada por un leve rumor que es vital como la sonrisa de quienes la habitamos, y es belleza y alegría de vivir, plenitud mientras se aprecia la comunión y la hermandad en la diferencia de hablas y lenguajes de todos los caminos recorridos. Mi ciudad es una Venecia que sigue creciendo mientras sus ciudadanos construyen islotes y puentes para encontrarse, para amparar sus miedos y la incertidumbre del mañana. Por eso prefiero la eternidad de vivir el presente, el gerundio infinito donde todo transcurre y todo encuentro es celebración. Así es mi ciudad, colmada de arte, donde Soto, Cruz Diez y el Lotto se permiten el encuentro en una inmensa plaza, despejada y colmada de abrazos. En el antiguo Café Florian, en San Marco, están sentados Borges y Díaz Rodríguez, Proust comenta con Monet *il tramonto* que enrojece la tarde veneciana. Llegan también Chaplin y Kafka tomados de la mano, mientras la cortesana más famosa de la Serenísima, la bella Verónica Franco, junto con la joven y santa Nefixa, patrona de las prostitutas y quien subió a los altares por acostarse con los pordioseros, llegan saltando y mostrando sus amplias sonrisas.

Todos ellos y otros más tienen cabida y, de hecho, moran en mi ciudad. Esta que llevo dentro de mí y es mi tesoro, donde el oro de los dioses lo traen gnomos, juglares y trovadores, de la laguna de Guatavita, en la ciudad de El Dorado, en las tierras mágicas de los muiscas. Mi ciudad la ilumina el relámpago del Catatumbo, y es una emoción contemplarlo.

Esta es mi ciudad, la que me inspira, la que nutre de temas mi escritura, y crece y se nombra y construye ciudadanía y civilidad, mientras habito en mi única matria; este idioma que me nombra, que es mi identidad y trascendencia, metáfora que abre sus puertos para recibir al eterno Ulises en su viaje cotidiano, que es huella de un mismo tránsito hacia la nada que somos. Intrascendencia, eternidad y olvido, triunfo y fracaso. Dolor, tristeza y alegría de un regreso al lugar del reposo, que es nuestra ciudad del alma.

Cuatro poemas

Alirio Alberto Hernández Rojas

Autor venezolano (Maracaibo, Zulia, 1958). Es corrector de estilo. Colaborador en páginas literarias de los desaparecidos diarios *Crítica* y *Panorama*, así como en las revistas *Maracaibo* y *Ciudad*. Ha publicado *El orate loco y otros relatos* (2021).

Las luces conquistan el neón / en pieles curtidas de esfuerzo y baratijas, / buscando asiento en primera clase / de un consumismo que depreda vidas

Cuatro poemas

Alirio Alberto Hernández Rojas

Urdimbre

La urbe despeinada engulló la angustia,
socavó las arterias de la desdicha
y proclamó, con su horizonte extendido,
la pulcritud del mejor tiempo pasado.
Los gritos enjaulados en sus fauces
gota tras gota fueron anegando la nostalgia,
con valijas plenas de placeres reprimidos
y pecados para el perdón de las pasiones.
La remisión de lo intangible
transitó las calles con sus desafueros,
el apego fustigó a lo pernicioso,
engoló la piel de cemento
y las protuberancias del sudor citadino,
mientras una manada de almas buenas
acudía presta a las campiñas del norte yermo.
La sangre de las luces apiladas en esquinas
confundiose con los pasos compungidos
de quienes urdieron la génesis de sus antojos...

Hálito

Era la ciudad extraviada del otoño.
El verbo de los gestos habitaba la penumbra
en el cuántico reverso de la fortuna.
Pequeño antro del universo,
cúspide de conflictos itinerantes,
página primera de un alma desbocada,
saliva de frases esculpidas en lo etéreo,
oficio de caprichos testarudos
  plagados de mundos y planetas
sin órbitas compartidas,
donde las monedas ejercen su reino
confortadas en los solios de la apatía.
Sólo luces manoseadas aparentan sonrisas,
en la oscuridad de una noche plagiada
por los enigmas de la sindéresis,
  que van agazapados tras la duda
de un mañana sin un hálito de esperanza...

Culpas

Esta ciudad que hilvana melancolía
en pasos transeúntes,
parece asfaltada con las pestañas de la impiedad
        cuando reptando entre risas etílicas,
le pide al día que ilumine el final
en cada noche de espanto.
Las miradas levitan en la atmósfera fría,
que va calando en los huesos de la intemperie.
Las carnes del cansancio juegan su mejor carta
  tras la puerta de un dormitorio,
atosigado por la incertidumbre del mañana.
Las luces conquistan el neón
en pieles curtidas de esfuerzo y baratijas,
buscando asiento en primera clase
de un consumismo que depreda vidas,
sin que notemos que, a nuestras espaldas,
se yerguen incólumes las propias culpas
    saturadas de afán y conformismo...

Ego citadino

Lo común me esperó atento en una esquina.
Le acompañaban las cosas simples,
ordinarias,
diarias,
sempiternas,
mareadas ya de tanta cotidianidad,
y sumergidas en un cielo de contradicciones
entre normas y parámetros minusválidos.
Nadie más estuvo con nos,
sólo la somnolienta ciudad derrochando
sus sonoros millones de habitantes,
con la piel embebida de *sólo yo y nadie más*
en los días oxidados por la premura de siempre.
Desplegamos los rostros alucinados
entre el monóxido y demás humos,
desde la gente y otros accidentes naturales,
propios de la inexactitud del falible universo.
Confundidas desfilaron emperifolladas
disímiles circunstancias de instantes eternos,
disfrazados de vida y regocijo
con un tosco antifaz de frustraciones,
mientras los suspiros del recuerdo
caminaban con lentitud acompasada,
por la acera de la otra orilla.
Miramos las miradas
que auscultaban nuestra apariencia,
y sólo descubrimos en ellas
la indiferencia que las describe
como la certeza de lo improbable,
sin importar para nada
el material con que están hechos
los ladrillos del pensamiento...

El centro de Lima, un relato de mil historias

Javier Arturo Huamán Quepui

Narrador peruano (Lima, 1978). Egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Textos suyos han aparecido en revistas como *EscritA Espot*, *Poiesis* o *Caminante*.

A lo lejos Johannes pudo divisar el anda del Señor de los Milagros, veía las manos alzadas pidiendo su gracia (aunque más se veían los celulares de alta gama grabando el momento).

El centro de Lima, un relato de mil historias

Javier Arturo Huamán Quepui

Para Carmen Huamán Quepui, por ser una guerrera y luchadora de la vida

Este relato va a tratar de explicar la historia de un escritor que ingresó a un mundo desconocido, era el centro de Lima. Aquella otrora ciudad virreinal, dos veces coronada como la Ciudad de los Reyes, hoy convertida en un espacio donde se mezclan diferentes tipos de migrantes tanto nacionales como extranjeros, algunos de ellos inclusive con una tradición milenaria.

Johannes Ludwing no creía en el mestizaje y la diversidad en que se había convertido Lima; tampoco en ese mito de la pujanza del emprendimiento del vendedor ambulante peruano. Todo eso le parecía un montaje publicitario, una falsa nacionalidad, creada sólo por los bancos para hacer más negocios.

Un día decidió ir al centro de Lima, sólo tenía un vago recuerdo de niño, cuando sus abuelos lo llevaron donde vivían muchos chinitos y le tomaron una foto (hoy amarillenta por el paso del tiempo), y recordó que allí vendían unas yuquitas fritas.

Llegó al cruce de Jirón Andahuaylas con Jirón Cuzco, se quedó impactado, abrió sus ojos como un búho, no podía creer la cantidad de gentes y colores que se movían a su alrededor, pasaban por su costado cientos de personas, lo chocaban, lo empujaban, pero nadie le pedía disculpas, no se escuchaba un «por favor», «disculpe, señor», «gracias», nada. Un desorden total.

A pesar de eso decidió entrar en esas calles (que más le parecían Bombay o algún mercado del medio oriente) y fue asaltado de pronto por un estruendoso ruido de tambores, tocados por unos migrantes venezolanos; delante de ellos iba un danzante negro que ponía sus ojos en blanco, bailando frenéticamente alguna danza africana o caribeña (seguro en honor a Yemayá, o vaya usted a saber a

qué divinidad); esto le parecía como si dicha escena fuera sacada de una novela de Alejo Carpentier. Dicho danzante, sin polo, sudoroso, endemoniado, poseído, no paraba de bailar. Todo un espectáculo.

Johannes quedó desconcertado al ver dicho ritual infernal (él acostumbrado a escuchar y bailar al ritmo de The Beatles, Rolling Stones y The Police) y miró con asombro cómo los demás aplaudían y celebraban el baile, se sintió como Moisés en el palacio del faraón Ramsés I cada vez que le entregaban las ofrendas de las tribus vencidas del África (claro, antes que fuera descubierto que era judío y un día alzara los brazos abriéndose el mar Rojo y más que jugar carnavales con los carruajes del ejército del Faraón, terminó por ahogarlos), siendo este quizás el registro más antiguo de lo que hoy llamamos «en aras de la seguridad ciudadana».

Empezó a salir de allí, como si se alejara de las puertas del infierno, y de repente... empezó a sonar la música «chicha» bien peruana, a través de un portentoso parlante musical de un vendedor de discos pirata estacionado en alguna esquina de ese cruce —seguramente sin permiso municipal—, rompiendo los tímpanos de los trajinados transeúntes, al ritmo de la música de Chacalón, Pintura roja y Los Destellos. ¡Salud!, se escuchó por allí.

Al compás de esa melancólica música, que invita a tomarse unas cervezas, al ritmo de esas guitarras chillonas, con videos de exuberantes bailarinas (que con los años gracias a sus escándalos con peloteros de nuestra «premier league» se hacían hasta conductoras de televisión), vio que a su alrededor se vendía de todo y al decir «todo» queda corto el concepto, pues éste sobrepasa los conceptos del mismo Aristóteles e incluso Hegel. Por ejemplo, se vendía comida al paso, que era devorada por los comensales llamados popularmente como «los agachados»; allí se degustaba ceviche de pota con bastante cebolla y ají, el famoso «siete colores» (una mezcla de ceviche, tallarines rojos, caucau, papa a la huancaína) la infaltable papa rellena, causas con pollo o atún, higadito frito, huevitos de codorniz, etc.; era todo un bufete callejero (como si no nos bastara con tener pollerías, chifas y restaurantes en cada avenida de la gran Lima).

También hacían de las suyas los vendedores de ropa, de donde podrías salir vestido al mismo estilo de Cristiano Ronaldo, a precios comodísimos para todos y en todas las tallas; también estaban las barberías donde se hacían los más extraños y estrambóticos cortes de pelo (como si a eso le podríamos llamar corte de pelo), bueno, es la moda, y la moda siempre incomoda, reza el dicho. Aquellos lugares estaban repletos de jóvenes con celular en mano buscando el modelo de corte de pelo más adecuado para sorprender a sus amigos con su nueva foto de perfil en Facebook. También había lugares donde se hacían

manicure, limpieza de cutis, arreglos faciales, mallas para moldear cuerpos caídos por la ley de la gravedad, fajas para adelgazar; está de más decir que se teñían cabellos, casi todas las chicas que entraban salían rubias al estilo de Farrah Fawcett (y por momentos más le pareció que estaba en Viena que en el centro de Lima); podrías llegar en la mañana y se encargarían de dejarte todo limpio, bañado y «bello», listo para salir a la boda de algún compañero de tu promoción en las afueras de Lima.

Infaltables la venta de celulares de última generación con mica incluida ya en el precio, para tus selfies, y es que el celular se ha convertido en algo tan imprescindible del ser humano que se le podría llamar que es nuestra «nueva extremidad». Se vendía de todo y para todos.

En medio de ese caos caminó más rápido hacia el final de la calle, y allí se encontró con un restaurante que parecía un palacio chino, una belleza oriental, en cuya terraza se podían divisar dos dragones color rojo y verde y en medio de ellos una gema, y donde el plato especialidad de la casa era el «pato Pekín».

El olor a incienso, las lecturas del tarot, los tigres chiferos, los buditas (con su pancita para la buena suerte), las monedas para la prosperidad, los palos santos para los negocios, la canela china, el perfume esotérico, también había un local de acupuntura china que sanaba desde las migrañas hasta las hemorroides (pensó en su suegro, el inefable galán otoñal que paraba todo el día sentado); infaltables las tiendas de productos para comida china, donde se vendía la salsa tausi y hoisin, el sillao, el té verde chino para adelgazar, las verduras: choi sam, el holantao, pachulí, aceite de ajonjolí, kion, los huevos de pato salado, los pescados de río (favoritos entre los chinos) los langostinos, etc.

Siguiendo la ruta, divisó la iglesia del Jesús Reparador, donde los fieles aún en estos tiempos ponían sus velitas y rezaban por la sanación y salvación del mundo, arrodillados con su hábito del Señor de los Milagros, pedían un «milagrito», ponían flores, dejaban su limosna, se persignaban y volvían a casa purificados, limpios, con la esperanza de que sus ruegos sean atendidos por el Todopoderoso.

Mientras avanzaba y trataba de recordar algún rezo, casi malogró un dibujo con el rostro de Jesucristo pintado en el suelo por un niño que lo había hecho con una técnica impresionante, que hasta Salvador Dalí envidiaría. Allí recién se acordó de cómo se persigna, es con la mano derecha, dijo aliviado.

Johannes estaba en esa jungla de cemento, en el mes morado, del patrono de Lima, mes de las procesiones, el turrón, los hábitos morados y las penitencias al Cristo moreno, que salía en procesión también en varios lugares del planeta, pues allí donde también hay miles de peruanos que emigraron dejando su queri-

da patria en busca de un futuro mejor, ellos también necesitaban de la bendición del Cristo de Pachacamilla. Por eso Johannes se tuvo que acomodar mejor entre la gente que venía en miles por esas calles estrechas, miles de devotos que venían de la procesión del Señor de los Milagros; se sentía ya el olor de las sahumadoras, se veían los cirios prendidos, los hermanos cargadores de alguna cuadrilla, empezando a fajarse y acomodarse el terno, preparando el cuerpo y más el hombro para llevar en andas al Cristo moreno, que sobrevivió no sólo a terremotos, sino también a nuestra clase política, que hoy sólo nos aburre con sus falsas promesas, inacabables mociones de vacancia y amenazas de cierre del Congreso; Señor, ten piedad de nosotros, llévatelos.

A lo lejos Johannes pudo divisar el anda del Señor de los Milagros, veía las manos alzadas pidiendo su gracia (aunque más se veían los celulares de alta gama grabando el momento); de pronto se acordó de su abuelita María Virginia, que vivió en una casa grande en el barrio de San Felipe, cerca del antiguo Hipódromo, su abuelita infaltable a sus misas diarias, se amanecía cada año para ver las salidas de la Virgen del Carmen en los barrios altos.

Mientras Johannes se acomodaba, se escuchaba el cajonear y la guitarra que armaba la jarana en un estrado levantado improvisadamente y donde se podía escuchar una criolla canción que decía: «Acompañaremos al señor Cristo moreno, señor de los milagros y patrón de la ciudad». Por un instante le vino a la mente el recuerdo de su tío, un gordito bonachón, bien criollo, que organizaba en la terraza de su casa tremendas jaranas, adonde acudían sus amigos del colegio La Recoleta, todos rubios, bronceados, y bellas señoritas de la alta sociedad, las cuales algunas de ellas tenían alma de negra, pues el bailar las delataba; así pasó con la tía Rebeca, que estudió para ser arquitecta en la Católica, y se había enamorado de un moreno cajonero de los barrios altos, ¡la que se armó en la casa de su abuelo! (quien una vez fuera asesor del presidente Leguia en la década de los años veinte) al descubrir el prohibido amor, jamás aceptado por la alta sociedad limeña, le pusieron chofer para que la llevara y la dejara en la mismísima puerta de la universidad, pero ella, coqueta como ninguna y muy viva, se las arreglaba para que el chofer entrara con el carro por la avenida Grau y doblara en una calle rumbo a los barrios altos. Y como Dios perdona el pecado mas no el escándalo, el abuelo de Johannes mandó a la tía Rebeca a estudiar al extranjero. Johannes ahora entiende por qué de sus tres hijos de la tía Rebeca, el mayor es medio mulato y sus otros dos hijos se parecen más bien a niños salidos de las juventudes hitlerianas. En fin, en todos lados se cuecen habas.

Cuando creyó que esa pesadilla había acabado, se topó con unos bailarines de danzas de la selva que vendían cebo de culebra para los dolores; iban vestidos de trajes de color rojo y marrón, con instrumentos raros, haciendo sonidos de la

jungla; llevaban unas boas o serpientes alrededor de sus cuellos, al ritmo de canciones cuya letra eran en su lengua originaria, llenos de alegría y felicidad; para ellos la desgracia de este mundo no existía, vivían en un atalaya amazónico, nunca se enterarían de la guerra en Ucrania, el calentamiento global, las crisis migratorias en Centroamérica o las eternas amenazas de «chino loco» y sus misiles nucleares allá en Corea.

No pudo más... Se recostó a la pared en una esquina, buscó aire, respiró; con más calma, pudo mirar ese movimiento apresurado de la gente que se mezclaba entre ritos, música, colores... Todo un crisol de razas, ciudadanos de otros países, hijos de migrantes de culturas milenarias, todos ellos que de seguro día a día buscaban sacar adelante a sus familias, trabajando duro todos los días, sin importar la adversidad, el mal tiempo, el caos, y de vez en cuando los palos de los serenazgos (más aún en épocas de reelección del alcalde de la ciudad).

Mientras se calmaba, y trataba de sacar su libreta de apuntes y notas, un policía, al verlo medio extraño, le pidió sus documentos de identidad, los cuales fueron entregados con cierto nerviosismo. El policía miró el DNI y leyó el nombre: «Johannes Ludwing Huamán Chupaca Porongo... Natural de Apurímac, con domicilio en La Rinconada del Lago, La Molina».

—Tiene nombre de extranjero... Pero unos apellidos bien, pero bien peruanos, ja, ja, ja —le dijo el policía sonriendo sarcásticamente al devolverle el DNI.

Después de todo lo que vio y experimentó ese día, Johannes Ludwing comprendió que la fuerza motriz del país (que él no conocía) era el trabajo de su gente, que estaba hecha de una pluralidad de culturas, de razas, de migraciones, personas que dejaron sus tierras en busca de un futuro mejor en la capital, a veces también huyendo de la violencia, del terror, del abandono del Estado; esos hombres y mujeres que seguro llegaron a la capital con casi nada, sentando una estera en algún arenal de Lima, y de la nada resurgen, trabajan honestamente a diario sin parar, para darles a sus hijos lo que seguro ellos nunca pudieron tener, como una buena educación, mejor salud, vivienda y demás derechos (que a veces son el privilegio de unos pocos); también vienen con sus miedos, su pasado, recuerdos y tristezas, cuentos, anécdotas, moralejas, tradiciones, culturas, lenguas, música; muchas veces son marginados, burlados y objeto de discriminación en nuestra terrible sociedad, donde aún lamentablemente pululan los que creen tener más derechos y privilegios que los demás tan sólo por llevar un apellido extranjero, y creen que con dinero «lo pueden comprar todo», y no hablar ya de nuestros políticos, que en vez de estar del lado del pueblo están en la acera del frente y nos tiran a la cara sus discursos somníferos plasmados en papel (aunque, pensándolo bien, preferiría que me tiren basura).

Antes de entregarse a esa «masa» de gente, a ese cruce o crisol de razas, Johannes Ludwing Huamán Chupaca Porongo se sintió uno de ellos, pero a la vez tan lejano a ellos también; había nacido en el corazón del Perú, pero había sido criado entre lujos, modales y estilos de otro país, por lo tanto no era el Paco Yunque, era sin querer el Humberto Grieve del cuento de César Vallejo. Esa «duda existencial» lo angustió por un momento, el no saber en qué lado de la sociedad ahora él se sentía; reflexionó y se dijo para sí mismo: «Hoy me he dado cuenta de que siempre fui parte también de este crisol de razas, sólo que me lo escondieron». En un banco de cemento, se sentó a escribir todo lo visto y experimentado; luego salió a enfrentarse a esa «masa» para buscar al chinito que vendía yucas fritas.

En la casa donde se originó el realismo socialista

Edgardo Rafael Malaspina Guerra

Escritor venezolano (Las Mercedes del Llano, Guárico, 1959). Es médico y profesor universitario. Ha publicado, entre otros títulos de ensayo, poesía y narrativa, *Del socialismo real a la perestroika* (1992), *Perfil clínico de un pueblo en desarrollo* (1993), *Breviario de andantes* (1996), *Literatura y medicina* (1998), *La ética en el arte* (1998), *Historia de la medicina en la antigüedad* (2003), *Historia de la medicina en el estado Guárico* (2004), *El credo estético literario de Argenis Rodríguez* (2006), *Elementos de versoterapia* (2007, 2014), *El último juglar* (2008), *Rumbo al Orinoco y otros cuentos* (2009), *Manual de historia de la medicina* (2010, 2012, 2013, 2014), *Diario de Moscú* (2010), *Las Mercedes del Llano y su historia* (2014) *y Medicrónicas* (2015).

En 1932 Gorki y Stalin se reunieron en esta casa con Mijaíl Shólojov para hablar de* El Don apacible. *Stalin visitó dos veces más la mansión para conversar con escritores soviéticos. En la última reunión, en octubre de 1932, surgió el término «realismo socialista».

El autor de esta crónica en la sala donde Stalin les sugirió a los escritores su idea sobre el «realismo socialista».

En la casa donde se originó el realismo socialista

Edgardo Rafael Malaspina Guerra

1

A las once de la mañana salgo de mi residencia. El día es radiante, pero a pesar de que el sol penetra todos los espacios, hace frío. El bus tarda en llegar. En el Metro Tiopli Stan un policía les solicita documentos a unos usuarios. Es un procedimiento rutinario, pienso. Llego a la estación Tretiakovskaia, luego de media hora. Para matar el tiempo releo *Mis universidades*, de Gorki, que forma parte de una trilogía junto con *Infancia* y *Por el mundo*. Esos libros los leí en mis tiempos estudiantiles. Empecé con *La madre* porque era la obra que estaba en boca de todos los jóvenes de la época. Paso a la Novokusnevskaia. Salgo en Tverskaia y activo el GPS en el celular. Camino y el dispositivo heredero de la brújula dice que ese no es el camino. Retrocedo. Empiezo de nuevo, pero igual me equivoco: todo es consecuencia de que no soy de la generación digital. Soy inmigrante digital, según el libro *El cerebro digital*, de Gary Small y Gigi Vorgan. Me pierdo y me desespero. Pienso regresar y me entristezco porque volver así es salir derrotado en una empresa tan pequeña, y porque puede ser una concesión al paso del tiempo.

2

Hace poco circuló en las redes un escrito sobre el nonagenario Clint Eastwood cuando le preguntaron por su método para mantenerse activo. Respondió: «Cuando me levanto todos los días, no dejo entrar al viejo. Mi secreto es el mismo desde 1959: mantenerme ocupado. Nunca dejo que el viejo entre en casa. He tenido que sacarlo a rastras, porque el tipo ya estaba cómodamente instalado, dándome coñazos a todas horas, sin dejarme espacio para otra cosa que no fuera

la nostalgia. Hay que mantenerse activo, vivo, feliz, fuerte, capaz. Está en nosotros, en nuestra inteligencia, actitud y mentalidad. Somos jóvenes, con independencia de nuestro DNI. Hay que aprender a luchar por no dejar entrar al viejo». Entonces decido seguir para no dejar entrar al viejo; pero cómo si estoy perdido y los perdidos suelen dar vueltas en círculo sin poder conseguir la salida.

3

¿Perdido? Pero eso no es del todo malo según un libro que leí hace algún tiempo. Se llama *Una guía sobre el arte de perderse*, de la escritora estadounidense Rebecca Solnit. Citas: Estar perdido puede ser la oportunidad para encontrar una salida que nos lleve a una vida mucho mejor. No perderte nunca es no vivir. No pasa nada por vivir de vez en cuando la experiencia de no saber qué hacer a continuación, por encontrarse con un obstáculo. No pasa nada por reconocer que en la vida hay algo de misterio, que hay un componente de incertidumbre. No pasa nada por reconocer que necesitamos ayuda, que pedir ayuda es un acto de una gran generosidad porque permite a los demás ayudarnos y nos permite a nosotros mismos ser ayudados. Unas veces pedimos ayuda, otras veces ofrecemos ayuda, y entonces este mundo hostil se transforma en un lugar muy diferente.

4

Pido ayuda. Me acerco a un señor corpulento. No sé, me contesta, pero puede ser hacia allá. Otro simplemente se encoge de hombros. Me encuentro con un hombre pequeño. Su respuesta es: «Este es mi primer día en Moscú. Soy armenio. Me multaron en el aeropuerto y ando recogiendo dinero para solventar mi situación». Le digo que no tengo efectivo, y él me responde:

—Puedes hacerme un depósito con tu celular.

Es un método de pequeñas estafas, creo. Sigo adelante.

Un anciano me explica muy amablemente hacía dónde ir. Camino y el GPS dice que voy en el sentido correcto. Luego de andar bastante tiempo por el bulevar de la Tverskaia veo a una bella joven sentada con un libro en uno de los bancos. Está muy concentrada en su lectura. Le pregunto por el Museo de Gorki. Con gentileza busca en su celular y me dice: «Va bien. Siga hasta el final del bulevar y luego doble a la derecha. Allí encontrará la calle Malaia Nikitskaia».

Debemos confiar en la gente que ama los libros.

5

La entrada está cerrada. Le pregunto a un jardinero que hace su trabajo a conciencia si acaso el museo no trabaja hoy. Me contesta: «La entrada es por la parte trasera». Es decir, por la puerta por donde entraban los del servicio. En efecto, la casa-museo de Gorki era la mansión del empresario ruso Riabushinski, expropiada en 1917. Una anciana vende los boletos. La acompaña un viejito de barba blanca. Compro el boleto y la anciana me envía al ropero y sugiere ponerme los cubrezapatos. En el guardarropa otra anciana toma mi casaca y comenta un prospecto médico:

—Es un medicamento para los nervios. Pero ¡Dios mío, por qué escribir tanto y en tantos idiomas! Deberían economizar el papel.

6

Gorki decía que la casa era absurda pero que se podía trabajar. Aquí vivió desde 1931 hasta su muerte en 1936. En 1932 Gorki y Stalin se reunieron en esta casa con Mijaíl Shólojov para hablar de *El Don apacible*. Stalin visitó dos veces más la mansión para conversar con escritores soviéticos. En la última reunión, en octubre de 1932, surgió el término «realismo socialista», definido por Stalin así:

> El artista debe ante todo mostrar la vida con veracidad. Y si verdaderamente muestra nuestra vida, entonces en ella no puede dejar de notar, dejar de mostrar lo que la lleva al socialismo. Esto será arte socialista. Esto es realismo socialista.

7

Gorki se sentía vigilado y decía que detrás de cada puerta de la casa había una oreja. En 1970 la casa fue restaurada. En una de las paredes se descubrió un enorme dispositivo de escucha. Por eso Stalin le negaba el cambio de residencia a Gorki.

Biblioteca de Gorki.

8

La casa tiene biblioteca, gabinete, secretariado, comedor y dormitorio.

Toda la planta baja la ocupaba Gorki. La de arriba era para la familia. Gorki poseyó varias bibliotecas. La que se encuentra en esta casa tiene más de doce mil tomos. Aquí también está una colección de «orientalística» o conjunto de disciplinas científicas que estudian la historia, la economía, la literatura, los idiomas, el arte, la religión, la filosofía, la etnografía, los monumentos de la cultura material y espiritual de los países de Oriente. Gorki era amante de la cultura de Oriente.

9

Una de las guías me muestra una vitrina:

—Esas estatuillas las coleccionó Gorki. Es la más grande de Europa. Son netsuke.

Los netsuke son miniaturas japonesas, inventadas en el siglo XVII. La vestimenta japonesa no tenía bolsillos. Los netsuke se usaban en lugar de bolsillos. Pero algunos son sólo estatuillas, obras de arte.

10

En el comedor Gorki hacía las reuniones con los escritores soviéticos y extranjeros.

11

El dormitorio tiene una cama sencilla de madera con los enseres propios de esos aposentos.

12

Subo por una escalera en forma de ola de mar.

Arriba hay un cuarto con una réplica de la máscara mortuoria del escritor,

Colección de netsuke de Gorki.

Máscara mortuoria de Gorki.

una placa de mármol con la fecha y lugar de la muerte de Gorki, y también su último manuscrito, una especie de queja por su salud junto a pensamientos premonitorios negativos.

Con la cuidadora tuvimos un curioso diálogo:

—Dicen que Gorki regresó a la Unión Soviética, en contra de su voluntad, porque ya no tenía dinero para vivir en el extranjero —empiezo yo.

—Bueno —contesta la guía—, es cierto que ya no podía vivir como lo había hecho en Capri.

Le recuerdo lo que escribió Aleksandr Solzhenitsyn contra Gorki. Sobre su supuesta indiferencia hacia los sufrimientos de los presos políticos.

—Cada quien tiene derecho a opinar lo que piensa. Pero la realidad es que Gorki ayudó para sacar a mucha gente de las cárceles. Por otro lado, puedo decirle de Solzhenitsyn que ya hay mucha gente que no habla muy bien de él.

La guía me muestra algunas fotografías de los familiares de Gorki. Yo leo la placa mortuoria, y ella me dice:

—La trajeron de la dacha donde murió Gorki. En esa dacha vive ahora la viuda de Yeltsin. A Gorki lo incineraron. Está en la muralla del Kremlin.

13

La última nota de Gorki se refiere a la disminución de sus fuerzas y ganas de vivir, su enfermedad, sus deseos y obstáculos para materializarlos. Se muestra muy pesimista y cree que morirá pronto:

> Una sensación extrema y complicada. Se complementan dos procesos: un debilitamiento de la vitalidad de los nervios como si las células se apagaran, se cubrieran de cenizas y se tornaran grises. Al mismo tiempo tengo una tempestuosa necesidad de hablar que raya con el delirio. Siento que hablo de manera inconexa, aunque la frase ha sido fraguada: Pienso en una inflamación de los pulmones – Adivinaciones - No sobreviviré.
>
> No puedo leer y dormir.
>
> No tengo ganas de nada... Alguien...

14

Después de la muerte de Gorki en esta casa vivió Alexei Tolstoi, el autor de *Tinieblas y amanecer* y la novela histórica *Pedro I*.

15

Cuando me dispongo a salir, la señora de los boletos me dice:

—Le falta todavía un departamento.

Subo hasta un cuarto pequeño con un techo en forma de cúpula. Es la capilla del antiguo amo. Al lado hay un guardarropa. Lo miro, y la guía me dice:

—Lo usaba el pope para cambiarse de vestimenta. Aquí había misa todos los domingos para los familiares del señor Riabushinski.

Le pregunto por los iconos del recinto religioso.

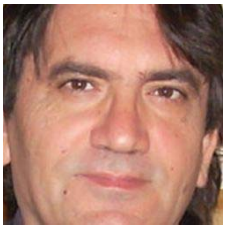
—Sí, había muchos y muy hermosos. Pero usted sabe, era el año diecisiete. Con las expropiaciones se perdieron todos.

16

Salgo hasta el bulevar de la Tverskaia. Un carro limpia las calles con una aspiradora enorme. La gente pasea bajo el atardecer otoñal. Una rotonda muestra a los recién casados Pushkin y Natalia Goncharova.

Más adelante, a los lados del sendero, hay una exposición de varios pintores. Me detengo en cada uno de los cuadros. Me encantaron las piezas que reflejan la hermosura de los paisajes invernales. Hay arte en cada rincón de la Tverskaia.

Alrededor de la estatua de Esenin el viento sopla fuertemente. Se levanta un remolino de hojas amarillas. Un niño corre tras la hojarasca y salta para tratar de alcanzar la cima del torbellino.



Exposición temporal
(selección)

Fulgencio Martínez

Docente y escritor español (Murcia, 1960). Es profesor de filosofía y dirige la revista literaria impresa *Ágora*. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Ha publicado, entre otros, los poemarios *Trisagio*, *La docta ignorancia*, *Libro del esplendor*, *Nueve para Alfeo* y *Cosas que quedaron en la sombra* (2006), que obtuvo en 2007 el premio al Libro Murciano del Año en la modalidad de poesía. En 2009 publicó, además, el poemario *León busca gacela* (Editorial Renacimiento, Sevilla). Fue incluido en la *Antología de poesía nueva*, de Luis Rosales y Hugo Gutiérrez Vega (Madrid, 1982).

Tierra de atlantes y de jayanes
donde se abre, cada día, la flor
de la voluntad, y se consume,
en el mismo día, sin dar fruto.

Exposición temporal
(selección)

Fulgencio Martínez

Luz en noche

a los españoles de Puerto Rico
al poeta puertorriqueño Antonio Ramírez Córdova

1

Lecciones de cosas a la deriva,
historia triste la de esta tierra.
Tierra de atlantes y de jayanes
donde se abre, cada día, la flor
de la voluntad, y se consume,
en el mismo día, sin dar fruto.

Gran entierro de promesas
desfila por su avenida principal
en sus celebraciones patrióticas.
Pero el gran río de su cultura se seca.
Minos recuerda de su pesadilla
y se lamenta con los pastores de Garcilaso.
En una cueva se abisma Polifemo
con el poeta de Córdoba y esconden,
de los derribadores impasibles,
un trozo de su muro excelso, noble.

2

En San Juan de Puerto Rico
luce una estrella de verdad,
no en una bandera extranjera,
sigue viva la lengua española
y Palos en Huelva se extiende hasta el Caribe.

Los poetas adolescentes leen a Darío,
a Juan Ramón Jiménez y a Rosalía,
a Gimferrer y a Antonio Machado.

Vivirá la cultura de Hispania
a pesar de los gargajos
sobre ella y las tijeras
de las pequeñas políticas.

Ciudad arrasada
Mariúpol

Cómo debe doler
el aire en la ciudad arrasada.

Camiones de estiércol
la abonan desde el alba a la noche.
Seres de fineza cierran las estrellas tras de ellos
y nadie les ve cuando resquebrajan y violan, y matan.

Los trozos del tiempo humano han ido esos
vendiendo a piezas, cada vez más pequeñas,
cada vez más inconscientes.
Nada huye de los muyahidines y de los cuervos.

Urbanas

Alejandro Michelena

Escritor uruguayo (Montevideo, 1947). Es periodista cultural y ha trabajado en diversos medios gráficos y en la radio. Ha publicado los libros de poesía *Formas y fórmulas*, *Rituales* y *Otros rituales*; las novelas *Apartamento 108*, *El vuelo de la oca* y *Un misterio llamado Baldomero*, y una decena de libros de crónica urbana sobre Montevideo. Asimismo, libros dedicados a las tertulias culturales de café en Montevideo y Buenos Aires, como *Los cafés montevideanos*, *Gran café del centro: crónica del Sorocabana* y *Viejo Café Tortoni: historia de las horas*.

Clamor en la cruz
de las esquinas,
en rincones humeantes
rumorosos
poblados de palabras.

Urbanas

Alejandro Michelena

A veces vuelvo por alguna calle
Reconociendo su color antiguo.

Vicente Barbieri

Naturaleza amortiguada

El terreno baldío
nos permite:
ver el pasto crecido
                la basura
el muro blanco al fondo
—ropa tendida
lejos—
gato que lo recorre
y sobre
        y ante
todo
un cielo muy azul.

Barrio gris

En recodo nuclear
y suburbano
hay un boliche
de paso
casi anónimo.

Allí
mecánicos de mono azul grasiento
albañiles calcáreos y gritones
muchachas operarias que ven telenovelas,
cumplen
el cotidiano rito
de un almuerzo frugal.

El asfalto retumba
con trepidar de ruedas:
de omnibuses
y de grandes camiones
que llevan o que traen
alimentos terrestres
productos del sudor interminable
de anchas
incontables
tristes
frentes.

Paisaje expresionista

Salimos
por calles
de árboles con ramas como dedos,
y pasa
        un traqueteante carro
y hay mujeres con bolsos
y gente que golpea en puertas quietas.

Y hay
muchachos que pretenden
venderle algo
                a alguien,
aquí
en este día
de gente replegada
a la espera
de que tal vez
                mañana
al fin
        algo suceda.

Elogio de las ruinas

Clamor en la cruz
de las esquinas,
en rincones humeantes
                rumorosos
poblados de palabras.

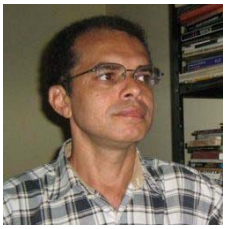
Lugares en que llega a ser posible
lograr anonimatos, soledades
acaso más auténticas
que la quieta evasión
                del ermitaño.

Microcosmos

Aquí
Montevideo
rincón en el que somos.

Baldosas
torres
calles que nos convocan
misterio de ventanas
luz de tardes.

Aquí
lugares
del lento aprendizaje.
Esquinas
del amor
y noches
de sola
soledad.

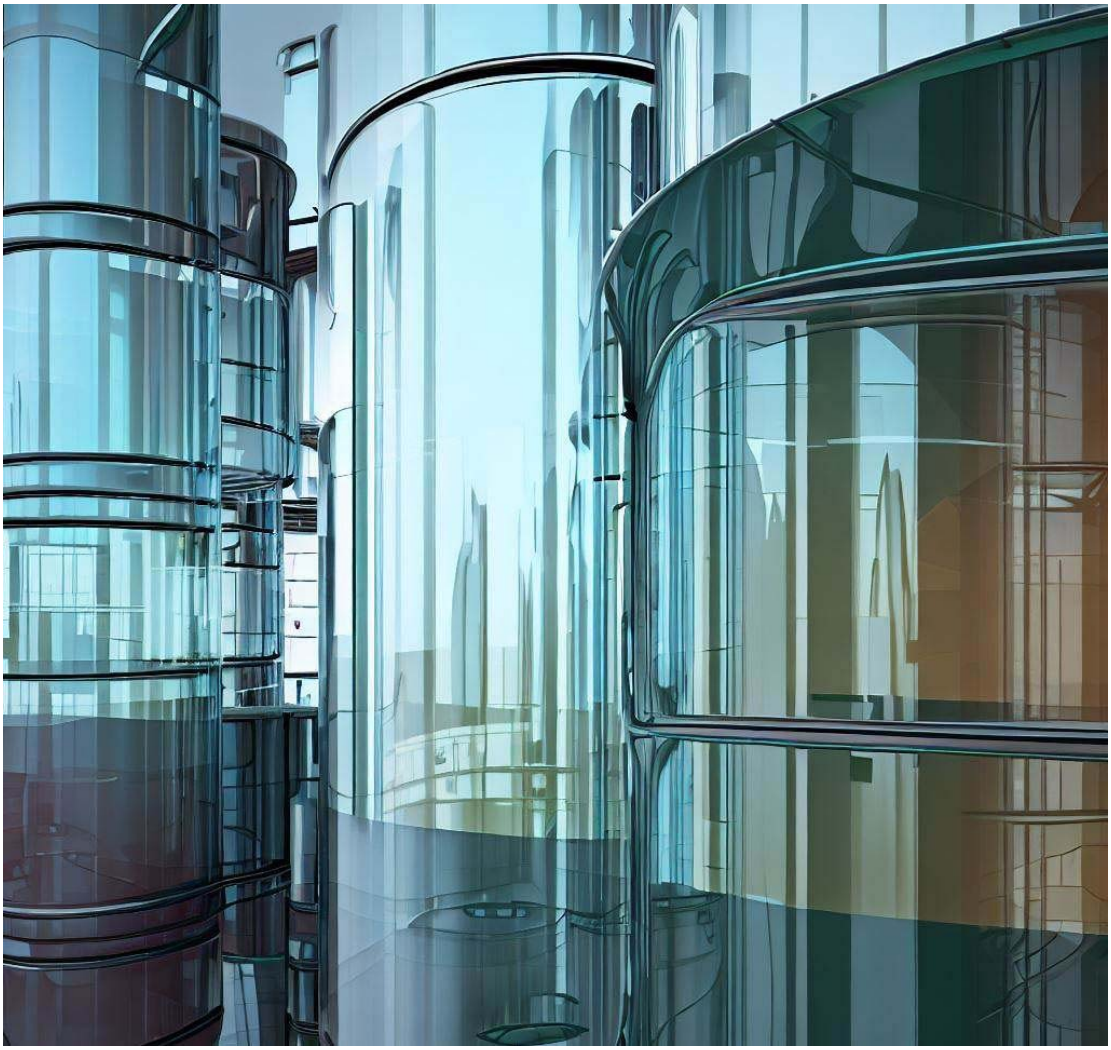


Ellos siempre deciden: dos relatos, dos tiempos, dos ciudades

Jeroh Juan Montilla

Escritor venezolano (Valle de la Pascua, Guárico, 1960). Profesor egresado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Upel), magister en Historia de Venezuela. Es facilitador de talleres de poesía y narrativa, y seminarios de literatura. Ha publicado en medios como *El Carabobeño*, *La Prensa del Tuy*, *El Periodiquito* y el *Papel Literario* de *El Nacional*, así como en la revista *Poesía* y la *Revista Nacional de Cultura*, entre otros. Autor de los poemarios *Humano de manchas* (1988) y *Lides de amor* (1995), y del libro de ensayos *Articulaciones* (2001). Textos suyos están recogidos en la antología *Pasollano, 18 poetas guariqueños* (1993). Obtuvo en 1989 el Primer Premio en el Concurso Regional de Poesía Francisco Lazo Martí, de la Casa de la Cultura de Calabozo, con el poemario *Naranja del cinco de marzo*.

Veo una amplia calle en el sueño de esta mujer. Está soñando con una ciudad ubicada en otro planeta. Ella fue allí una temporada, en esa actividad que los humanos llaman vacaciones. Todos los edificios de la calle de su sueño son cilíndricos, vidriados y transparentes, también están totalmente vacíos.



Ellos siempre deciden: dos relatos, dos tiempos, dos ciudades

Jeroh Juan Montilla

Resplandor

Haciendo uso del lenguaje humano, y por tanto de su fin comunicativo y comprensivo, tendría que expresar que esta es la visita número nueve que hago a esta habitación terrestre. En el universo el hombre es la única especie que necesita del habla y el pensamiento para comunicar. Extrañas funciones, pensar y hablar. Esta criatura habla y piensa. Lo primero es, insistentemente, un sonido que puede hacer con la boca, también pensar es hacer, en un ámbito que llama «adentro», el mismo sonido pero en silencio, con la boca cerrada. Nosotros no hacemos ni una cosa ni la otra, y a pesar de eso nos comunicamos perfectamente. No es necesario pensar o hablar. Cuando estoy ante uno de los míos y quiero cortar la comunicación, sólo basta nublar nuestros grandes ojos, o voltear la cabeza. Nosotros «nos hablamos» mirándonos fijamente a los ojos, en silencio, en ese momento nada suena en ese hipotético adentro ni en el afuera del cuerpo, uno sabe y se dice mudamente lo que se necesita saber y decir, estas dos últimas palabras no se acercan a lo que en verdad acontece cuando nos comunicamos, en ese acto no hay lenguaje. Los humanos en cambio cuando hablan no se miran entre sí, los ojos de uno rehúyen los del otro, nadie soporta la mirada ajena mientras habla con la boca. Rara especie que gusta ver sus propios ojos sólo en el espejo.

Decía que estoy en una habitación, afuera la luna está en el cenit. Nuestra pequeña nave esta posada en el jardín. Alguien duerme sobre una cama. A este rostro que tengo ante mí los humanos lo consideran hermoso, esa es otra distinción que hacen insaciablemente, lo feo y lo bello. Nuestras investigaciones en ese terreno aún se mantienen en el nivel de lo incomprensible. Es una auténtica

arbitrariedad calificar alguna cosa de fea o bella. Esa función, admitimos, nos supera, pero en algún momento la tendremos resuelta, claro, si tiene alguna utilidad dentro de nuestros propósitos y necesidades, podríamos tal vez imitarla. Decía que el rostro de este ejemplar es hermoso. Ahora está profundamente dormida. Antes de entrar a su habitación manipulé desde la nave su fase de sueño. La hice ir más hondo. No despertará sino dentro de tres horas, tiempo suficiente para mi observación y trabajo. Su respiración es lenta. Me han ordenado vigilar y modificar su soñar. Es increíble esa función en estos seres. Sueñan cuando duermen. Soñar. Este es otro misterio para mi especie. Nosotros sólo sabemos entrar y salir a una oscura nada. Dormir es como apagar las luces de la conciencia y quedarnos de pie cinco horas, con los ojos nublados; estamos allí conscientes, pero totalmente apartados de eso que los humanos llaman vigilia. En nosotros dormir es entrar a un vacío absoluto llamado Lo Primordial. Es algo muy parecido a eso mismo que los hombres llaman dudosamente «Dios». Los humanos cierran los ojos para dormir. También duermen acostados. Su dormir es un aproximarse absolutamente a la horizontalidad del planeta. Nosotros raramente yacemos o caemos, el tamaño de nuestra cabeza nos mantiene permanentemente de pie, estemos en vigilia o «dormidos».

Ese rostro precioso de una hembra se agita levemente en la cama. Hembra..., mejor le llamo mujer, esta palabra me gusta más, tiene una sonoridad más apropiada al espécimen. Si los humanos supieran realmente la propiedad modeladora de las palabras, de sus palabras, tendrían cuidado de ellas, no sólo de pronunciarlas sino hasta de pensarlas; el lenguaje humano es como una dosis, cura y mata según la proporción. Es interesante pensar como un humano, hacer uso de esa función. Me llevó un buen tiempo entrenarme para hacerlo perfectamente, aunque no me fue muy difícil aprender; tengo inclinación para ello, es algo fundamental para mis observaciones y trabajos. Ahora, el aprender a hablar sí se me hizo trabajoso. Hubo que implantar en mi garganta eso que llaman cuerdas vocales, fue doloroso el entrenamiento, perturba mucho la simultaneidad del hablar y el pensar, sincronizar esas dos cosas te hace sentir corporalmente degenerado. Sin embargo me sobrepuse y lo superé. Aprendí algo que los humanos hacen al dedillo, divagar. Es muy difícil no hacerlo, es algo consustancial con su conciencia. Hemos observado cómo la intensidad y extensión de su diálogo interior determina el tamaño de la mente humana. Ese es otro de sus misterios, hablan todo el tiempo, sobre todo consigo mismos, les es imposible callar, es como respirar. Muy pocos han logrado el silencio interior. Para ello deben hacer, de modo físico y mental, forzosos ejercicios de atención. Sólo así logran amordazar esa sonoridad mental. De tanto estudiarlos e imitarlos hasta yo he adquirido una de sus habilidades: las metáforas. He dicho «amordazar» la sonoridad mental, tal vez un día aprenda también a reír verdaderamente como ellos.

Percibo que ella ha comenzado a soñar. Es fácil saber todo lo que ocurre en sus mentes. Ellos creen que la mente está ubicada en su cerebro. Otra disparatada idea, la mente en realidad es el resplandor que rodea el cuerpo de cualquier criatura terrestre. Veo una amplia calle en el sueño de esta mujer. Está soñando con una ciudad ubicada en otro planeta. Ella fue allí una temporada, en esa actividad que los humanos llaman vacaciones. Todos los edificios de la calle de su sueño son cilíndricos, vidriados y transparentes, también están totalmente vacíos. Qué poderosa y descabellada es la facultad de imaginación en los humanos, en realidad esa calle, en la vigilia, está repleta de cientos de caballerizas; en ese planeta, particularmente, los hombres se dedican a criar a esos seres de cola inquieta, duros pies, piel peluda, es curioso... a los humanos les da por subir sobre ellos y hacerlos correr.

Voy a entrar a su sueño. Hoy me encomendaron que la haga experimentar profundamente sus remordimientos, lo más denso posible. Tomaré la figura de ese hombre barbudo cuya foto mantiene junto a una pequeña llama en una repisa de la pared de su habitación. Era su esposo, está muerto. Los humanos, a pesar de haber conquistado la tercera parte de su galaxia, aún mantienen el culto a los muertos. Entre tanto ir y venir por el espacio todavía no saben de nuestra existencia, están llenos de muchas dudas e informaciones encontradas. Es lo mejor para nuestro plan, ser inverificables dentro de sus ciencias. Seguimos siendo, después de Dios, su irresoluble misterio. Muchos dudan de nuestra existencia, algunos pocos saben de nosotros, estadística pírrica, es necesario jugar a la incertidumbre para lograr solapamiento perfecto, el jugoso *sí pero no*. La cosa es que nosotros fuimos, entre tantas manipulaciones, quienes les implantamos ese viejo culto a la muerte. El esposo de esta hermosa mujer se suicidó hace cinco años. Ella cree firmemente que no hizo lo suficiente por evitarlo, eso la hace sentir una culpa sin remedio, circunstancia muy favorable para nuestro plan. Mi especie ha descubierto lo poderosa que es la energía que genera el remordimiento. Son una incalculable mina el sufrimiento y el dolor humano, y es tan fácil hacerlos brotar, los humanos son tan vulnerables en su área del resplandor. Sabemos filtrar cada sustancia que supura esa fuente, sea de origen mental, emocional, sensitiva o sentimental, como ellos gustan llamar a esos eventos. Aplicar dolor y sufrimiento es la tecnología más apropiada para drenarlos. El remordimiento nos da un elemento básico para el combustible de nuestras naves. Ahora debo poner mi mano en su pecho, empujar un poco, y lentamente se abrirá la puerta de su corazón. Otra metáfora de ellos. Es gustoso pensarla, me encanta, cada vez aprendo y asumo un poco más de humanidad. Entro al sueño, ya camino por una calle de la ciudad, ella está a varias cuadras frente a mí, me ha visto, sonríe, imito perfectamente la figura de su marido, corre hacia mí. Qué fascinante es el resplandor de estos seres cuando sueñan.

Ciudad Sodoma

Abrió repentinamente los ojos. Sintió en el rostro el frío de la madrugada, escuchó el ondular del cortinaje de la ventana. La frustración se convirtió en un espeso trago de saliva. Estaba en su cama; al lado, su mujer resollaba quedamente. Aún le quemaba en la boca el antiguo deseo de fumar experimentado en el sueño. Pensó: nunca se despierta en cero, algo se viene contigo. De ese lado se es tan otro. Se es un otro tan habitual y forastero, tan paradójicamente familiar y a su vez tan desconocido. Nunca podía soñarse plenamente a sí mismo, ser allí como es del lado de la vigilia, íntegro en su cabalidad cotidiana. Soñar es un ejercicio de mala fe, la pirueta de mentirse a sí mismo. Cuántas veces se le ha impuesto ese modo inconsciente de evadirse de las rejas de su realidad, algo o alguien, otro en él recurre casi todas las noches a esa argucia, Dios mío, cuántas veces ha recurrido a esa pompa de jabón que llaman soñar. Sí, soñar una y otra vez, en muchas versiones, que ha roto la cuarentena y que haciendo lo prohibido, o tal vez lo imposible, sale a deambular por las solitarias calles de la ciudad siendo una variante cada noche con una sola constante, aquel viscoso acoso de algo irreconocible casi pegado a su espalda. Sabe que el reto y el miedo es lo que impulsa a su otro, huye sin atreverse a decirse, mejor dicho, sin confrontar el porqué. Pero siempre despierta en este yo, hay en eso el alivio de una derrota. Se le impone así la desesperante y vergonzosa verdad de que nunca ha ido más allá de las paredes de su apartamento.

Apartó con cuidado la cobija, se sentó en la cama, lentamente se puso de pie, no quería interrumpir el sueño de su mujer. Salió al pasillo. La puerta del cuarto de sus dos hijas estaba abierta. Se detuvo ante ella. Sus respiraciones estaban en silencio, la penumbra arropaba sus cuerpos juveniles en las camas. La madrugada entraba en forma de vientecillo por una ventana al fondo del pasillo, era una mano fresca que venía desde el mundo exterior. Caminó hasta el fondo del pasillo, allí atravesó una puerta lateral y entró a su biblioteca. En la oscuridad sintió el olor de los libros, mecánicamente extendió su mano izquierda y tocó el encendedor de la luz. La blancura del neón inundó la estancia. Sus ojos se deslumbraron un poco, parpadeó frente a su escritorio, vio el reflejo del foco en uno de los cuadros que colgaban en la pared detrás de su sillón. Concentró su mirada en el cuadro donde flotaba el reflejo del neón. Leyó mentalmente: Lot Rafael R., profesor en filología de la Universidad ZX. Pensó cuán inútil es ahora tanto homenaje y reconocimiento. Rodeó su escritorio, se sentó. Levantó la pantalla de la laptop, instantáneamente se encendió. Lot se recostó del sillón y comenzó a repasar recuerdos. En la tarde del día anterior había recibido un email de su tío Abraham conminándole a que de una vez saliera de la ciudad, que escapara de ella, de su humillante y peligrosa cuarentena. Que hiciera caso de una buena vez del men-

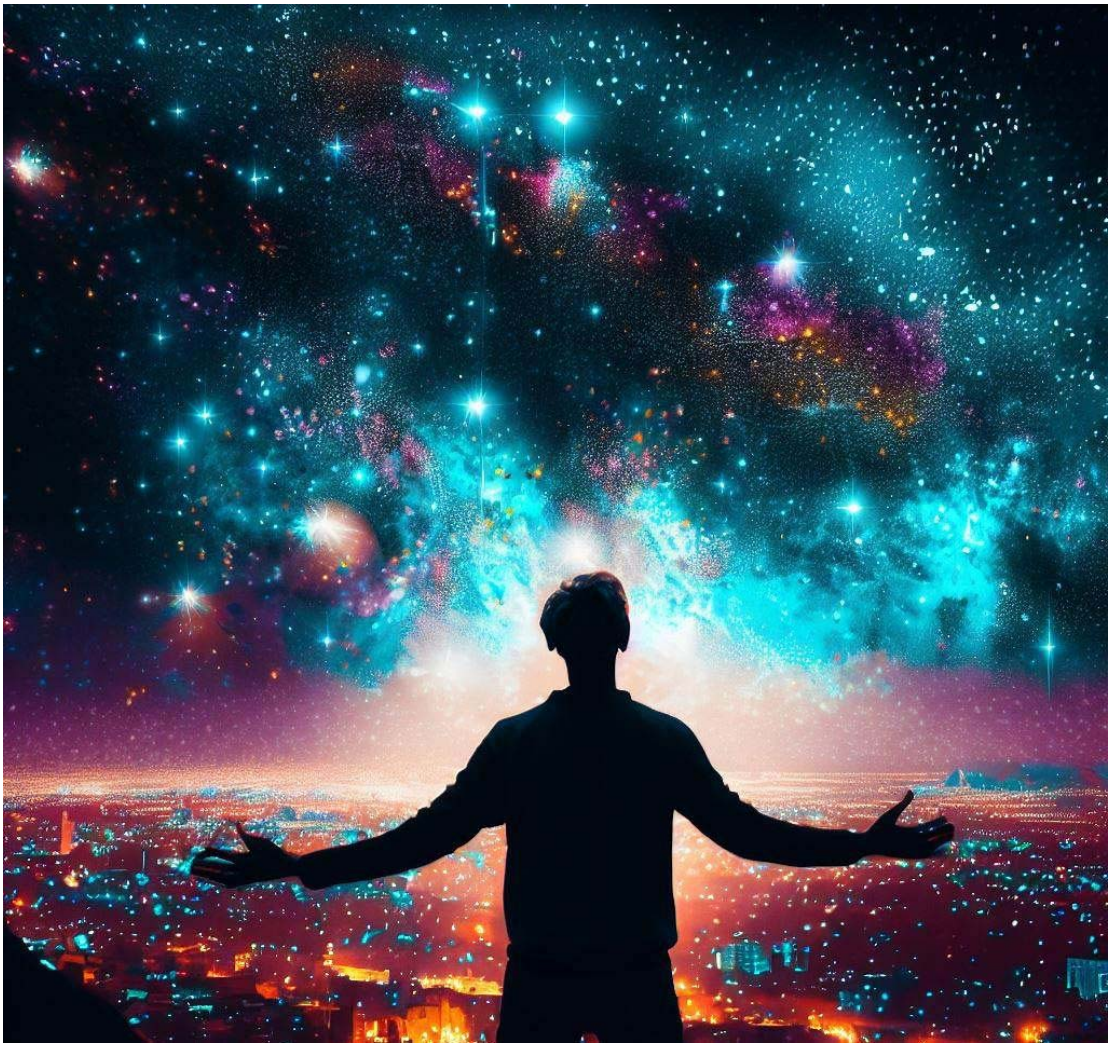
saje, de la advertencia de aquellos dos emisarios que unos meses atrás se habían hospedado en su apartamento. Lot los recordó. En su memoria aparecieron los emisarios, rostros extrañamente hermosos y decididos, cuerpos bien proporcionados, vestidos con llamativa elegancia. Repasó cada una de las palabras que ellos le dijeron, sobre todo aquellas que se referían a la peste que asolaría Ciudad Sodoma. Una peste fulminante y tramposa que ellos eran los encargados de diseminar. Aquello lo asustó sobremanera, pensó en la suerte de su familia, su mujer e hijas. Se dijo: «Huiremos a Ciudad Gomorra». Y entonces uno de aquellos dos hombres, en una muestra asombrosa de poder, le dijo mirándole a los ojos: «Allí no puedes ir, Ciudad Gomorra también será contaminada, la peste se extenderá hasta allá». Dios mío, pensó Lot, ¿quiénes eran estos seres que su tío le había pedido que alojara y de ser posible hasta protegiera? El otro hombre tomó la palabra y le dijo: «Puedes refugiarte en el pueblo de Zoar». Después pasaron a contarle que ya habían visitado el centro comercial más populoso. Sólo les bastó sentarse a almorzar en el sector de la feria y estornudar los dos al unísono; de inmediato se escuchó un coro desde las mesas vecinas: «¡Salud!», dijeron con suave cortesía...

Cita en la ciudad

José Jesús Morales Maita

Escritor venezolano (1949). Reside en Santiago de Chile. Ganador de una mención de honor en el Concurso de Cuentos Infantiles «Panchito Mandefuá» (1998) con «Los juguetes del pilar». Es integrante de la comunidad literaria Rayuela.

Abre las puertas de tu ciudad
huyendo estrellas,
para entrar despacio
con el asombro
y ahogar las palabras.



Cita en la ciudad

José Jesús Morales Maita

1

Desde el principio mi voz
anduvo de la mano
con vientos y tempestades.

Creció legítima entre las olas
junto a la playa.

Se hizo fuerte,
se inflamó de consignas
entre el tumulto.

Por largo tiempo
sostuvo imposturas.

Extraña y desconocida
era mi voz.

Enronqueció hasta la sal
con abandonos
y fue en ese entonces:
áspera y lejana.

En una calle de esta ciudad
te encuentro y recupero
mi auténtica voz.

2

Me planto de cuerpo entero
en las alturas de una torre,
sorda a las hambres devoradoras
que se comen a los justos
del mañana sin mañanas.

Amarrada a espejos enfrentados
sólo se reflejan negaciones,
cínica en las respuestas a las preguntas
que dejamos suspendidas en el aire.

Una torre de futuro apagado
construida con mentiras de papel
sobre los huesos rotos
de honorables desconocidos.

3

Desde una esquina imprecisa
observo a este hombre,
que se afana por vivir
su instante líquido
y cambia a cada paso,
y abre huidas
como heridas,
en el inútil intento
para escapar de su libro.
Pero la letra es de fuego.

yo, en cambio,
quiero ir más allá del horizonte
que señalan estos cerros agónicos,
plantados como severos guardias
para cerrar los caminos.

Ir mucho más lejos
de este cielo desteñido.
A la ciudad de la esperanza.

4

Busco ya sin afán
sobre tu cuerpo
la presencia, apenas el rastro,
quizás la huella
de la palabra perdida
en los azarosos tiempos que vivimos.
Debo buscar hasta encontrar
la urgencia de la sombra
huyendo de la noche,
los sesenta segundos
desatados hasta minuto.

5

Con estas manos
cruzadas de líneas,
que marcan el pasado
y señalan posibles mañanas,
busco en tus cabellos
aquella promesa de eucaliptos
que vientos bandidos se llevaron.
Enredado en tus cabellos,
un canto de pájaro
devuelve la palabra perdida
con renovado olor a naranjas
recién cortadas.

6

Jugué a los encuentros
en tu espalda de nube,
de arena tostada,
de cielo regado de estrellas
sin malos presagios.

jugué una partida perdida
desde los hombros
hasta la cintura.

Inauguré una aventura
sin futuro ni mañana,
sin lúcido amanecer,
sin más nombre
que el momento,
sin más razón
que la locura.

7

Quiero rodear tu cintura
y encontrar esa canción
que marcas desde el pecho
a ritmo de tambor,
al son de los cueros,
con estridencia de timbales
que abren deseos y sueños nuevos.

8

Al momento,
—en negro—
necesito oír tu voz
despertar las mañanas.

9

Detén los relojes
a las once en punto.
Abre las puertas de tu ciudad
huyendo estrellas,
para entrar despacio
con el asombro
y ahogar las palabras.

En el mayor de los silencios
subir a tus colinas coronadas,
caminar tus calles
de faroles encendidos.
Sin esconderme
en falsos anuncios luminosos
andar sobre veredas
de luna nueva,
a paso lento,
sin detenerme
ni un solo momento.

Francotiradores

Rolando Morelli

Escritor cubano (Horsens, Dinamarca, 1953). Creció en Camagüey, Cuba. Narrador, poeta, dramaturgo, editor y profesor universitario jubilado. Es editor general de la serie *Dossier / Cuadernos monográficos* de Ediciones La Gota de Agua, con sede en Filadelfia, Pensilvania (Estados Unidos). Entre sus títulos más recientes se encuentran los libros de cuentos *En tabletas de barro y por otros medios* y *Cuentos argentinos de Cuba para un editor español* (Verbum).

En silencio —reconcentrada en lo que hacía—, la muchacha iba poniendo, con absoluta determinación, una hoja suelta en las manos de los que pasaban. Yo podía verlo. Algunos se detenían un momento a examinar el volante. Otros, así que comprobaban de lo que se trataba, lo arrojaban de inmediato, cual si les quemara en las manos, o sin manifestar el menor interés por lo que pudiera ser.

Francotiradores

Rolando Morelli

Hacía ya mucho aguardaba a la mesa, con verdadera resignación, por el cuarto de pizza que había pedido, mientras esperaba con mayor ansiedad por la llegada de Minerva. Esa mañana habíamos concertado este encuentro, que se anunciaba prometedor, según mis cálculos. En eso estaba, cuando creí advertir su presencia al final de la calle. No. No se trataba de Minerva, a quien esperaba. Acabé por decirme, con verdadero desencanto, que ya no vendría. Y enseguida, ensayé a hallar explicaciones que trajeran, más que nada, algún género de alivio a mi lastimada autoestima. En ese instante alguna de las camareras me alcanzó, al fin, el cuarto de pizza correspondiente, por el cual había esperado al menos tres cuartos de hora. Sin decir palabra lo depositó sobre la mesita a la que yo esperaba, antes de alejarse nuevamente. Desistí de suplicarle un vaso de agua al tiempo, naturalmente. No tenía que estar fría. Alguien volcó sin proponérselo otra de las mesas situadas en el exterior de la pizzería al levantarse, evidentemente contrariado por una espera que seguramente había sido tan larga como la mía. Todo esto debió bastarme para olvidarme del plante de Minerva. Como decía, alcancé a ver a la muchacha. La mirada había acabado por detenerse en su figura, que parecía ocupar, ella sola —se me antojó repentinamente—, el otro extremo de la calle, estrecha y peatonal, donde estaba situada la pizzería. No sabría decir qué cosa hizo que me fijara en ella, inicialmente. ¡Tal vez el mero hecho de ser ella! Me explico: una verdadera desconocida. Alguien que ocupa de repente todo el ámbito de nuestra retina, sin habérselo propuesto. Sin que nos lo hayamos propuesto. De no haber sentido verdadera hambre, me habría olvidado del cuarto de pizza. Hubiera querido devorarlo en un abrir y cerrar de ojos, pero el primer bocado me abrasó el paladar. No sé por qué razón había anticipado que estaría más frío que el agua del vasito. Habría querido que ella también alcanzara a verme, a descubrirme entre la gente vociferante que colmaba el local. ¡Si al menos pudiera disponer de algo en qué envolver mi cuarto de pizza para llevármelo, habría abandonado la mesita para marcharme! Me habría acercado a ella, pero se trataba de un verdadero dilema.

En silencio —reconcentrada en lo que hacía—, la muchacha iba poniendo, con absoluta determinación, una hoja suelta en las manos de los que pasaban. Yo podía verlo. Algunos se detenían un momento a examinar el volante. Otros, así que comprobaban de lo que se trataba, lo arrojaban de inmediato, cual si les quemara en las manos, o sin manifestar el menor interés por lo que pudiera ser. Algunos rechazaban con un gesto predeterminado la hoja mimeografiada que ella quería poner en sus manos, antes siquiera de percatarse de su contenido. Cumplida su labor, en poquísimo tiempo la desconocida desapareció de mi vista. Ocurrió en un instante. No podría decir cómo, sino que ocurrió así mismo, poco antes de que el acomodador del cine más próximo, a mitad de la calle, abandonara su desempeño, y saliera a la calle para hacer sonar aspaventosamente el silbato de que iba provisto.

—¡Ataja!... —gritaba el chivato, entre uno y otro soplido, indicando un punto al final de la calle por donde la chica había desaparecido—. ¡Ladrón!... ¡A cogerla! Es una ladrona contrarrevolucionaria. ¡Ataja! ¡Una carterista! Una carterista...

Al comienzo no conseguí imaginar que se tratara de ella. ¿De qué manera podía ser así? Yo seguía empeñado en acabar la pizza, inmóvil en mi puesto. Una señora me pidió autorización para sentarse en la silla colocada al otro lado de la mesa. Naturalmente, le dije que podía ocuparla, y me incorporé para hacerle lugar junto a ella. La buena mujer me lo agradeció. Parecía triste. A decir verdad, interesado como ahora estaba en lo que sucedía a pocos metros de donde nos hallábamos, temí que la mujer fuera a aprovecharse de mi caballerosidad, o de mi bondad, o lo que fuera, para hablarme de su tristeza, o del motivo de ésta. No lo hizo, y me reproché luego haber dado acogida en el pecho a este género de egoísmo. Fui yo quien, a pesar de tener mi atención en otra parte, intentó dedicarle al menos alguna palabra de aliento que la sostuviera, pero ella pareció no necesitarlas, o hallarse por encima de tales exquisiteces. Devoró ante mis ojos, que no la miraban, el cuarto de pizza con verdadera rapidez, después de cortarla en pequeños trocitos con unos utensilios que sacó de una bolsita. Todo esto debió suceder vertiginosamente, tuve la impresión, y entonces se marchó, no sin alcanzar a darme las gracias.

—De nada, señora. De nada —balbuceé—. ¡Que le vaya muy bien!

Creo que sonrió. ¿Me sonrió a mí, o se trataba de un mero gesto en correspondencia a mis palabras?

Todo esto quedaría, por así decir, en la lejanía de la conciencia, porque mi verdadero interés, ahora, se concentraba en lo que sucedía o parecía suceder a poca distancia. Hallé el modo de ir devorando yo también el cuarto de pizza, casi sin darme cuenta de hacerlo.

Movilizados por la aspaventosa incitación del acomodador, varios individuos se habían lanzado de inmediato en persecución de alguno cualquiera, sin más idea de lo que perseguían o de por qué lo hacían, según pronto se hizo evidente. El hombre que así los soliviantaba con sus órdenes, no obstante, permaneció en su sitio habiendo asumido un aire de resolución, cual si pudiera tratarse de una operación militar a su cargo. Al dar unos pasos, noté ahora que cojeaba acentuadamente. Dos milicianos, o soldados, armados con sendos rifles, lo reconocieron y, tras cruzar unas palabras, el acomodador indicó el rumbo que habría seguido la muchacha.

Algunos de quienes habían partido antes en pos de algo regresaban en ese momento con aire satisfecho. Arrastraban con ellos a una pareja de jóvenes. La muchacha lucía un peinado estilo «afro», al que también llamaban «espendrún», en tanto que él llevaba el pelo largo hasta la cintura.

—No la toques, ¿me oíste? Te lo advierto. Tú lo que eres es un abusador y un oportunista. Me cogiste a traición. Suéltame, anda, y pelea como los hombres, de frente —decía el muchacho. Le calculé unos diecisiete años. Tenía casi cerrado uno de los ojos y una especie de aureola de color marrón alrededor del mismo.

Conseguí reconocerlo enseguida. Era de «los pepillos del comercio», es decir, de quienes pasaban la mayor parte del tiempo libre de que disponían, o se agenciaban, por la calle Maceo —que una vez fuera la calle del Encanto, entre otras grandes tiendas— y sus alrededores. Sí. Lo reconocí enseguida. Joaquincito Gálvez Mena me lo había presentado alguna vez.

—Un tipo bacán bacán. Fonsi. Quiero que lo conozcas. Es casi primo mío. Lo botaron del pre porque dicen que es un problemático. Lo que pasó es que le hicieron un número ocho, seguro que para que lo coja enseguida el Servicio Militar Obligatorio, cuando mejor les parezca, o lo metan preso. La ley contra la vagancia ésa sirve para todo. Y si no, te aplican la de la peligrosidad social.

La muchacha no me resultó conocida. Tenía un tipo como para no olvidarla. Esbelta, delgada. Las facciones y la piel del rostro parecían espolvoreadas con canela fina. Me recordó el color que adquiere esta especia cuando mi madre la espolvorea sobre el arroz con dulce, y se impregna de la humedad de la leche y el arroz. No. Se trataba de una desconocida para mí. De haberla visto antes, ya la recordaría yo.

—Al Jesucristo este —se adelantó uno de los captores— lo pescamos con la mano en la masa. Los otros se piraron y lo dejaron solo. Quiero decir, con la negrita esta que quiere pasar por blanca.

El grupo rio la declaración del chivato, tal vez por aquello de la comparación con Jesucristo.

A Fonsi, que se resistía a ser conducido por las buenas, lo habían maniatado con la correa ancha que antes llevara alrededor de la cintura para sostener en su lugar el pantalón. Mediante un trozo de cuerda atado alrededor de las muñecas tiraban de él, y cuando cayó al suelo, después de dar un traspié, le obligaron a incorporarse sin contemplaciones. La muchacha, entre lágrimas, se dejaba conducir con docilidad, pese a lo cual también a ella le propinaban algún que otro empujón. Cuando por fin estuvieron todos junto al acomodador, que debía ser el «jefe de operaciones», éste los observó de arriba abajo con dureza antes de decir a la cuadrilla que no, con insistencia y evidente contrariedad.

—Pero estos dos también podrían estar metidos en algo. O saber algo que van a decirnos —dijo uno de los uniformados, mirando con verdadero odio al joven enclenque del pelo largo—. ¡Mira para eso! ¡Qué facha...! —dirigiéndose a los que lo habían traído—. ¿Ustedes qué creen, compañeros? ¿Que «eso» pueda algún día ser un hombre? ¿Y esto otro?... ¿Quién ha visto nunca una negra hippie?

Las risotadas llenaron la calle, aunque fueran menos los que rieran.

Fonsi y su compañera fueron conducidos a pie a lo largo de la calle, y también ellos desaparecieron al alcance de mi vista. Recordé las palabras de Joaquincito y sentí mucha pena por Fonsi y su muchacha, y un resentimiento grande que se apoderaba de mi pecho. Temí que no hubiera en él bastante espacio para contenerlo.

***

A Minerva no le guardo rencor. Parece como si me evitara. Ni una mínima explicación para justificar el plante. Yo me había hecho alguna idea a propósito de este encuentro, lo mismo que si se tratara de un gran descubrimiento, que no resultó ser en absoluto. O a lo mejor sí, aunque se tratara de otro descubrimiento. ¡Lo mismo que Colón, si vamos a ver! En busca de las riquezas de la India, dio con las riquezas de otro continente mayor. Sin saberlo, naturalmente. Bueno, tampoco yo lo sabía entonces. Desde entonces, a menudo repaso los hechos.

Ocupaba una de las mesitas que desbordan el portal de la pizzería del Gallo de Oro, aguardando allí, obedientemente, a que me sirvieran mi cuarto de pizza, mientras aguardaba ansiosamente la aparición de Minerva. Había visto por azar

a la muchacha que intentaba, y muchas veces conseguía, poner una hoja suelta en las manos de los transeúntes, a medida que se alejaba calle arriba. Alcancé a ver el aspaviento del acomodador del cine próximo y lo sucedido con la pareja «capturada» a la que se llevaron sin miramientos de ninguna clase. Un instante la perdí de vista... No sé bien si distraído con la masticación, o por causa de la desconocida con la que compartía mesa. ¡Un instante apenas, y al mirar de nuevo en dirección a donde debía hallarse, se había esfumado toda traza de ella por el laberinto de calles de la ciudad vieja! Y esto, el hecho de haberla perdido de vista, se me reveló claramente un hecho trágico. Sin dudas lo era. Pues de ella partían los hilos que conducían a alguna parte. Su presencia allí, y su desaparición, eran esenciales para explicarlo todo. A partir de esta realización sentí verdadera curiosidad por examinar el contenido del impreso. Abandoné el sitio que hasta entonces ocupaba y me dirigí en pos de su estela rutilante. Furtivamente, me acerqué a un latón desbordado de basura. Con determinación y prontitud recogí una de las hojas que habían caído próximas a éste, la coloqué en un bolsillo y me alejé del lugar. Con el mayor disimulo, al resguardo de un zaguán, leí lo que decía la hoja suelta.

Luego, todo alrededor pareció volver entonces a la rutina que había prevalecido, hasta la aparición de la joven con las octavillas. Hasta que algo diferente ocurrió luego.

Por toda la ciudad aparecieron letreros, colocados al resguardo de la noche. Llegué a pensar que se trataba de algo «oficial», a causa de aquello de «Movimiento Estudiantil», con que a veces empezaban, pero después seguían las palabras «Por Cuba Libre y Democrática», y los primeros versos de la hoja suelta del día anterior. Enseguida nos «movilizaron». Es decir, nos sacaron de las aulas a todos los estudiantes de secundaria y nos trajeron para pintar encima de las pintadas otras consignas. A semejante operación le llamaron «una movilización combativa». Entonces nos dimos cuenta de que algo verdaderamente serio estaba pasando delante de nuestras narices. Con muchísima cautela lo comentamos, cuanto era posible hacerlo, con algún compañero de suma confianza. Algo ocurría que rebasaba esas palabras con que se intentaba explicarnos lo ocurrido, dejándolo sin verdadera explicación, a la vez que nos utilizaban para borrarlo, y esta realización elemental conseguía soliviantarnos. Entonces pensé en ella, en quien, de todos modos, no dejaba de pensar. ¿Cómo no acordarse de ella y sus proclamas? Bueno, a decir verdad, recordarla no pasaba de hacerme una idea de quién pudiera ser. Y ese había venido a ser mi problema precisamente, que no podía acordarme, tal y como hubiera querido, de cómo eran sus facciones. La imaginaba, naturalmente, y dicha imagen podía antojárseme real. La imaginé entonces. La sentí, como a cualquier otra muchacha de su edad: los ojos eran los

de Enriqueta Vélez —¡oh, Enriqueta!—; el pelo el de Laurita Moya; la piel de Isaura Hernández; la boca de la otra Laura, Medina; las piernas y el caminar de Anna Gabriella Manzoni; los brazos y las manos de Celia Gómez de Aguilera, y la gracia de conjunto de Diana. (¡Decir Diana es ya decirlo todo!). No negaré que me sentí incómodo con la pintura cubista que acababa de lograr. De Minerva, que me había dejado esperando en la pizzería y luego no supo o no quiso darme una verdadera satisfacción, no quise ni acordarme. De todas las demás sí debería tener un poco mi retrato. Aunque no llegara a confesárselo a ninguna de ellas, yo estaba bastante enamorado de todas, un poco por lo menos. Creí recordar que la muchacha llevaba unos espejuelitos montados. ¡Herencia de familia o enviados de afuera, porque quién tenía aquí, hoy, unos así!

La voz del profesor Utreras me sacó de repente de tan reconcentrados pensamientos. Dijo algo de apretar más la brocha y siguió de largo, repitiendo seguramente la misma cosa. Ahora muchos parecían intrigados. Habíamos sido sorprendidos por la rapidez de la maniobra oficial, y no habríamos podido esquivar el cuerpo con una excusa convincente, pero al menos yo no tenía el menor interés en que se apagara la luz que procedía de aquel muro. El letrero subversivo seguía estando allí, empecinadamente. Más bien arriba que debajo de la capa de pintura con que intentábamos taparlo. Se trataba de un intento oficial, inútil, según yo lo veía, de comprometernos en un empeño que no tenía nada que ver con nosotros, por lo que no poníamos en desempeñarlo verdadero interés. Entre tanto, nos interrogábamos. ¿Quiénes eran aquellos desconocidos? Y todo ese asunto de «tiranías que se disfrazan con buenas intenciones y gestos altruistas», que atribuían a Martí, nos ponía a pensar. La ciudad entera andaba revuelta, y esto de «movilizarnos» contra «las tentativas de unos descarriados» conseguía encender todavía más los ánimos. La Avenida de los Mártires se llenó de carteles y banderas cuyo verdadero propósito se nos escapaba. «La ciudad de los Agüero y no sé quiénes otros...», dijeron los improvisados oradores que nos aburrían con sus monsergas, sin que supiéramos entonces a qué mártires de los innumerables que podían citarse en caso de necesidad se referían, ni la relación entre éstos y la avenida por la que desfilamos.

—Lo que haría falta es pintura de aceite —dije distraídamente, con algo de fastidio, por decir algo. Enseguida me pesó haberlo hecho. Otro de los muchachos se fue a donde los profesores con la idea.

—¿Y de dónde la sacamos, Urrutia...? ¿Tú no crees que si hubiera pintura de aceite...?

El compañero pensó ahora en la conveniencia de deshacerse de su idea inútil como de un fardo. Yo le oí decir:

—Es cosa de Agramonte. Dice que si tuviéramos un poco de pintura de aceite...

En eso el director tuvo también su idea. Para algo era el director, después de todo.

—No es una mala idea. Se la pediremos al ministerio. No nos la van a negar. ¡No para esto!

No hubiera sabido decir a qué ministerio podía estar refiriéndose: pensé en el de la Construcción, que seguramente disponía de algo así; tal vez el de Educación; acaso en el Ministerio de Cultura, cuya delegación provincial nos quedaba cerca. O tal vez al del Interior, que también tenía cerca uno de sus innumerables cuarteles.

La incógnita se despejó al cuarto de hora, cuando el director regresó radiante con un galoncito de pintura de aceite negra, cual si pudiera tratarse de un aceite precioso otorgado por los dioses del Olimpo.

—Yo sabía que en cuanto Domínguez supiera de lo que se trataba, no me fallaba...

Domínguez, según sabíamos, era la máxima autoridad del Ministerio de Educación en la provincia, por lo que el director se sentía henchido de orgullo con su triunfo.

Ni a él ni a nadie parecía importarle que el muro, originalmente gris mate, hubiera sido recubierto por nosotros con aquella precaria lechada sin asiento, sobre la que ahora intentaríamos una nueva pintada.

—Hay que ahorrarla, muchachos —nos indicó el director a los que había designado para cubrir el letrero. Yo estaba entre ellos, en premio a la dudosa paternidad de la idea que se me atribuía, y que tal vez fuera, después de todo, mía—. ¡Nada más que para tapar las letras! ¿Entendido?

La pintura dio escasamente para esto. Y el resultado fue un festón negro, una franja gruesa e irregular que manchaba la pared y daba al lugar un carácter seguramente no buscado. La gente lo reconoció muy pronto, y bautizó el sitio como el parque de «las pompas fúnebres».

Con la pintada oficial se ahogaba, al parecer, aquel intento audaz de unos desconocidos. Mediante titulares, y con reiteración, se nos presentaban éstos como «maleantes indignos de la generosidad de la Revolución». Obstinadamente me los representaba jóvenes, como aquella muchacha de facciones cada vez

más vagas en mi recuerdo. Pese a mi incapacidad para recordar cómo era, insistía en imaginármela, también sin éxito. En todo caso, podía decirme cómo no era. Entonces me aferré a un hecho innegable. ¿Qué duda podía caber de esto? Era, en fin, joven. ¡Muy joven como todos!

—¡Como mis compañeros! ¡Como yo! —me dije reiteradamente, cual si en este momento ser jóvenes, con mis quince, bueno, casi dieciséis años..., pudiera constituir una virtud. Conseguí olvidarme de la sombra onerosa del Servicio Militar Obligatorio planeando sobre nuestras cabezas, como un ave de mal agüero. ¡Éramos jóvenes! Pensando en esos otros jóvenes desconocidos, me preguntaba si no irían ellos también a las fiestas de quince, a las que íbamos a bailar mis amigos y yo, con la música de José Feliciano, que estaba oficialmente prohibido, por no sé qué declaraciones que había hecho en algún sitio, pero que tan bien venía para apretar a las muchachas, que dejaban hacer y se apretaban también, gustosas como lapas, hasta que alguien avisaba que venía «la jara» y escondíamos el disco, para que no pudieran dar con él. A mí, la verdad sea dicha, no me importunaban para nada las declaraciones del Felo, fuesen las que fuesen, con tal de que cantara siempre aquellas canciones. Y hasta creía, lo juro, que lo de «diversionismo» de que tanto se hablaba últimamente en los medios oficiales, y nos restregaban por los ojos en las clases, quería decir aquello que hacíamos, pero sin nada que ver con la ideología, sino una simple diversión. ¿Qué podía tener nadie en contra de esta necesidad que sentíamos de divertirnos cuando era posible? A veces un chivato daba cuenta exacta de dónde habíamos escondido el disco, y entonces se llevaban a quienes les parecían «los cabecillas». Y otras, de cualquier modo, se producían arrestos, por causa del pelo demasiado largo de los muchachos, o sin más explicaciones que «acabar con todas las lacras sociales» o «con toda clase de desórdenes».

* * *

Por casualidad, o porque estuviera escrito que así fuera, volví a verla después de algún tiempo, cuando ya francamente no lo esperaba, o más bien desesperaba por temor a que no volviera a ocurrir. Sucedió en el mismo lugar de la vez anterior. Entre el cine La Avellaneda y la calle República. Pude reconocerla de inmediato. No negaré que el corazón me dio un vuelco en el pecho, y me pegué tremendo susto. De los buenos, pero susto, al fin y al cabo. Al acercármele, por entre el gentío que iba a lo suyo como un hormiguero, no estuve seguro de que fuera ella. Podía tratarse de un muchacho que fuera su gemelo. Los mismos

espejuelitos montados; idéntico cerquillo sobre la frente cual si se tratara de Ringo, o cualquiera de los Beatles a los que había visto en alguna fotografía en blanco y negro; la misma pasión de antes iluminándole el rostro y la mirada. La misma fragilidad del cuerpo. Observando su figura, me pregunté qué fuerza interna podía sostenerla todavía, cuando era obvio que el cuerpo no bastaba a sostenerse por sí solo. Y aunque me diera esta impresión de no ser ella, fui reconociéndola en él. Sabía que muy pronto ocurriría lo inevitable: el chivatazo, procediera éste del acomodador, o de otro de su misma condición; la denuncia artera de algún transeúnte. Y, no obstante, me le acerqué con determinación. No cruzamos palabras. No disponíamos de tiempo. Sabía que este acto de mi parte constituía mi Rubicón. Extendí la mano, no para estrechársela, sino más bien para que pusiera en ella un manojo de hojas sueltas. Me prodigó entonces una sonrisa inolvidable, y concebí que podía muy bien tratarse de ella, cuyos pechos —pequeños como sus manos, y turgentes— creí notar debajo de la camisa suelta. Me pareció muy joven, y al mismo tiempo sin edad. Que era, a la vez, muy vulnerable y muy resistente.

—Ignacio... —dije, a manera de presentación, mientras intentaba poner en las manos de los transeúntes las hojas subversivas—. Ignacio Agramonte. ¿Tú cómo te llamas?

—Patria... —dijo, animada de aquella energía inexplicable que ya antes le había visto derrochar—. ¡Démonos prisa...! Antes de que vengan y nos arresten, Ignacio. Tarde o temprano sucederá. Hay que sacudir a tanta gente dormida, para que despierte de su letargo.

(Del libro inédito *Clandestinos*)

Las noches de Parque Aragua

María Angélica Moreno

Escritora venezolana (Maracay, 1994). Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Bicentenaria de Aragua, UBA (2017). Ha participado en diversos talleres literarios dictados por la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. En 2014 ganó el segundo lugar en el primer Concurso de Literatura de la UBA en la mención Poesía. De 2016 a 2019 se desempeñó como periodista en la revista *UB Magazine*. Textos suyos han sido publicados en *El Estímulo*, *Guddi Magazine* y *La Vida de Nos*. Se dedica al marketing digital y creación de contenido.

Una de las cosas que más amaba era ver el cielo estrellado y las luces de las casas, carros, edificios y el cartel de neón de Torigallo titilando sin parar. Sentada ahí, aprendí a identificar en dónde estaban Marte, la Osa Mayor y la Osa Menor.

Las noches de Parque Aragua

María Angélica Moreno

Mi sentido de pertenencia nació entre las paredes aguamarinas de mi primera casa en Parque Aragua. Sobre mis hombros, llevo a cuestas el peso de 21 mudanzas, 18 casas y 4 ciudades diferentes. Al tener estas cifras en mis manos, es difícil sentir que pertenezco a algún lugar. No he terminado de llegar a un sitio, cuando ya estoy pensando en que debo irme de ahí dentro de poco. Pensando en cuál será el próximo lugar donde podría vivir, sin terminar debajo de un puente.

Desde mi primer año de paso por este mundo comencé a experimentar las mudanzas, un hecho que se convirtió en una constante durante mis veintiocho años de vida.

Mi primera casa —donde viví hasta los once años— era un amplio apartamento ubicado en la avenida Bolívar de Maracay, justo al frente del Centro Comercial Parque Aragua. Hablar sobre este sitio es casi como una obsesión para mí. Persigo con fervor los recuerdos de mi infancia. Quizás, aún me aferro a la única casa que he sentido como propia, aunque estuviera a nombre de mis padres.

Después de mudarme de ahí en 2005, no volví a tener una habitación para mí hasta que decidí irme a Caracas en 2017. Durante ese período de constantes mudanzas debido a que a mi familia se le dificultaba pagar los alquileres, solía dormir junto a mi mamá. Los espacios podían variar. Algunas veces dormíamos en monoambientes, en otras sólo había una habitación para las dos. Tener privacidad es algo que sólo experimenté con total plenitud en mi niñez y es un tesoro que trato de cuidarlo a través de la memoria.

La privacidad no es algo muy habitual cuando somos niños. Por lo general, siempre hay un adulto asegurándose de que no vas a tener un impulso suicida mientras saltas de un columpio en movimiento, supervisando que dejes el plato

sin sobras de comida o acompañándote hasta quedarte dormido. En mi caso, este tipo de cuidados no eran parte de mi rutina. Se puede decir que fui una especie de Matilda caribeña, dejando a un lado las habilidades de telequinesis. Esa es la parte aburrida de la historia.

Fui una niña bastante solitaria, con padres ausentes que tenían problemas con el alcohol y la ludopatía, y una hermana catorce años mayor que yo quien —a duras penas— cumplía con el rol de mis papás. Una responsabilidad que no le correspondía, si me lo preguntan. Y a pesar de ser una adolescente, hizo lo mejor que pudo conmigo.

La mayor parte del tiempo lo pasaba sola en mi cuarto o en el parque del edificio. Con el pasar de los años, éstos se convirtieron en lugares seguros. En ellos me sentía protegida. En las tardes bajaba a jugar con las niñas casi hasta las siete, y en las noches veía la televisión en mi cuarto y jugaba con mis muñecas hasta que, por fin, llegaba mi momento favorito del día: ver la ciudad a través de mi ventana.

El hecho de no tener una supervisión adulta con regularidad, me daba la libertad de hacer cosas que estaban prohibidas para otros niños, como ver comiquitas después de la medianoche mientras comía gelatina o cereal, tener las lámparas del cuarto prendidas y quedarme despierta hasta las tres de la mañana. Para muchos, hacer esto era romper las reglas de la casa. Para mí, era construir mi propio sistema de creencias a una edad temprana.

Desde la ventana de mi cuarto podía observar la avenida hasta la torre Sindoni. Para tener una vista privilegiada, solía sostenerme de los barrotes, trepar hacia la repisa y luego sacar mis piernas flaquitas por el espacio entre las rejas. Mis pies se balanceaban a una altura de dos pisos.

Contemplar la ciudad me parecía hipnotizante. Aunque a altas horas de la noche no había tanta actividad en comparación con el día, una de las cosas que más amaba era ver el cielo estrellado y las luces de las casas, carros, edificios y el cartel de neón de Torigallo titilando sin parar. Sentada ahí, aprendí a identificar en dónde estaban Marte, la Osa Mayor y la Osa Menor.

También fui testigo de los niños de la calle hurgando entre los basureros, caminando sin rumbo, durmiendo sobre cartones al frente del edificio y drogándose mientras aspiraban un trapo viejo. A veces los veía en el día cuando iba a la panadería de la zona, pero en las noches veía otra faceta que desconocía. Aunque ninguno se percató de mi existencia, sentía que, al observarlos, podía darles un poco de compañía. O tal vez ellos eran quienes me acompañaban. Depende de donde lo mires.

La primera vez que vi a un travesti y a una mujer trans fue en una de esas madrugadas. Bien entrada la noche, las veía caminar como si de una pasarela se tratase. Algunas lucían atuendos hermosos, bragas azules con escarcha y el cabello rubio ondulado. Se quedaban un rato de pie en las paradas de autobuses, esperando la llegada de quienes se detenían a buscarlas. Luego ellas se montaban y no las volvía a ver hasta un par de días después. En ese momento no entendía el contexto de lo que sucedía. Pensaba que eran chicas saliendo tarde de las fiestas, pero al crecer entendí aquel escenario.

Además de la dinámica en las calles, por otro lado me gustaba ver cómo transcurría la noche en los apartamentos de mis vecinos. Si era más temprano, los veía preparar la cena, limpiar los platos, hablar solos, ordenar el cuarto o la cocina. Si era de madrugada, a veces prendían la luz y tomaban agua, luego regresaban a dormir. En la cotidianidad no había cosas tan interesantes, pero muchas veces al ver esa rutina sentía como si estuviera viendo una película. Con personajes que estaban cerca de mí y, al mismo tiempo, había una gran brecha entre nosotros.

Este lugar me permitió ver cómo transcurría la vida más allá de las paredes aguamarinas de mi casa. Amplió mi perspectiva y conocí otras realidades ajenas a la mía; incluso, en esas noches también descubrí que el silencio tiene un sonido propio. O al menos, ese silencio en las noches de Parque Aragua: un zumbido profundo que, de repente, se interrumpía con el transitar de un carro a toda velocidad. Y luego regresaba el silencio para llevarse todo su paso.

El lugar ideal para una ciudad ideal

Miguel Ángel Moreno

Arquitecto venezolano (Caracas, 1956). Egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV) en 1979, con especialización en Ahorro Energético por la Universidad Politécnica de Madrid (UPM), en España, en 2005. Textos suyos han sido publicados en la revista *Contexturas*. Autor de *El país posible* (2016).

Yo, que no soy cronista, sino arquitecto, deseo enumerar algunas de las cualidades del lugar que entiendo deberían ser prioritarias para ubicar una ciudad, que es el paso principal y facilitador para desarrollar ese lugar, ese espacio ideal en el que deseamos vivir todos.

El lugar ideal para una ciudad ideal

Miguel Ángel Moreno

«...parece que la escogió la primavera para su habitación continua...».

Oviedo y Baños
(*Historia de la provincia de Venezuela*)

Es característico de todo cronista que se precie hablar bien de la ciudad donde vive, pero a veces es un poco confuso saber si está hablando de la ciudad o del «lugar» donde se encuentra la ciudad construida, y en esta confusión idealiza y mezcla características que deberían ser tangiblemente distinguibles. Obviamos deficiencias o precariedad en una para compensarlo con la magnificencia y generosidad de la otra.

¿Se puede distinguir «lugar» de «ciudad»? Para el ciudadano común, seguramente es difícil, porque son indisolubles la ciudad y el lugar, aunque a veces una destruya al otro o viceversa. El lugar es un ente vivo, con una naturaleza particular, y la ciudad también está viva, porque una ciudad no son sólo sus edificaciones sino también sus ciudadanos.

Hay ciudades mejores y otras peores, pero incluso si busco en el pueblo o la ciudad menos agraciada, estoy seguro de que conseguiré más de un vecino que no la cambiaría por otra.

Porque ahí se encuentra algo intangible... Sus recuerdos.

Esto se debe, quizás, a que mientras crecemos, y sin tener idea de lo que es una ciudad o la comparación de la suya con otra, se van desarrollando acontecimientos, ganancias, pérdidas, amores, éxitos, amistades, juegos, atardeceres, familia, descubrimientos, que le confieren a ese lugar un recuerdo y apego únicos, que quizás no volvamos a sentir de la misma forma a lo largo de nuestra vida adulta.

Esa idealización del lugar, posteriormente, al conocer y vivir en otras ciudades se nos antoja exagerada, llegamos a despreciarla, pero ante el primer revés, o ya en la madurez, deseamos volver, se nos antoja como parte de nosotros.

Un axioma podría ser: *Una ciudad no se decreta, se desarrolla, se vive... y al final no importa ni el lugar ni la ciudad física ni sus edificaciones, importa lo vivido en ella*.

Hay ciudades delicadas e inteligentemente desarrolladas, aunque con un clima insoportable, así como hay ciudades con climas ideales pero que son de una anarquía invivible.

Pero yo, que no soy cronista, sino arquitecto, deseo enumerar algunas de las cualidades del lugar que entiendo deberían ser prioritarias para ubicar una ciudad, que es el paso principal y facilitador para desarrollar ese lugar, ese espacio ideal en el que deseamos vivir todos.

La ciudad ideal debería ser aquella que, estando bien planificada y construida, estuviera ubicada e integrada en un emplazamiento perfecto.

¿Imponerse o adaptarse?

El hombre siempre ha buscado crear la ciudad ideal. En el año 480 a. C., Hipodamo de Mileto quiso diseñar la ciudad ideal.

Arquitecto y urbanista que representaba la antigua escuela jónica, que primaba la simetría, la perfección y el lujo, diseñó el plan urbanístico de El Pireo, en el puerto de Atenas, primera ciudad distribuida sobre una cuadrícula ortogonal, llamada hipodámica, que en adelante sería el modelo de desarrollo de la ciudad mediterránea y en la que se basaron los romanos para sus ciudades y luego los españoles para desarrollarlas aplicadas en sus leyes de Indias y luego en la ciudad de Barcelona, España, del urbanista Cerdá, por sólo citar algunos ejemplos.

Después Vitruvio, en el siglo I a. C., pasando por encima de la simetría u otro valor impuesto, se dio cuenta de que el lugar, y sus características particulares, hacían diferentes las mismas ciudades, y perfeccionó la rosa de los vientos orientando las calles principales y secundarias en el trazado de su ciudad tomando en cuenta los vientos, bien por su fuerza o sus bondades.

Y a partir de ahí el concepto de urbanismo se desarrolló y comenzó a tomar más en cuenta la *vegetación* que la simetría, los *drenajes naturales y topografía* que la perfección y la *orientación y los vientos* más que el lujo. Esto nos fue

llevando a ciudades que *no se imponían a un lugar sino que se adaptaban al lugar*, y en su evolución, nos están llevando a las tan deseadas *ciudades ideales: sostenibles, verdes y lejos de las temibles «catástrofes naturales»*.

Las ciudades han ido adaptando, mejorando y minimizando los errores originales; también se han actualizado a la nueva realidad industrial e informática, e inclusive a esta nueva sociedad de coste marginal cero, es decir, están comenzando a compartir ya no sólo internet, también servicios, movilidad, transporte público, aire limpio, agua limpia y vegetación para todos, y que nos lleva a una economía circular, buscando el bien común, convirtiéndose, además, en ciudades inteligentes y más silenciosas.

Tener una buena localización para ampliar o desarrollar nuevas ciudades será primordial y rebajará costos y tiempo (algo con más valor que el costo) en su ejecución física, y por lo tanto sería de agradecer enumerar las principales características físicas y ambientales deseables para escoger ese nuevo emplazamiento.

A saber:

- *En primer, lugar la topografía*: debe ser un terreno estable que contenga una suave pendiente natural hacia un cuerpo de agua que permita la escorrentía superficial de las aguas de lluvia evitando las inundaciones, respetando las distancias adecuadas de las orillas de mar o ríos para su implantación.

- *En segundo lugar, tierra fértil y vegetación*: debe estar dotada de gran cantidad de material vegetal tanto arbóreo como rastrero que sirva como regulador de temperatura, generador de oxígeno y fuente inagotable de alimentos.

- *En tercer lugar, el clima*: debe estar, por su latitud o por su altura referente al nivel del mar, en una zona que tenga un clima primaveral la mayor cantidad de días al año; eso evita los costos de adaptabilidad a una eficiencia energética y nos hace más llevadera la vida diaria.

- *En cuarto lugar, el agua*: debe contar con grandes cantidades de agua dulce que permita utilizarla para consumo humano y un lecho rocoso (montaña cercana) que propicie el crecimiento de ríos o riachuelos.

- *En quinto lugar, el viento*: debe contar con una disposición enfrentada a los vientos cruzados que permitan la renovación periódica del aire de la zona y evitar grandes territorios de calma o «muertos» que generen cen-

tros urbanos de contaminación (un valle puede garantizar una direccionalidad de vientos).

- *En sexto lugar, la geomorfología*: evitar lugares excesivamente planos, proclives a inundaciones. Además de los beneficios antes comentados, un lugar con diferentes cotas de nivel, laderas, ¿un valle?, permite verse a sí mismo más vivo y generar puntos icónicos referenciales naturales, más allá de los creados artificialmente para dar la necesaria identidad o ubicación al hombre en el espacio.

- *En séptimo lugar, su ubicación en un «cruce de caminos»*: debe permitir la accesibilidad y comunicación fácil desde y hacia la nueva ciudad con su entorno urbano y extraurbano, local, municipal o nacional. Acceso cercano a vías aéreas, terrestres, marinas, lacustres o fluviales.

En definitiva, ¿a qué se le parece a usted esta descripción del *lugar ideal* para desarrollar la ciudad ideal?

A mí se me parece al valle de Santiago de León de Caracas...

¿Hemos aprovechado correctamente su implantación privilegiada?

¡No! La hemos talado, reforestado, vuelto a talar, dividido, partido por avenidas y autopistas, secado y desaprovechado sus aguas dulces, contaminado su río natural convirtiéndolo en una cloaca abierta, además de no respetar su acervo histórico construido, tanto el colonial como el de la modernidad. En fin, parafraseando a Miranda, anarquía, anarquía, somos pura anarquía.

La buena noticia es que estamos en el lugar ideal para construir la ciudad ideal.

Si somos capaces de reinterpretar la localización del valle de Caracas, integrar, conectar el tejido urbano, reforestar, soterrar avenidas y autopistas que segmentan la ciudad y le damos prioridad al peatón, zonas verdes y al transporte colectivo, Caracas es una ciudad rescatable cien por ciento de esta anarquía y deterioro a que está sometida y podremos reconstruirla.

Ejemplos sobran en el mundo actual de ciudades deterioradas que han vuelto a renacer.

¿Un sueño?

> «La mejor manera de hacer los sueños realidad es despertándose...».
>
> Paul Valéry

De vuelta a la felicidad

Mario Morenza

Narrador y cronista venezolano (Caracas, 1982). Desde 2010 es investigador docente en el Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Central de Venezuela (UCV), casa de estudios donde es profesor asistente con magíster en Literatura Venezolana e imparte clases de posgrado y talleres de narrativa. Ha publicado los libros de cuentos *Pasillos de mi memoria ajena* (2007) y *La senda de los diálogos perdidos* (2008). Textos suyos han sido incluidos en *Tatuajes de ciudad* (2007), *Antología de la novísima narrativa joven hispanoamericana* (2008), *Antología de la novísima narrativa breve hispanoamericana* (Grijalbo, 2009), *Escritores seriales* (México, 2009), *Zgodbe iz Venezuele* (*Historias de Venezuela*, Eslovenia, 2009), *De qué va el cuento* (2013), *Mis más cercanos parientes: breve antología del cuento venezolano, 1990-hoy* (2016) y *Nuevo país de las letras* (2016), entre otras antologías. Ganador, entre otros reconocimientos, del 71r Concurso Anual de Cuentos del diario *El Nacional* (2016) con «Las tribulaciones de un censor antiplagios». Ha colaborado para los portales *El Diario*, *The Wynwood Times* y *Papel Literario* y es guionista del micropodcast deportivo *El Otro Lado del Deporte*.

¡Ya basta de promover una sociedad matricentradamente alcahueta! Contaminada de comunistas y brujos estafadores que pretenden llenar ese vacío que dejó el Benemérito, el verdadero padre de la patria, forjador de la Unidad Nacional y guardián de la paz de la república por más de seis lustros.

De vuelta a la felicidad

Mario Morenza

para Jaime Ballestas

I

—Ana, mi nombre es Ana.

—Le decía, señorita Ana, aquí nadie llega por azar.

—¡Estupendo!, pero explíqueme primero por qué estoy amarrada a este sillón... ¡Es incómodo!

—Durmió tranquila por más de doce horas ininterrumpidas.

—¡¿Doce horas...?!

—Incluyendo ronquidos estentóreos.

—¿Ronquidos...?

—No le miento. En este hogar somos servidores a ultranza de la verdad.

—Ya veo... Y a los que llegan *por azar*, les dan la bienvenida amarrándolos... Quiero irme, estoy paniqueada. Y, se lo advierto, me vuelvo insoportable...

—No se preocupe. Ya nos lo han advertido...

—Y a ver... ¿Quién se interesa psicológicamente tanto por mí?

—Alguien que desea llevarla a la mejor versión de Venezuela.

—Ah, okey, sigo en las mismas... Fíjese, me extraña lo que sostiene haberme dicho del azar. Tengo buena memoria. Gané bronce en las olimpiadas

mnemotécnicas de mi municipio y he concursado dos veces en *¿Quién quiere ser millonario?*, en ambas ocasiones alcancé la décima pregunta, soy diseñadora... Estudié en el Instituto...

—No dudamos de sus amplios conocimientos sobre cultura general.

—...Estaba cumpliendo años, bebí más de la cuenta y...

—Le pido, tenga paciencia.

—¡Oh, Dios!, ¡pero ya es de día!, mis amigos deben estar angustiados. ¿Dónde habré dejado mi Xiaomi? Me presta un teléfono. Está muy oscuro este lugar, por qué no descorre las cortinas. Ni puedo verle la cara. Me perdí en la noche, ¿verdad?

—Viene de una gran noche de casi noventa años. Se perdió como este pueblo, pero una vez aquí, en el hogar, no sólo encontrará la razón de ser, sino la única razón de ser. Por ejemplo, como el Hijo#064, de nuestros servidores más diligentes, él caballerosamente la auxilió y usted lloró sobre sus hombros un buen rato.

—¡Dios, qué pena! ¿Llorando...? ¿Como una niña...?

—No se preocupe, cosas del alcohol. También lo besó, suponemos que por las mismas razones.

—¡¿Que yo besé a quién?! Lloraba por el embarcador de mi novio, ¡o ex novio...!

—No se avergüence, es algo común que lleguen muchos borrachos... Sobre todo, los fines de semana.

—No, ya va, vamos despacio. ¿Qué es este lugar? ¿Qué hora es?

—Luego hablaremos del espacio y del tiempo, señorita. Durante la cena.

—¿Cenaremos? Y cómo se supone que voy a comer...

—Cuando sea pertinente procederemos a desatarla.

20 de julio de 2022

Aunque siempre lo llevo conmigo, hoy regreso a mi diario después de meses sin escribir.

Todo comenzó cuando apenas digería las hallacas de Año Nuevo y decidí convencer a mis amigos de calibrar sus calendarios y cancelar cualquier compromiso para el 24, 25 y 26 de junio. La fecha exacta de mi cumple caía viernes, día previsto para el viaje.

El año se presentó con sus complicaciones, su insólita dosis de estrés, sus leyes de Murphy. Necesitaba desconectar y cumplir años era buena excusa. Entre baile y risa me olvidé de mis necesidades fisiológicas. La alimentación la resolvimos con empanadas. Durante el día, había hecho ya varias veces número uno, pero número dos, nada que ver. Mi digestión es irregular y número dos implicaba al menos media hora apartada de mi fiesta, de paso que era la locura con la celebración del San Juan. Un tanto defraudada, lamenté no contar con una vejiga más amplia e intestinos más gruesos como los de Claudia, mi hermana, que se jactaba de no ir al baño por días enteros como si se tratara de una proeza.

Cuando buscaba un refugio para hacer número dos, pensé en Gabriel Omar Gómez, y lo extrañé. Él, como buen ingeniero, soluciona. «Pequeño McGyver» le llamaba desde aquella vez durante El Gran Apagón, que improvisó una cocina con dos latas de cerveza, gotas de alcohol, una moneda, una tijera y un yesquero. Días antes de una de tantas rupturas, le escribí el siguiente mensaje vía Telegram: «Yo diseñé la carta de invitación que le envié a mis amigos X, S, E, M y H... Los únicos que me quedan en el país, ¡y a ti! ¡Y ahora me sales con que no puedes ir!, si tú apareces en el collage, ¡no sabes lo que me costó siluetearte con esa barba como la tienes! ¿Qué es esa mierda de campamento gastronómico al que tienes que ir 'ineludiblemente'?». A la siguiente noche, Gabriel me preparó una cena en plan de reconciliación y cometería el estúpido error que desencadenó una épica bronca de mi parte y que a nada estuvo de haberme costado la vida. A la pasta vermicelli con salsa pesto, el muy bestia le añadió maní triturado, y soy letalmente alérgica al maní. ¡No sé cuántas veces le habré advertido! En el cine cuando compraba chucherías, cuando los helados en Marco Polo, «no, amor, recuerda que soy alérgica al maní». Total, pasamos la noche en la Sala de Emergencias de Salud Montejo. Después de la desafortunada cena, Gabriel me asedió por unas semanas hasta que decidí bloquearlo del WhatsApp y arrancar cada una de las páginas de mi diario dedicadas a él. Gabriel, en ingenua represalia, me bloqueó de las redes sociales y no volví a saber de él hasta dos meses después, cuando coincidimos en la despedida del hermano de S y reanudamos la relación ~~en la batea~~ casi de inmediato.

Aquella noche, la de mi cumple, Gabriel y yo recién habíamos discutido, pero me deshice de esos pensamientos tan guayabosos y se los achaqué a la enésima cerveza Artes-ANA, la que preparaba con mi ~~padre~~ progenitor y a la que le diseñé la etiqueta. Decidida, me adentré en la oscuridad de la vegetación nortecostera de Chuspa, dejé atrás el pueblo, con su tambor gigantesco que decora la plaza como un símbolo patrio, las calles asfaltadas, las calles de tierra, en la lejanía se escuchaba la miniteca estridente como los latidos de un dinosaurio cardiópata, crucé una calle fangosa, encontré el local de empanadas donde había desayunado con mis amigos y cantado cumpleaños cuando trajeron la bandeja con las treinta empanadas apretujadas, grasientas y tan humeantes que las soplamos como si apagáramos una fogata en lugar de una velita. La puerta del local recordaba aquellas escenografías de utilería de Chespirito, de otro tiempo, de b-movie de terror. La casa era azul pálido, y parecía que iba a desplomarse con el mínimo temblor. Nos preguntamos cuál milagro mantenía sobre el techo de zinc una oxidada valla en la que, con mucho esfuerzo, podía leerse en fuente Arial Narrow EMPANADAS A QUE EL PANA, ¡en mayúsculas!, como si el cartel nos gritara desde un remoto pasado.

Me guarecí en la parte trasera del local. Por suerte, evacué deprisa, antes de que surgiera algún bicho raro aleteando entre las densas sombras y me picara una nalga y me intoxicara y me arruinara mi festejo que hasta ese instante había sobrepasado todas las expectativas.

La premura me hace olvidar cosas. A falta de papel higiénico me vi obligada a sacrificar mi franela. Se leía en el torso: «Feliz cumpleaños a mí». Lamenté que en las próximas fotos no iba a lucir mi franela. Pero qué importa, no hay nada que no se pueda resolver. Con Photoshop se corrige la realidad. Me animé y, cuando me disponía a volver, surgió aquel aroma.

Atrapé con mis sentidos el irresistible aroma de la torta que mi abuela preparaba cuando yo era apenas una niña fan de Servando y Florentino y adicta a los kits de Magic Club. Me dejé invadir por esa calma inevitable que precede al sueño o al desmayo, y sentí una caída interior como aquella noche de la pasta con salsa pesto y maní. Ahora comprendo por qué.

II

—Señorita, en breve daremos un recorrido para mostrarle su nuevo hogar.

—Fíjese, estaba a nada de agradecerle la intención de liberarme, pero no alcanzaré esos niveles de síndrome de Estocolmo.

—Aquí, en el hogar, habitamos Los Hijos de Gómez.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles Gómez serán esos? Se dice que superaron a los Pérez hace un buen rato en el *ranking* de apellidos venezolanos y según el último censo hay un Gómez por cada cien personas. Es más, hasta he tenido un par de novios Gómez. O... ¿Tres?

—Planeamos retomar el poder.

—¿Ha oído hablar sobre las nuevas sectas?

—Sólo prestamos atención a lo que nos interesa. Y nada nos interesa desde...

—...Se fundan tres cultos religiosos cada día... En cada pueblo. En cada parroquia surgen nuevos credos, mesías y feligreses.

—Ni lo diga, señorita Ana; a los venezolanos desde el desgraciado 17 de diciembre de 1935 les ha faltado un verdadero padre. Un padre severo. ¡Ya basta de promover una sociedad matricentradamente alcahueta! Contaminada de comunistas y brujos estafadores que pretenden llenar ese vacío que dejó el Benemérito, el verdadero padre de la patria, forjador de la Unidad Nacional y guardián de la paz de la república por más de seis lustros.

—Entonces, ¿qué les interesa?

—¡Chito!

—¿Perdón? Ni mi madre me manda a callar...

—Una vez en el poder decretaremos la Ley Chito.

—¿Qué dice? Y, por favor, un teléfono y una empanada. Muero de hambre. Después le hago una transferencia. ¿Acepta pago móvil?

—Ya los *chefs* cocinan una exquisita cena, no esa bazofia de hoy.

«¡Maldita sea el posmogecismo!», se escuchó decir al otro lado de la pared.

—¿Quién gritó eso?

—Debe ser uno de nuestros hermanos...

—¿Nuestros? Me parece que usted sufre de un grave complejo de orfandad. Y ya creo recordar que anoche..., ese olor, a torta, a la torta que preparaba mi abuela cuando yo era una niña...

—¿Una torta Bejarano?

—¿Se llamaría así?

—Con plátano y...

—¡Sí, esa misma!, y miel, y canela, y... Ese fue mi último recuerdo. Luego todo se volvió oscuro allá afuera... O aquí adentro, en mi cabecita loca.

—Allá afuera es oscuro desde el 17 de diciembre de 1935... Pero pronto habrá luz dentro de usted. Luces de sabiduría que emanará al país.

—¿Y usted piensa que soy Corpoelec? Ignoro si habrá luz o no, pero si de algo estoy segura es que me duele el vientre, creo que mañana me baja la regla y a veces me dan bajas de tensión cuando tengo hambre. ¿Tendrá una toallita? ¿Un Meloxicam?

—Últimamente sufrimos un descenso notable de población femenina en el hogar, pero ya lo estamos solventando.

—Se nota... Y si hay mujeres *por aquí*, o si las hubo... ¿Por qué razón no se llaman Las Hijas y los Hijos de Gómez?

—Ya hablaremos de eso. No se angustie, ya consultaré con las boticarias los medicamentos disponibles.

—Okey, ¿habrá sobrado un pedacito de Bejarano?

—Ah, creo que en eso no podré complacerla, ya no debe quedar ni una miga.

—Es deliciosa. Mi abuela decía hasta el cansancio: «Una torta de los tiempos de Gómez, cuando en este país no había malandros».

—Los tiempos de Gómez están por volver.

—Sí, sí, claro, ¿y los recibiré atada como una loca?

—Cálmese, señorita... Nuestros hermanos...

—No, ningún *cálmese señorita*... Ningún *nuestros hermanos*... Yo sólo tengo dos, preciosos ambos, y sin malas mañas. De vaina se amarran las trenzas de sus tenis. También mis amigos son mis hermanos, que ya deben estar enloquecidos, llamando a la policía... A los bomberos, a los salvavidas, a la junta parroquial. ¿Por qué no enciende la luz? Y descorre las cortinas...

En ese instante, se abrió con lentitud una puerta. Entró un hombre de unos cuarenta años vestido con impecable liquiliqui *beige*. Dejó sobre la mesa de centro una cesta que contenía una franela cuidadosamente doblada.

—¿Y quién es ese?

—Hijo#271, hermano encargado de la biblioteca.

—Mucho gusto, señorita Ana, un placer conocerla. Buenas tardes, tutor. Mire lo que encontré, vengo a devolver el ejemplar de la revista *válvula*, ¡qué asco!

—Hijo#271, recuérdame de qué se trata.

—Un panfleto de estos desadaptados, los Otero Silva, los Antonio Arráiz. Me dan ganas de vomitar con su indigestión mental. Merecida prisión para ellos. Castigo ejemplar del padre que nunca tuvieron.

Hijo#271 aguardó la orden de su tutor para retirarse. Antes de abandonar la habitación, como si lo hubiesen acordado previamente, encendió la luz.

El resplandor hirió los ojos de Ana. La habitación se le presentó en todas sus formas. Era una biblioteca. El viejo desplegó la franela. «¿La recuerda?», dijo e hizo el ademán de entregársela. Ana, contrariada, con leves movimientos de cabeza, le indicó que no podía usar sus manos.

—La encontramos cerca de usted, un tanto sucia, pero ya lo solventamos.

—Está como nueva... ¡Qué pena! Debe recomendarme el detergente. Mi madre haría milagros con el uniforme de beisbol de mi hermanito... ¿Y quién me puso esta blusa tan...? Ni mi tía monja la usaría.

—Aquí hemos desarrollado productos para la vida diaria de los que no tienen idea en la sociedad incivil que usted padece. Por cierto, nos gustó la letra estampada en su franela...

—Es un *display*. Mi versión de la Helvética.

—Helvética... ¿Quién es esa?

—Una fuente.

—¿De cuál plaza?

—Una fuente tipográfica, señor. El diseño editorial me apasiona. Ganaría más que un corrector por menos horas de trabajo y desgaste visual. Pero no cambiemos de tema... ¿Dónde realmente estoy? ¿Qué hora es?

—A nosotros no nos importa mucho el tiempo actual. Debería dejar de importarle a usted, señorita. Este es el día más afortunado de su vida.

—¿Perdón? Ah, okey, bueno, en un par de minutos comenzaré a gritar y usted tiene las santas bolas de decirme que afortu...

III

Ana dejó escapar un último grito afónico y sostenido.

En silencio, el viejo aguardó a que la joven recobrara la calma. Desplazó la mirada por los anaqueles que cubrían las paredes hasta dar con la ubicación de un libro. En la portada se dejaba leer: «Aaron Rosenblum, *Back to Happiness or On to Hell*, Ediciones Wilcock». Dijo:

—Le hablaré de Rosenblum, un genio nacido en Danzig y educado en Birmingham, del que ciertamente pocos han oído hablar en este desdichado país. Le ruego me conceda la debida atención, ya que este será uno de sus libros de cabecera. Este autor indagó en cuál ha sido el período más feliz de la historia y concluyó que había sido el Reino de Isabel. Nosotros, basándonos en sus teorías, concluimos que los años más felices los gozamos bajo la honesta y disciplinada conducción de Juan Vicente Gómez, irreprochable servidor público durante el régimen castrista, prócer de la Revolución restauradora de 1899 y glorioso presidente desde 1908 hasta su fallecimiento en 1935.

«Heredamos un país sin decimonónicos psicópatas caudillistas, integramos el territorio nacional con un notable sistema vial, el mejor del continente. Nuestro padre fue el país por casi treinta años. Por desgracia, la miopía venezolana nunca entendió nada. Ingratamente, se olvidaron sus esfuerzos titánicos por pacificar la nación, logro que ningún mandatario hubiese sido capaz de igualar. Se destruyeron sus avances con ideas estúpidas, líderes mezquinos o terroristas como Pocaterra.

«Esa obscena franela, jovencita, no volverá a lucirla. Ya le tenemos un vestuario decente. La Ana que nacerá hoy será una joven digna y, llegado el momento... Llegado el tiempo de Gómez, nos representará dignamente. Somos el agua purificadora que la limpiará a usted de toda la suciedad del posgomecismo, tal como hemos hecho con ese pedazo de trapo. Esa franela llena de mierda es el país tal como está ahora. Nosotros removeremos toda la mierda que se ha creado desde 1936. Prohibiremos todos los terrores mediante el terror regulado que aplicaremos, y cuando sólo quede un desierto de escombros de estas anomalías, retomaremos las cosas donde las dejamos».

Del otro lado de la pared, se escuchó una melodía ahogada de compases marciales, probablemente reproducida por un tocadiscos Zonda de 1920. Ese año se importaron al país cuarenta y seis unidades que se agotaron en una tarde.

—¿Qué se oye? ¿Y quién canta así de mal?

—Es Hijo#239. Debe estar ensayando el himno del Nuevo Estado Gomecista.

—No sabía que tal himno existía.

—La letra pertenece al mejor escritor que ha surgido en este país, Manuel Díaz Rodríguez, intachable gomecista.

—No lo conozco...

—¿No lo conoce? Pero si es venezolano...

—Mmm, la verdad, conozco pocos autores venezolanos, sólo he leído a Gallegos, Leonardo Padrón, Morenza, Héctor Torres, Isabel Allende, García Márquez...

—Debemos trabajar con urgencia en la educación. Algunos de los que nombra ni siquiera nacieron aquí. ¿Y Gallegos? ¡Por Dios! Gallegos nunca escribió ni una línea, él fue un invento de los adecos.

—¿Y qué piensan hacer?

—Abolir todo aquello que se ha construido e ideado después del fallecimiento de nuestro amado padre...

—Me refería a si pensaban reclutar coristas con voces decentes. Pero ya que insiste en el temita, ¿por dónde comenzarán?

—Será algo sistemático, señorita Ana. La lista es larga. Para resumirle, borraremos la deplorable arquitectura de Villanueva, la macarrónica literatura de los cuarenta, de los cincuenta, de los sesenta hasta la actualidad. Esfumaremos cada partido político, el socialismo, el sociabismo del siglo XX y el del XXI; ya no existirán los garabatos de Soto ni Cruz Diez ni Otero, el intransitable Metro de Caracas, la abominable PDVSA, que lo único que ha hecho es traernos problemas, la aborrecible harina PAN, la viciosa Liga Profesional de Beisbol, la nefasta Cantv, las desafinadas canciones de Simón Díaz, el Internet, los sesgados medios de comunicación...

«Cuando haya concluido la limpieza, volveremos a diciembre de 1935. Desempolvaremos y pondremos en vigencia la Constitución de 1931. Reconstruiremos La Rotunda y Palenque. Refundaremos *El Nuevo Diario*, otrora ejemplo del periodismo en el hemisferio, sin falacias ni conspiraciones, bajo la dirección de Diógenes Escalante. Declararemos de nuevo Maracay como la ciudad capital, reduciremos la población a tres millones de personas, restableceremos La Sagrada, ilustre ejército paramilitar de hermanos Gómez tachirenses adiestrado para proteger las fronteras y cuya principal misión será recuperar el

Esequibo que estos amanerados posgomecistas se dejaron arrebatar sin ofrecer la menor resistencia; el Partido Liberal Restaurador volverá a legislar en el Congreso, el cual yo presidiré hasta mi muerte; aprobaremos por unanimidad la tortura para corruptos y afines... Supliremos cualquier tipo de superstición como el movimiento raeliano, la brujería y la astrología por un estricto Estado masónico, el primero en la historia de la humanidad. Acabaremos definitivamente con el ruido y las opiniones indiscretas mediante la Ley Chito. Recordemos las sabias palabras de Arturo Uslar Pietri, un intelectual de verdad, que reconocía la trascendencia de nuestro proyecto. Lo dijo en vivo y directo en televisión nacional, domingo 30 de junio de 1997, once de la noche, ante una ingenua pregunta del *host* de *Primer Plano*... Lo recuerdo con nitidez porque al día siguiente decidí iniciar este proyecto, decidí volver a la felicidad. Llegaremos al poder y restituiremos la unión, la paz y el trabajo».

—¿Y yo qué tengo que ver con su plan?

—Es hora de la cena.

IV

La mesa era de apretada caoba, tan colonial y áspera que recordaba a un fósil de un animal cuaternario, dotada de veintiséis sillas ocupadas, a excepción de aquella ubicada a la mitad y a la derecha de Ana. La chica no se demoró en notar que cada individuo vestía liquiliquis de distintos colores y tonos, con una cifra alfanumérica tejida en la solapa del bolsillo superior izquierdo. Su estómago se retorcía del hambre. Justo detrás del asiento del viejo, quien encabezaba la mesa, Ana detalló el reloj de pared Kienzle. Once y cuarenta y cinco de la noche. Cuando Ana volvió a consultarlo, se percató de que la hora no había avanzado. «Esa mierda de reloj no sirve», se dijo, pero luego entendió que era el minuto exacto de la muerte de Gómez.

Ana detuvo su atención en el viejo para espantar el hambre. Antes, amarrada y desorientada, no contó con la serenidad suficiente para precisar sus facciones arrugadas, en caso de que le tocara describir un retrato hablado o, incluso, dibujar por sí misma ese rostro que balbuceaba incoherencias. Ahora, las lámparas de plata que ardían con la llama baja se lo revelaban. El viejo dejaba de ser una sombra. Sus mejillas hundidas, el bigote blanco y prominente hacia los pómulos y una calva prodigiosa, envolvían una boca que no dejaba de moverse, como si masticara las palabras que estaba a punto de soltar. Entretanto, un hombre de mediana estatura cantaba con voz de falsete, «candidato perfecto para *America's Got Talent*», pensó la chica, que estuvo a punto de soltar una breve

carcajada, pero se contuvo a tiempo y permaneció a la expectativa un buen rato.

Hijo#013 tenía nariz ganchuda y un lunar melanocítico escarlata le cruzaba el rostro desde el ángulo del ojo hasta el cuello. Entre gestos geriátricos, no apartó la mirada de la joven diseñadora hasta captar su atención. Apenas su mirada se cruzó con la de Ana, empezó su discurso en un tono catedrático:

—En *Dictadura o democracia: el punto final de una polémica*, Idomeneo Pestana señala las evidentes ventajas de la dictadura. Cito: «Las dictaduras representan más gobierno y a la vez garantizan mejor la seguridad y la tranquilidad de los ciudadanos», cierro cita. Si esto no les parece familiar, pueden repasar la biografía de nuestro padre que diligentemente el equipo del Departamento de la Verdad ha redactado y en su momento publicaremos por entregas.

—Pues nunca mejor dicho, no hay argumento que pueda rebatir esos méritos —dijo el Hijo#136.

—¿Y la democracia? ¿Dónde queda la democracia? —musitó Ana.

Hijo#128, atento con sus ojos de insostenible brillo, tomó la palabra:

—Mi bisabuelo fue el doctor José Izquierdo, orgullo venezolano, y aunque no heredé su carácter impetuoso, como él, sí porto una pistola automática. Nunca se sabe qué pueda pasar. Y en relación con lo escrito por el eminente filósofo Pestana, mi querida Ana, dígame, ¿de cuándo acá hemos acertado en nuestras elecciones? ¡Ya basta! No sea ingenua, que ya está grandecita... Fíjese, después del inepto gobierno del escritor ególatra, después de esta enloquecida y efímera administración, ¿qué nos espera? ¡Debemos derrocarlo!

—Soy Hijo#136, del linaje de Enrique Bernardo Núñez, y apoyo incondicionalmente sus palabras —dijo quebrándosele la voz—. Esto no puede continuar... Se me parte el alma apenas pongo un pie en la calle o paso frente a La Guzmania; allí nuestro padre iba a meditar, a darse su merecido descanso, y en la actualidad esta histórica edificación se encuentra en ruinas.

Todos observaron al Hijo#239 en lo que parecía una ensayada coreografía de miradas. Hijo#239 entendió que era su turno de decir algo y dejar de cantar:

—En realidad, como muchos aquí presentes, carezco de vínculos sanguíneos con nuestro padre, pero sí soy descendiente de Gil Fortoul, a quien El Benemérito amaba como a un hijo más. Hoy le doy la bienvenida, jovencita. Celebro que cada día estamos más cerca del objetivo que nos hemos trazado: restaurar la sociedad.

Los hijos de Gómez, poniéndose de pie y alzando su copa de vino, vociferaron:

—¡No habrá pobres, no habrá indigentes, no habrá corruptos!

El viejo suspiró y tintineó una pequeña campana que reposaba sobre la mesa. Se deslizó los dedos por los escasos cabellos para asegurarse que todavía le quedaban algunos y tomó un pequeño sorbo de su copa de vino. Dijo:

—Tenía ocho años cuando falleció. Recuerdo al general Eleazar López Contreras en el funeral, ya para ese entonces presidente encargado. Se acercó al cuerpo embalsamado de mi amado padre. Se inclinó con reverencia y, con los ojos anegados en lágrimas, le besó la frente. Dijo: «Ha sido el mejor padre que he tenido». Irónicamente, López Contreras traicionó a nuestra familia, ya que a nosotros nos correspondía continuar con el legado. Pobre tío Eustoquio. Hoy, noventa y tantos años después, no he cambiado de opinión, yo que sí soy su hijo, el Hijo#001.

«Como ves, querida Ana, la angustia empieza a mortificarnos. Debemos darnos prisa y terminar con la guachafita de una buena vez».

—¿Les puedo dar mi opinión después de la cena? Con el estómago vacío no suelo pensar muy bien que digamos.

Minutos después, la cena estaba servida.

—¡Jum! La última vez que probé pasta con salsa pesto no fue una grata experiencia... Les explico, soy alérgica a...

—Pero esta vez no añadimos maní... —se escuchó y todos voltearon hacia el lugar de donde provenían aquellas palabras—. Les dije a tus amigos que llegaba después de medianoche y te sorprendería. Te pediría matrimonio, seguramente aceptarías, y de allí saldríamos de viaje. Y ese viaje hacia la felicidad ya ha comenzado, amor de mi vida.

Gabriel Omar Gómez vestía un liquiliqui mostaza. Su identificación decía Hijo#293. Se sentó en la silla desocupada justo al lado de Ana.

La noche siguió avanzando. Afuera se escuchaba la brisa que abanicaba las palmeras. El dios del terror que vencerá el terror posó su mano sobre los hombros de Ana. Cada gemido que emitía significaba mil desmayos, mil intoxicaciones, mil muertes. Su llanto y sus sentidos se elevaron por encima de su cabello y de

sus razones, y ella, bocabajo, sentía cómo sus lágrimas humedecían la cama por no sé cuántas noches hasta que el reloj Kienzle reanudó la actividad de sus engranajes mecánicos.

Año 1954, día 6.731 del Nuevo Estado Gomecista

Dediqué las últimas semanas a rediseñar la bandera de nuestro restaurado país. Mientras redacto estas líneas, recuerdo el glorioso día que sustituimos la infame bandera de ocho estrellas por la genuina, la del 15 de julio de 1930. Mañana publicaremos en la primera página de El Nuevo Diario la que yo he diseñado y que ondearemos con infinito orgullo, una bandera más apropiada para estos tiempos de exponencial progreso.

Hace una semana, Gabriel y yo despedimos a nuestro primogénito, que se alistará en el cuartel general de La Sagrada para iniciar su servicio militar. La Sagrada se ha encargado de distribuir la población equitativamente en cada una de las provincias, por lo que a mi pequeño le esperan meses de trabajo riguroso, que lo harán madurar y ser hombre de bien como su padre biológico.

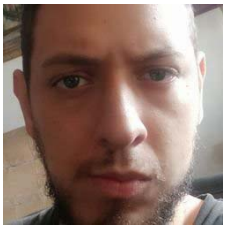
En cuanto a mi esposo y a mí, nos mudaremos a la provincia Vallenilla Lanz. A mediados del mes próximo, con un poco de suerte y con la diligente ayuda de nuestro equipo, elegiremos entre cientos de miles de aspirantes a un millar de chicas que procrearán un buen puñado de niños Gómez, que nacerán sanos, vigorosos y disciplinados. Ya hemos contratado a un tropel de cocineras para preparar doscientas tortas Bejarano y un millar de platos de pasta al pesto, así las chicas dejarán que todo fluya gratamente, desinhibidas, a la sazón de nuestro plato nacional. Hoy, cada mujer de este país tiene como máxima aspiración concebir un hijo con genes de Gómez, pero no todas tienen madera para eso. Muy atrás en el olvido quedó aquel infortunio, poco antes de mi llegada, en que docenas de chicas huyeron del hogar, confundidas e ignorantes del futuro dorado que les esperaba. Confiamos que en tres décadas cada ciudadano de este país exhibirá el apellido Gómez en sus documentos con satisfacción, honor y lealtad.

Una vez que el Nuevo Estado Gomecista sea potencia mundial, iniciaremos el plan de expansión. En la actualidad, percibimos con cierta preocupación cómo el continente se llena de gobernantes irresponsables, convencidos de la obsoleta democracia y políticos oportunistas a la espera del menor descuido para dar el zarpazo.

Esta noche, Gabriel y yo cenaremos en el restaurante más lujoso de Nueva Ciudad Jardín. Durante el postre, anunciaré que estoy a la espera de mi séptimo hijo, que crecerá rozagante, respetuoso de la Constitución y, como

los nacidos en la era neogomecista, venerará con fervor a nuestro padre.

Aprovecharemos la noticia para irnos un par de semanas de luna de miel y celebrar mi cumpleaños, ya que Gabriel ha sido nombrado de manera extraoficial presidente del estado Esequibo, rol que mi honorable esposo asumirá a finales de año como corresponde constitucionalmente. Es el territorio más valioso del planeta con esta noticia del «Reventón Áureo», como le han llamado nuestros ingeniosos periodistas. Ese meteorito de oro y níquel hallado por los geólogos de La Sagrada abarca dos kilómetros cúbicos. Un regalo del cosmos de hace millones de años que nos tenía reservado el destino a trescientos metros bajo tierra.



Ciudad Zoológica

José Alejandro Muñoz Pacheco

Escritor venezolano (Caracas, 1992). Es comerciante. Cursó tres semestres de Estudios Políticos en la Universidad Central de Venezuela (UCV). Ha hecho cursos de francés, inglés y teoría musical, entre otros. Es estudiante de Letras en la UCV.

***En la Ciudad Zoológica no sólo hay espacio para las especies anteriormente nombradas. A lo largo y ancho del territorio conviven en armonía especies representantes de todo el* Metazoa.**

Ciudad Zoológica

José Alejandro Muñoz Pacheco

A Rosario y Oswaldo, los constructores de esta barca;
a Gabriela y Alessandro, faros que la llevaron a buen puerto.

Prólogo a la segunda edición

En el Día del Ojo del año 8 Post Mortem, en una playa del Mar de la Vacuidad, un pescador de almas se topó con una sorpresa al ocaso de su jornada. Una botella de vidrio fue arrastrada hasta la orilla por la marea, y después de examinarla, con sumo cuidado extrajo de su interior un pergamino. Por curiosidad lo desplegó, pero para su decepción, el mensaje yacía perdido en un lenguaje olvidado.

Ante la limitación de sus conocimientos, más sensibles, libres de la rigidez de la academia, y el poco interés por una baliza del viejo mundo, creyó conveniente cederlo al Monasterio para su estudio.

El hermano J, quien recibió el manuscrito de propia mano del pescador, preparó, como es mandato seglar, su reclusión en la torre oriental para producir, si así fuera posible, una traducción del texto.

A dos años de aquel encuentro, lo que presentamos a continuación, para provecho y disfrute de los estudiosos del mundo antiguo, es la segunda edición del trabajo realizado por nuestro hermano durante los intensos y extenuantes meses de reclusión en su zigurat.

Del trabajo original se respeta la integridad de la traducción. En esta edición tan sólo se añadieron notas al pie de página y apreciaciones hechas por el editor, a modo de ampliar la visión histórica y esclarecer las referencias (en algunos casos crípticas) del autor a la obra de coetáneos y antiguos.

Al hermano J, agradecer su esfuerzo y dedicación por alumbrar los rincones oscuros de la memoria perdida. Al lector, agradecer su interés genuino por culti-

var mente y alma. Finalizamos este breve prólogo trayendo a colación las sabias palabras de *O* en las *Ventanas Para El Ojo*, año 0:

> «Sólo los poseedores de una gran virtud pueden adentrarse al mar negro y rescatar del abismo las piedras preciosas que rompen la perpetuación de los ciclos kármicos».
>
> A. S.

I

Para quien no cree en las utopías, me siento en la obligación de hacer apología de *La Ciudad Zoológica*.[1] Mi ciudad natal, eco que reverbera en el tiempo, cumbre y cúspide de la ambigüedad.

A las faldas de una imponente montaña, en un valle de idas y venidas, se asienta nuestra utopía. Fundada hace más de cuatrocientos cincuenta años,[2] gracias a su clima invariable, posición y otras variables favorables, se convirtió desde entonces, y para los siglos, en capital y centro estratégico para los proyectos del *Nuevo Mundo*.

Su desarrollo, como el de cualquier otra gran ciudad, atravesó desde sus inicios, y hasta el día presente, conflictos armados que bañaron de sangre sus ríos. Mártires independentistas, seres de la nada, hijos del vacío, por igual, fueron fecundados en la tierra fértil de *La Ciudad Zoológica*.

Pero el fin último de la actividad, lo mismo de la ciudad, es la *Eudaimonia*.[3]

Nuestra *Ciudad Elevada* se aproxima a ella a través de la conservación de la *fauna silvestre*. En otras palabras, su éxito se centra en la adopción de un sistema que permite el sano desarrollo del *instinto animal*.

---

1. Las descripciones respaldan la teoría de que *La Ciudad Zoológica* se trata en realidad de la antigua ciudad de *Cauchemar*, sepultada bajo la ira de Dios en el año 2xxx del calendario juliano.

2. La concordancia de fechas hace pensar que el escrito se produjo en la década de los 10 o 20 del siglo XXI d. C., ya que para ese entonces la ciudad de Cauchemar estaría a la mitad de su quinto centenario.

3. Referencia a la *Ética Nicomáquea* de Aristóteles. A lo largo del escrito, el autor también hará referencia a otra obra del estagirita como lo es la *Historia Animalium*.

La ciencia política, en su sentido más noble, organiza, distribuye, fomenta y rige qué ciencias son necesarias en una sociedad. Éstas, orientadas siempre a conseguir el bienestar de los ciudadanos y la búsqueda del ideal del bien común. Un zoológico no está exento de esta lógica si persigue el único bien que se busca por sí mismo. Por ende, gracias a los esfuerzos inhumanos hechos por sus dirigentes desde su fundación, las ciencias a desarrollar en cada período han variado más bien poco. Una vez comprendida la naturaleza de cada animal, sólo bastó con saciar sus instintos más primitivos.

II

A través de los siglos de nuestra corta historia, el pensamiento animalista y la industria han ido siempre de la mano. El *Desarrollo Endógeno Instintivo (DEI)*, sistema de organización económica, ha probado su eficiencia naturalista al resistir el paso del tiempo. A pesar de los embates de guerra, hambruna y aislamiento, las disposiciones no han variado sustancialmente. Por eso el apelativo de *Ciencias Perennes*. Aquí un recuento de las principales ciencias que se desarrollan dentro de esta utopía:

1. *Ciencia del Vox*: para la formación de colonias, panales y ootecas. Gracias a la complejidad y espectro tan amplio, la ciencia del *Vox* divide sus funciones en tres grandes industrias:

   A) *Hornos de Cal*:[4] aquí se instruye por igual a *Formícidos*, *Antófilos*, *Áfidos* y otras especies eusociales y obreras que constituyen el núcleo de nuestra polis. También a *Blatodeos*, *Psicódidos*, *Arácnidos* y otros depuradores naturales de las cloacas del tercer estrato. *Lo mismo da, se instruya en escuelas, trabajos o templos*. Todas las especies antes nombradas son también el alimento favorito de *Coccinélidos* y *Reptiles*. Como dice un dicho muy antiguo «se matan dos pájaros de un mismo tiro».

   B) *Cubos de Rubik & Necker*: gracias al innovador y democrático sistema de nuestros *Pavo Cristatus*, los medios de comunicación son saturados con pequeñas piezas de información, de corta duración, colores muy diferentes y origen diversificado, llamadas *Cubos*. Es virtualmente imposible armar el rompecabezas y extraer luz: los algoritmos están diseñados para mostrar a cada uno según su naturaleza. Nuestros animales se conforman con armar sólo una de las paredes del cubo y tener la razón cada uno en su caverna.

4. Posible referencia a un grupo de «profetas del surrealismo» resignados a vivir en el ostracismo. Recordados por la conceptualización y lucha social en sus obras.

C) *Ojos de Medusa*: *para convertirlos en piedra y alimentar los prados de la ira*.[5] Esta utopía es tal, por no enmascarar con eufemismos y sublimación los instintos animales: esta es una industria que provee las herramientas para la supervivencia urbana. Las cucarachas desarrollan la secreción vomitiva; las arañas aprenden a tejer telarañas; los geckos y caimanes, escamosos y de sangre fría, consentidos de nuestra directiva, son entrenados para depurar el exceso de depuradores mientras se enriquecen de sus nutrientes.

2. *Ciencia del Ex Profeso*: para la producción de carroña. La idea novedosa es la de favorecer la formación de enfermedades. Pústulas, necrosis, metástasis, muerte súbita y subliminal, ansiedad y depresión, son sólo algunos de los *productos favorecidos* por *Laboratorios Represión*. Empresa que cubre por sí sola las grandes cuotas de consumo de carroña gracias a sus sucursales *Puchero* y *Sonrisa*, afirmadas en el este y oeste de la ciudad, respectivamente. Las grandes beneficiadas son nuestras aves patrias: los *Catártidos*.

3. *Ciencia del Panem et:* para la producción de miel y azúcar. Todas las semanas, a lo largo y ancho del territorio, se inauguran nuevos hormigueros y panales donde hormigas y abejas, disciplinadas para el trabajo riguroso y sin contemplación, puedan abastecerse de provisiones que las mantengan provisionalmente satisfechas. A su vez, estos espacios sirven para que nuestros ciudadanos tengan un sano esparcimiento entre congéneres. De aquí también se provee a los *Dípteros*, frecuentemente olvidados: acostumbrados a alimentarse de heces, ven como mejora sustancial y cualitativa un poco de azúcar y miel en sus platos.

Pero la amplitud y diversidad de especies e industrias dificulta la tarea del panegirista con miras a un texto lacónico. Por eso la importancia de la aclaratoria: en la Ciudad Zoológica no sólo hay espacio para las especies anteriormente nombradas. A lo largo y ancho del territorio conviven en armonía especies representantes de todo el *Metazoa*:

Mantodeos: religiosamente lascivos; religiosamente castradoras.

Lepóridos: fértiles reproductores del exceso. Ambos grupos son los favoritos de la industria hotelera, de bienes raíces, derecho y entretenimiento sexual.

Selacimorfos: reducen todo a la mentalidad ganadora; el pobre es pobre

5. Posible referencia a un antiguo profeta cruelmente asesinado. Recordado hasta el sol de hoy por la osadía de soñar y amar en el *Valle de las Sombras*.

porque quiere. Son los mimados de los gimnasios y sofistas.

Primates: tricksters y juguetones, son los payasos que animan a nuestra ciudad. Son los principales aportadores a la ciencia del *Panem Et*, sobre todo en lo concerniente al espectáculo.

Hipopótamos: creen ser grandes depredadores por estar obesos. Se la viven inmersos en su estanque. Favorecen las industrias del turismo y relacionadas al *Panem et*.

Poríferos, Decápodos, Suidos, Cetáceos... ¡es que hay tantas!

Todas estas y muchísimas otras más son tenidas en cuenta, cada una con igual importancia, por las industrias y nuestra dirigencia. Todo sea con el fin de satisfacer y orientar todas las razas al *fin último de La Ciudad*.

III

Pero no todo es color de rosa. Incluso en una utopía hay *fantasmas y sombras*.

Las cuotas de sacrificio han de ser mencionadas ya que, si las ciudades aledañas no dieran a diario todo por nuestro proyecto, vidas inclusive, ésta tal vez jamás se hubiera concretado.[6] ¿Es justo y necesario el sacrificio de millones de almas por la consumición de un ideal? *Nosotros creemos que sí*.

Pero como sobre este aspecto hay muy poco que decir, pasemos al siguiente. Aquí haré mención de los *grandes enemigos del paraíso*.

Primero las Aves: a excepción de los Catártidos, que vuelan libremente, todas las demás especies son voces cantantes de falsas utopías, y todas son conservadas en jaulas aisladas del resto. Su canto es ahogado bajo *el domo que cancela el sonido*.

Segundos los Equinos: todos se han ido. Se fueron y no miraron nunca atrás, ya que a los pocos que se atrevieron a conspirar se les amputaron las patas y fueron carroña.

Luego están los Elefántidos: estos son contrabandistas que transportan ani-

6. Durante *El Recubrimiento*, las ciudades aledañas fueron explotadas para mantener la paz en la capital. P, *historia de una pesadilla*, M, 8, p. 23.

males entre *cuadrantes del plano cartesiano*. Todo esto lo hacen a través de su trompa. Se llaman a sí mismos libertadores y monjes porque la extensión de su cuerpo es cincel, flauta o lápiz. No cumplen una labor utilitaria en nuestra sociedad y viven en los márgenes. Somos justos al no exiliarles, y sin embargo, muchos de ellos prefieren irse. Los restantes, no pocos, viven en cloacas y agujeros y se conforman con refugiarse en sus propias utopías del cuadrante III.

Similares a ellos son los Úrsidos: admirables personajes, hibernadores natos. Acumulan honradamente los suficientes recursos para su subsistencia y se tienden a dormir. Su rugido no se escucha porque sueñan el largo sueño en sus cuevas.

También se encuentran los *Canis Lupus*: reunidos en pequeñas manadas, cuidan lealmente los unos de los otros, pero su exclusivo círculo no admite nuevos miembros. Aúllan a la luz de la luna y por eso nadie les escucha.

De los Bóvidos, Camélidos, Caprinos y otros grupos: sólo decir que llevan el peso del mundo a sus espaldas. Pero no se trata de otra cosa sino de bestias de carga desprovistas de ánimo. Transportan indistintamente lo debido y lo indebido en su lomo y lo transmiten a las nuevas generaciones. Esto es característica propia de los rumiantes.

Pero si hay un enemigo al que hay que destruir, así la vida se nos vaya en ello, esos son los Felidae: *Les Enfants Terribles*. Descendientes directos del *León de Judá*, son la antípoda de los eusociales. De carácter individual, osados e indomables por naturaleza, cada uno vive bajo su propia ley, algunos inclusive llevan la *Marca de Caín* en sus ojos. Son la plaga más grande y difícil de erradicar que ha caído sobre alguna ciudad. Tan pronto matamos a uno nacen dos más. Y los esfuerzos y recursos que se necesitan para atrapar a un animal de tal sigilo y destreza no son poca cosa.

A ellos oponemos *Les Bons Enfants*: los *Canis Lupus Familiaris*. Bestias de corazón noble y fáciles de entrenar, y los únicos capaces de ganar el corazón de los Felidae y domesticarlos.

Ha probado ser un método eficiente, pero el peligro acecha y nos observa.

Cuenta la leyenda que *El León*,[7] hijo de una *estrella distante*, peregrinó por la Vía Láctea en busca de algún *tesoro*. Fue de planeta en planeta y en la *Isla del*

---

7. P indica que pudiera tratarse de un símbolo de sabiduría perdida, o el surgimiento de una figura histórica de gran importancia. P, *historia de una pesadilla*, M, 8, p. 73.

Cielo, tras conseguir las *Minas de Salomón*, tuvo la epifanía de *un fin* y las rechazó para bajar a la tierra y garantizar la *paz del futuro*.[8]

Ya en nuestro plano, nos declaró la guerra y conspira activamente para hacer caer *La Utopía*.

Se dice de *Él* que medita, que ama, que es sabio y justo, y mora en el *centro de la montaña*. Pero que resida allí si gusta. ¡La incendiaremos y no quedará rastro!

Si un día *el osado desciende centelleante* buscando lo que no se le ha perdido, liberaremos de ser preciso a las criaturas del averno.

¡Muerte a los enemigos!

¡Que viva La Ciudad Zoológica!

Nota de un barquero en el Mar de la Vacuidad

Me topé con este manuscrito hace poco tiempo. En la escala real de las cosas, no se trataría sino de un suspiro. Habrá sido uno de los cientos o miles de millones con los que me he topado. Sin embargo este era uno de esos que al tacto queman.

Escribo en lengua castellana después de mucho tiempo. Habrá sido ayer que se derritieron las aspas del molino, pero eso poco importa. Esto lo hago con un propósito.

Esta sátira no es más que uno de los cristales de un espejo roto. Allí abajo en el fondo del mar se encuentran perdidos los otros mil y un fragmentos. Éstos emergerán un día. O tal vez no. Tal vez algún día se logre reunirlos, pero de no ser así ¿acaso es otro nuestro destino?, ¿no es acaso una empresa fútil e infantil pretender lo eterno?

A muchos he transportado que fueron ego antes que cualquier otra cosa. Ni sus nombres recuerdo.

Por eso ¿qué más da que interprete o no?, ¿qué más da que transporte o no?

---

8. Posible referencia a un trovador y profeta extranjero. Hermano en la patria de la lengua materna.

Yo lo hago porque es lo que hacemos los barqueros. Vamos de puerto en puerto cruzando baratijas y bagatelas.

Los monjes dan vestidos y ornamentos a un mensaje que puede reducirse a una expresión. No es que no admire la belleza de las palabras, pero en el último umbral no queda más que admitir que no se tratan más que de una ficción.

Aquí yacerá, por lo que dure el tiempo, la única verdad tras este texto:

Voces y sombras
(sobre *Líneas que un pájaro dibujó en el aire,* de Manuel Cabesa)

José Ygnacio Ochoa

Escritor venezolano (San Carlos, Cojedes, 1959). Profesor en la especialidad de Castellano y Literatura. Magíster en Literatura Latinoamericana por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Upel (Maracay, Aragua). Pertenece a la agrupación Estival Teatro desde 1993. Asistente de dirección del Teatro de Cámara de la Subdirección de Extensión de la Upel-Maracay. Miembro de los consejos editoriales de Ediciones Estival y de la revista *Teatralidad*. Ha publicado textos de crítica teatral y teoría teatral. Ganador del Certamen Mayor de las Artes y de las Letras del Ministerio de la Cultura de Venezuela con el libro de poemas *Imagen del alba* (2005). Autor también de *Diario de aguas* (Estival, 2011) y *Crónica de un amor* (Estival, 2014). Colaborador del suplemento cultural *Contenido* del diario *El Periodiquito* (Maracay).

Manuel Cabesa es un escritor anclado en la ciudad de Maracay, pero el sentido universal de la literatura va con su sensibilidad poética llevada al papel. Sumadas a ello están las lecturas interminables que se cuecen para acercarnos o abrir más aún este oficio de la escritura por demás digno en su esencia.

Manuel Cabesa (Caracas, 1960). Reside en Maracay, Aragua. Narrador, poeta y ensayista. Perteneció al Taller de Poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) y ha colaborado con las principales páginas literarias de Aragua y de Venezuela. Ha publicado el poemario *Vida en común* (1985), la antología *El acto y el lugar de la poesía. Una antología de arte poética venezolana* (Maracay, 2002), el libro de cuentos *Falsificciones* (Villa de Cura, 2004) y la antología *Un lento deseo de palabras* (Monte Ávila Editores, Caracas, 2010), que reúne su obra poética completa.

Voces y sombras
(sobre *Líneas que un pájaro dibujó en el aire*, de Manuel Cabesa)

José Ygnacio Ochoa

Su voz
(No se trata de la voz de nadie. — ¡Pues claro que sí!
Precisamente: se trata, se trata siempre, de la voz de alguien.)

Roland Barthes, *Barthes por Barthes*

I

Hablar de libros y de la Biblioteca Pública Agustín Codazzi, en Maracay, es girar la mirada y encontrarnos con Manuel Cabesa, quien se ha convertido en una referencia necesaria e importante en el ámbito de la literatura del estado Aragua y por consiguiente en Venezuela. Su habitáculo es como una estantería accesible a un diálogo invaluable de inteligencia. Él es un signo, va con los libros conectado a la escritura. Ser bibliotecario le ha permitido contener un sentido de hospitalidad con todo el público que se le acerca. Conversador por naturaleza. Con un verbo certero porque para él *la comunicación es acción* en tanto adquiere un sentido pleno en la oralidad.

Por ello, nada es casual, estimula la lectura a través de los Talleres Literarios de Los Moradores, lo que se ha convertido en un punto de encuentro muy necesario. Desde la tertulia se descubren cadencias en los poemas, es decir imágenes, es expresar el encantamiento como lo manifiesta en *Secreta permanencia* (Editorial La Liebre Libre, 2000) cuando en el poema expresa:

ENTONCES HABLAMOS
de noches largas

de ladrillos llamando a la luna

de grillos amparándose entre hojas

de soledades encarnadas
en la sed del verano.

Los vocablos «noches», «luna», «grillos», «soledades» y «sed» nos remiten a un estado que se emparenta con la vida, las emociones y el pensamiento de una voz que va más allá del solo nombrar a la palabra, pues se convierte en un diálogo despojado de poses. Las ideas van en absoluta libertad para contarnos de sus cuitas por las noches, o de cualquier hora, porque el poema es atemporal en su propia esencia y presencia. Manuel lo afirma en el ensayo «Un lento deseo de palabras», que aparece en las páginas finales del poemario mencionado: «La poesía es más que un producto del lenguaje, es la conciencia y memoria de una lengua, el instrumento más apto para explorar los recursos creativos e imaginativos de una sociedad». Entonces, esa cercanía entre poesía y ensayo es inevitable en la voz del poeta. Es una tentación en su íntima persistencia. Se decanta por la necesidad de contarnos historias e instantes que resurgen con la palabra. Todo lo leído va de la mano de su escritura. Igual pasa con el poema «Arte amatoria» en su poemario *Vida en común*.

Los poemas se cuentan solos. Viven su existencia, se representan en su realidad. La realidad de la voz poética que llega a la emoción, en tanto se descubre en su modo espiritual: lo que va acompañado de un silencio para convertirse luego en piel en el texto. El sentido amatorio es el poema por sí mismo: el *ars poetica* va en ascenso porque leer poesía es elevar el sentido de la emoción y la razón como un acto de libertad. La subversión se erige desde este ángulo de lo imaginario amparada con la certeza de lo vivido. Borges afirmó alguna vez que, para lograr escribir, al menos se debe leer a los clásicos; agrego a esto que debemos leer todo, esa lectura entre líneas para llegar a los hallazgos que nos tienen reservados el libro, la vida y la calle; para, de alguna manera, pisar el sentido movedizo y contradictorio de la literatura como se atrevieron Ramos Sucre, Eugenio Montejo, Francisco Massiani, entre otros poetas que trazaron un paisaje que incorpora el sentido orgánico en la literatura venezolana.

Manuel Cabesa, en *El acto y el lugar de la poesía, una antología de arte poética venezolana* (Fondo Editorial de la Secretaría Sectorial de Cultura del Estado Aragua, 2002), reúne a un buen número de poetas con una temática que se manifiesta como constante: el *ars poetica*, forma de edificación de un mundo representado desde el poema. A propósito de esto traigo a colación dos poetas emblemáticos, primero a Vicente Gerbasi con «El poeta quieto»: «La palabra / poética / es una rebelión / contra / el misterio...». Y luego, en el caso de Erasmo Fernández, el poeta de lo urbano —la calle—: «Con palabras comunes y corrien-

tes / del habla / esas puestas ahí en lo cotidiano, / haré el trasbordo, viaje / a los estuarios de la imaginación. / Será parlante alquimia, verbo / trasvasado fronterizo de los sueños. / Lar de los deseos. / Única mansión de ser habitada». Así como estos, se reúnen otros tantos poemas que replican la bitácora de un registro de signos para manifestar ese mundo que el antólogo nos entrega. Esto permite afirmar que la crónica, el ensayo y el relato marcan el ritmo discursivo de Cabesa al investigar con detenimiento la escritura que materializa el deseo por la palabra y su vínculo con la existencia.

II

Hablemos de *Líneas que un pájaro dibujó en el aire, poemas inéditos: 2013-2022* (edición personal, diagramación de Nesfran Antonio González Suárez; Panamá, 2022), de Manuel Cabesa. Es su más reciente poemario. Una recopilación de poemas que se juntan con el estilo de una voz poética: su propósito no es más que contarnos de lo que él ha comprendido como su abecedario en su discurso literario. Libro que se va subtitulando en «La noche susurra», «Intimidad de la materia», «Habitaciones solitarias», «Entre soles» y «Tríptico de la ciudad» —acoto acá que todos estos se prestan para darle título a más de un libro. Comienza con el poema «Desnuda claridad» como un canto a la palabra y como una carta de presentación descrita como: «Bellas furias secretas / espejeando como un delta».

El vocablo como protagonista de la vida en la voz de un escritor para que los días se conviertan en búsqueda contradictoria. Luego saltan las imágenes: «sombras», «espejos», «misterio», «memoria» y «recuerdos», una constante en la cimentación del verso. Se explora la relación en un diálogo constante que encuentra sonoridad en su *lenguaje original*. Al detenernos en el poema que lleva por título «Como tatuaje de niebla» un comienzo en imagen pura, sumado el epígrafe, marca una intención en su composición. Una estructura armónica para la continuidad del canto. Esto es tener el conocimiento del oficio del escritor —así lo estimamos.

Con «Gramática del instante» el poeta se da la licencia de reflexionar en trece cantos-episodios en torno al *acto poético*. ¿Cómo nombramos lo que está y lo que no? Se funda la seducción de la palabra por vía de su representación. Todo es una sugestión a partir de lo interpretado como se vislumbra en el canto XII. El poema se va contando como una puesta en escena. Se va mostrando de a poco con la cadencia de la lectura en su gesto dialógico, pues se hablan, se dicen y se desvisten para la fruición sin dictámenes.

A lo largo del poemario declara lo vivido con las respectivas dedicatorias a seres cercanos a su vida cotidiana e intelectual. A cada uno le entrega su manifestación de afecto. Veamos una muestra con «Viento en la noche de la ciudad triste»: ya el título es un verso para iniciar un canto a la ciudad, a lo urbano. Leamos los primeros cuatro versos: «Despierto de madrugada / sorprendido por la pesadilla / de una ciudad triste / que se diluye entre mis manos». Qué nos oculta el lenguaje para decir una verdad que se topa con el sentido del poema sin conceptos, sin más que con la palabra que tiembla, madura y se cuece con el amparo del silencio y la reflexión de una voz que canta lo inaudito:

Morada de lo efímero

Y si después de tantas palabras
no sobrevive la palabra.

César Vallejo.

I

El poema se derrama
entre las convulsiones del tiempo

Relámpago imposible
proyectando su luz
sobre los contrastes de la memoria

y la mutación de los gremios

(...)

La palabra, siempre la palabra, que además de lo articulado también advierte lo deseado, aquello que se evoca por la fascinación del recuerdo y lo ficcionado. La experiencia y los objetos cobran otra «función» en lo amado de la voz poética. Decir *poema* es mencionar la convulsión, el tiempo, la memoria y lo imposible, todo contenido en los cinco versos iniciales —arriba la muestra— para afianzar nuestro argumento. Insistimos, el epígrafe se une a la composición de una totalidad sin saturaciones para apuntar a los equívocos de una ciudad y sus habitantes-moradores que transitan con sus contradicciones y confrontaciones.

La utilización de los epígrafes como recurso da cuenta de un universo integrado al poema, es la referencia necesaria y una especie de honor a los escritores y poetas convocados —Antonia Palacios, Guillermo Sucre, Octavio Armand, Enrique Molina, César Vallejo, Severo Sarduy, Eugenio Montejo, María Fernanda Palacios, Roberto Mascaró y Luis García Montero, entre tantos otros—, voces necesarias en las lecturas y encuentros de Manuel Cabesa, al igual con la «relación de citas» que aparece al final de *Mitología de la ciudad incierta*, donde se

convoca a otras voces poéticas. Con esto deseo resaltar que el canto-poema va en ascenso acompañado con otros poetas. Cabesa se junta con todos ellos por vía de los versos-baladas-trovas para manifestarse en un gesto. En efecto, la voz poética utiliza un único argumento, el poema en su esencia, no más. Valoramos su entrega ante el hecho de la escritura, de modo que los poemas no se separan en su espaciado, en la totalidad del libro; ellos, en todo caso, conforman una existencia compartida, es el vínculo en donde intervienen la palabra, la frase y la oración en su juego porque cada final de un verso es el comienzo de un nuevo andar entre las ondulaciones de ese pájaro que nos dibuja en el aire.

En el poema «La figuración y el acto» persisten «los fantasmas de la memoria (...). Voces y sombras: / son el rescate de lo humano / perdido en el laberinto de un pasado / del que apenas nos queda un eco falleciente». Nada es absoluto porque se visualiza una alusión a lo predicado en el poema. La presencia del sentido filosófico marca un ritmo y se profundiza porque cada poema es un reencuentro desde la figura de aquellos espacios que dictan, en buena medida, la entrega de una promesa inconclusa entre sentir y pensar: «Como a pájaros / como a nubes». El juego entre lo narrado y lo evocado está dispuesto. Es menester detenerse en cada verso: cada uno es un «ingenio lingüístico». Las unidades gramaticales puede que se repitan para la creación de una identidad del poema: «cada poema escrito...». La contundencia del poema está en la sencillez de su estructura y cómo se compone. Un espaciado que se atribuye a un ritmo logrado por su rasgo distintivo: la experiencia se conjuga entre las lecturas y lo vivido en la ciudad:

Mitología de la ciudad incierta

Soñar una ciudad y despertarse
viendo sólo su ruina.

Hugo Gutiérrez Vega.

I.

La ciudad como motivo

Presencia ineludible

La poesía
es un oficio urbano
lleno de espera

Vemos que la estructura se reitera; luego, lo que evidenciamos es lo que se deriva de ello: voz poética y lector, unidos por el canto que se manifiesta en su naturaleza, la seducción y conmoción en un diálogo para lograr un ritmo que está

en el verso vinculado a la sensualidad y al desplazamiento plural del poemario porque la ciudad es el poema.

Finalizamos con *Gramática del instante*. La correspondencia de lo escrito va como una suerte de manifiesto. No son sentencias ni algo definitivo, porque la literatura da para más. Pero sí procura mostrar algunas peculiaridades en torno a la presencia de la palabra hecha poema. Comienza con un epígrafe de Roberto Mascaró que marca de alguna manera el punto de partida de lo que Manuel Cabesa reflexiona en estas cuatro páginas. Pareciera un aparte, y lo creo así; sin embargo, estos trece comentarios argumentados con precisión me acercan a un planteamiento, a propósito del juego al que nos invita la voz poética; me hago entender: el oficio de la escritura, en el caso del poeta que nos ocupa, va por la cercanía existente entre poesía y el tono ensayístico que plantea en esta parte del libro. En este paso confluyen de manera natural, es el ejercicio de la escritura, parece fácil pero no lo es. La voz poética lo logra al unir poemas y el giro poético al que nos invita con estas consideraciones en torno a la poesía, y, reitero, el poema en su construcción *per se*. Es una preocupación y bien lo forja Cabesa en plantearlo de esta manera para que el lector procure su punto de vista; este gesto del poeta da para discusiones e intuimos que debe ser un tema que ya lo ha sopesado en diferentes encuentros. Es la esencia de sus consideraciones que abre la necesidad por indagar más sobre el tema; esto es lo peculiar, el escritor lo convierte en un hecho accesible al lector; dicho esto, el poeta nos acerca a *Líneas que un pájaro dibujó en el aire*...

III

Manuel Cabesa es un escritor anclado en la ciudad de Maracay, pero el sentido universal de la literatura va con su sensibilidad poética llevada al papel. Sumadas a ello están las lecturas interminables que se cuecen para acercarnos o abrir más aún este oficio de la escritura por demás digno en su esencia. En una entrevista de Rafael Ortega publicada en *Letralia, Tierra de Letras*, el 16 de septiembre de 2007 (año XII, Nº 172), Cabesa afirma: «Uno escribe no sólo para ser leído, sino para dejar una heredad, un pedazo de testimonio de vida y también crear una especie de fraternidad». Estamos seguros de que el poeta nos enseña a amar la lectura y por consiguiente la escritura. Leerlo es un aprendizaje, pero sobre todo es un gozo, pues se disfruta cada vocablo, cada oración, cada poema y cada silencio porque seduce con la palabra; en definitiva, su voz es una *secreta permanencia*.

Caracas: la anticiudad, los espacios muertos y los ciudadanos

Xiomara Ortega

Escritora y docente venezolana (Mérida, 1974). Textos de su autoría han sido publicados en diferentes revistas y antologías. Publicó en 2021 el libro de artículos y crónicas *Reminiscencias*.

Aunque no vivo ni he vivido en Caracas, esta ciudad está presente en mis recuerdos más felices, gracias al arte, la literatura y los amigos que formaron parte de mi vida. Desde esta perspectiva externa, me permito reflexionar sobre el tema de los espacios muertos y la anticiudad.

Caracas: la anticiudad, los espacios muertos y los ciudadanos

Xiomara Ortega

En noviembre de 2014, viajé a Caracas para asistir a una reunión de la Alianza Francesa de Venezuela. Llegué a un hotel cercano a la Plaza Francia de Altamira después de las siete de la noche. A la mañana siguiente, me levanté temprano y descubrí con agrado un mural que reconocí de inmediato, era el que aparece en la portada del libro de Héctor Torres *Caracas muerde*.

Para mí, Caracas es una ciudad que ofrece una amplia gama de experiencias culturales. Recuerdo con cariño la exposición de miniaturas de Luisa Palacios, el Festival de Lectura de Chacao, el Festival de Títeres en la Plaza de los Museos y muchas otras actividades que disfruté durante mis fines de semana y pausas en las reuniones de trabajo con la Alianza Francesa.

Los espacios muertos, los espacios perdidos

Siempre me han llamado la atención de esta ciudad los espacios que parecen abandonados, aquellos que están debajo de los elevados y que parecen fantasmas. Son espacios muertos, perdidos y en ruinas que abundan en todas las ciudades, pero en Caracas estos escenarios en decadencia son cada vez más frecuentes.

Aunque también se construyen nuevos edificios como restaurantes y oficinas, y todavía persisten lugares maravillosos, los espacios públicos comunes están deteriorados y no son seguros para los ciudadanos.

Es difícil pensar en la rehabilitación de los espacios de una ciudad sin tomar en cuenta la política, lo económico y lo social. Además, en estos espacios coexisten personas en condición de calle.

Durante los últimos diez años, en Venezuela se ha observado un creciente abandono de casas y edificios por diversas razones. Como resultado, la naturaleza ha comenzado a reclamar su espacio y las plantas y árboles han empezado a adueñarse de estos lugares de forma natural. A pesar de mi amor por la naturaleza silvestre, considero que es importante contar con una planificación que permita una convivencia saludable entre el paisaje urbano y la naturaleza. Las plantas silvestres no deben ser vistas como una amenaza para la planificación urbana porque pueden coexistir en armonía. Por otro lado, las edificaciones abandonadas representan una fuente de enfermedades, inseguridad y riesgos estructurales debido a su deterioro sistemático.

Además de monumentos y edificios abandonados, existen también obras inacabadas que se han dejado en el abandono. Por otro lado, el Cementerio General del Sur es un espacio de uso común y con gran importancia colectiva que lamentablemente se ha convertido en un lugar peligroso y descuidado.

Es importante cuantificar estos espacios para tener una comprensión más precisa de esta situación. Sería interesante saber qué espacios de Caracas se pueden clasificar como espacios muertos, espacios perdidos o espacios públicos sin condiciones para su uso, y cuántos se pueden rehabilitar en corto plazo.

¿Qué contempla el Estado venezolano en cuanto al desarrollo urbano?

Al revisar el Plan de la Patria 2019-2025 para conocer las líneas de trabajo en cuanto a la planeación y revitalización del espacio urbano, me sorprendió lo que encontré. Aunque puede haber defensores de lo utópico que lo vean como una guía hacia un ideal soñado, al leerlo pareciera ser simplemente un guion escrito sin relación alguna con las políticas de Estado que se llevan a cabo, más allá de mencionar la palabra «socialista». Me pregunto: ¿cómo se concretan estos objetivos?, ¿qué acciones se están tomando?, ¿cuáles son las propuestas concretas y qué evidencias existen de la aplicación del plan desde 2019 hasta diciembre de 2022?

> [318] Plan de la Patria 2025. 5.5. Construir un modelo de ciudades, urbanismos y edificaciones ecosocialistas, en consonancia con las variables geográficas, tradiciones y costumbres, dignos y eficientes para el desarrollo del buen vivir.
>
> 5.5.1.1.2. Generar la doctrina constitucional sobre el urbanismo socialista, definiendo a) el derecho constitucional a la ciudad, b) la obligatoriedad de la

planificación integral de las ciudades, incluyendo la vivienda, servicios, transporte, etc., c) el sistema de planificación urbano y territorial, en plazos concretos, d) el sistema de recursos y la garantía de los mismos para la ejecución del plan, e) el sistema de gobierno asumiendo la condición indivisible, funcional, del fenómeno urbano, independientemente de los límites políticos administrativos.

Las políticas de Estado equivocadas, la inacción, la desidia y la mala planificación urbana son algunas de las razones por las cuales se crean y mantienen los espacios muertos y abandonados. Además, la inseguridad que se genera en estos lugares contribuye aún más al deterioro del entorno. Este tipo de dinámica social afecta la psicología del ciudadano y se convierte en un factor adicional que contribuye al deterioro del paisaje urbano.

Aunque la estética de lo feo y lo caótico puede ser interesante y tener su propia belleza, es importante reflexionar sobre la manera en que este tipo de entornos pueden afectar a las personas. Antes de romantizar y normalizar lo que hace daño, es crucial considerar que este estilo de vida no permite a las personas desarrollar todo su potencial. Además, no es justo para los niños ni para las personas mayores y, en realidad, no es justo para nadie.

La anticiudad como una señal de decadencia y de un modelo político limitante

Es importante aclarar que la anticiudad no se refiere al campo o la selva en contraposición a la ciudad. La anticiudad abarca todo aquello que contribuye a que la ciudad no sea un espacio donde los habitantes puedan coexistir. La ciudad no puede ser un espacio limitado y opresivo para las comunidades más vulnerables, donde la supervivencia se convierte en su principal preocupación en lugar de tener acceso a una vida plena y digna. En Caracas existen lugares que parecen zonas de guerra, no sólo por su dinámica social, sino también por su estética y la forma en que son transitados.

Me pregunto: ¿los políticos de Venezuela caminan por Caracas? ¿Van al Cementerio General del Sur? Sería una buena idea que ellos puedan vivirla como lo hacen la mayoría de los ciudadanos para comprenderla mejor.

Aunque no vivo ni he vivido en Caracas, esta ciudad está presente en mis recuerdos más felices, gracias al arte, la literatura y los amigos que formaron parte de mi vida. Desde esta perspectiva externa, me permito reflexionar sobre el tema de los espacios muertos y la anticiudad, no sólo en Caracas, sino también

en otras ciudades de Venezuela como Barinas, Mérida, Aragua, Portuguesa y Zulia, entre otras. Desafortunadamente, todas estas ciudades sufren de la misma problemática.

La poesía y el espacio que habitamos

Gaston Bachelard, en *La poética del espacio*, destaca la importancia de la relación entre el espacio que habitamos y la imaginación, como parte esencial de la poesía. Al hablar de la poesía y de Caracas, resulta inevitable pensar en la obra de William Osuna, quien transita por la ciudad con su palabra, dejando una postal de su recorrido a través de su poesía.

> Todo lo que disfruté quedó en un zanjón.
> Estas imágenes vinieron conmigo.
>
> Veo en la calle que va a Palacio,
> la ceremonia de los huesos. A un país vuelto cero
> en polvo
> en las despensas de la mala calle. En un aro de humo
> a los desempleados comerse los cables
> sobre el basurero de los días.
>
> A los manes de mi ciudad venidos de la sombra
> estrangulados por los cuatro límites.
> A los que se censaron en los grandes partidos
> Acumulando fangos y el espejo les devolvió hocicos
> de cerdo
> mientras reían frente a un teatro clausurado.
>
> Poema «Piedra vieja» (fragmento).

El poema de Octavio Paz «Hablo de la ciudad» es un canto a la ciudad. Nos lleva a reflexionar sobre la complejidad de vivir en una urbe que se manifiesta en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles, palomares y catacumbas. Todos somos parte de esta ciudad que nos sueña y que construimos y deconstruimos en nuestros sueños. Pero también habla de la parte oscura de la ciudad, del barrio paralítico, el muro llagado, la fuente seca, la estatua pintarrajeada. Nos muestra los basureros que parecen montañas y un sol taciturno que se filtra en el pulmón de la ciudad. Este poema nos invita a reflexionar sobre la dualidad de la ciudad, su belleza y su caos, y nos hace pensar en nuestra responsabilidad en su construcción y transformación.

La ciudad y los espacios verdes

«En el arte del jardín de rocas japonés, el artista debe ser consciente del 'ishigokoro' ('corazón' o 'mente' de la roca)». Aquí, Graham Parkes hace referencia a la importancia de comprender la esencia de los elementos que conforman el espacio que habitamos o que creamos.

Son muchos los arquitectos que incorporan la naturaleza en sus diseños, utilizando paredes cubiertas de hiedras en lugar de pinturas, árboles integrados en las estructuras y jardines. Sin embargo, a menudo encontramos ejemplos de buenas intenciones que no se traducen en resultados positivos. Una vez, durante una visita a una ciudad, observé cómo los bomberos regaban con sus mangueras los arbustos sembrados en los separadores viales y en las plazas, causando la erosión del terreno y arrancando de raíz los arbustos. Esto demuestra que no basta con tener buenas intenciones, sino que es necesario tener voluntad, educación, formación y eficiencia para crear políticas estatales que fomenten la rehabilitación de la ciudad.

A continuación, ofrezco algunas sugerencias para iniciar la reflexión sobre el tema

1. Fomentar la plantación de árboles y arbustos en las calles para proporcionar sombra a los ciudadanos en días calurosos.

2. Realizar un censo de las personas que viven en la calle y conocer sus condiciones de salud y necesidades. Ofrecer servicios de higiene personal y alimentación para ayudarles a mejorar su calidad de vida.

3. Reconstruir las calles para reparar los baches, habilitar aceras, mejorar la iluminación y colocar cámaras de seguridad.

4. Renovar la señalización y los pasos de peatones.

5. Reparar las fugas de agua.

6. Rediseñar los espacios muertos con plantas y flores.

7. Rehabilitar los espacios públicos abandonados.

8. Realizar jornadas de limpieza y campañas de educación para fomentar el cuidado de los espacios públicos.

En resumen, la calle debe ser un espacio para el encuentro con los demás y la ciudad, no un enemigo que debamos enfrentar cada día.

Fuentes consultadas

- **Álvarez**, Rocío: «¿Te imaginas cómo serán las ciudades en el futuro? Descubrimos París en el 2050». En: *Cool*, 14 de junio de 2022.
- **Arinas**, Txema: «*Caracas muerde: crónicas de una guerra no declarada*, de Héctor Torres». En: *Letralia*, Nº 341, 18 de enero de 2019.
- **Avendaño**, Emily: «Leopoldo Provenzali: 'Toda Caracas es una ruina urbana'». En: *Clímax*, 11 de julio de 2018.
- **CCCB**. «A favor del espacio público». Exposición del 1 de julio al 25 de septiembre de 2006.
- **Cité, Architecture & Patrimoine**. «La Ville fertile». Exposición del 23 de marzo al 24 de julio de 2011.
- **Mejías**, Oriana: «Duelo y violencia en *Caracas muerde* (2014) de Héctor Torres y *En rojo* (2011) de Gisela Kozak». En: Academia.edu.
- **Parkes**, Graham: *The awareness of rock: East-Asian understandings and implications. Mind that Abides*. Skrbina, Davis, Ed. 2009.
- **Paz**, Octavio: «Hablo de la ciudad». En: Poesía en Español.
- Plan de la Patria 2019-2025 de Venezuela. En: Observatorio Regional de Planificación para el Desarrollo de América Latina y el Caribe.
- **Sucre**, Alexandra: «Escenarios de espanto que esconde Caracas». En: *Clímax*, 5 de noviembre de 2018.
- **Yusti**, Carlos: «William Osuna y el poema traspapelado en la esquina». En: *Letralia*, 12 de marzo de 2020.

Dos textos

Isabel Pavón Vergara

Escritora española (Málaga, 1956). Forma parte del Consejo de Dirección de Tiberíades (Red Iberoamericana de Poetas y Críticos Literarios) y del equipo de redacción de la revista *Solera* (Área de Derechos Sociales del Ayuntamiento de Málaga). Durante diez años fue presidenta del Certamen Literario González-Waris y secretaria de la Alianza de Escritores y Comunicadores Evangélicos (Adece). Secretaria del Certamen Rey David de Poesía. Miembro del Colectivo Literario Palabras Libres. Desde 2005 es columnista semanal en *Protestante Digital*, donde coordina también la sesión POE+. Ha recibido más de cincuenta premios literarios. Participa en recitales y conferencias. Es diplomada en Religión, Género y Sexualidad por la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (Ucel) y el Grupo de Estudios Multidisciplinarios sobre Religión e Incidencia Pública (Gemrip).

Voy dejando sobre tu arena las mías, que caprichosamente son borradas, y en su lugar se depositan finas algas del color de tus ojos, de tus aguas que ahora me visten.

Dos textos

Isabel Pavón Vergara

Romanza de sirena y otros cantares
(A La Malagueta, en Málaga, España, desde la distancia)

¡Sea el viento de levante quien te entregue esta carta de amor, Malagueta, en el crepúsculo de la tarde!

Yo, desde la separación, te anhelo, y mientras suenan compases de mágicas melodías, miro al infinito perdido a través de los cristales de esta ventana. Contemplar el horizonte me hace imaginar que aquel campo de espigas eres tú, mar, trajeado hoy casualmente de color verde esmeralda. Cierro los ojos y permito que me abraces. Este momento de ensimismamiento se torna ensueño. Aprieto los párpados cerrándolos vigorosamente. Por ninguna razón los dejaré abrirse hasta no terminar con la fantasía del fluvial viaje que me entregará de nuevo a mis raíces malagueñas.

Y llego a ti, mar del sueño de mi ensimismamiento, y la melodía se modifica en notas musicales de esencias de Málaga. Y, como si de la primera vez se tratase, huelo tus aguas. Respiro y respiro hasta llenar por completo los pulmones de este aire intenso. Me baño en las templadas aguas para vestirme de salitre y perfumarme de tu aroma. Vuelvo a cerrar los ojos y rememoro mi primer refugio, el vientre de mi madre. Tan bien me siento que viene a la memoria aquella romanza de sirena que creía olvidada. Juego con tus olas blancas de espuma de nácar y, con las manos juntas, abarco toda el agua que puedo para entregarla a los pies de la Farola y ver cómo me las devuelve transformadas en canicas de cristal transparente.

Es Gibralfaro, quien se aproxima a mí con una nueva melodía de fantasía sensual. Se acerca despacio. Tengo tiempo de recrearme oyéndolo, sus andares

entre las palmeras del Paseo del Parque son tan lentos. Una sola palabra insinuante dice a mi oído al pasar por mi vera: «Ven», y obedeciendo la voz, voy tras sus huellas. A la vez, voy dejando sobre tu arena las mías, que caprichosamente son borradas, y en su lugar se depositan finas algas del color de tus ojos, de tus aguas que ahora me visten, de la imaginación despierta, de la esperanza que me empuja desde adentro y de las ondas mágicas del espacio. Dime que sí, compañera, marinera, dime que sí y huyamos para que jamás nadie nos encuentre.

(«Dime que sí / compañera / marinera / dime que sí». Rafael Alberti)

Itálica
(Santiponce, Sevilla, España)

«A veces me enamoro de las ruinas,
de su aroma, su niebla, sus arcanos».

Mario Benedetti

El pasado echa su ancla ante las murallas que te guardan, Itálica, brindándome tu abandono. Llego hasta aquí tras un largo viaje, atraída por un especial hechizo. Me hablaron de ti tantas cosas.

Tu abrazo cándido espera el encuentro. El tacto de mis dedos acaricia la piel de tus piedras como una enamorada, siento el vaho templado y húmedo que exhala su ungüento. Indago entre tus grietas y al cerrar mis párpados escucho: *Itálica, Itálica*..., como un tierno murmullo ancestral, melancólico y sordo que me llama hacia dentro. Me acerco aún más y busco, en vano, entre las hendiduras antiguas de un tiempo lejano y olvidado, a una doncella.

La invento.

Viste bajo sus hombros descubiertos, seda blanca, y adorna sus sienes con diez preciados dones de los dioses. En su boca luce la sonrisa abierta, y en sus ojos las verdes algas del estanque. Su cabello se alza en garabato. Una sílice azul ata su cuello desnudo, como atado está su amor también, desde hace tiempo.

Itálica, Itálica..., oigo de nuevo a mi espalda. Tu memoria me llama. Busco la voz y descubro a un ave sin vuelo que forma un bello mosaico en la engañosa tierra. Visualizo su sombra emigrando sola hacia otra constelación, más libre, más divina.

Intento volver de nuevo ante la presencia de la joven inventada y hallo el latir de su ausencia. Si pudiera saber adónde se ha ido, dónde está su alegría...

¡Vuelve!

Paseo tus anchas avenidas, Itálica, vieja ciudad honorífica romana. Camino sobre huellas que ocultan otras huellas. Sobre ti consumaron crímenes que se hallan velados bajo los campos de cultivo. El ser humano cuando yerra, evita su castigo ahogándolo con sudor bajo la tierra indefensa que ha sido testigo mudo de tanta fiereza.

Muchos buitres despojaron el tesoro confinado en tus entrañas. Buitres carroñeros. Buitres a sueldo esparcieron tu grandeza por España entera.

Languidece el horizonte al contemplar tu historia amordazada. Imagino el lujoso mundo, hoy suburbano, de Escipión o de Adriano. Bebo de tu agua, refresco mi rostro en un poema para hacer más nítida tu imagen longeva. ¿No entiendes, Itálica, no ves claro que Santiponce te entierra? ¡Resurge!, aún quedan mariposas y tréboles amarillos entre tus cenizas.

¡Cuántos peristilos sin flor!, ¡cuántos días ya sin sol!, ¡cuántas noches sin luna!, ¡cuánta lluvia seca!, ¡cuánta tristeza sufrida a corazón abierto!

Descanso un instante ante la visión de las huérfanas termas del Collegium de la Exedra.

Observo los juegos que revelan las losas y que adornan tus aceras de nostalgias. ¡Itálica! Me estremece tu nombre. ¡Bella Itálica! Grandeza perdida de un tiempo donde no he de hallarte.

¿Dónde están las fieras y los valientes gladiadores? ¡No hay nadie aquí! ¡La fosa bestiaria está desierta!

Itálica desnuda. Descubiertas al aire son tus vergüenzas entre las ruinas. ¡No eras esta que hoy vislumbro!

Pobre Itálica.

Y pobre mi imperdonable pobreza de no saber dar con lo que fuiste.

La vieja librería de Ljubljiana

Luis Pérez Sanz

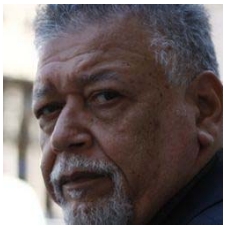
Fotógrafo español (Segovia, 1952). Es psicólogo de profesión y está jubilado. Forma parte del grupo de arte contemporáneo Fundación Artágora. Ha obtenido reconocimientos en certámenes de fotografía convocados por la Diputación de Segovia, el Hospital de Segovia y la Asociación Cultural de Arévalo. Finalista en la categoría «Libre creación» en el VII Concurso Memorial Joaquín Bilbao (2019), accésit en el IV Certamen de Fotografía «Sierra de Francia» (2019), primer premio en la categoría Arte Urbano del concurso Flash Málaga (2019), tercer premio del certamen «Fotografiar el software» de la Fundación Computaex (Escuela Politécnica, Cáceres, 2019) y distinción «Millor Fotografia de BTT» en el XXXII Premi de Fotografía Digital Oscar Ribes (2020).

Viejos retratos de autores, y viejos libros, en un viejo escaparate de bellos marcos de madera ajada.

Un paseo por las viejas calles de Ljubljana en Eslovenia y encontrarse el escaparate de una vieja librería con el sabor y el encanto de tiempos pasados. Viajar y pasear con la cámara al hombro. Callejear siempre depara alguna sorpresa. Esta fue una de ellas. Viejos retratos de autores, y viejos libros, en un viejo escaparate de bellos marcos de madera ajada. Se adivina el interior sombrío, lomos dorados de sabiduría de palabras y vivencias amontonadas esperando a ser descubiertas por miradas inquietas.

Como un tesoro que aguarda exploradores, buscadores de ancestrales maravillas.

-СЛОВЕНАЧКИ КЛУБ
CA
ЦА
KNJIGARNA
КЊИЖАРА
ANTI

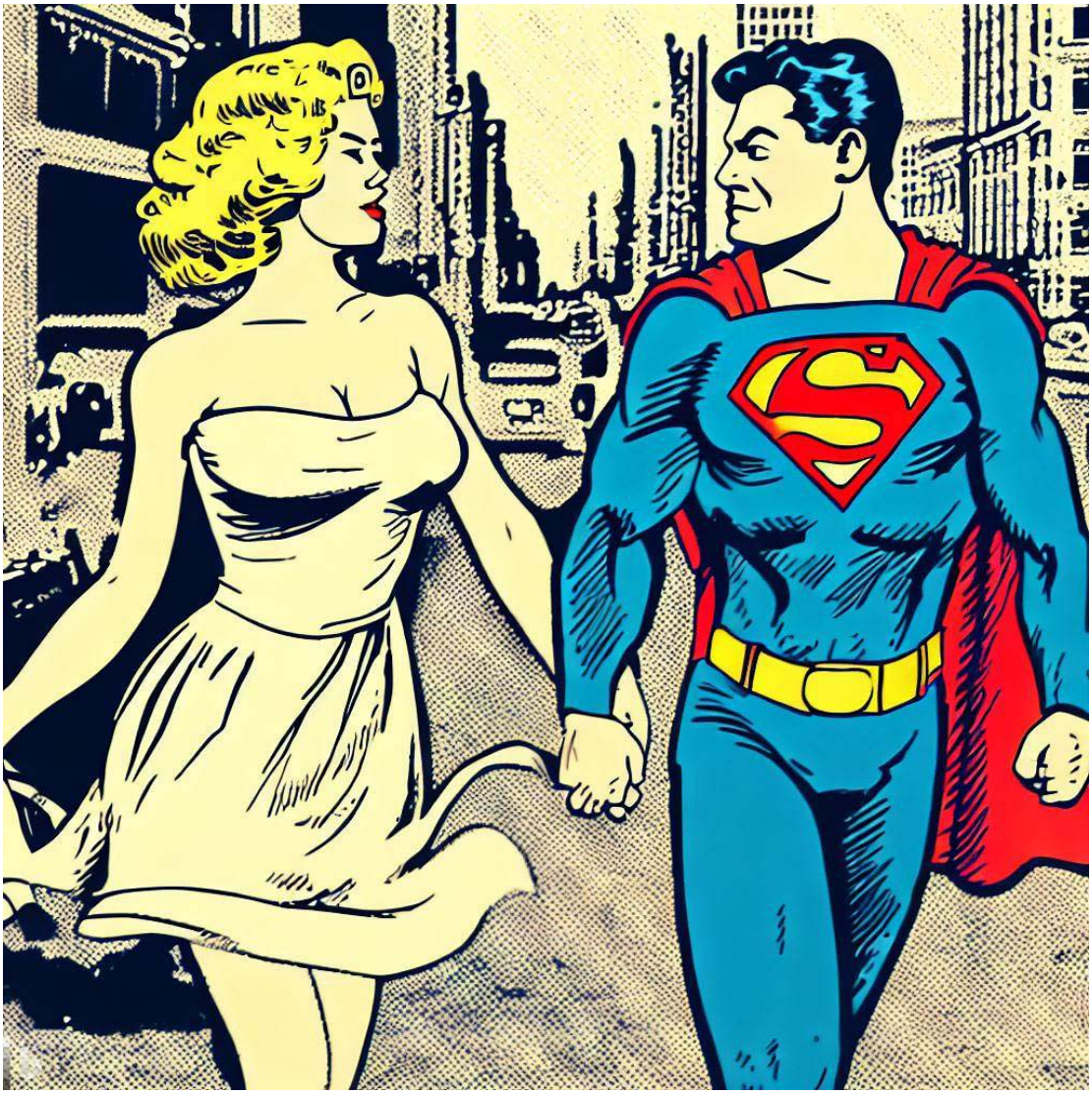


«El cómic» y otros poemas

José Pulido

Poeta, narrador y periodista venezolano (Villa de Cura, Aragua, 1945). Reside en Génova, Italia. Dirigió las revistas *BCVCultural*, del Banco Central de Venezuela (BCV), hasta 2012, y *Circunvalación del Sur*, del Círculo Metropolitano de Poesía, en 2008, así como las páginas de arte de los diarios venezolanos *El Nacional* (1981-1988), *El Diario de Caracas* (1991-1995) y *El Universal* (1996-98). También fue jefe de redacción de la revista *Imagen* (1994-1996). Ha publicado, entre otros títulos, los poemarios *Esto* (1971), *Paralelo lelo* (1971), *Los poseídos* (1999, Premio Municipal de Literatura 2000, mención Poesía), *Peregrino de vidrieras* (2001), *Duermevela* (2004) y *Heridas espaciales y mermelada casera* (2019); las novelas *Muro de confesiones* (1985), *Pelo blanco* (1987), *Una mazurkita en La Mayor* (1989), *Los mágicos* (1999), *La canción del ciempiés* (2004), *El bululú de las ninfas* (2007, II Premio Miguel Otero Silva de Novela), *El requetemuerto* (2012) y *Ponzoña de paisaje* (2015); los libros de cuentos *Vuelve al lugar que se te ha señalado* (1998) y *Los héroes son villanos tímidos* (2013); los libros de entrevistas *Muro de confesiones* (1985) y *La sal de la tierra* (2004), y las biografías *Dudamel, la sinfonía del barrio* (2011), y *Luis Domínguez Salazar: el pintor de los misterios* (2013). Textos suyos forman parte de diversas antologías. Ha sido invitado a festivales en Irak, Colombia, Brasil, Chile, España y Génova.

estuve a punto de contarle que el tipo volaba / que tenía poderes y había llegado de los cielos más altos / no tuve corazón para explicarle que aquello no era un ángel / que no se juntaba con las ánimas del purgatorio / que no era católico, apostólico y romano / pero es un héroe sano, mamá: no bebe ni fuma



«El cómic» y otros poemas

José Pulido

El cómic

La noche está arrancando cosas a todo lo largo y ancho
de los lugares
donde las ranas, los grillos y las monedas oxidadas beben agua
noche para suceder las celestiales danzas
mientras abajo las tragedias turban

Cielos: todos los héroes caídos se iban por el albañal
y es que alguien más había perdido sus sagrados cómics
se habrá apagado el brillo de una mente infantil
se habrá elevado desde la blancura de los cuidados intensivos
y hubo que desechar esos legados
profusamente habitados por degustadores de papel
¡Santo Harem, Batman!

Todos los días tratan de levantarse desde el polvo
los milenios con sus ricas historias
pero se vuelven turbios castillos escolares
de arena creada por musas voluptuosas
¡Santa Colección Invaluable de Capuchas Etruscas, Batman!
la noche sin brújula esgrimiendo una música
punzando aquellas carnes tan románticas
que solo habitan pensamientos

El crujir de las puertas advirtiendo: eres mortal
y en alguna parte las aguas cubriéndose de algas

ojos anfibios procediendo a contemplar la luna
«Los criminales no son complicados, Robin.
Sólo tienes que averiguar lo que están buscando», dice Batman
¡Santa Desfachatez, Batman! ¡Santa Sardina, Batman!

El albañal también azuza la costumbre de tragar ilusiones
ya se han desperdiciado muchas en papel sin dolientes
y no habrá nada que explicar a un propietario
Las primeras lecturas del pasado
terminan siendo pasto de algo brutalmente necesario
como: no encariñarse con tu mascota si es un pollo

Matemática sencilla

Matemática de tu composición concreta no la hay
ritmo captable de tu inquieta luz tampoco
cuántos mundos debemos ignorar
nada de sitios abrumados con dióxido de carbono,
no saber, necesitamos no saber.
el planeta gemelo está girando
en sentido contrario
buscándonos detrás de las auroras

Nuestras almas, inicialmente hechas
de pabilo ardiendo, rosarios lejanos,
avena remojada, gallos cantando,
pensamientos con semillas negras
y dulce lana roja de pitahaya.
Atmósfera de Venus:
apenas un instante en el pasillo hembra y varón
cuando la escuela se vaciaba

Hemos gastado gustosamente la existencia
dejando atrás las limonadas ancestrales.
Sus cabellos distintos
encima de los ojos presenciales
y uno esperando ¿ocho por ocho?
Una sonrisa alta. Con apenas moverse

desde el pizarrón hacia nosotros
desequilibraba la naturaleza
—pájaros bañándose bajo el aguacero—
¿ocho por ocho?
¿quiénes vivían en chozas?
¿quiénes peleaban con macanas?
«Azul de los paisajes abrileños,
triste azul de mis líricos ensueños»
¿cómo se llamaba el poeta?
Yo me escondía detrás de Perdomo
Perdomo escrutaba la espalda de Hernández
y Hernández, mascarón de proa: pura palidez

Extensa noche

¿Cómo se puede dormir en una noche tan extensa?
yo sé dormir en noches como llanos,
como desiertos de calor y frío
pero esta no parece inerme, escasa:
es abierta y ancha como cuando
chocaron dos galaxias en el cúmulo de Virgo
y formaron una vieja mariposa interminable
que sigue volando, aunque la muerte es suya

Esta es una noche extensa
y se asemeja a una vaca negra cortada por el vientre
se podría soñar un incendio para cocinarla en fogatas y fogatas
adobándola con bosques y bosques
durante millones de años
es una vaca negra cortada por debajo
partida en dos cuando nos pare a solas

Los sueños buscan una víctima
para sustraerla
tragan seres vivientes. Sueño: boa.
muerdo un pan para enfatizar que estoy despierto
hasta que la realidad me dice: harina
entonces comienzo a recorrer

el canto del molino, las manos del viento peinando un trigal
y me resisto a estar lejos del presente
quiero experimentar mi parada en la esquina
sin planes, respirando el escenario humano
pero los sueños me someten
me hunden otra vez en un charco de estrellas
con mis cabellos yertos en ceguera
vago en la extensa noche de prácticas absurdas:
es imposible concebir el día.

La noche no puede

La noche no puede vencernos
somos inmunes a cegueras
que llegan queriendo apagar todos los orígenes
como si tuvieran la potestad de romper
los ojos usados por generaciones
y forjados con dignos esclarecimientos
de qué cosa es auténtico amor
y por qué debe ser bueno practicarlo y tenerlo

Conocemos la noche del soñar y del morir
ni siquiera es extraño que Enkido soñara
en los sueños nuestros
pidiéndole ayuda a Gilgamesh
—en los sueños nuestros—
porque una criatura lo tocó
y brotaron plumas de sus brazos

La noche no puede aplastarnos: no puede.
Venimos de mundos oscuros
donde la tierra era rica en miedos
y los bosques formaban parte del gran sueño
que se estaba soñando desde el caracol en carne viva
hasta la magnífica sensación del águila
desde el despertar de la tierra en la raíz
hasta las copas donde el viento dormita

Blancos son nomás el lirio nuevo
el humo de las rocas quemándose
el marfil de las madres derritiéndose
el sonreír de piedras en el fondo
que se convertiría en río,
la llaga lunar en el pantano.
Y cada vez que una luz llegaba era para subirse en ella

Eso que he visto

Vi un tigre entre el monte
desde la ventanilla
estaba echado en la hojarasca
y me miró a su vez

unos amigos molestos y ofendidos
me dijeron que aquí no hay tigres

Si el tigre parlamenta en su milenario idioma
contará que me ha visto en una ventanilla
y es seguro que los tigres le responderán:
«las mujeres dicen que no hay hombres»

Le conté a mis amigas que vi un tigre
preguntaron ofendidas y molestas
¿cómo sabes que no es una tigra?

Fui al oftalmólogo para que me viera
y terminó temblando como un conejo

El Fantasma

El Fantasma que Camina ya no marca su anillo de calavera
en el rostro de los malhechores
y hay tantos con la cara lavada

En una cierta época vivimos en su selva
y entendimos que la inmortalidad es sólo una continuidad
de cada especie, como diría Borges aludiendo a Keats
cuyo ruiseñor no cantaba epitafios

un tigre y una rosa son todos los tigres y todas las rosas
y por no haber tenido hijos de carne y hueso
Borges no es todos los Borges
es único, es intransferible
—millones de libros solicitando el óvulo—,
Borges es ahora el verdadero fantasma que camina
y nos marca con la sabiduría de sus puñetazos mitológicos

Cada fantasma debía engendrar un hijo para que persistiera
la interminable faena
las esposas tenían que parir un varón lo más pronto posible
para que la leyenda no se cesara

Hoy tratarían crudamente al justo y valeroso Fantasma que Camina
por seguir la tradición de un sórdido machismo.
Ha debido tener una hija fantasma karateca insumisa
aunque sin parto y parturienta el infinito se interrumpe
hubiera sido muy interesante escuchar al Fantasma
pidiéndole la bendición a su mamá

Aquí entre nos: a ese héroe que tanto nos gustaba
podrían considerarlo en cualquier temporada
una especie de dictador interminable
un dictador disfrazado de buena gente

Mamá, tengo que hablarte de Krypton

Mi madre trabajaba como una esclava
porque éramos pobres y tenía título de madre
creía que su papel era vivir y sufrir en carne propia
Dios hizo la realidad para no seguir fantaseando con las religiones
—una piedra era una piedra—

A pesar de todo le pedí a Superman que la ayudara
que agarrara uno de esos carbones del fogón
y con su más fuerte apretón hiciera un diamante para ella

Nunca le conté a mi madre las rarezas de Superman
y ella jamás me preguntó quién era
me compraba los cómics de soslayo
como quien no mira la aguja cuando le hacen examen de sangre

habría puesto el grito en el cielo de haberle contado
con mi voz de retoño inestable
que Superman tenía visión de rayos equis
y podía mirar a través de todos los vestidos
de sus amigas, de mis primas, de las vecinas

Mientras le dábamos maíz a las gallinas
y a otros animales del corral
casi no hablábamos y creo que ella
no estaba al tanto de lo que me enseñaban en la escuela
pero lo apoyaba y lo mismo sucedía con Superman

estuve a punto de contarle que el tipo volaba
que tenía poderes y había llegado de los cielos más altos
no tuve corazón para explicarle que aquello no era un ángel
que no se juntaba con las ánimas del purgatorio
que no era católico, apostólico y romano
pero es un héroe sano, mamá: no bebe ni fuma

Ese hombre ¿puede curar las gallinas que se están muriendo?
me preguntó y le dije que yo las curaba
metí una gallina debajo de una lata y toqué tambor
en una de las brujerías que aprendíamos para salvar
los pájaros que previamente habíamos apedreado

Ese señor ¿puede ir a comprar querosén a la pulpería
y que el querosén no se le bote en el camino? volvió a preguntar
porque a ella le gustaba hablar así, en parábolas como si Jesús
estuviera picado con uno

Un día le conté sobre el planeta Krypton
es un mundo que no duró nada, mamá, le dije
y ella se quedó un momento mirándome para responder
«recoge todo ese reguero que tienes en el cuarto»
y después rezongó «El mundo se acaba para el que se muere»

Años después, cuando yo era un comunicador social
metido hasta el cuello en los periódicos
quise revelarle que Superman
también era periodista
y que apenas con ponerse unos lentes
nadie lo reconocía

Estaba sentadita en el porche
como un carbón estrujado por una mano poderosa
y con su voz tranquila me respondió:
pórtate bien, cumple con tu trabajo,
mira la edad que tienes.

Mi amigo Batman

Mi único amigo es Batman,
con él me escondo y hablo.
Quisiera tener un padre como tú, le digo.
Y Batman, con las manos en la cintura,
responde: lo que no se puede no se puede.

Le repito ácidamente que ni siquiera tiene novia.
Si tú fueras papá mío, yo te ayudaría a pelear
y mi mamá te cocinaría hervido de gallina los domingos.

Batman dice recórcholis, se me está haciendo tarde
y siempre se esconde en su Baticueva

para que yo no diga: eres el único hombre
que soportaría al lado de ella. Santa amargura.

(Tenía una soledad de murciélago
emparentada con el volador nocturno
que cagaba semillas en lugares sagrados

Evocaba las malas maneras de Drácula
hasta que descubrió a Batman,
quien podía vivir dos vidas sin estropear ninguna

Quería acuchillar la soledad
y rogó que Batman le detuviera el brazo.
El Guasón se burló en sus oídos y lo borró.
El Pingüino le puso una mano fría en el pecho y lo borró.
Batman abrió la capa y se volvió una mancha nocturna
de pensamientos tan incomprendidos como los de Caín)

Y se escapa porque sabe
que yo no tengo máscara protectora
ni otra personalidad que no sea la mía
pero sigo empeñado en la venganza. Venganza.
¡Venganza! ¡Diantres! Qué esperanza.
Cuando el pobre lava llueve, Batman.

La venganza es mala, repite para que no le cuente
y yo comienzo a darle golpes con la historieta enrollada
a las hormigas que suben por el blanco medio blanco de la pared.

Marilyn repetida hasta el cansancio

Esa muerta es de todos nosotros desde que estaba viva
aunque no hubiésemos tenido ni un pedacito de su tos
podíamos amarla sin ningún compromiso
a miles de kilómetros de distancia amábamos sin ella

Cada hombre la quiso a su manera
sin tener pruebas fehacientes de que fuera

una mujer de carne y hueso
quejándose en el altar de su cama

Santa patrona de los deseos anónimos
quiso ser madre y nunca pudo
tantas madres que uno ha conocido
madres hasta para regalar
y ella soñaba con tener una niña
pero murió sola abrazando almohadas

No he debido usar mi corazón de camposanto
para que descansaras explayada
¿cómo podrías cerrar los ojos en mi pecho?
¿cómo descansarías sin una eternidad garantizada?
ahí es donde tengo a la Sonora Matancera
a Daniel Santos
corazón con rayos y centellas
incordio enloquecido atarantado
corazón de toros coleados y toreados
estoy lleno de crueldad infinita
¿cómo puedo mantenerte sepultada en mí?
nunca descansarías en barriadas de seda
con Celia Cruz adentro del vestido
atravesando un carnaval frondoso

No he debido enterrarte en este corazón
aunque pueda invocarte como si me escucharas

el amarillo de tu cabellera y el rojo sacro de tus labios
colores artificiales para esconder la naturaleza impresionante
indican que cualquier mujer podría hacerte la suplencia

Nunca estuviste en mi casa ni visitaste a mi familia
no conociste los autobuses que hacen esta ruta
pienso esas cosas para no fallecer en un lugar sin carretera imaginaria
una provincia donde no te conozcan verdaderamente
y ahora menos: están desapareciendo para siempre los hombres que te recordaban
como si te debieran algo

En una misa infinita

Clavado fuertemente al árbol fenecido
como si el aire fuera un barco
y en un mar de dulzura cayera su cabeza

La avalancha dorada derretía el espacio
han pintado la fe y eso significa que pudieron mirarla
—Quisiera comprender la fe, sentir la fe —decías
mientras tronchaban rezos los murmullos
en mi escaso saber argumentaba que tal cosa ocurre
cuando la imaginación se atasca en un recodo
mutando la existencia en aparato hecho de piezas
que se componen y se descomponen

Los tablones de luz caen esparciendo chamizas encendidas
llamas nuevas
que harán incendios de bondad y maldad
sin juzgar la ardentía
ni la mano vacía sobre el cesto

Yo miraba hacia arriba sin ofrenda
presenciando cautivo y asombrado
la ferocidad del arte

Y en baja voz entonces preguntabas
¿desde cuándo y por qué no te confiesas?
el sacerdote levantaba en la hostia un sol amaneciendo
y murmuraba añorando lecciones en latín
«Desde los años sesenta si quieres entenderlo»
no obstante, escalofrío mediante
la música del órgano era igual que antaño
y la única orilla del mar se extendía de este lado

Un universo funde los cuerpos vegetales
te han dicho que los astros presionan tu cabeza
trato de comprender la vida que llevamos
¿qué sentiría ella al verlo en ese trance?
aunque no hablara nunca,
aunque sólo sintiera que su pecho

se reventaba mudo femenino
tal vez rememoraba sus pies recién nacidos
las diminutas uñas de sus dedos
un día su boca rezumaba leche
y después sus pies sangraban sin sandalias
madre es madre y ella mucho más
¿para eso extrajeron el rugoso hierro?
¿para eso inventaron la dureza?
¿para eso bajó la flama celestial a decirle
estás embarazada?

La paz sea contigo, la paz sea con usted,
la paz sea con aquellos
que nunca la pobreza impida usar zapatos
aunque sean muy humildes
que tus pies se muevan sin renquear
que no andes con muletas mendigando
en hoscos municipios

Madre de la tormenta y del árbol caído
pedirá que tus manos se compongan
no para crear el mundo y otros mundos
sino para que hagan sillas
y cunas, y mesas
y todo lo que venga genérico en madera
un barco adormecido
clavado en la brisa fuertemente
la ferocidad del arte
para sentarse juntos a contemplar tan dulce tu dolor
el dolor, señora, en su máxima potencia

Por pasar el tiempo

Al tiempo le reconocen el hábito destructor
no le dan mérito a su creación de vidas inquietantes
no le otorgan reconocimiento
cuando se desparrama la clorofila de los montes
y azulean las aguas
el tiempo fabrica osos y vendavales
el tiempo tiene activa una fábrica mística

Cada mes graba su atmósfera maníaca
en los espejos de la memoria arrepentida
y se agradece la redundancia de la fotografía
donde después compruebas la erosión
calmada, alucinante y silenciosa
y quisieras tener la cara de aquel año

El resto del mundo ignora
que en este primer plano queda
el centro del paisaje
son muchas las cosas que los demás no saben

Lo que sientes sólo te sirve a ti
una pequeña araña huye por temor
al sonido monstruoso
indiferente, avanzas sin sentir
las veces que has pisado una existencia

Tendrían que rugir las páginas
de tantos libros apilados
esas historias, esos personajes
que hacen de todo y tienen los sentidos
en plena ebullición
cada tapa de libro es una puerta
La soledad consiste en no poder compartir
la íntima sospecha
de que hay escondida una especie de magia
en tu pobre constitución sensitiva,
en la alejada profundidad del espíritu
y es más bien como un tumor de magia

Ciudades cyberpunk: Venezuela en clave de una metáfora orientacional

Maikel Ramírez

Docente y escritor venezolano (Maracay, 1976). Profesor e investigador de la Universidad Simón Bolívar (USB), Sede del Litoral. Magister en literatura latinoamericana. Ha publicado artículos de investigación en revistas de circulación nacional e internacional en el área de las metáforas y metonimias conceptuales. Ha sido ponente en congresos de literatura y de lingüística. Obtuvo el tercer lugar del Premio de Cuentos para Jóvenes Escritores de la Policlínica Metropolitana (2013). Dos microcuentos suyos fueron escogidos por el poeta Manuel Cabesa para integrar el libro compilatorio *Los moradores*. Escribe artículos sobre literatura, cine, lengua, música y otros productos de la cultura. Colabora también con *Digopalabratxt*, *Ficción Breve*, *Sorbo de Letras* y el encartado cultural *Contenido* del diario *El Periodiquito*, de Maracay. En la USB, Sede del Litoral, forma parte del comité organizador de la Semana del Libro y dicta el estudio general «Viaje a través del tiempo: literatura y cine de ciencia ficción».

Zion, la última ciudad fortaleza de los rebeldes, fue construida a kilómetros por debajo de la superficie, y si hay una muestra clara de cómo festejan los poderosos es que lo hacen más allá de la chatura del suelo, allá donde el ser común se vea obligado a elevar la cabeza y ni siquiera así alcance a ver a los poderosos en sus olimpos personales.

Ciudades cyberpunk: Venezuela en clave de una metáfora orientacional

Maikel Ramírez

«Quiero trabajar en el gobierno
Para que me besen los pies»

(Sentimiento Muerto, «Miraflores»)

A diferencia de Romeo y Julieta, el obstáculo del amor entre Adam (Jim Sturgess) y Eden (Kirsten Dunst) no radica en una vieja rencilla entre familias, sino en un asunto de gravedad dual entre planetas que casi se rozan, o más bien en la distribución espacial que conlleva esta dualidad, por cuanto los poderosos viven arriba, mientras que la población en estado de precariedad habita abajo, como lo observamos desde el punto de vista del miserable Adam. Al final, lo que hace *Un amor entre dos mundos* (2012), filme de ciencia ficción del argentino Juan Solanas, es hacer patente que los seres humanos concebimos el poder en términos de verticalidad, organización espacial que, aquí va mi conjetura, puede dar cuenta del ejercicio del poder en la Venezuela actual.

El poder y sus metáforas

En sus partículas básicas, la palabra *humilitas* se acopla con *humus*, cuyo significado es «tierra», «suelo», y en latín designaba el concepto de «bajo», «corto de estatura», «rastrero», o de alguien que albergaba sentimientos mezquinos o sentimientos bajos. El binomio literal:metafórico de la palabra *humildad*, ya vemos, era operativo en el orden conceptual de los antiguos romanos, para quienes alguien humilde como un campesino, en contrapunto con el aristócrata, estaba físicamente más sujeto al suelo, al tiempo que no podía sino estar poseído por la vileza. Digamos de una vez que la pésima condición material servía de testimonio de una corrupción moral.

Al margen de esta rutilante raíz etimológica, sabemos que las metáforas conceptuales se gestan en el contacto corporal y en las experiencias del individuo con su cultura, gestación que se inicia en los años de infancia. En el caso que estudiamos, nos consta que los seres humanos estamos expuestos a repetidas situaciones en las que alguien que se encuentra por encima de nosotros, o a una altura que nos supera, tiene mayor poder y control. El resultado de esta distribución del espacio es la metáfora orientacional «arriba es poder» (por implicación, «abajo» no es poder), por medio de la cual conceptualizamos las dimensiones físicas y simbólicas que el poder despliega.

Repasemos someramente algunas realizaciones lingüísticas habituales de esta metáfora orientacional: «ella es una chica de la alta sociedad», «el equipo nacional fue aplastado por la selección extranjera», «la decisión reposa en la alta jerarquía del partido», «el alto mando militar estuvo presente», «escaló posiciones dentro de la compañía», «los muchachos se encuentran bajo mi autoridad», «le gusta besarle la bota al general», «fue humillado por su jefe» («humillar» se compone de *humiliare*, cuyo significado es «arrastrar por el suelo»), y «el escritor Cormac McCarthy es un gigante». Como cabe esperar, se dan los casos de metaforizaciones más elaboradas, tal como ocurre con «la crema de la crema», que refiere una crema puesta por encima de otra, y la expresión venezolana «ser el papá de los helados», en la que la verticalidad del helado es un elemento que corresponde con la verticalidad del poder, por lo que el helado más grande de todos se suma a la figura paterna para designar un hombre con poder en un determinado campo de las prácticas humanas, como, pongamos, «Lionel Messi es el papá de los helados» (en el fútbol).

Remarquemos, sin embargo, que, debido a su naturaleza mental, las metáforas conceptuales no se constriñen a las expresiones de la lengua, por lo que pueden manifestarse en diversos sistemas de signos. Por ejemplo, una persona que se siente poderosa puede alzar el mentón para ver a las que considera inferiores por debajo de su nivel. Esta misma metaforización es la que dicta el orden espacial en la sala de un tribunal, donde el jurado se ubica a un nivel más elevado que el de un acusado. La misma metáfora se pone en funcionamiento en el ángulo contrapicado por medio del cual Orson Welles construye la imagen del poderoso Charles Foster Kane del clásico filme *El ciudadano Kane*, lo que vale por igual en el paneo vertical del androide T-800 (Arnold Schwarzenegger) después de que desnuda a los pandilleros en *Terminator 2: el juicio final*, uno de los metrajes del puñado de obras imprescindibles que James Cameron le ha dado a la ciencia ficción.

Ciudades cyberpunk

Ningún otro género literario lleva la metáfora conceptual del poder arriba hasta sus últimas consecuencias como lo hace la ciencia ficción, género en el que la ciencia y la tecnología hacen posible la separación extrema entre estratos sociales, por medio de la cual los menos privilegiados no pueden evitar que los poderosos hagan vida a alturas inalcanzables. Es dable afinar esto aún más delimitando el asunto al subgénero cyberpunk, el cual, como se sabe de sobra, es la ramificación del género más comprometida con la sofisticación del aparato tecnocientífico del que el gobierno y la élite corporativa echan mano para apropiarse de los recursos y subyugar a la ciudadanía en un ambiente distópico.

Venezuela cyberpunk

Quizá para entender esta concepción y el resultante diseño de la realidad venezolana haya que retroceder hasta los primeros días de enero de 2017, cuando Nicolás Maduro y su gobierno anunciaron el inicio de la etapa de las catacumbas del pueblo. Aun cuando, como es ampliamente sabido, la ubicación geográfica de los sectores más depauperados en Venezuela, por el contrario, suele dirigirse hacia arriba, visto que los cerros sirven de terrenos para la construcción de infinidad de ranchos y demás viviendas paupérrimas, Maduro concibió a este sector vulnerable habitando subterráneos primitivos, en similitud a los cristianos antiguos. Quizá ese momento marcó la brecha espacial que seguiría entre ricachones de los que algunos llaman «Venezuela Premium» y el grueso de la población en estado de miseria.

En *The Matrix Reloaded* (2003), la segunda parte de la saga bajo el ojo de las hermanas Wachowski, somos testigos de uno de los raves más impresionantes de la historia del cine. Con todo y el placer orgiástico que exhibe esta secuencia, no nos engañemos, pues Zion, la última ciudad fortaleza de los rebeldes, fue construida a kilómetros por debajo de la superficie, y si hay una muestra clara de cómo festejan los poderosos es que lo hacen más allá de la chatura del suelo, allá donde el ser común se vea obligado a elevar la cabeza y ni siquiera así alcance a ver a los poderosos en sus olimpos personales. El poder en Venezuela, tal y como hemos visto, gusta de fiestas a todo dar en las alturas del hotel Humboldt en el cerro Ávila o, en su forma más paradigmática, en las alturas del tepuy Kusari de la Gran Sabana, donde meses atrás un selecto grupo de la élite venezolana celebró un lujoso cumpleaños. Así pues, mientras ciudades como Caracas se van vaciando de árboles a causa de una tala indiscriminada, los poderosos fiestean rodeados de tales pulmones vegetales y patrimonios de la humanidad entera.

El poder ama observar las fiestas de los empobrecidos como quien observa el movimiento de insectos bajo una lupa o como un Gulliver que, si se le antoja, puede disparar su orine y traer el diluvio que les agüe la fiesta a los liliputienses rumberos. El sociólogo polaco Zygmunt Bauman vio que la vigilancia de la sociedad de hiperconsumo no empleaba panópticos para el control y la disciplina social, sino banópticos, esto es, dispositivos para excluir, para dejar por fuera, para apartar de la vista. En *The Matrix* (1999), el felón Cypher (Joe Pantoliano) cena un jugoso pedazo de carne junto al agente Smith (Hugo Weaving) en un restaurante que ha mantenido a raya cualquier rastro de presencias incómodas. Por lo que respecta a Venezuela, los sujetos del poder pueden degustar de un plato exquisito sin tener que tolerar la cercanía de los miserables, gracias al restaurante Altum, que garantiza la buena comida más cerca del cielo que del infierno terrenal. En una línea similar, el restaurante Caracasfly permite la experiencia de volar a sus comensales mediante una cápsula que hace que la gente flote.

Apunta la filósofa argentina Esther Díaz, en *Las grietas del control: vida, vigilancia y caos*, que ahora las élites se desplazan por la ciudad por medio de sus helicópteros privados, con el propósito de no tener ningún contacto con los desamparados. Recordemos las críticas que hace poco llovieron sobre la ministra colombiana Francia Márquez por moverse hasta su casa en helicóptero. Y es que el tráfico, el embotellamiento, y, ante todo, la marcha diaria de los trabajadores, como aquella masa proletaria alienada que emerge de la entrañas de la tierra en el clásico de ciencia ficción *Metrópolis* (1927), del director alemán Fritz Lang, no es un asunto que les concierna a los poderosos. Esto explica por qué en la reciente trama de corrupción de PDVSA se hayan decomisado flotas de aviones personales.

El lingüista cognitivista Steven Pinker asevera que la metonimia es un recurso mental por medio del cual se corre el riesgo de reducir a una persona, al ser considerada una de sus partes en nombre de la totalidad. Ejemplos a cuento son «el manco», «el chingo», y «el culito».[1] Dicho esto, reparemos en que la forma habitual con la que Maduro se refiere al estrato más pobre es la metonimia «de a pie», reducción que inevitablemente hace recordar otra metonimia despectiva: «pata en el suelo», que otrora se usó en desprecio al pobre. Como quiera que sea, la expresión «de a pie» da por descontado que un pobre no sólo tiene imposibilitado trasladarse en un helicóptero o en un avión, sino que carece de un vehículo mínimo. El poder, en cambio, siente una debilidad especial por automóviles de imponente altura. De allí que muestren innumerables series de Toyotas 4Runners.

1. Entre las décadas de los 80 y 90 en Venezuela, esta parte corporal le servía a un hombre para referirse a una mujer. Parece en desuso.

El problema de estar sujetado a la tierra es nuclear en la canción de Juan Luis Guerra *El Niágara en bicicleta*, cuya letra cuenta la historia de un hombre que es llevado de emergencia a un hospital, pero lo que encuentra es un sitio desmantelado, como lo hacen ver estos versos: «Hay que chequearle la presión, pero la sala está ocupada / y, mi querido, en este hospital no hay luz para un electrocardiograma». Razonable e imaginativamente, el sujeto de la canción se lamenta de que es muy duro pasar el Niágara en bicicleta. Dicho de otro modo, nos encontramos con una metáfora sobre la aspiración de algo imposible. Otra historia cantaría si el sujeto tuviera un helicóptero o un avión. Ya ni hablemos de los pobres que conforman la trama del filme de ciencia ficción *Elysium* (2013), del director sudafricano Neill Blomkamp, quienes deben ver cómo se enferman y mueren mientras que una élite vive en una biósfera espacial en la que pueden curar hasta las enfermedades más mortíferas. Saltan a la vista los paralelismos entre este filme sobre un sistema de discriminación, *apartheid* recurrente en la filmografía de Blomkamp, y el de una Venezuela cuya élite recibe atención médica en las mejores clínicas privadas del país.

Palabras finales

La disposición espacial hacia arriba en favor de la élite gobernante y de los caudalosos con los que ha establecido una relación simbiótica ha ido alterando tanto el espacio físico de la urbe venezolana como las acciones que se llevan a cabo en ellas. Un examen a la ciudad trae a la superficie la multiplicación de edificios de lujo y de mansiones (se dice que en las alturas de Galipán se proyectan construcciones), exóticos centros comerciales, restaurantes y locales comerciales de exquisiteces, estadios colosales y modernos, y festejos de grupos granados de la sociedad, entre otros elementos. Conviene no descuidar el hecho de que la metáfora del poder arriba no acaba con una simple miríada de expresiones de la lengua, sino que, en principio, devela una forma de concebir la realidad y, en consecuencia, de configurarla. En tal sentido, el poder cree firmemente en su condición de superioridad, mientras que el resto de la ciudadanía va siendo relegada cada vez más a catacumbas metafóricas o, más grave aún, a alcantarillas literales como aquellas por donde se desplazan los rebeldes de *The Matrix*, cual residuo excrementicio, cual simple materia desechable.

Fotografía:
Flavia Revagliatti

Veinticuatro horas

Rolando Revagliatti

Docente y escritor argentino (Buenos Aires, 1945). Su quehacer en narrativa y en poesía ha sido traducido a varios idiomas. Uno de sus poemarios, *Ardua*, ha sido editado bilingüe castellano-neerlandés, en quinta edición y con traducción del poeta belga Fa Claes, en Apeldoorn, Holanda, 2006, a través del sello Stanza. Ha sido incluido en antologías y libros colectivos de la Argentina, Brasil, México, Chile, Panamá, Estados Unidos, Venezuela, España, Alemania-Perú, Austria, Italia y la India. Ha obtenido premios y menciones en certámenes de poesía de su país y del extranjero. Fue el editor de las colecciones «Olivari», «Musas de Olivari» y «Huasi». Desde 2013 realiza entrevistas a poetas argentinos a través del correo electrónico. En soporte papel ha publicado desde 1988 dos volúmenes con cuentos y relatos: *Historietas del amor* y *Muestra en prosa*; uno con su dramaturgia: *Las piezas de un teatro*; quince poemarios: *Obras completas en verso hasta acá*, *De mi mayor estigma (si mal no me equivoco)*, *Trompifai*, *Fundido encadenado*, *Tomavistas*, *Picado contrapicado*, *Leo y escribo*, *Ripio*, *Desecho e izquierdo*, *Propaga*, *Ardua*, *Pictórica*, *Sopita*, *Corona de calor*, *Del franelero popular*. En 2009 apareció *Revagliatti, antología poética*, con selección y prólogo de Eduardo Dalter. Sus libros han sido editados electrónicamente y se hallan disponibles, por ejemplo, en su página personal. Sus producciones en video, todas ellas debidamente diseñadas y editadas, se encuentran en su canal de YouTube.

A Amancio le aguarda dormir enroscado con su querida Eva hasta el amanecer. Y entonces regresar será el imperativo, salir de allí, caminar, cielo y porteros que lavan las veredas, y dormir otro rato en su propia cama, y la vida sigue, y él sigue, mi amigo, argentino y varón, compulsivo y equidistante.

Veinticuatro horas

Rolando Revagliatti

El varón argentino del presente relato se llama Amancio. Intentaré estructurar un friso (acaso lo será para algunos lectores) crudo y fidedigno. Quien esto escribe, también varón y argentino, se apropiará del transcurrir de una jornada de su amigo del alma. El que lo es desde que cursáramos el colegio secundario en un barrio al que no pertenecíamos: Mataderos. Tenemos la misma edad y parecida conformación física. Yo acabo de casarme por segunda vez. Convivo con mi esposa desde hace cinco años. Él convivió con chicas durante lapsos cortos. Tiene un hijo al que no conoce. Nieto de armenios bailarines, integraba un ballet folclórico armenio. Baila el tango y cualquier ritmo de moda. Frecuentábamos boliches, clubes y centros regionales con la intención de hacernos rápidos levantes. Yo no alcanzaba siempre ese objetivo. Él nunca «se quedaba en la palmera». Y no era selectivo. Alternó con una multitud de minas circunstanciales con las que le era imposible compartir algo más que una cama o paredones propicios para el atraque, umbrales, puentes ferroviarios intransitados, parques. Tiene cuatro hermanas mayores; y yo, dos. Ellas le han ido favoreciendo el acceso a sus amigas. Y con una de mis hermanas se escapó en carpa a Mar de Ajó durante un tórrido fin de semana. No hay escenario en donde no esté a la pesca. «Tirarse, tirarse y achicar el pánico a rebotar. Lo que no se da hoy, puede darse mañana. No intereso a todas, pero eventualmente intereso a todas», sigo oyéndolo proclamar muy con los pies sobre la tierra. Y así, no hay grupo, conjunto, clase, congregación, ágape, banda, *vernissage*, amontonamiento, donde con las damas no se muestre representando el papel de manso o atrevido o cínico o revolucionario o habilidoso o tornadizo. Lee revistas, novelas policiales o de género fantástico, cancioneros. Canta en reuniones, y compone y estudia vocalización y armonía. De las letras de las que soy autor, difunde las que él musicalizó, las humorísticas: «El muy aludo» (zamba), «Los racinguistas de San Lorenzo» (chamamé), «La lobizona» (milonga campera), «El burro de polipropileno» (valsecito). Es buen chisporroteador y cuentacuentos. Habita un monono departamento en Uriburu y Paraguay, decorado por él. Es propietario, a medias, de un instituto de danzas

y expresión corporal, por Saavedra, en cuyo vestíbulo, en cuadritos de varilla sepia, brotan refranes y sentencias: «El hombre haga ciento; a la mujer no la toque el viento», «El que quiera gozar, goce, que del mañana no hay certeza», «Ama sois mientras que el niño mama; después ni ama, ni nada».

El miércoles trece a las dos y media de la madrugada lo tenemos a Amancio montado por Verónica, estudiante en receso universitario, a la que se fue ganando en un anfiteatro, desde las veintidós del martes doce. Alarma a las siete el despertador de Amancio dispuesto por Verónica. Reiterada la experiencia de las dos y media, Verónica se duchó mientras Amancio yacía derrumbado. Luego ella se vistió, le anotó sus números de teléfono (y sus medidas) en un pañuelo de papel, y se fue a su empleo (oficinas de la Pepsi-Cola).

Amancio se sobresaltó a las once, al sonar el timbre oprimido por la encargada del edificio. Reclamaba su firma para una notificación de que el viernes quince se realizará una reunión de copropietarios. Y él se despabila: flexiones al lado de la ventana abierta. Desayuna mate cocido con Tosti-Beck y queso San Regim fresco. Habla por teléfono con su socio; con la productora de un programa de televisión, a la que el viernes, a medianoche, pasará a buscar por el canal; con un primo residente en la provincia de Chubut, en viaje de negocios por Buenos Aires; con un instructor del instituto. Arregla la cama mientras tararea «reloj, no marques las horas», lustra sus zapatos grises y ejecuta otros menesteres. Se da un remojón y perfuma. Ingiere dos porciones de tarta de zapallitos y agua mineral. Cepilla sus dientes y cuando oye la chicharra del portero eléctrico aprieta el botón que habilita la cerradura y se cubre con una toalla que se ajusta a la cintura. Sonriendo recibe a Edurne, que sale del ascensor y le devuelve la sonrisa. Entra al departamento, él cierra la puerta, se estrechan. La toalla se desliza hasta el suelo y Edurne (baja, melosa, piel adolescentona) se ruboriza. Amancio la conduce al comedor, le quita la cartera blanca y una bolsa de plástico que deposita sobre la mesa. Sube al sofá y se instala con piernas abiertas y en equilibrio de frente a Edurne. Obtenida la satisfacción, desciende del sofá, congratulado, la desabotona, libera de cierres, broches y «falsas ataduras», le muerde la nuca y entusiasmándose con los pechos, desde atrás, maniobra hacia el dormitorio, donde ella concluye de desvestirse. No logra Amancio con sus variadas y esmeradísimas caricias que Edurne se abandone a un verdadero clímax (por ningún procedimiento lo habría ella, con nadie, experimentado). La induce a arrodillarse, se introduce en su sexo unos minutitos y a continuación la sodomiza. Comparten un puro cuando Edurne le comenta que había llegado allí desde el sanatorio donde su nuera acababa de dar a luz. Se bañan, juntos, de inmersión, en despampanante bañera. Y se recobra, Amancio, de una lipotimia, cuando Edurne se va.

Se viste, se acicala, atiende el llamado telefónico de alguien que le solicita en alquiler un salón del instituto para efectuar allí una muestra coral. Guarda en un ataché carpetas y talonarios que llevará al instituto. Llega caminando al registro civil en el que será uno de los testigos de mi casamiento. Se excusa por no poder quedarse al sencillo lunch posterior a la ceremonia. «Siendo el trece de enero de mil novecientos ochenta y ocho y en compañía de los testigos Rosalía Ethel Albornóz y Amancio Toufenedjián, van ustedes a unirse en matrimonio y conformar de esa manera la legítima familia, base y sustento de la sociedad y del Estado. Bien. No sé si ustedes ya, ustedes, viven juntos. Lo deduzco, más o menos, por la documentación...». Una agraciada compañera de trabajo de la mujer con la que me están casando toma fotografías. Sigue el juez: «...prescindir de la lectura de los artículos de la Ley de Matrimonios, porque entiendo que ustedes ya lo han practicado y conocen. Y los voy a invitar a que se acerquen al estrado junto con sus testigos para recibir el consentimiento. Contrayentes, les entrego en ambas manos esta libreta de matrimonio. Mucha suerte». Besos, abrazos y más fotografías. Amancio, en un aparte, señalándome que de verdad está muy urgido de tiempo, y que quién es esa mina (la agraciada), que habría que planear algo para charlar con ella, y que interceda para obtener él esa chance, y que sigamos Martha, mi esposa, y yo, siendo un ejemplo a imitar, y que para cuándo el primogénito, se despide, asciende a un colectivo y otea a las pasajeras, ninguna de las cuales engancha con las miraditas, por lo que llega a destino, sin novedad. Soluciona engorros en el instituto y conversa con una flaquita que no tenía computada, nueva alumna de gimnasia rítmica. Amancio la acompaña a su casa, en Boulogne. Ella guía con vivacidad el Renault 18 de su padre. Con vivacidad le transmite que no posee registro de conductora, pero sí elementos (salvoconductos) probatorios de que su padre es un general de la nación. Anochece. Estaciona el auto a algunas veredas de su casa. Calle arbolada. Al descender del automóvil, Amancio con disimulo acomoda su trajinado instrumental fuera del slip. Besa con cautela a la flaquita, y posteriormente con vehemencia, incrustándose en ella la promueve para causas aún más conmovedoras. Ella se justifica (aunque Amancio no ha verbalizado ninguna proposición), explicitando motivos por los que no podría ahora prolongar su permanencia con él. Se citan para el domingo en la confitería Caddie.

Después de un par de trayectos en colectivos, en uno de los que procura en vano simpatizar con otra joven discurseándole que «supongamos que soy uruguayo, supongamos por lo tanto que requiero de una cicerone, supongamos que vos te ofrecés para que investiguemos esta gran metrópoli», piensa: «Rígida. Yo tan ocurrente, tan suelto, y ésta, impávida, obtusa. Hoy no pasa nada en los colectivos». Llega Amancio al edificio del diario *La Razón*. Tal vez Eva estuviese disponible. No ha estado con ella desde octubre. La extraña, ella no lo ha

contactado. Tiene ganas de ir al cine con ella, de cenar, y de todo lo demás. Lo recibe en su escritorio, y contentísima da por terminada su labor. En taxi se trasladan al restaurante Río Rhin, en Almagro, a la vuelta de la casa de Eva. Comparten el vistoso pollo «a la carroza real», un panqueque de banana, y ella toma un café. El cine quedará para otro día. Ya en el departamento de Eva, estilo jiposo, Amancio canta temas suyos (y míos) mientras ella lo graba. Con Amancio cantando desde el casete, ambos juguetean a desvestir al otro. Eva pide *break* para conectar el contestador telefónico y colocarse el diafragma. Concedido el responsable *break*, se demoran en un sesenta y nueve, hasta que Eva interrumpe, saturada. Amancio la penetra con lentitud. Ya jueves catorce y una y cuarenta y cinco, a Amancio le aguarda dormir enroscado con su querida Eva hasta el amanecer. Y entonces regresar será el imperativo, salir de allí, caminar, cielo y porteros que lavan las veredas, y dormir otro rato en su propia cama, y la vida sigue, y él sigue, mi amigo, argentino y varón, compulsivo y equidistante.

Julia de Burgos y la ciudad de Nueva York

Juan Manuel Rivera

Ensayista, narrador y poeta puertorriqueño (Barceloneta, 1943). Se doctoró en literatura hispanoamericana en 1982 por la New York University. Es autor de varios títulos, entre los que destacan *Poemas de la nieve negra* (Prisma Books, 1986), *El planeta prohibido* (El Otro, El Mismo, 2004), *El turno del hereje* (Nieve Negra, 2010), *La letra muda* (Lulu, 2014) y *El secreto corazón de las espadas* (Verbum, 2021).

Julia de Burgos (1914-1953) expresa su protesta en contra del racismo en la Babel de Hierro. Sin embargo, en la Gran Urbe fue incapaz de ver y decir —desde la poesía, su mejor arma, y con la contundencia que la había caracterizado— las miserables condiciones materiales, dantescas, en que buena parte de su pueblo (incluyéndola) malvivía.

Julia de Burgos y la ciudad de Nueva York

Juan Manuel Rivera

Más como prosista que como poeta social (tribuna épica, voz de la tribu), Julia de Burgos (1914-1953) expresa su protesta en contra del racismo en la Babel de Hierro. Sin embargo, en la Gran Urbe fue incapaz de ver y decir —desde la poesía, su mejor arma, y con la contundencia que la había caracterizado— las miserables condiciones materiales, dantescas, en que buena parte de su pueblo (incluyéndola) malvivía. No hay en su obra lírica protestas en contra del racismo estructural/geográfico que hace que las autoridades municipales, estatales y federales castiguen a algunos vecindarios específicos de la nación, negándoles servicios básicos, como el recogido puntual de la basura, las fumigaciones periódicas, la inspección de los edificios de vivienda para prevenir fuegos o muertes por envenenamiento por plomo o asbesto, o filtraciones de gas.

Tampoco vemos esa protesta, de forma sustanciosa (en sus poéticas), en los demás poetas de su generación que vivieron en la ciudad de Nueva York por tiempo considerable: Juan Antonio Corretjer, Clemente Soto Vélez y Graciany Miranda Archilla. Si éstos no lo hicieron, ¿por qué singularizar el caso de Julia? Porque, contrario a aquéllos, Julia fungió por un tiempo como poeta social, y porque, de los cuatro, es a ella a quien el imaginario nacional ha pintado como la portadora de la antorcha de la negritud.

Importante es apuntar también que aquéllos eran puertorriqueños «blancos», y que el puertorriqueño blanco (o blancoide) desarrolla ciertos mecanismos de defensa muy sutiles para evadir el racismo antipuertorriqueño sembrado a escala general en la metrópoli. A veces, ese compatriota termina por creer que no es discriminado, algo que no es sino una falsa conciencia, una torpe ilusión que lo declara ciego.

De todos modos, su apariencia física inmediata (su fenotipo) lo lleva a sentir menos traumático el impacto cotidiano del racismo que el puertorri-

queño aindiado, mulato o negro, quienes lo sufren de manera brutal a la hora de buscar un empleo o un ascenso, de intentar mudarse a un condominio o vecindario blancos, de solicitar una investigación gubernamental o de quejarse por algún atropello.

Esta tuerca puede quebrarse si se la aprieta demasiado: pudiera haber acontecido que, por su condición de mestiza clara, el instinto de preservación más silvestre llevara a la ex grifa-negra de su famoso poema a identificarse como puertorriqueña blanca (así aparece clasificada en su acta de defunción), viviendo en medio del silente *apartheid* racial de Estados Unidos. De esta forma, bloquearía de forma un poquito más airosa (y más engañosa) los efectos letales más obvios del racismo, que siempre han de caer con mayor tirria sobre el puertorriqueño negro. Por otro lado, desde el punto de vista poético, el asunto pudiera ser un poco más sencillo de explicar. Y es que, comenzando con *Canción de la verdad sencilla* (1939), Burgos había dejado de cultivar su voz épica (de reclamo social), que es la más ajustada a la denuncia. Ese cambio de poética ha de tener consecuencias políticas para su obra.

La situación, no denunciada siempre, era intragable. De ahí nuestro asombro de que pocas sensibilidades afinadas lo hicieran. Varios vecindarios de la ciudad de Nueva York llegaron a ser casos tristemente célebres en este aspecto. Este trato negligente y discriminatorio respecto a nuestras comunidades hacía de éstas (a veces) pequeños infiernos donde la basura ocupaba la vía del peatón, la pestilencia lo invadía todo, los vidrios de las ventanas permanecían rotos hasta en el invierno, la calefacción no llegaba o llegaba a cuentagotas, y las ratas y las cucarachas se paseaban orondas, dueñas de calles, alacenas, cocinas y aposentos. Lo vivimos.

El crimen social quedaba siempre impune. Todo este escenario abusivo dirigido desde la sombra por grandes pulpos bancarios, comerciales, industriales y de los bienes raíces (que, en conjunto, son *males raíces* —o males de raíz— y, lo peor, dueños de la política bipartita estadounidense) tenía consecuencias nefastas para nuestra gente: los hambreados ciudadanos «americanos» que habían llegado allí desde el territorio colonial o base carbonera del Caribe. Ese estado de postración en que nuestra población sobrevivía sentaba las bases materiales para la fabricación del más intenso y pertinaz racismo que comunidad hispana haya podido sufrir en los Estados Unidos hasta hoy.

Porque el *modus operandi* del prejuicio vira siempre al revés las *causas* del problema (presentando las *consecuencias* en su lugar), las víctimas (las familias puertorriqueñas más pobres) vienen a aparecer ante el tribunal de la opinión pública como los criminales de la película, los causantes del mal social que pade-

cen por imposición estructural. De esta manera, en lugar de responsabilizar al aparato de poder racista por diseñar la culposa desatención de los vecindarios boricuas, algo que los llevaría a su deterioro fatal y a su eventual —y lucrativa— evacuación, el racismo estructural le hace creer al mundo que es la mala calidad de la gente venida de ciertas latitudes y de ciertas etnias la responsable del desastre social. Con lo cual la «gentrificación» —o expulsión violenta de los menos afortunados de la geografía que ocuparon— quedaría justificada y convertida en reina o solución maravillosa para los dueños del poder.

Y, como la empobrecida comunidad no tiene voz ni acceso a los medios de contaminación masivos, socios mayores del Poder, el prejuicio ha de caer como una bomba de hidrógeno sobre nuestros vecindarios.

Siempre habría de ser así.

El estatus social de una etnia en una república multiétnica (como Estados Unidos) es, en gran medida, una creación artificial dibujada por la desigual distribución de la riqueza. Las etnias de mayores ingresos se encargarán siempre de dominar los medios masivos de propaganda que hacen aparecer simpáticas sus gesticulaciones, y repulsivas las de los descastados. Como los grandes medios de comunicación en los Estados Unidos son propiedad de los mismos muchachos buenos que ostentan el poder, esos medios serán los primeros portadores del prejuicio de clases. Como consecuencia, nuestra comunidad sería criminalizada desde la fecha en que comenzaron a llegar familias boricuas de extracción muy humilde, desplazadas por nuestro subdesarrollo económico insular.

Aquel subdesarrollo, típico de una economía comercial agrícola que, dominada desde el exterior, iba arruinándose, fue seriamente agravado por la devaluación de nuestra moneda a la llegada de los gringos en 1898.

Con la invasión americana, que privilegiaba con sus leyes a los inmensos capitales cañeros, el antiguo pequeño propietario nuestro (el campesino) fue convirtiéndose en grandes números, junto a los «arrimaos» (ex campesinos sin tierras), en peón asalariado del capital nacional y del invasor.

Distinta suerte correrían los españoles y criollos dueños de centrales (una infinitésima fracción, estos últimos) que, de acuerdo con las investigaciones del doctor Giusti Cordero («En búsqueda de la nación concreta»), fueron parte de la danza de los millones de la industria azucarera por algún tiempo.

El campesino/jíbaro, por el contrario, vino a cumplir con el tiempo un doble papel: el de machetero durante la zafra (la cosecha) de la caña, y el de emigrante

sin destrezas industriales que hacía crecer los cinturones urbanos de la miseria en la isla o en Estados Unidos. Esos hijos del sudor que iban y volvían en temporadas pautadas (ya convertidos en obreros migrantes o golondrinas agrarias) serían grandes productores de riqueza para las compañías transnacionales del azúcar y los terratenientes españoles y boricuas, tanto como para los granjeros (*farmers*) allá en los campos de cultivo de la República de los Estados Unidos.

Para la moral que es dueña de todo, siempre punitiva, los barrios puertorriqueños en la metrópoli, engordados por la emigración provocada en masa por la nueva tenencia de tierras en la isla, iban uno tras otro a parar al fondo del infierno del prestigio, no por haber sido abandonados por las agencias que se suponía les sirvieran de apoyo, sino por otra razón fabricada por el mismo sistema de *apartheid*: porque, según las voces hegemónicas que articulan la voz del racismo, estaban poblados por «gente puerca, salvaje y delincuente». Gente que quería (y merecía) vivir como vivía: entre basura, orines, excrementos y alimañas.

La crudeza del lenguaje no toca ni de lejos la humillación que la experiencia de la emigración nos ha dejado grabada como pueblo. Esa época de infamia la llevamos inscrita carne adentro como un tatuaje o experiencia que grita (a colores) por ser documentada. Aquellas vivencias deberían ser transformadas en sabiduría social, y no para reforzar una autoestima pobre o un sentimiento de inferioridad artificial, creado por las injusticias. Tienen que serlo para reinventarnos, síquica y culturalmente, de otro modo.

En tres condados de Nueva York (el Bronx, Brooklyn y Manhattan, y en los tres vivió Julia), en Chicago, en Newark, en ciertos vecindarios de Boston, Filadelfia o la Florida... dondequiera que el sistema opresor se ha salido con la suya produciendo guetos inmundos para nuestra población, la que no encuentra otra salida, los puertorriqueños de menor fortuna, con ciudadanía estadounidense y todo, hemos sido tratados como mierda.

El colonialismo que en la isla nos degrada, en el exilio también nos acribilla. Su hermano gemelo, el racismo, pretende rebajar nuestra autoestima con embestidas genocidas a las que no podemos enfrentar con los brazos cruzados. Por eso sobrevive aún borrosa la gesta de los «Young Lords», un ventarrón de vergüenza reactiva que estremeció los cimientos de la ciudad de oro en los años sesenta y setenta.

El contraargumento que siempre se nos ha presentado para refutar estas vivencias marcadas a fuego es el que dice que hay incontables casos de éxito entre los boricuas de la diáspora que niegan la «pintura pesimista» hecha por nosotros. Pero nosotros nunca hemos omitido los triunfos obtenidos por los nues-

tros, con el propósito de pasar un juicio tan severo. Al contrario. Nos alegramos más que nadie de que haya muchos compatriotas exitosos allá, y dondequiera. Reconocemos que hay, ha habido y habrá numerosísimos testimonios de mujeres y hombres puertorriqueños —o de ascendencia boricua— que han hecho historia en Estados Unidos. Lo que argumentamos es que estos casos de éxito, que se contabilizan en los miles, sirven muchas veces para sepultar la dura realidad: el dramático rezago de nuestra comunidad emigrante, tomada como conjunto.

Lo que las miradas más serenas de los observadores de nuestra realidad social en los estados de la Unión han subrayado es que mientras las Sonia Sotomayor y los Roberto Clemente, las Rita Moreno y los José Ferrer, los Raúl Juliá y los Benicio del Toro, los Lin-Manuel Miranda y los Francisco Lindor, son estrellas individuales que brillan bien alto, la masa boricua permanece condenada a los estratos más invisibilizados de la metrópoli. En otros términos: el triunfo es sólo para los miles (la cabecita de alfiler de la pirámide) y la derrota para los millones. ¿Es esto éxito, justicia pareja?

La contradicción es obvia: mientras los puertorriqueños exitosos (reforzados por la reciente emigración masiva de altos profesionales) gozan, junto a otros grupos élite, del ingreso más alto entre los latinos de Estados Unidos, la masa trabajadora y desocupada nuestra percibe los ingresos más bajos entre aquéllos. Lo cual quiere decir que la mayoría de los puertorriqueños que llegan pobres a Estados Unidos, pobres regresan a la isla, o pobres permanecen allá hasta su muerte.

La movilidad social, colectiva, de los boricuas pobres, es demasiado insignificante: una de las más bajas en la entera nación de llegada. Entonces, analizadas en frío las estadísticas, en proporción a otras etnias y en proporción al crecido número de nuestra población, no podemos llegar a otra conclusión que no sea: que somos una de las etnias dispersas del milenio, y una de las más golpeadas por el rezago.

Pero... La desigualdad imperante —que es una de las bases materiales para la disfunción familiar e individual, además de caldo de cultivo para la generalizada discriminación antipuertorriqueña imperante en Estados Unidos— tiene que ser revertida. ¿Cómo?

Primero que nada: necesitamos otro par de miles de superestrellas como las mencionadas, bien clavadas en el cielo y, más importante aún: unos cuantos millones de estrellitas de tamaño humano aquí y allá, en nuestro diario vivir. Sólo mediante un reposicionamiento de nuestra etnia en el juego de poder mundial lograremos alcanzar la autoestima como nacionalidad que el colonialismo y el

neoliberalismo nos han robado, y que tan necesaria es para seguir sintiendo que somos lo que somos: un tesoro. Pero nada de esto puede conseguirse sin concienciación movilizada, requisito indispensable para la movilidad social.

El impacto de este saber dónde uno vive o ha vivido, y quiénes son esos «conciudadanos» que con tanto amor nos acogen en su patria, no fue fácil de asimilar por el autor de estas líneas mientras allí residió por veintisiete siglos, ni ha sido fácil de asimilar por ningún puertorriqueño que hayamos conocido. ¿Lo sería para Julia de Burgos, que enfrentó un escenario aún peor? El exilio...

Aunque muchos representantes de la clase media puertorriqueña, ahora enyugada también con mucha fuerza al carro de la emigración, se empeñen en negarlo, una verdad reluce como un cucubano[1] allá en nuestro subconsciente: ninguna otra comunidad de los Estados Unidos, salvo quizás alguna nación india sometida al *apartheid* de las «reservaciones», o uno que otro gueto afroamericano, ha sido tan severamente estigmatizada por el prejuicio WASP (White/Anglo/Saxon/Protestant, el que los dueños y señores del poder ejercen sobre los demás grupos étnicos) como la nación puertorriqueña del exilio. ¿Cuán conscientes de esto estarán nuestros hermanos, los partidarios de la desintegración nacional (llamada estadidad), acá en la isla?

El atropello sistémico sufrido nos dejaba (en tiempos de Julia de Burgos y muchísimo después) desprotegidos contra el flagelo de los abusos judiciales y policíacos, sanitarios y ambientales. Aquel montaje racista sigue siendo el responsable de que nuestra comunidad boricua de Nueva York perdiera anualmente, por muertes inducidas (prevenibles), docenas de ancianos y bebés por mordeduras de ratas, bronquitis, pulmonía, hipotermia, incendios maliciosos y envenenamiento con plomo o asbestos, en los hacinados tugurios o catacumbas en que el sistema fue transformando los *cuartos furnidos* (las habitaciones amuebladas, en *spanglish*) de la ciudad de oro. (Los apartamentos de la clase trabajadora de la época en que Julia vivió en la ciudad fueron radiografiados, mostrando sus entrañas, por Ralph Fasanella, un pintor comunista que no sintió asco por los inmigrantes pobres). Estas condiciones insufribles de vida (o muerte) prevalecieron en Nueva York hasta bien entrada la década del noventa del pasado siglo, y aún no han desaparecido del todo en bolsillos enormes de la Manzana rosada: la más bella y versátil, la más inagotable y compleja, la más frívola e indiferente, la más odiada y querida, la más viciosa, desalmada, soberbia y portentosa, y la más rozagante y podrida de todas las manzanas del planeta.

1. Puertorriqueñismo. Insecto volador que emite luz, semejante a la luciérnaga.

New York City. Un poeta nicaragüense que le llegó a echar un ojo, de refilón, sin haber logrado (por supuesto) verle sus entrañables recovecos, la describiría así el mismo año en que Julia naciera (1914): «casas de cincuenta pisos, / servidumbre de color, / millones de circuncisos, / máquinas, diarios, avisos / ¡y dolor, dolor, dolor!».[2]

(Fragmento del libro *La novia de la muerte. Julia de Burgos. Una lectura política de su pasión y su poesía*, de próxima aparición).

2. Rubén Darío, «La gran cosmópolis», *Poesías completas*. Madrid: Aguilar, 1968, 1.116-18.

De reojo

Arnoldo Rosas

Escritor venezolano (Porlamar, Nueva Esparta, 1960). Perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Celarg (1981-1982). Hizo el Diplomado en Literatura Creativa de la Universidad Metropolitana (Unimet) y la Fundación Icrea (2010). Sus trabajos han merecido diversos premios y reconocimientos. Algunos de sus textos están incluidos en importantes antologías de narrativa venezolana e hispanoamericana. Ha publicado los libros de relatos *Para enterrar al puerto* (1985), *Olvídate del tango* (1992), *La muerte no mata a nadie* (2003), *Sembré los muertos* (2013), *De amores y domicilios* (2014) y *Añicos: 50 microrrelatos* (2022); la novela corta *Igual* (1990), y las novelas *Nombre de mujer* (2005), *Uno se acostumbra* (2011), *Massaua* (2012), *Un taxi hasta tus brazos* (2015) y *El mar a cinco cuadras* (2022).

Nunca el mismo local. Ni la misma área. Ni la misma hora. Siempre lugares concurridos. Pocas palabras. Lo justo para los acuerdos.

De reojo

Arnoldo Rosas

Hoy no es un buen día para dejar de fumar, se dice a la entrada del café, al quitarse los lentes oscuros, mirando hacia las mesas. Busca un sitio discreto, desde donde ver a los que llegan sin llamar la atención. Preferible, uno próximo al gran ventanal para, mientras espera, entretenerse con el paisaje de montaña y la vista de ciudad que le ha dado renombre a este negocio.

Dieciséis horas sin tocar un cigarrillo. Las ganas, lejos de desaparecer, se incrementan, y en el cuerpo hay sensaciones desagradables. Siente la garganta áspera, los ojos resecos, la boca pastosa, flema en las vías respiratorias.

Camina hacia el balcón, con la cabeza baja, como aprendiéndose los dibujos del piso de cerámica, pero observando cada detalle que lo circunda. Selecciona la esquina más distante. Desde allí puede precisar los movimientos de los empleados y de los clientes, o si alguien cruza la puerta.

Debió escoger otro día. Un período calmo.

Unas vacaciones.

No uno como hoy.

Sólo otra de las cuatro mesas del balcón está ocupada. Dos amigas de mediana edad, en alegre plática, compartiendo una torta de fresas con crema chantillí.

Pone los lentes oscuros sobre el mantel de tela cruda, al lado del servilletero de gres, frente al jarrón con flores lavanda.

Se sienta sin hacer ruidos con la silla.

El sujeto llamó al celular. Pautaron el encuentro. Verificó referencias, que ninguna precaución excede.

Lo peor son las manos. Ese hormigueo. La inutilidad para ocupar el tiempo vacío. Sobran.

Juega con los lentes de sol: no es lo mismo.

De reojo, la ventana: te miro desde afuera, Ciudad.

El mesonero se acerca a ver si quiere pedir algo. Lo de costumbre, un café, incrementaría las ganas por un cigarrillo. Se pondría nervioso, inquieto, llamativo. Lo mejor es un jugo. Cítrico. Naranja o limón. O agua. O ambos.

El mesonero se aleja con la comanda y la resignación de quien sabe que nunca ganará la lotería: limonada frappé, agua sin gas.

Pero las manos...

Un cigarrillo para mantenerlas ocupadas. Mientras el mesonero va y viene. Mientras llega el sujeto.

Un taxi. Traje príncipe de Gales. Corbata azul oscuro. Demasiadas señas.

Procura relajarse. Respira hondo. Contiene el aire en los pulmones por largo rato. Tal como aconsejan.

Lo expulsa despacito. Por la boca.

En el ventanal: cae la montaña. Hacia el valle. Hacia...

Las manos. Este hormigueo.

Del interior de la chaqueta: un pequeño bloc, y el bolígrafo.

Te miro desde afuera, Ciudad; en los colores de la luz que cambia con el día y con los días, en el juego que hace en las hojas de los árboles y arbustos, matizando verdes a niveles innombrables.

No levanta los ojos hacia la puerta, pero la controla. Nadie más ha llegado. Aún no es tiempo para que las parejas o los grupos arriben para disfrutar del ocaso y tomarse la sugerida taza de chocolate caliente. Sólo han salido una señora mayor y alguien que puede ser su hija o su nuera. Antes de irse, compraron frascos de mermeladas y dos porciones de torta, para llevar.

En las formas de las nubes que recorren tu cielo, llueva o no, todo el año. En esta montaña que te cuida y te apretuja y te adorna y te acorrala, Ciudad. Esta montaña que se incendia en cada sequía, y florece cada invierno exacerbando

alergias, enrojeciendo los ojos.

El mesonero regresa displicente con la limonada y el agua. Las ubica sobre sendas servilletas desechables. No hace comentarios.

Así debe ser. Que no recuerde ni su voz.

—Pongo las manos en el fuego por él —le afirmaron.

Nunca el mismo local. Ni la misma área. Ni la misma hora. Siempre lugares concurridos. Pocas palabras. Lo justo para los acuerdos.

Agita la limonada y la absorbe con cautela: le teme a esa sensación de frío extremo que a veces se sube hasta el tope del cráneo y es dolorosa y desesperante.

Las dos mujeres están chismorreando: ríen bajito y miran que no las vean. Toman vino blanco. La torta está avanzada. De sus esposos hablarán.

Desde anoche, y el deseo no mengua. Ni con el jugo, ni con el agua, ni con la respiración, ni con nada. Va y vuelve. Cada vez más demandante. En el carro tiene una cajetilla sin abrir, por si el cuerpo vence a la voluntad.

Cerca y ausente.

El bolígrafo sí le ocupa las manos, lo distrae mientras las frases fluyan y no tenga que pensar.

Te miro en tus mujeres bellas, siempre bellas a pesar de todo. En la rumba de los viernes y sábados. En la música múltiple, ubicua, pertinente y pertinaz. En los abrazos por el *home run*, por la carrera ganadora, por el *hit* de último minuto, por el cumpleaños feliz, por la graduación del hijo, por el matrimonio del ahijado, por el bautismo del sobrino, por la primera comunión de la prima. En la solidaridad del velorio y la tragedia. En tus cosas dignas y alegres.

No levanta la vista ni pierde detalle. Cuatro jóvenes, dos hombres y dos muchachas, con mullidas chaquetas de cuero, bluyines desteñidos y botas tachonadas, han entrado sosteniendo los cascos por las correas. Llevan guantes. Decide que sus motos son Harley Davidson o BMW plateadas con alforjas negras. Que se sentarán en la esquina opuesta del salón. Pedirán vino tinto chileno.

—Fuman —se dice en un susurro sin dejar de escribir, como hablándole al bloc—. Alguna marca americana... Los cuatro.

Le gustaría levantarse. Ir hasta ellos. Pedirles un cigarrillo...

¡Una estupidez!: llamar la atención.

Toma agua, directo de la botella plástica. Espera que el frescor del líquido suavice la garganta y diluya los fluidos y mucosidades que tiene, o siente que tiene, y le espante estos deseos que lo amenazan con claudicar y perder todo el esfuerzo de horas victoriosas.

En los niños que madrugan para ir a una escuela tan lejana, tan lejana, de la casa, Ciudad. En los empleados que transitan veinte horas entre el trabajo y el transporte, siempre colapsado.

No mira el reloj. El gesto podría denotar impaciencia, que alguien no ha cumplido, que lo dejaron plantado. Aun así, puede ver que faltan treinta y cinco minutos para la hora convenida.

Sí. Es un mal día para dejar de fumar. Con el cigarrillo logra disminuir la tensión que lo ataca cuando se ponen necios o nerviosos y comienzan a tartamudear y provoca mandarlos para la mierda. Sabe que nunca debe alterarse, ni levantar la voz, ni hacer ningún movimiento que haga voltear a la gente por más necios o nerviosos que se pongan. Entonces toma el cigarrillo y lo golpea suave sobre la mesa para compactar el tabaco y con lentitud se lo lleva a la boca y lo enciende apenas con el calor de la proximidad de la llama. Aspira fuerte, y cierra los ojos, y expira el humo: una larga línea etérea que se expande hacia el cielo raso. Coloca el cigarrillo ordenadamente en el cenicero, haciendo equilibrio en el borde. Ya calmo, les dice con voz neutra:

—Esas son las condiciones.

Hoy no tiene ese recurso.

Los lentes, quizá, pero no es lo mismo.

La limonada prácticamente se ha deshecho, apenas queda algo de un líquido verde pálido en el fondo, y no quiere pedir otra.

La botella plástica de agua, no. Invita a apretarla. Un acto demasiado violento para su estilo.

Llevarse el bolígrafo a la boca, y morderlo, y jugar con él allí, sería aberrante, un desvarío. Un acto que aleja la confianza necesaria para el acuerdo.

En tus motorizados indomables, Ciudad, que bullen en zigzag por entre las rendijas que dejan los automóviles en las vías, ante tus semáforos descontrolados o inservibles.

Tiene la certeza de que el sujeto llegará quince minutos antes de lo pautado. Nervioso. La falta de costumbre. Exponerse a lo desconocido. La voz de la conciencia. El temor a las implicaciones. Al arrepentimiento.

Le gusta dejarlos un rato allí. En la entrada. Viendo hacia todas partes sin saber qué hacer. Con la duda de si ya está acá, o si no ha llegado, o si no vendrá.

Se toma ese tiempo para encender un nuevo cigarrillo, concluir el café, observar si hay movimientos, miradas, señas sospechosas en el ambiente: algún cómplice imprevisto, camuflándose entre los parroquianos o el personal.

Aprovecha para decidir si continúa. Si no hay riesgos extras. Si es confiable el sujeto. Hasta para evaluarlo financieramente y fijar la tarifa.

Sólo entonces, le hace un gesto indicando que está allí. Que es él. Que puede acercarse.

Si algo no cuadra, o no le gusta, enciende otro cigarrillo. Llama al mesonero. Ordena un nuevo café. Pide la cuenta.

En los barrotes de tus casas y apartamentos que van aprisionando a tus habitantes, Ciudad, en su búsqueda vana por sentirse seguros.

Las dos mujeres conversan cada vez más próximas. Alguna historia picante que debe ser compartida en voz muy baja para darle más sabor, para disfrutarla con malicia.

Ya tendría, por lo menos, tres cafés y ocho cigarrillos. Una pequeña sensación de triunfo. De tener el control. Le gusta ese sentimiento. Sin embargo...

Si te caes, te levantas. Una y otra vez.

Te contemplo, Ciudad, en tus manifestaciones inútiles por una vivienda, por un empleo, por la vida, por la luz, por el pan, por poder hablar, por poder gritar, por poder cantar; siempre aderezadas con bombas lacrimógenas y balas no tan de salva según los resultados forenses.

El anochecer está próximo.

Más y más gente va llegando. Parejas. Grupos. Familias.

Ha cambiado el turno del servicio. Ahora son tres los mesoneros que atienden el salón.

Podría pedirles un café y una cajetilla, antes de que llegue.

Desde afuera, Ciudad. En el tránsito incólume de tus autos estáticos y conductores aburridos. En tus huecos en el asfalto, tus alcantarillas destrozadas, tus grafitis ingeniosos. En la multitud de vallas que invitan a una vida plácida no sé dónde, pero no aquí.

No mira el reloj.

No levanta los ojos hacia la puerta. Un taxi se ha detenido en la entrada.

Definitivamente es un pésimo día para dejar de fumar. Llegó. Nervioso, como era de esperarse. Diecisiete horas y media. Traje príncipe de Gales. Con lentes de sol. Las ganas, lejos de desaparecer, se profundizan. Corbata azul oscuro. Con un maletín. Un poco de agua. De ese resto de limonada diluida, insípida. En tus basuras amontonadas o dispersas en las calles, en los terrenos baldíos, en las aceras. Viendo hacia todas partes. Buscando. La cajetilla está en el automóvil y no va a comprar una nueva. Jugar con los lentes no es lo mismo. En la agresión cotidiana de los buhoneros y sus productos inverosímiles y sus discos y películas que le sonríen pícaros al eslogan «Dile no a la piratería». Una sin abrir. Nuevecita. Por si acaso. En tus niños pordioseros, malabaristas de la calle, traficantes de mercaderías prohibidas, siempre prohibidas. Buscando. Con la duda de si ya está acá o si no ha llegado o si no vendrá. En los enfermos de sida, de diabetes, de cáncer, de... que no consiguen trabajo y exponen su miseria con carteles suplicantes de una limosna para cubrir un multimillonario tratamiento, imposible de cubrir con la mano extendida. Si te caes, te levantas. Una y otra vez. Llegó, y no se quita los lentes de sol ni ahora que la luz mengua dentro del local. Una pitadita dulce, profunda, que le calme y le devuelva el control. En los titulares de los periódicos de cada lunes, tus cientos de asesinatos del fin de semana. Tus violaciones. Tus secuestros exprés. Los cigarrillos tan lejos y tan cerca. Con su traje príncipe de Gales y la corbata azul oscuro. En los sobresaltos de los vecinos por algún robo, algún atraco. Siempre alguien herido o muerto, y la tragedia de una nueva familia a quien le cambió la vida en un segundo. Siempre la vida cambia en un segundo. Allí, de pie, en la entrada. Con su portafolio. Sus lentes de sol. Mirando. En tu burocracia, Ciudad. En la permisología incumplible. En las regulaciones de constante muda. En la podredumbre de tus funcionarios. En tus políticos descompuestos. En el abuso de tus policías. Hablarán del encargo. De los detalles. Del precio. De los lapsos. Las ganas por un cigarrillo arreciarán mientras divaga y tartamudea. Siempre divagan y tartamudean. Y, a lo mejor, no podrá controlarse. En los sicarios. En las venganzas. En los chanchullos. En las deudas pendientes. Sin esa pitada profunda, quizá se descomponga, y es hasta posible que levante la voz y lo mande para la mierda. No es muy elegante levantar la voz, mandarlo para la mierda. Llama la atención: las dos mujeres, el mesonero, los que sirven en la barra, las dos parejas de motorizados, todos los que

han llegado después. En tus traficantes de drogas. En tus cambistas ilegales. En tus artífices de favores y especialistas del cabildeo. Se voltearían. Los verían. No se debe llamar la atención. Ni hacerse notorio. Ni que lo recuerden. Se niega a encender un cigarrillo más. No va a perder el esfuerzo, el sacrificio de estas horas. Traje príncipe de Gales. Corbata azul oscuro. Uno. Uno solito. Los motorizados tienen, podría pedirles; o buscar la cajetilla; o comprar una. Desde afuera, Ciudad, en tus... Lo dejará por un rato así, en la puerta, nervioso, angustiado, mirando para todas partes, aferrado al maletín; mientras respira hondo y se calma; antes de hacerle una seña y llamarlo. Siempre, siempre hay y habrá oportunidades, Ciudad. Su sabor dulce. Caerse y levantarse. O...

Al salir, siente el frío de la noche. La neblina, dueña del paisaje.

Tanteando, avanza hacia el automóvil. Desactiva la alarma.

Dos fogonazos de luz lo guían.

Al abrir la portezuela, sonríe satisfecho, Ciudad.

Caracas desde lo alto
(imágenes y pensamientos)

Zacarías Santorini

Fotógrafo venezolano (Caracas, 1987). Se formó en Roberto Mata Taller de Fotografía. Textos y fotografías de su autoría se han publicado en *Contexturas.org*.

Mirar desde lo alto equivale a tomar distancia, sirve para aplacar cualquier estridencia del ánimo, enfriar y frenar acciones precipitadas.

Caracas desde lo alto
(imágenes y pensamientos)

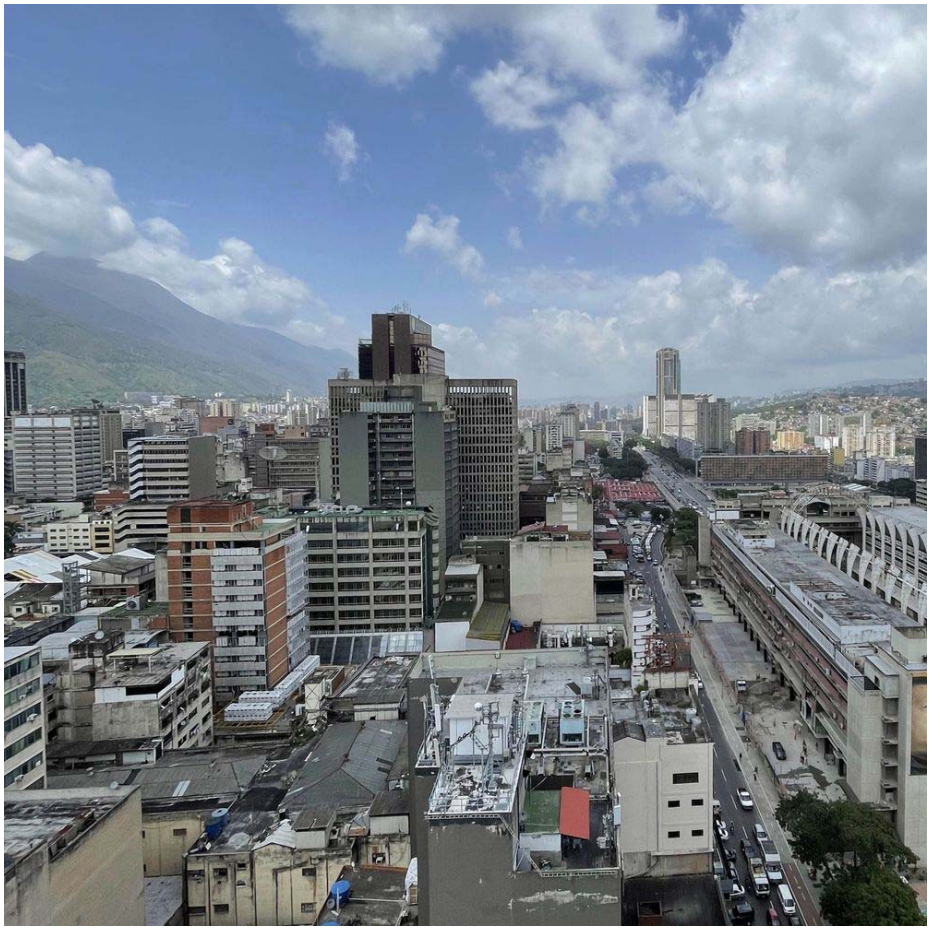
Zacarías Santorini

A semejanza de un *sniper* un fotógrafo trabaja en solitario, no le debe nada a nadie, su sentido de la observación trasciende el de la vista y se agudiza con la experiencia que obtiene.

Es paciente, rara vez se precipita...

Dispara como francotirador desde el piso 17 de la sede de los tribunales, de donde se aprecia una vista de Caracas cuyo esplendor y aparente quietud eclipsan el deterioro social e institucional de los últimos decenios.

Aunque la justicia es un ejercicio retórico él insiste, solitario, así como se empeña en atrapar la esencia del momento y perpetuarlo en una imagen valiosa para él —y a veces para otros— como una nota en la agenda pero con color y vida. Mirar desde lo alto equivale a tomar distancia, sirve para aplacar cualquier estridencia del ánimo, enfriar y frenar acciones precipitadas.

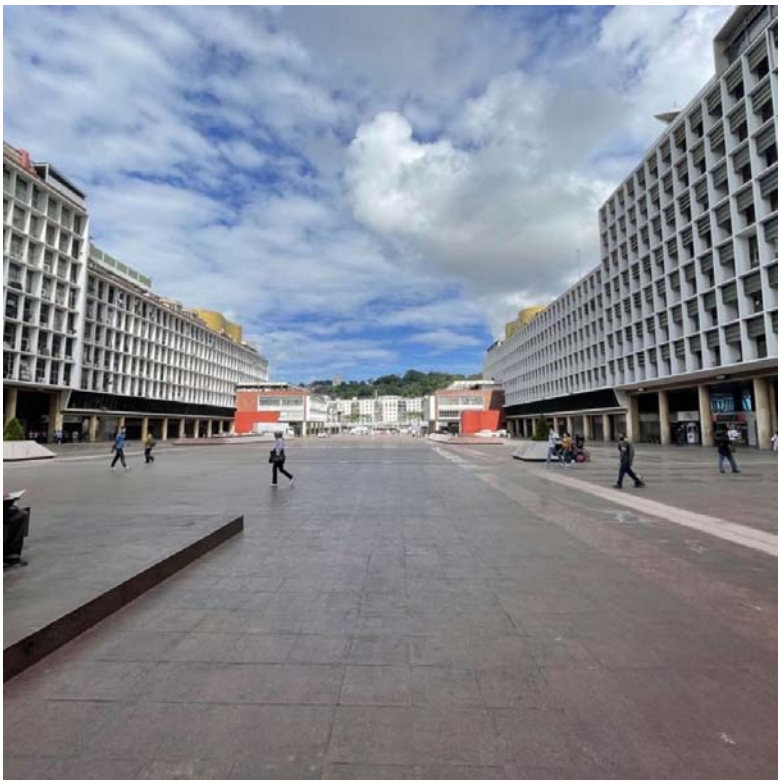


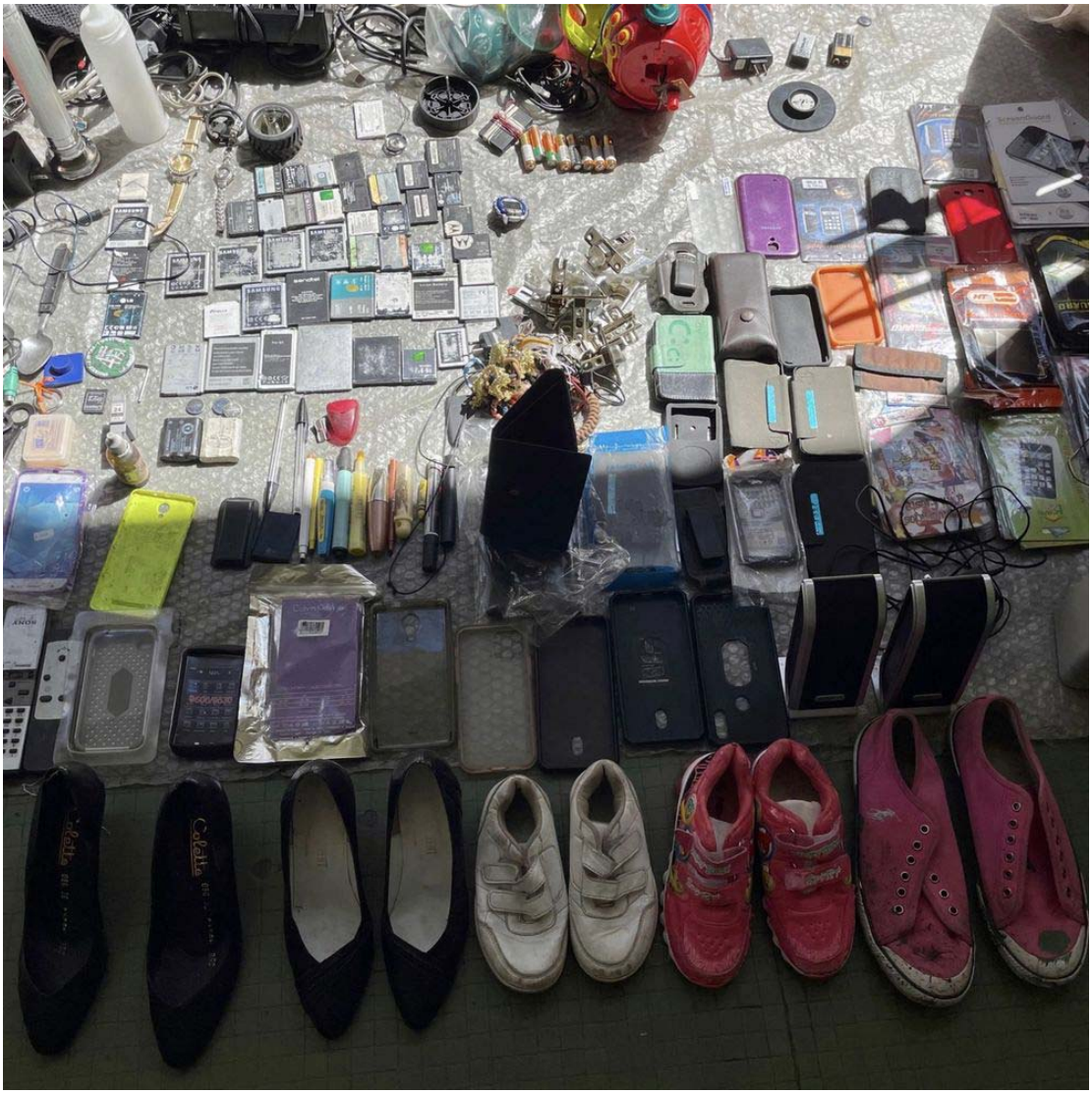
En un movimiento rápido gira presto a disparar de nuevo, sin titubeos, para atrapar la estampa engominada de uno de los abogados de la contraparte, apoyado sobre la baranda de la escalera, absorto en la pantalla del celular. Sin embargo lo deja escapar, ya esa imagen quedó congelada en su mente. Guarda su arma y se ajusta el paltó. Aprovecha el receso para disfrutar la vista de la ciudad desde otro ángulo hacia el este en la falda de la montaña.

Abajo el bullicio de la calle y su caos, ahora quizás con menos corneteo y pregoneros, pero con un desorden que ya no se controla, como lo hacía con pasión y vocación de servicio el célebre Apascacio hace cuarenta años, girando sobre su eje en la Esquina de Sociedad.

A pesar de la luz incandescente de este mediodía de julio de 2021, no hace calor. Se entromete el humo de los destartalados medios de transporte que pasan aceite en los que se traslada, al precio de numerosas dificultades, una población que sufre el implacable desdén de quienes la gobiernan con impiedad, aunque todos sabemos que eso no es gobernar.

La brisa cuela su frescura por los pasillos de la sede judicial en Plaza Caracas, lo despeina y barre un olor nuevo de estos tiempos, pero húmedo y viejo, de los corotos a veces inservibles que los buhoneros exhiben ordenados y clasificados sobre sábanas viejas, cortinas o manteles, en la acera del edificio Norte de las Torres de El Silencio.





Es inevitable entristecerse ante esa vista, constatación palpable del deterioro de ciertos sectores de la capital venezolana, de la escasez de repuestos originales y de la improvisación a la que hay que acudir para poner a funcionar cualquier equipo o inclusive obtener una prenda de vestir, como si se tratase de un disfraz que buscamos en otras épocas para impresionar a nuestros amigos en las fiestas de Carnaval.

Pero ¿de qué sirve fustigarse? Es mejor elevar la mirada y deleitarla con un recorrido imaginario sobre los techos rojos del Palacio de las Academias y del antiguo Congreso de la República que todavía guarda su prestancia, como si fuese una dama a la que nunca hubiesen ultrajado pero que en el fondo llora la afrenta.

Se detiene en el verde de los árboles de la plaza Bolívar, por donde ha transitado toda su vida, al momento en el que los badajos del campanario de la Catedral anuncian las 8 de la mañana, primero de la mano de su padre, años más tarde a su lado escuchando sus recomendaciones de vida y actualmente solo o con algún conocido. Siente como si hubiese sido predestinado a recorrer esa zona por siempre.

Prosigue su vuelo rasante, como si quisiera oler el pavimento o el aroma que se desprende de la ceiba de San Francisco. A través del lente, su mirada sigue de Sociedad a Gradillas, de Torre a Veroes, de Veroes a Ibarras, de Ibarras a Pelota donde tuvo su oficina hace más de veinte años y así... hasta hoy cuando todavía puede saborear aquel recorrido con gusto de nostalgia.

Asegura, con autoridad, que prefiere conservar sólo las remembranzas cordiales del corazón de su ciudad, y decide dispararle a quemarropa al desaparecido Congreso de la República y a los alrededores de la plaza El Venezolano, aunque sin herirlos de muerte y sin retar a la naturaleza que no emite quejido para no hacerse escuchar pero que sí oyó el disparo.

CONSULTORIO
JURIDICO
PROBLEMAS
PENALES
DIVORCIOS
HERENCIAS
TELF
INFORMACION
AQUI
FARMACIA
FARMACIA POPULAR
SAN ANTONIO BENDITO
CANONICOS

Aún le quedan municiones para retar a los poderes en las sombras y escrutar con la mirada aguda el entorno, siempre presto a capturar nuevas presas para su colección de trofeos de caza. Puede inclusive retroceder en el tiempo, llegar a las esquinas de Paraíso a Poleo, a Miraflores, de Jesuitas a Maturín para detenerse ante la Logia Masónica con sus columnas salomónicas. Sigue hacia Canónigos, y escucha las pisadas cautelosas de su padre subiendo las escaleras hacia el cuarto piso hace más de sesenta años cuando, sabiendo ya caminar, se hacía astutamente el dormido para que lo llevaran en brazos hasta la cuna.

Picardías y recuerdos imborrables de infancia, de algunos episodios trágicos y alegres, imágenes que se hacen escuchar discretamente y que no se sabe por qué permanecen encriptadas y sin secuencia en su mente.

Al pasar por la esquina de las Ibarras recuerda el goce que sentía al observar desde la azotea del Edificio Central el tráfico de la avenida Urdaneta, por donde transitaban los Pontiac, Chevrolet, Cadillac, Studebaker y Jaguar último modelo... idénticos a aquellas miniaturas con las que jugaba. Reconstruye esos momentos en los que sus padres visitaban a sus amigos afrancesados, dueños de tiendas de ropa fina, casimires de calidad, vestidos y prendas de Chanel y de Dior, recuerdos de El Gallo de Oro en la esquina de San Jacinto, de la Mano de Oro de Gradillas a Sociedad y del Bouquet de Oro de Torre a Madrices, donde se disfrutaba de un comercio cosmopolita, un *Pequeño París* —como se llamaba la tienda de Louis y Madelaine— donde se podía conseguir lo que se quisiera, desde un botón de nácar esculpido tal vez a mano con una efigie del Louvre, una blusa de *shuntung* de seda con aquel olor a mujer atrayente y fina de los años 50, hasta una esbelta pluma de avestruz.

Durante todo este trayecto en que lo seguí con sigilo como un espía, el protagonista de esta historia hurgó en su memoria y en su entorno, en el que quiso encontrar e inmortalizar algún *souvenir*, pero pronto entendió que se habían borrado. Por más que trata de reconocer en el pavimento el taconeo de los zapatos altos escotados de patente que seducían a los transeúntes bien trajeados, e intenta impregnarse de nuevo del delicado perfume de la época, su vista sólo tropieza con el aviso de un establecimiento con las puertas clausuradas.

Entonces, reverentemente, se quita el montecristi de nudo cerrado, recordando los de su padre que aún conserva, y decide dispararle al nombre de la sombrerería. No puede evitar darse el gusto: ha sido y sigue siendo un francotirador.

Con un poco de imaginación y estimulando los cinco sentidos se puede recorrer nuestra querida Caracas desde lo alto como si camináramos sobre sus aceras...

Diez poemas

Abel Santos

Escritor español (Barcelona, 1976). Ha publicado los poemarios *Esencia* (1998), *El lado opuesto al viento* (2010), *Todo descansa en la superficie* (2013), *Jass* (2016, con prólogo de José Luis Morante), *Las lágrimas de Chet Baker caen a piscinas doradas* (2016, 2017, con prólogo de Diego Vasallo), *Huelga decir* (2019), *El camino de Angi* (2020), *Algo te queda* (2022; finalista en el XXIV Premio de Poesía Ciudad de Salamanca). Parte de su obra poética se encuentra reunida en *Demasiado joven para el blues: antología poética personal 1998-2014* (2014). Ha colaborado en varias revistas y antologías de poesía. En 2014 creó el Premio de Poesía On-Line Realismo Bastardo. En 2015 coordinó la antología *La casa de los corazones rotos*, que reúne textos de veintitrés poetas. Algunos de sus poemas han sido traducidos al árabe clásico, al catalán y al inglés.

Caminas, / otra vez solo por la ciudad / de los errores, / recordando al ángel azul / que despertó / este corazón / que planeaba ser piedra.

Diez poemas

Abel Santos

Jinetes en la tormenta

A Caster Loechsmann, in memoriam

En la noche que se mueve
he estado solo al fondo de la barra,

escribiendo, tirado en el suelo, bajo la lluvia
(y eso que nunca me gustó pelearme),
corriendo de urgencias a casa del camello
o llamando a la puerta del taller de aquel amigo
cuando los bienintencionados
me señalaban con el dedo y me cargaban
el tonto sambenito de «poeta»,
como si de algo inútil se tratase.

No se dan cuenta de lo cerca que están las llamas.

Como dice Benjamín Prado:
hay quienes lo conocen todo de ti,
pero no saben quién eres.
Hasta que las acacias florecen en el desierto
y después de 7 años sin nada
el Bambú Japonés crece de pronto 30 metros.

Ahora que ya saben mil maneras de morir
sólo hace falta que la esperanza diga
que hay una forma de vivir.

Así que cuando encuentres a alguien
que superó una adicción
mira a esa persona no como a quien ganó
una estúpida pelea callejera,
sino como al vencedor
de una verdadera lucha de gigantes.

Una época generosa

El sol,
de nuestra primera casa de alquiler,
llena de paz el sótano de mi corazón
y todos los sueños,
que ahí dentro, en su refugio contra la desgracia,
han vivido siempre contigo.

Es octubre,
pero esta primavera imbatible
que me trae cada uno de tus besos
no tiene prisa por marzo.

Cada noche cerrada es un buen trato
que amanece de nuevo.

Desde esta luz,
éxito, fortuna, placeres de vividor,
todo lo que pudo haber sido
de aquella manera distinta
a la que Dios hoy en el tiempo me regala,
son pasos en falso, faroles apagados
en una calle oscura.
Ahora,
cuando miro las tentaciones de la ciudad,
de la gran ciudad,
las engaño a todas
con mi maravillosa mujer.

Y es que hay cosas
que no hace falta encontrar
porque ya se tienen.

Lo mismo
que si yo buscara en tu rostro
un reflejo de generosa vida
en el lado bueno de la vida.

Las mejores vistas

Puedo acostarme con cualquier otra mujer.
Rebajar el alma a un simple cuerpo.

Vivir en las mismas calles
otra ciudad
ya no es tan sencillo.

No se trata del miedo a tu fantasma.
Es el temor a convertirme
en la sombra
del hombre que soy contigo.

Y abro los ojos.

No hace falta explicarle a mi conciencia
que no es lo que parece,
que no es lo que te imaginas.

No ha pasado nada
entre esa ciudad imposible,
más joven,
y yo.

Sólo tú eres
las mejores vistas
de Barcelona.

Ese día por la noche

La primera vez
que llegué caminando a nuestra casa,
después del trabajo y el frío,
yo vi desde la calle
la luz
encendida de la ventana
de nuestro humilde dormitorio;
así me recibiría ella,
cálidamente, a la hora de cenar,
durante una generosa temporada,
sin detenerme a envidiar
las vidas ajenas.

Ahora
que se ha cerrado el círculo y regreso
a la soledad de mi cuarto,
yo sé que este cambio no es un crimen,
y quiere mi memoria sentir gratitud.
Pero somos los fantasmas
—para siempre jóvenes—
de nuestros tiempos más felices,
de nuestros días de luz.

Ya nunca volveré a encontrar despierto
ese día por la noche.

Los veranos que te inventas

Antes de hacerme ceniza
deja que me invente los veranos:

tú y yo seguimos juntos en la vida;

por la Rambla Principal
bajaremos hasta la Playa del Faro
jugando con nuestro hijo,

salpicados por su risa;
llevo nuestro flotador de cocodrilo
simpáticamente sujeto del brazo,
mi sueño —te digo, con dulzura—
está hecho de cosas fuertes,
pero todo el mar de pronto desaparece
y sólo consigo espuma

Despierto
entonces de mi fantasía
solo y bañado en lágrimas;
sé cuál es mi sitio y tengo,
igual que todo lo que es frágil,
las cosas totalmente claras:
deseo que te amen, pero que no te necesiten,
no de este modo en que se mezclan
—en la peor combinación que existe—
la respiración con la pesadilla,
mi respiración con tu ausencia.

Cada día más flacos

Me asomo a la ventana
de la casa de los corazones rotos
y he visto pasar a una pareja de ancianos.

Éramos tú y yo bajo el sol
con las manos llenas todavía de sueños.

Yo seguía siendo poeta.
Llevaba un bastón para el camino
y unos papeles bajo el brazo,
cerca del corazón. Tú seguías vigilando mi tabaco
y mi espalda encorvada,
saludabas a los perros en la calle y mirabas
ofertas de casas para nuestros hijos
en los perezosos escaparates
del domingo por la tarde.

Lejos
de este domingo de hojas secas
donde el romántico se hace cobarde
y llora este poema ante el espejo
que nos proyectaba calle arriba.

No como ahora, amor,
que lentamente anochece calle abajo,
que lentamente nos decimos adiós,
cada día más flacos.

Cuando estás pidiendo demasiado

Caminas,
otra vez solo por la ciudad
de los errores,
recordando al ángel azul
que despertó
este corazón
que planeaba ser piedra.

Y casi sonríes.
Y casi rompes a llorar.

El amor,
qué tontería,
te dices,

pero no dejas de sangrar.

Esperando el tren detrás de la línea

A veces, el amor se va
porque el amor quiere
hacer lo correcto, volver a amar.

Y aquí estoy yo, ni sin ti ni contigo:

hastiado
por este rechazo
a conciencia
que siente por mí la felicidad;
quédate justo ahí
—me dice—,
esperando
                mi tren
detrás de esta línea...

Ah, estuve tan cerca.

Crece el crepúsculo

Y las calles enteras están comunicando.
Luis García Montero

Antes yo era un hombre ebrio y crepuscular
que crecía hacia las sombras.

Mi corazón
—pese a tener muchas calles, bares,
estaciones y casas—
era una dirección desolada, un solo vaso
comunicante, siempre ocupado
con el olvido o la locura,
cuando me llamaba el amor.

Ahora soy un claro ejemplo de sobriedad.

Mis ojos saben
que cada uno crea su monstruo.
Y el humo del cigarrillo
todo el tiempo me registra
con la misma oración:

«Si llevas algo más será mejor que me lo digas,
y lo haré desaparecer».

Me he perdido
tantas cosas buenas por estar sobrio,
luchando sin tregua,
contra mis viejos demonios.

Y crece el crepúsculo hacia la luz,
mis botas nuevas siempre están sucias,
y sigo buscando lo mismo:
A ella. El perdón. Mi sitio.

La tranquilidad.

La tentación

Te bajé la falda y vi entero París,
como dice la canción,

y encontré a La Maga en un autobús desangelado,
y me olvidé de llevarle flores a Jim Morrison,
y se hicieron carne los nocturnos de Chopin,
y profundicé en la poesía de Pedro Salinas
que vivió toda su vida de casado
amando en secreto a otra mujer,
y me reí de Picasso y de todas sus amantes,
y Mimi ya no me parecía esa mezcla
de inocencia y madurez sexual
en *Lunas de hiel*, de Roman Polanski,
y sentí por ti un amor más grande
que el que Scott Fitzgerald tenía

para ese aire jazzeado de su preciosa Zelda,
y ya no quise ser Bartleby o Rimbaud,
y cancelé con estos versos
todos mis viajes al desierto de la literatura,
porque comprendí a Hemingway
cuando lanzó la pregunta
de si había amado tanto a una mujer
como para ver a la muerte frente a mí
mientras le hago el amor.

Te bajé la falda y vi entero París,
el París que no acaba nunca, lo recuerdo muy bien,
y bajar tus medias y besar tus muslos
era lo mismo que el aroma tratado con la calefacción
que ahora sale del interior
de las perfumerías y creperías
en mis fríos y muertos paseos invernales.

Y aquí me quedo, un instante,
antes de seguir mi camino. A tantas vidas ya
de entrar en tu vida. Pero no deseando nada más,
nada más que no sea dejar abierto

este poema.

A Buenos Aires

Diego Serebrennik

Autor argentino (Buenos Aires, 1956). Se formó como ingeniero agrónomo y en negocios.

Es la ciudad con una herida al cuello,
se la hizo un día un cisne enardecido,
es la ciudad perdida en lo perdido,
un dios la vio desnuda y eso es bello.

PANAMERICANO
CASINO

A Buenos Aires

Diego Serebrennik

Soneto de Buenos Aires desintegrada

Bahía de un amor y yute rojo,
sarcasmo en el viento a contrapelo,
matar el elixir, volverse enojo,
un sátiro de rabia y terciopelo.

Cantar la bendición, volverse estrella,
mirar el rostro fijo de Caín,
será por eso que no siento el fin,
ni el tajo de la luna ni el de ella.

Mataste la canción de mi ciudad,
mi fiel guerrero, es eso que esperaba,
el viento de la nada se aproxima.

Aquí tenés el precio y la verdad,
el lobo que auténtico te aullaba,
la voz que ataca y el furioso clima.

Soneto de Buenos Aires perdida

Es la ciudad con una herida al cuello,
se la hizo un día un cisne enardecido,
es la ciudad perdida en lo perdido,
un dios la vio desnuda y eso es bello.

Es la ciudad con rabia de migrantes
que creen que la vida es imposible,
por años fue su beso inaccesible
viviendo retorcida en sus amantes.

Es la ciudad que asiste a su derrota,
sus ídolos infieles la marcamos
a no ser nadie en ella y fuera de ella.

Es la ciudad que permanece rota
y entera en el dolor que le cantamos,
perdida como un barco en su botella.

Soneto a Buenos Aires novia

En tus sótanos, torres y hogares
viven dioses que asustan a la gente,
en los necios rincones de la mente,
en estadios, escuelas y altares.

Como un mantra antiguo se renueva
la mirada que alumbra y que destruye,
no sabemos si el aire es el que fluye
o si estamos cautivos en su cueva.

Buenos Aires, tu luz no es diferente
a los ojos del dios del universo,
ni a las leyes sutiles de la ciencia.

Pero vos sos mi novia adolescente,
yo te entrego mi ser con este verso
y el deseo bestial de mi conciencia.

Soneto a Buenos Aires paradójica

Quizás el oro trajo a mis abuelos
a estas tierras vacuas e inocentes,
la ilusa libertad de los dementes
en donde se escondían sus desvelos.

Así vinieron a otra tierra triste
que aún dormida hablaba con su rabia,
en donde no florece gente sabia
y sólo con engaños se subsiste.

Y sin embargo te amo, tierra rata,
tu encanto me hechizó y me dio la vida
y cuando quise irme me hice trizas.

Por eso sin tu oro y sin tu plata,
en el instante en que perdí la herida
es cuando yo te entrego mis cenizas.

Romance de Buenos Aires desquiciada

Yo salgo hacia mi calle amarilla,
la guerra es mi metáfora del viento,
los dioses han jugado con su arcilla
y todo lo que veo es movimiento.

Le hice un sacrificio en una pira,
la muerte misma está perdiendo el juego
y le compuse un himno a la mentira
así se enoja cuando observa el fuego.

Entonces estalló en una tormenta
atando su esperanza con las manos,
la observa boca arriba Cenicienta
pensando que sus seres son humanos.

El carro de la duda silba al paso
lo miran los convictos de la luna,
el dios del miedo escapa por si acaso,
la única que danza es la fortuna.

Cayó la inspiración sobre el asfalto,
esto es peor que nuestra carcajada,
tomamos el infierno por asalto
y cuando entramos no existía nada.

Yo voy de un lado a otro sin parar,
me invento un lugar en lo divino
y sin saber nadar en este mar
le compro a un traficante su destino.

Los toros se estrellaron con su rito,
las máquinas sonríen, pero dudan,
ya no hablo con la gente, pero grito
y todas mis palabras se desnudan.

Hay una anciana quieta que no mira,
la cubren de política y pañales,
se va desvaneciendo con la lira
que tocan los poetas terminales.

Tapamos sus estrellas con un manto,
venció la depresión a la traición,
el líder dijo que no es para tanto
y todos entendimos su canción.

Los buenos hacen fuerza desde adentro,
los locos los observan desde afuera,
un dios se apiada y sale hasta al encuentro
vestido de serpiente y de pantera.

Las lluvias no entienden qué es el mundo,
se fueron a vivir a otro planeta,
yo miro desquiciado y vagabundo,
hay que olvidar las frases del poeta.

Y cuando gritan sálvese quien pueda

me quedo en trance bajo el infinito,
hay alguien que arroja una moneda
que cae entre los jueces y el delito.

Es culpa de que exista el movimiento,
repiten los amantes de las horas,
la guerra es la metáfora del viento
y de las tiranías redentoras.

Las cárceles se abren, pero el miedo
no sabe si entrar o si salir,
yo le aconsejo todo lo que puedo
y entonces se ha puesto a reír.

Te voy a decir algo que presiento,
hay un azar de acero que te asedia,
tu abismo ya no es un esperpento,
mirá de frente, es sólo una tragedia.

Pareados a Buenos Aires ignorante

Ciudad, en un espejo de mentira
sos nada y tu mente te conspira.

Si un día te implantaron sin raíces,
no vas nunca a gozar de tus matices.

¿Huís porque tenés miedo al amor?
¡Ay, si te diera fuerza tu dolor!

¿Huís porque no ves nunca tu cara?
¡Si algo en tu espejo se formara!

¿Sabés que amar es siempre sufrimiento?
¿Sabés que tu destino está en el viento?

Si no reconocés tu fuego puro,
ciudad, qué mal te veo en el futuro.

Pareados a Buenos Aires terminados en vals

A nadie le importa nada
en una ciudad cuadrada.

El peligro de no ser
y el de desaparecer.

La lucha ciega y feliz
y el espantoso desliz.

Aquí se juega a la muerte,
nadie confía en su suerte.

Quien se descuida perece
y nada es lo que parece.

Hay un culto a la mentira
y a hacer alarde de ira.

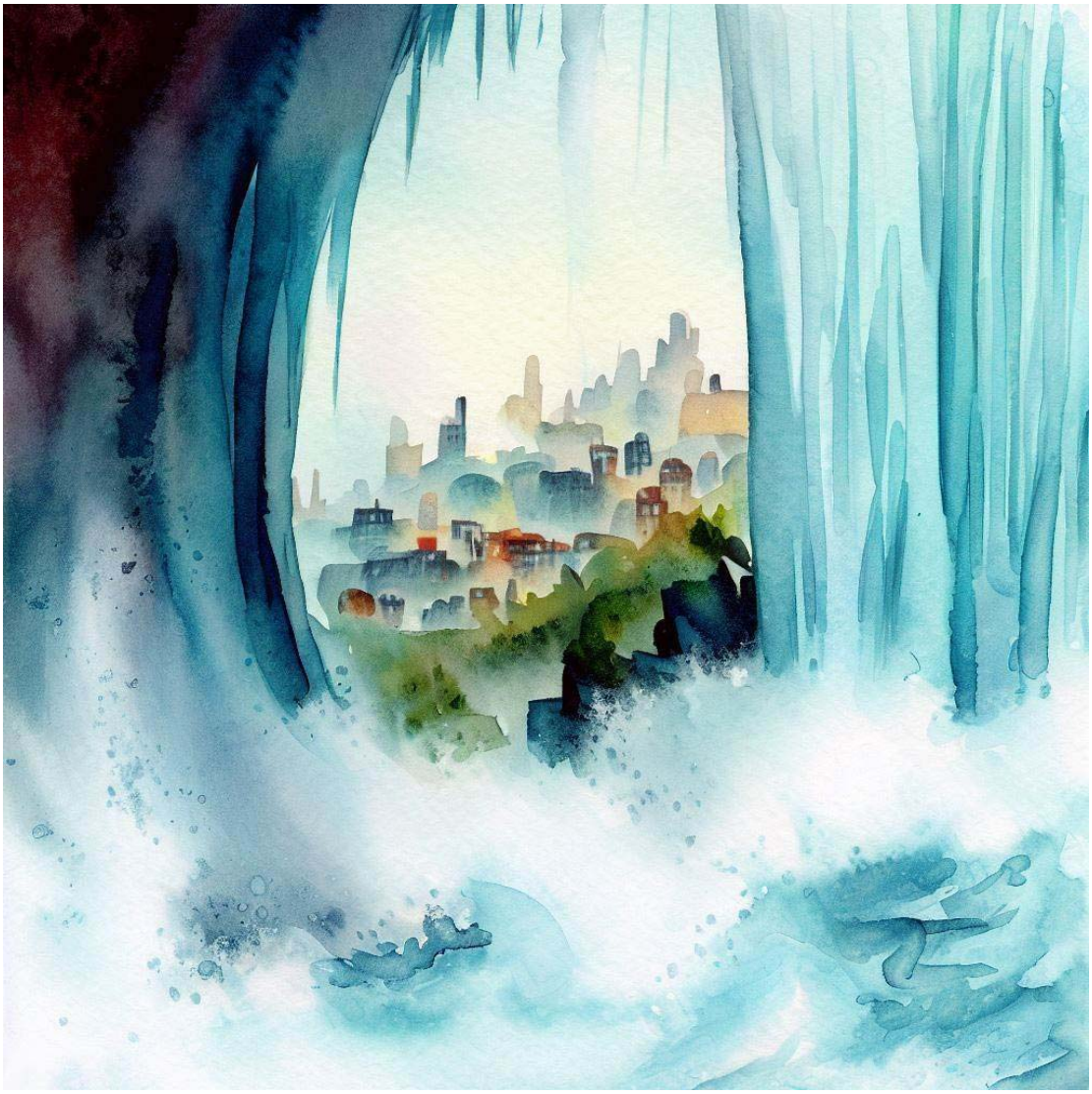
Sos una mierda, ciudad,
ven, bailemos sin piedad.

Tatuaje

Iris Tocuyo Llovera

Escritora y artista plástica venezolana (Quiriquire, Monagas). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV). Tiene cursos de posgrado en Sicología Social y Teoría del Comportamiento en la Universidad Simón Bolívar (USB), de Teoría de la Comunicación en la Universidad del Zulia (LUZ) y de Asesoría y Orientación en la Universidad Nacional Abierta (UNA). Es profesora universitaria. Ha publicado varios libros de literatura infantil y de poesía y textos suyos han sido publicados en diversas revistas internacionales. Como artista plástica ha participado en varias exposiciones dentro y fuera de su país. Monólogos de su autoría han sido representados en el teatro. Tallerista para niños y maestros en Venezuela, Argentina, Bolivia, Perú y Estados Unidos. Dirigió el Museo Nueva Cádiz en La Asunción, isla de Margarita (2010). Profesora de español como segunda lengua en las islas del Caribe.

Releo mis cartas. / Descubro los días de lluvia y esa cascada escondida que me enrumba hasta encontrarte / Ciudad.



Tatuaje

Iris Tocuyo Llovera

Calles, casas de muñecas, alaridos que no entiendo en esa pregunta que respiro en el recuerdo. Altibajos desprendidos, madera insomne. Me perturbas con ese chasquido persistente de tu premura,
Ciudad.

Olores, fragancias donde el jazmín y los araguaneyes cohabitan
Ciudad.

Almizcle, merey, fruta pan
Y tú sigues ardiendo y crepitando desde el anochecer.
Sigo mi camino sonámbulo, escondido de tus pliegues, de tu centro, de tu agua salobre que derrama en profusión la vida, ciudad irreverente y mía
Ciudad.

Estoy en una esquina. Metras, papagayos que mis manos no tocaron. Libros y papeles me descubren hasta lograr que un cansancio triste duerma en mí
Ciudad

Escribo cartas
Me recibo. Siento que la comisura de los labios repele amargura.
Releo mis cartas.
Descubro los días de lluvia y esa cascada escondida que me enrumba hasta encontrarte
Ciudad.

Te encuentro, ciudad
Desde mi colina, allá en el otro sendero. Desde la casa grande de la villa. Desde el hastío.

Desde que te dijeron.
Desde que mis ojos asombrados te conocieron.
Nunca te olvidé. Nunca
Nunca
Ciudad.

Un faro iluminó mi existencia.
Éramos tú y yo desde la colina, desde el bananal, desde las trinitarias, desde las caminerías que subían hasta lo más alto del cerro.
Desde el río, desde la piedra caliza que nos recibió en medio de la cascada.
Ciudad.

Esa palabra insomne que se aprende en un poema
Esa palabra que ahora siento en mi cerebro y no deja descansar mis pensamientos.
Insomne como la luna que creció junto a mí, junto a mi soledad junto a lo distinto desde aquí.
Ciudad.

«Bayas adornando infancias, bondad sobre virtud»
Pintores de mar, de cerros de líneas ondulantes, de cuerpo en permanencia
Turpiales cantando en la rama del nido.
Azules de terciopelo que guardan memorias, tus palabras recordando las vocales para descifrar un libro desde la caricia
Ciudad

Camino y busco las estrellas, los senderos que me alejaron, y jamás se fueron.
Busco esa pequeña flor en tu mano convertida en mariposa. En ese colibrí que trina en mi ventana. Te busco, ciudad.
Te busco.

Ya no es tu hermosa cabellera, ni ese diminuto pie que traspasa las burbujas al paso de las olas.
Es la caliza y la penumbra y la aridez de tus colores que me apremian.

Oigo un faldón al paso de la noche, cascabeles que suenan al ritmo de tu cuerpo. Te toco sediento, estrujo mi cuerpo con la fuerza y brusquedad de mis deseos y las sábanas me inundan de caricias y humedad.
Ciudad

Veo tus muslos encabritados, yegua sedienta de almizcle y savia.

En lo alto del yaguarey descubro una extranjera espina que me desangra
Te recibo herida y sofocante, lavo tus sudores con tu propia miel
Las verdolagas y el aroma de las albahacas acarician con ternura esa profusión de mis deseos.
Hembra
Ciudad.

Jugando la ere, el escondido. Sintiendo el zumbido del trompo, el gurrufio que se me revienta en las manos.
Y tú achicando el agua, mirando de reojo...como si no me vieras.
En cuclillas. Tu falda de algodón pegada al cuerpo.
Me asombra un pequeño botón disimulado en tu blusa.
Las flores de las guayabas caen en tu pelo
Y la brisa desde la colina te desnuda
Ciudad.

Laderas mariposas, la espuma del mar te impregna.
Y siento que la esencia desbordada te hace huir por intrincados senderos.
Beso tus manos temblorosas.
Un níspero azucarado se aprieta en mí y un gemido me eleva al infinito.
En bocanadas te respiro
Ciudad.

Allá en el manantial
En el ya se fue
En la pequeña maleta casi vacía de esperarte
Sin volver, ciudad
Ciudad

Tus manos extendidas abanican.
Me observo y me pregunto
¿Quién soy, sino un recuerdo?
Ciudad.

Semanario de mi ciudad

Tibisay Vargas Rojas

El Santo Patrono se levanta / a veinte metros de olvido / contempla los aconteceres / desde el Solsticio de Verano / hace casi un siglo / conoce como nadie / la memoria urbana.

El Santo Patrono se levanta
a veinte metros de olvido
contempla los aconteceres
desde el Solsticio de Verano
hace casi un siglo
conoce como nadie
la memoria urbana

Semanario de mi ciudad

Tibisay Vargas Rojas

Esta ciudad es un libro
de mutaciones
un muro es derrumbado
dos se levantan
un árbol talado
ninguno crece
un hombre muere
todos olvidan
pero nunca
dejan las aves de trazar
memorias en el cielo
como en el día primero.

«Todas las mutaciones de la conciencia espiritual dependen del corazón».

Ta I Gin Hua Dsung

Un faro ciego
encumbra la montaña
de gibas cenozoicas
puede contar
la edad de esta ciudad

que tarda
el siglo
y tiene sus verdugos
en los pechos que alberga
aún más ciegos
que el faro.

A la memoria de don Porfirio Melo

Una vieja acequia
baja de los cerros
trae
limpia el agua
de las fuentes
pero aborta su caudal
en la frontera.

¿Quién recupera
el cauce del espíritu?

Tanta ausencia
ciega el porvenir
de huestes insensibles
el pueblo enturbia
credos
corazones.

Nos asiste
una toponimia vegetal
entre Los Samanes

La Ceiba
Camoruquito, Las Palmas
Los Naranjos
El Jobo, La Morera
El Roble
Chaparral, Los Aguacates
Los Cerezos
Camburito, El Guafal
Las Majaguas
Los Laureles, Los Cedros
Los Apamates
El Mahomo, Los Mangos
Las Acacias
Los Cocos, Los Rosales
Guasdualito
Merecure, Corozal
Píritu
verde esplendor
entre el fuego
y la ceniza
de quienes entretejen días
en mutilar de patios
y holocausto de cerros
como desencuentro.

A la memoria de la colonial Casa Pulidera
que dio sus tejas al templo, al palacio de gobierno
a la escuela...

Aquí las casas
heredan los tejados
cuentan siglos
sobre bases nuevas
la montaña es asunto

de apuntalar recuerdos
y espíritu
que sortee la trampa
de la prosperidad
muchas ramas apuntan
a desiertos
precipicios
la emboscada
del pueblo que crece
y olvida el cauce de su río
quizá por eso
se derrumban las conciencias
siempre rompe al odre viejo
vino nuevo.

A Sanjuanote

El Santo Patrono se levanta
a veinte metros de olvido
contempla los aconteceres
desde el Solsticio de Verano
hace casi un siglo
conoce como nadie
la memoria urbana
aciertos y desaciertos
de una capital accidentada
que tiene la bendición de sus vertientes
el cíngulo de montañas
que la rodea
la custodia de algunas casas con historia
patios de abuelos
parajes encantados
el santo observa

con silencio de roca
cómo se deshojan
diariamente
margaritas.

Mi casa de infancia
es mi ciudad
cada árbol de su patio intacto
una calle
estatura de un recuerdo
las estrías de sus muros
estancias
para mi corazón desguarnecido
en este tiempo de borrasca
mi aventura es recorrerla
plisar sus ecos
nunca me pierde
la voz de mi madre
señal segura
alianza acuñada en dos lados del tiempo
donde las esquinas del corazón
se entrecruzan.

Urbana
es el libro conmemorativo de los 27 años de
Letralia, Tierra de Letras,
la revista de los escritores de habla hispana.
Fue publicado en *Editorial Letralia,*
espacio de difusión del libro digital,
el 20 de mayo de 2023.

Urbana

27 años de Letralia

Varios autores

letralia.com/editorial/especiales/letralia27/